



BIBLIOTECA POPULAR

Estante..... 2
Tabla..... 1
Número..... 104

HISTORIA DE ROMA.

+ 597583
C. 71779347



HISTORIA DE ROMA.

HISTORIA DE ROMA

TOMO VII

TEODORO MOMMSEN

Professor de la Universidad de Berlín

Traducción de

HISTORIA DE ROMA

por D. J. ELIZABETH Y J. ELIZABETH

Por D. J. ELIZABETH Y J. ELIZABETH

Publicado en la imprenta de la Universidad de Berlín, en el año 1875.

TOMO VII

TEODORO MOMMSEN, EDITOR
Corredor de San Pablo número 7.
MADRID 1875.

R. 1758

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL (SECCION HISTÓRICA).

HISTORIA DE ROMA,

POR

TEODORO MOMMSEN,

Profesor de la Universidad de Berlin,

traducción de

A. GARCÍA MORENO,

con un prólogo y comentarios en la parte relativa
á España

POR D. F. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Académico de la Historia, electo de la de Nobles Artes de
San Fernando, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Ca-
tedrático de la Universidad Central.

~~~~~  
TOMO VII.  
~~~~~

BIBLIOTECA POPULAR
VALLADOLID

FRANCISCO GÓNGORA, EDITOR.

Corredera Baja de San Pablo, número 7.

MADRID: 1876.

HISTORIA DE ROMA

1876

TEODORO TORRENS

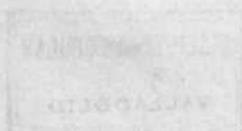
Profesor de la Universidad de Berlin

A. GARCÍA NAVARRO

con un prefacio y comentarios de los señores
A. GARCÍA NAVARRO

por D. T. TORRENS Y GARCÍA NAVARRO

Segunda edición, corregida y aumentada, con el fin de completar el curso de Historia y Geografía de España y Portugal, en el Instituto de Estudios Científicos y Literarios de la Universidad de Madrid.



TOMO VII

MADRID: 1876.—Imp. de J. Sol Torrens y D. García Navarro,
Conde-Duque, 18, bajo.

LIBRO QUINTO.

FUNDACION DE LA MONARQUÍA MILITAR.

Á OTTO JAH ^(a)

EN PRUEBA DE BUENA, ANTIGUA Y FIEL AMISTAD.

(a) *Otto Jahn*, arqueólogo, filólogo y crítico musical, nació en Kiel, en 1813, y fué discípulo del ilustre Latchman. Ha sido sucesivamente profesor en Greifswald y en Leipzig, en donde ocupa la cátedra de arqueología. Muchos y variados son sus trabajos de erudición: sólo citaremos su disertación sobre la *Cista de Ficoroní* (t. II, p. 357) y su catálogo descriptivo de la colección del rey Luis, de la *Pinacoteca* de Munich. Ha hecho ediciones de Juvenal, Floro, Censorino, del *Brutus* y del *Orator* de Ciceron. Por último, como crítico musical, es conocido sobre todo por su excelente *Biografía* de Mozart.

CAPÍTULO PRIMERO.

MARCO LÉPIDO Y QUINTO SERTORIO.—La oposicion. Los juristas. La aristocracia reformista. Los demócratas.—Los Transpadanos. Los emancipados. Los capitalistas.—Los proletarios de Roma. Los expropiados. Los proscritos y sus adeptos. La gente aruinada. Los ambiciosos. El poder de la oposicion.—Carencia de jefes. Las camarillas. Cetego. Filipo. Metelo. Catulo y los Lúculos.—Pompeyo.—Craso.—Los jefes de la democracia. César. Lépidio.—La emigracion en España. Sertorio. Reproduccion de la insurreccion española.—Organizacion del país por Sertorio.—Consecuencias de la muerte de Sila. Insurreccion de Lépidio.—Explosion de la guerra. Derrota de Lépidio. Su muerte.—Pompeyo consigue su nombramiento para el pro-consulado de España.—Pompeyo en la Galia y en España.—Derrota de Pompeyo.—Victoria de Metelo. Batalla del Suero.—Triunfos de los Romanos.—Campañas del año 680 y 681.—Esterilidad y peligros de la guerra.—Rápida decadencia de la fortuna de Sertorio. Disensiones intestinas en su campamento. Asesinato de Sertorio. Perpena sucede á Sertorio.—Pompeyo pone fin á la insurreccion.

La oposicion. Los juristas. La aristocracia reformista. Los demócratas.—A la muerte de Sila (año 676), dominaba con un poder absoluto en el Estado romano la oligarquía restaurada; pero como la habia fundado la fuerza, necesitaba de ésta para sostenerse contra sus numerosos adversarios ocultos ó declarados. No tenia en frente sólo un partido con un fin y un color determinados, y con sus jefes recocidos, tenia, además, que haberse las con una masa compuesta de los más heterogéneos ele-

mentos, y á la que se daba, en conjunto, el nombre de partido popular, pero cuya oposicion contra el sistema constitucional de Sila variaba profundamente en sus motivos y en sus miras.—Contábanse en él á los hombres del derecho positivo, ignorantes é inactivos en política, pero que execraban á Sila y su arbitrariedad respecto de la vida y de la propiedad de los ciudadanos. Viviendo aún el dictador, y cuando toda oposicion permanecia muda, habian ya levantado la cabeza los austeros juristas: más de una sentencia judicial habia negado su sancion á las leyes Cornelianas, cuando éstas, por ejemplo, quitaban el derecho de ciudad á algunas comunidades itálicas, y habian mantenido, por otra parte, en sus derechos al ciudadano prisionero de guerra ó vendido como esclavo en el trascurso de la revolucion. Contábanse en la oposicion los restos de la antigua minoría liberal del Senado, aquella que habia trabajado ya en otro tiempo para conseguir una transaccion entre el partido reformista y los Itálicos. Análogas eran sus tendencias en la actualidad, pues hubiera querido mitigar con oportunas concesiones hechas á los *populares*, los rigores de la constitucion oligárquica silana.—Venian despues los demócratas propiamente dichos, los de creencias radicales pero honradas y circunscritas, que se jugaban su cabeza y sus bienes por una palabra de orden y programa del partido; pero estábales reservada la sorpresa de ver, al dia siguiente de la victoria, que habian luchado, no por una causa, sino por una frase vacía. Su gran caballo de batalla era el restablecimiento del poder tribunicio, que Sila no habia suprimido en realidad, pero que habia despojado de sus atributos esenciales. El nombre del tribunado del pueblo electrizaba á las masas y les producía un misterioso encanto, tanto más poderoso, cuánto que la institucion habia quedado por sí misma sin utilidad

práctica: espectro vano, que diez siglos más tarde será suficiente para hacer una revolución!—Contábanse, en fin, en la oposición las clase ricas y notables, á las que la restauracion no habia dado una satisfaccion completa, ó las habia perjudicado en sus intereses políticos y privados.

Los Transpadanos. Los emancipados. Los capitalistas.—De este modo se iban uniendo á la oposición las poblaciones numerosas y ricas de la region entre el Pó y los Alpes; el haber ganado en el año 665 el derecho latino, no era para ellas más que una suma dada á cuenta del completo derecho de ciudadanía: la agitacion tenia allí siempre dispuesto el terreno. Estaban tambien entre los opositoristas, los emancipados, influyentes por su número y su riqueza, y muy peligrosos por estar reconcentrados en la capital, y que no perdonaban á la restauracion el haberlos anulado por completo: estaban tambien los hombres de la alta banca, por decirlo así, manteniéndose en una prudente tranquilidad, pero guardando sus tenaces rencores con su poder no ménos tenaz.

Los proletarios de Roma. Los expropiados. Los proscritos y sus adeptos. La gente arruinada. Los ambiciosos.—Las masas estaban á su vez descontentas, porque no veian la libertad nada más que en las larguezas de la annona. Pero en donde se ocultaba la guerra más encarnizada, era en las ciudades á donde habian alcanzado las confiscaciones de Sila; ya sea que tuviesen los expropiados que vivir reunidos, dentro de los mismos muros ó en sus mermados dominios, con los colonos del dictador, expuestos á eternas querellas; ya que, como los Arretinos y Volaterranos que habian conservado su territorio, viesen suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles de las confiscaciones en nombre del pueblo

romano; ó ya sea en fin que, como en Etruria, tuviesen que andar errantes, como mendigos, en derredor de sus antiguas fincas y moradas, ó como ladrones en medio las selvas. Por último, todos los jefes demócratas á quienes habia decapitado la restauracion, y los que andaban errantes y miserables, emigrados en las costas de Mauritania, ó seguian á la córte ó al ejército de Mitrídates, habian dejado en pos de sí sus parientes, sus emancipados, la levadura de la venganza. Segun las ideas políticas del tiempo influidas por las afinidades exclusivistas de la familia, era un deber de honor (1) el trabajar con todas sus fuerzas para que los parientes fugitivos volviesen á su pátria; y en cuanto á los muertos, importaba mucho abolir la *nota de infamia* que iba unida á su memoria y á la persona de sus hijos, y que se restituyesen á éstos sus bienes. Los hijos de los proscritos sobre todo, degradados por la ley del regente y reducidos al estado de *pátrias* políticos (t. V, p. 386), tenian en esta misma ley el perpétuo motivo que los incitaba á la insurreccion contra el actual órden de cosas. Agréguese á todas estas fracciones la enorme masa de las familias arruinadas. La muchedumbre alta ó baja que no pensaban ni deseaban otra cosa que los goces refinados de la vida ó las orgías del comun del pueblo, los nobles á quienes no gustaba nada más que contraer deudas, los mismos soldados de Sila, á quienes una palabra de su jefe habia convertido en propietarios pero no en labradores, y que, habiendo consumido ya una vez la herencia de los proscritos, deseaban nuevos trastornos de que pudiesen sacar provecho, todos estaban esperando la

(1) ¿Quiérese de esto un ejemplo característico? Un profesor célebre de letras, el emancipado *Estaberio Eros*, recibia *gratis* en su aula á los hijos de los proscritos.

señal del combate contra el régimen presente, no obstante que algunos escritores hayan asegurado lo contrario. La misma necesidad impelía hácia la oposicion á todos los ambiciosos de talento, á todos los cortesanos de popularidad, á todos aquéllos á quienes la cerrada cohorte de los *optimates* negaba un puesto en sus filas, ó cuya rápida elevacion impedian estos: rechazados violentamente de la falange, intentaban quebrantar, con el favor del pueblo, las leyes de la oligarquía exclusivista y la regla de la antigüedad; todos aquéllos, mucho más peligrosos aún, para quienes, en sus elevadas ilusiones, no era bastante el ser admitidos á gobernar el mundo en los consejos de un cuerpo deliberante. Aun vivia Sila, y ya en la tribuna de los abogados, único terreno que dejó abierto la oposicion legal, resonaba la ardiente palabra de los ambiciosos candidatos, que llevaban en la mano el arma del formalismo jurista, y lanzaban contra la restauracion los acerados dardos de su palabra. Encontrábase entre éstos el gran orador *Marco Tulio Ciceron* (que nació en 3 de Enero del año 648), hijo de un labrador de la aldea de *Arpinum*. Prudente y atrevido á la vez en su oposicion contra el dictador, se habia creado rápidamente un gran nombre. Semejantes aspiraciones no hubieran sido temibles, mientras el héroe no pusiese sus miras más que en una silla curul, y quedase satisfecho con tomar posesion de ella al fin de sus días. Pero el reposo honorífico no podia bastar á un agitador popular; desde el momento en que Cayo Graco necesitó un sucesor, fué tambien necesario que se librase un combate á muerte. Empero todavia no se habia pronunciado ningun nombre: nadie habia revelado tan vastas aspiraciones.

Poder de la oposicion.—Tal era la oposicion contra quien tenia que luchar el gobierno oligárquico instituí-

do por Sila. La muerte del regente habia dejado el gobierno abandonado á sus propias fuerzas ántes de lo que su autor habia seguramente pensado. Tenia una mision difícil, y las dificultades se agravaban mucho más por las miserias políticas y sociales de los tiempos. ¿Cómo mantener sumisos á la autoridad civil central los jefes militares de las diversas provincias? Desprovistos como estaban de fuerza armada en Roma, ¿cómo tener á raya á la multitud sin nombre de los inmigrantes itálicos y extra-itálicos, y de las innumerables bandas de esclavos que vivian libres de hecho? La tarea era muy árdua: el Senado estaba como atrincherado en una ciudadela expuesta y amenazada por todos lados, y á la que se iban á dar inmediatamente formales asaltos. Sila no habia, sin embargo, omitido los medios de una poderosa y sólida resistencia: la mayoría de la nacion se mostraba evidentemente poco favorable, hostil, si se quiere, al gobierno constituido por el dictador; pero este gobierno podia sostenerse por mucho tiempo, haciendo frente á masas confusas y tumultuosas, á una oposicion que no veia claramente su camino ni su fin, y que, no teniendo cabeza, iba fraccionándose hasta el infinito. Mas para resistir, necesitaba ante todo querer hacerlo: para defender la plaza, se necesitaba siquiera una chispa de aquella poderosa energía que la habia edificado: en vano daria el más hábil ingeniero profundos fosos y poderosos muros á una guarnicion que no quisiera defenderse.

Carencia de jefes. Las camarillas. Cetego. Filipo. Metelo, Catulo y los Liculos.—El porvenir iba por fin á depender de los hombres que debian estar al frente de los dos partidos, pero desgraciadamente faltaban, en ámbos, hombres y jefes. Toda la política de entónces obedecia á la influencia deplorable de las camarillas. No

era esto una cosa nueva: quien dice Estado aristocrático, dice tambien familias y grupos esclusivistas: en Roma era secular su preponderancia; pero en los tiempos que vamos historiando es cuando adquirieron mayor poder y prestigio, y cuando se mide por primera vez su imperio por las mismas leyes destinadas á refrenarlos. Todos los personajes notables, populares ú oligarcas puros, se coaligaron en *Heterias*; y en cuanto á la masa de los ciudadanos, los que toman regularmente parte en los negocios políticos, se organizaron tambien en circunscripciones electorales, en cofradías cerradas y casi militares, con sus jefes y sus intermediarios, tomados entre los *principales* ó *escrutadores de las tribus* (*divisores tribuum*). Todo era venal en aquellos *clubs* políticos: el voto del elector, primero, despues el del Senador y el del Juez, y hasta el brazo del pugilista callejero, y el jefe de motin que le guiaba: sólo la tarifa era lo que variaba entre los grandes y los pequeños. La Heteria decide de la eleccion, ordena la acusacion, guía la defensa, gana al abogado de nombradía, y estipula, en caso de necesidad, con el empresario que trafica en grande escala con los votos de los jueces. La Heteria tiene sus bandas y sus falanges, con las que es dueña de las calles, y á veces hasta del Estado. Todos estos excesos se cometian regular y públicamente. Las Heterias tenian su organizacion más perfecta que tal ó cual rama de la administracion pública, y sí, como es costumbre entre bellacos bien educados, se entendian sin decir una palabra sobre todas estas prácticas criminales, nadie las ocultaba, y los mejores abogados hacian, en voz alta, alusiones patentes á sus relaciones con las Heterias á que sus clientes estaban afiliados. Si por casualidad se encontraba un hombre que permanecia puro á pesar de tomar parte en la vida pública, como

Marco Caton, por ejemplo, le consideraban todos como una especie de D. Quijote político. Los clubs y sus intrigas habian reemplazado á los partidos y á sus luchas. Entónces fué cuando apareió un *Publio Cetego*, personaje de carácter equívoco, marianista de los más ardientes en un principio, tráfuga recibido despues por Sila, y que desempeñaba en la actualidad uno de los papeles más importantes: orador y mediador hábil, se agitaba entre las facciones diversas del Senado; poseia la llave de todos los secretos, de todas las cábalas políticas, y muchas veces, una sola palabra de *Præcia*, su dama, decidia el nombramiento para los altos cargos del Estado. Para llegar hasta aquí, era necesario que en las filas de los hombres de accion no hubiese uno que pasase la línea comun. En cuanto se presente un talento excepcional romperá como telas de araña estas miserables facciones; pero aún no habia en Roma ninguna de esas capacidades políticas ó militares. De la antigua generacion, no habian dejado las guerras civiles más que un sólo hombre notable, el viejo Lucio Filipo (cónsul en 663); prudente y hábil, adepto primeramente al partido popular (t. V, p. 201), más tarde jefe del partido capitalista amotinado contra el Senado, afiliado luego á los marianistas, y vuelto al campo de la oligarquía victoriosa á tiempo para recoger en él honra y provecho, habia sobrenadado en el conflicto de los partidos. A los hombres de la generacion siguiente es á quienes habian pertenecido los más notables personajes de la aristocracia pura: Quinto Metelo Pio (cónsul en 674), compañero de peligros y de gloria de Sila; Quinto Lutacio Catulo, cónsul en el año de su muerte (676), é hijo del vencedor de Berceil; y los dos jóvenes capitanes, los hermanos *Lucio* y *Marco Liculo*, que se habian distinguido á las órdenes de Sila, el primero en Asia y el segundo en Italia. Paso en silencio

á muchos *optimates* como Quinto Hortensio, importante sólo como abogado: á *Décimo Junio Bruto* (cónsul en el año 677), y á Marco Emilio Lépido Liciniano (cónsul también en 677): puras nulidades, que no tenían nada más que un nombre sonoro y aristocrático. Los cuatro personajes primeramente citados, no se elevaban tampoco muy por encima del comun de los hombres de la facción nobiliaria. Catulo era, como su padre, un hombre cortés, un aristócrata honrado, pero sin gran talento militar. Metelo merecía personalmente estimación por su excelente carácter; era además buen capitán y soldado experimentado: al salir del consulado, en el año 675, cuando los Lusitanos, unidos con los emigrados romanos, que seguían á Quinto Sertorio, acababan de levantar nuevamente la cabeza, había sido enviado á España, no tanto á consecuencia de su inmediato parentesco y sus relaciones con el regente, como por su mérito públicamente reconocido. También los dos Lúculos eran buenos oficiales: el mayor, Lucio, sobre todo, unía á un verdadero talento militar la más esquisita cultura literaria y el buen gusto de un excelente escritor: como hombre, tenía el sentimiento del honor, pero en el terreno de la política, carecían de vigor estos corifeos de la aristocracia, y tenían miras tan cortas como el comun de los senadores. Bravos frente á los enemigos exteriores, no estaban dispuestos á arrojarse en el movimiento de la política, ni eran capaces de coger el timón y conducir con seguridad la nave del Estado en este agitado mar de intrigas y de facciones. Consistiendo toda su sabiduría en conservar pura la ortodoxia de su creencia oligárquica, y teniendo ésta como su panacea universal, aborrecían por completo la demagogia y la maldecían atrevidamente como á toda fuerza que osaba emanciparse. Bastaba, sin embargo, poco para satisfacer su insigni-

ficante ambicion. No hay que creer así mismo tantas historietas como hay en los libros, todo lo que se refiere de la permanencia de Metelo en España, en sus nécias debilidades por la ruda lira de los poetas asalariados del país, en aquellas libaciones de vino que se le ofrecian, en aquel incienso quemado á su paso como delante de un Dios, en aquellas *Victorias* que se colocaban sobre su cabeza cuando estaba en la mesa, y le coronaban de laureles al ruido de la tempestad. Verdaderas ó falsas, pintan á lo vivo todas estas consejas las vanidades en que se complacian los degenerados *epigonos* de las valientes razas antiguas. Los mejores entre ellos se daban por satisfechos cuando habian conquistado, no el poder y la influencia, sino el consulado ó el triunfo, y un puesto de honor en la Curia. Cuando sonaba la hora de la ambicion séria y honrosa, cuando hubieran debido venir en ayuda de la patria ó de su partido, se retiraban de la escena política é iban á corromperse en un lujo de príncipes. ¿Qué pensar de estos hombres, de Metelo y de los Lúculos, cuándo se los vé hasta en los campamentos, cuyos jefes son, cuidarse ménos de estender las fronteras del imperio y someter á Roma reyes y pueblos, que de completar las largas listas de manjares, de aves y de postres de un gastrónomo romano, y hacer que se anoten en ellas los más delicados esquisitos y importados de Asia Menor y de Africa? ¿Qué pensar, cuándo se los vé malgastar la mejor parte de su vida en el ocio de su retiro? ¿Qué se ha hecho de aquellas tradiciones de habilidad y de sacrificio individual, que eran el firme asiento del régimen oligárquico? Una vez caída y artificialmente restaurada, las ha perdido para siempre la aristocracia romana. Sustituye el patriotismo con el espíritu de pandillage; la ambicion con la vanidad; la consecuencia con la estre-

chez de miras. En manos de mejores guardadores, tales como los individuos del colegio de los cardenales de la Roma católica, ó del tribunal de los *Diez*, en Venecia, no hubiera caído quizá tan pronto la constitucion de Sila ante los golpes de la oposicion.

Pompeyo.—Entre los personajes que no eran ni partidarios absolutos ni enemigos declarados de la constitucion de Sila, no habia ninguno que atrajese tanto las miradas de las masas como el jóven Cneo Pompeyo, de 28 años de edad, en el momento en que murió el ex-regente. Esta admiracion, por más que fuese natural, fue un mal para él y para los que la sentian. Sano de cuerpo y de espíritu, gimnasta hábil, que disputaba al simple soldado, siendo él ya oficial superior, el premio del salto, de la carrera y del disco, ginete hábil y fuerte, no ménos diestro paraesgrimir una espada, y muy audaz á la cabeza de sus voluntarios; en una edad en que no podia aún aspirar a los grandes cargos, ni aún al del Senado, habia sido saludado *Imperator* y habia obtenido el triunfo. La opinion le habia asignado el primer puesto despues de Sila; y el mismo regente, en parte por conviccion y en parte por ironía, le habia permitido que tomase el sobrenombre de *Grande*. Por desgracia no rayaba su génio á la altura de su prodigiosa fortuna. En realidad, no era malvado ni incapaz, no era más que un hombre ordinario; la naturaleza le habia creado para ser un buen subalterno: las circunstancias habian hecho de él un general y un hombre político. En él se veia al militar, al soldado inteligente, bravo, experimentado, excelente en fin, pero sin más alta vocacion: como general de ejército, en el campo de batalla ó en cualquier otra parte, procedia siempre con una prudencia tan extremada que casi rayaba en la pusilanimidad. Solo daba el golpe decisivo cuando tenia conciencia de una

gran superioridad. Su educacion habia sido la de todos los Romanos de su siglo. Como hombre de espada, no compró á los retóricos, cuando llegó á Rodas, su tributo de admiracion. Tenia la probidad del rico, que sabe arreglar bien los asuntos de su casa con ayuda de su gran fortuna heredada ó adquirida: no desdeñaba hacer dinero segun el método usado entónces entre los senadores; pero frio por temperamento y muy rico, no llegaba hasta abarcar especulaciones peligrosas, y cargar con la responsabilidad de grandes escándalos. Su renombre de probidad y de desinterés, renombre merecido, juzgándolo relativamente á los demás, lo debió más bien á los vicios de sus contemporáneos que á su virtud personal. Era cosa casi proverbial la «honradez de Pompeyo»; y hasta despues de su muerte se ensalzaba la sabiduría y la dignidad de sus costumbres. En realidad, fué buen vecino: no se entregó á las prácticas repugnantes de los grandes de Roma que extendian sus dominios mediante ventas forzadas ó por otros medios aún peores de que se valian contra los poseedores limítrofes: en su casa, fué buen marido y buen padre: digamos en fin, en su honor, que, cuando en sus triunfos llevó consigo reyes y generales cautivos, no hizo que los matasen despues, siguiendo la bárbara costumbre de sus predecesores y de algunos de sus sucesores. Mas cuando Sila lo queria así, como era su señor y su maestro, se separaba inmediatamente de una esposa amada, cuyo crimen era el de pertenecer á una familia que habia caido en desgracia. A la menor señal de Sila, nuestro héroe hacia asesinar á sangre fria, y á su presencia, los hombres que en tiempos dificiles habian marchado á su lado (t. VI, página 104). No era cruel como se ha dicho, sino, lo que es peor, era frio, insensible, sin pasion hácia el bien ni hácia el mal. Si en medio de la batalla se lanzaba in-

trépido sobre el enemigo, se le veía en cambio en la vida civil ser pusilánime y cambiar de color por la cosa más insignificante. Hablaba en público con cierto embarazo, y era afectado y torpe en las relaciones sociales. Con todas sus altanerías y sus alharacas de independencia, no fué nunca más que un dócil instrumento en manos de cualquiera que sabia manejarlo; fué á veces guiado por sus emancipados y sus clientes, cuando no temia tener que obedecerlos. En suma, no habia nacido con dotes de hombre de Estado. Incertidumbre en sus fines, indecision en la eleccion de medios, estrechez de miras en las circunstancias grandes ó pequeñas: tales eran las causas de su debilidad. Permanecia perplejo, disfrazando su irresolucion y su turbacion bajo la solemne capa del silencio, y cuando al fin se decidía á obrar, se engañaba á sí mismo creyendo engañar á los demás. Su situacion militar, sus relaciones en la provincia, casi sin que él trabajase en ellas, le valieron un partido considerable, adicto á su persona y propio para llevar á cabo más grandes cosas. Pero bajo ninguna relacion supo nunca reunirlos ni guiarlos; y si un dia se verificó esta reunion, no la consiguió él, sino que fué cosa de las circunstancias. En esto, como en otras muchas cosas, me recuerda á Mario, el rudo campesino, apasionado y sensual, insoportable lo mismo que esta tosca imitacion de grande hombre. En política, era sumamente falsa la posicion de Pompeyo. Como oficial del ejército de Sila, debia luchar en favor de la constitucion restaurada; y sin embargo hizo una oposicion personal á Sila y con él á todo el régimen senatorial. A los ojos de la aristocracia, aún no era del todo aceptable la familia de los pompeyanos, inscrita por primera vez en los fastos consulares, hacia apenas unos 60 años: el padre de Cneo habia jugado frente al Senado un papel

odioso y equívoco; y hasta al mismo Pompeyo lo hemos visto en las filas de los partidarios de Cina. No se hablaba de estos recuerdos, pero no por eso se borraban. La gran fortuna conquistada por Pompeyo bajo Sila, al mismo tiempo que lo unía exteriormente á la facción aristocrática, les suscitaba, en el interior, grandes antipatías. Tenía débil la cabeza; y trasportado rápidamente y sin trabajo al pináculo de la gloria, se apoderó de él el vértigo, y como si hubiera querido él mismo burlarse de su prosáica figura, se atrevió á compararla con la del más noble y poético de los héroes, con la de Alejandro el Grande. Segun él no estaba bien visto que ocupase sólo un lugar entre los 500 senadores de Roma. Y sin embargo, á ninguno le hubiera convenido con más exactitud que á él el papel de simple miembro de la asamblea directora bajo un puro régimen aristocrático. Si hubiera vivido 200 años ántes, la dignidad de su presencia, su formalismo solemne, su bravura individual, la providad de su vida privada, todo, hasta su falta de iniciativa, le hubiera asegurado quizá un honroso puesto al lado de Quinto Máximo y de Publio Decio. Su misma medianía, verdadera virtud del óptimate romano, contribuyó mucho á la afinidad que se estableció un dia entre él y la masa del pueblo y del Senado. Todavía en su siglo le estaba destinado un papel importante, si hubiera sabido contentarse con no ser más que el general del Senado: este era su verdadero destino. Pero su ambicion iba más léjos y dió caida tras caida por haber querido elevarse más de lo que buenamente podia. Soñando sólo subir sobre un pedestal, se le presentó un dia por delante, y no se atrevió á escalarlo: su rencor fué muy profundo, cuando los hombres y las leyes no se le sometieron á discrecion. Sin embargo, afectaba una modestia que no siempre era fingida, sien-

do un ciudadano entre millares de iguales, y temblando ante el más leve pensamiento de un acto contrario á la constitucion. Así pues, frio siempre con la oligarquía, y siempre su humilde servidor, torturado constantemente por una ambicion que se espantaba de sus propias miras, estaba Pompeyo condenado de antemano á las contradicciones continuas é interiores de una vida triste, laboriosa é inutilmente agitada.

Craso.—Tampoco puede clasificarse á Craso entre los puros partidarios de la oligarquía. Tambien es esta una de las más características figuras de aquel siglo. Pertenecia como Pompeyo, á quien llevaba algunos años, á la sociedad de la alta aristocracia romana: habia recibido la educacion habitual de su casta, y habia combatido, como aquél, á las órdenes de Sila en la guerra de Italia. En cuanto á dones de entendimiento, á cultura literaria y á talentos militares, quedaba mucho más atrás que sus iguales; pero los superaba por su actividad infatigable, por su tenaz deseo de poseerlo todo y de señalarse en todas las cosas. Entregóse por completo á las especulaciones. La adquisicion de tierras por compra-venta, durante la revolucion, fué la base de su enorme fortuna, sin despreciar los demás medios de enriquecerse: levantando en la capital grandiosas construcciones: interesándose, mediante sus emancipados, en las sociedades y en las compañías comerciales; teniendo banca en Roma y en las provincias, con ó sin el concurso de su gente; prestando dinero á sus colegas senatoriales, y emprendiendo por su cuenta y con oportunidad, las obras públicas, ó comprando los tribunales de justicia. Con tal de ganar, abandonaba todos los escrúpulos. En tiempo de las proscripciones de Sila, fué un dia convencido de haber falsificado las terribles listas, y, desde esta fecha, no quiso el dictador emplearle

en los asuntos de Estado. Por más que resultase falso un testamento en que él había sido nombrado heredero, no por eso dejaba de serlo; y cerraba los ojos cuando su administrador expulsaba á los dueños de las tierras colindantes por via de hecho ó de usurpacion tácita. Atento, por otra parte, á no entrar en lucha abierta con el juez, sabia vivir con sencillez, como verdadero hombre de dinero. De este modo es como se vió que, en pocos años, no poseyendo en un principio nada más que un patrimonio senatorial ordinario, acumuló inmensos tesoros: poco ántes de su muerte, á pesar de los gastos imprevistos é inauditos que habia hecho, se evaluaba su fortuna en 170 millones de sextercios. Habíase convertido en el particular más opulento de Roma, y se le consideraba como una potencia política. Si era verdad, segun él decia, que solo podia llamarse rico aquel cuyas rentas eran suficientes para mantener un ejército en pié de guerra, es necesario convenir en que, en aquellos momentos, no era este hombre un simple ciudadano. En efecto, Craso aspiraba á algo más que á ser dueño de la caja mejor provista de Roma. Nada escatimaba para estender sus relaciones; sabia llamar y saludar por su nombre á todos los ciudadanos de Roma; nunca se negó á defender en justicia al que invocaba su auxilio. ¿Qué importa que la naturaleza le hubiese negado cualidades de orador, y que su palabra fuese árida, su estilo monótono, y duro su oído? Tenaz en sus opiniones, no arredrándole nada y poco aficionado á los placeres, superaba todos los obstáculos. No dejándose sorprender y no improvisando nunca, era consultado á todas horas, y siempre estaba dispuesto: pocas causas le parecian malas, poniendo en juego para obtener buen éxito, así los recursos de la abogacia, como la influencia de sus relaciones, y en caso necesario, hasta comprando á los jueces con dinero. La

mitad de los senadores le tenían por acreedor; y disponía de una masa de hombres notables que se hallaban bajo su dependencia, teniendo por costumbre prestar sin interés «á sus amigos,» pero siendo estos préstamos reembolsables á su voluntad. Hombre de negocios, ante todo, prestaba sin distincion de partidos, ponía mano en todos los campos, y daba de buen grado crédito á todo el que podía pagarle, ó serle útil en algo. Encuanto á los agitadores, áun los más atrevidos, aquellos cuyos ataques á nadie perdonaban, se guardaban mucho de venir á las manos con Craso: comparábasele al toro á quien siempre es peligroso irritar. No hay que decir que un hombre colocado en esta posición, no aspiraba á un fin modesto: de más talento que Pompeyo, sabía exactamente, como sabe todo buen banquero, cuál era el fin de sus especulaciones políticas y qué elementos podía poner en juego. Desde que Roma fué Roma, desempeñaron siempre los capitales el papel de un poder en el Estado: pero en la actualidad, se alcanzaba todo con el oro lo mismo que con el acero. Durante la revolución había podido la aristocracia del dinero pensar en destruir la oligarquía de las antiguas familias: también Craso podía aspirar ahora á algo más que á ser precedido por las haces del licitor ó á adornarse con el manto bordado del triunfador silano. Al principio, marchó con el Senado; pero era demasiado buen banquero para entregarse á un solo partido, y seguir otro camino que el de su interés personal. ¿Mas por qué este hombre, el más rico, el más intrigante de los Romanos, que no era además avaro, y sabía aventurar mucho, por qué, repito, no aspiró á una corona? Tal vez porque reducido á sus propias fuerzas no le sería dado conseguir su fin; pero puesto que había acometido muchas veces grandes empresas y formado vastas asociaciones, ¿no podía hechar

mano para ésta á uno de sus adictos que le fuese útil? Entónces fué cuando se vió á Craso, mediano orador y capitán, político activo pero sin energía, codicioso pero sin ambición, que no se recomendaba por nada sino por su colosal fortuna y su habilidad comercial, extender por todas partes sus inteligencias, acaparar la omnipotente influencia de las camarillas y de los intrigantes, estimarse el igual de los más grandes generales y de los más grandes hombres de Estado de su siglo, y disputarles la más alta palma á que puede aspirar el ambicioso.

Los jefes de la democracia. César. Lépidio.—En el campo de la oposición democrática, así entre los conservadores liberales, como entre los *populares*, habia causado terribles bajas la tempestad revolucionaria. Entre aquéllos, solo habia quedado un personaje notable, *Cayo Cotta* (de 630 á 681), amigo y aliado de Druso. Desterrado por esta causa, en el año 663, habia vuelto á su patria á consecuencia de las victorias de Sila (t. VI, página 125). Era éste un hombre prudente y un buen abogado, pero llamado á lo más á formar honrosamente en segunda fila, ya se le considerase como hombre de partido, ó se pesase su mérito personal. Entre los demócratas de la generación jóven, habia un hombre que atraia las miradas de todos, amigos y enemigos. *Cayo Julio César* (que nació, segun parece, en 12 de Julio del año 652) contaba 24 años (1). Su alianza con Mario y Cina,

(1) Colócase ordinariamente el nacimiento de César en el año 654, fundándose en que Suetonio, Plutarco y Apiano, dicen que tenia 56 años en el momento de su muerte (15 de Marzo del año 710), y en cordancia con el dicho de Veleyo Paterculo (2,41), que dice tenia 18 años cuando la proscripción de Sila (año 672). Pero de adoptar esta fecha, se cae en contradicciones inexplica-

(la hermana de su padre se había casado con Mario, y él era yerno de Cina); su valiente negativa, siendo aún adolescente, á enviar á su jóven esposa Cornelia la carta de repudio que Sila le dictaba, cuando Pompeyo se habia apresurado á someterse á esta exigencia; su temeraria persistencia en conservar el sacerdocio, que Ma-

bles. César fué edil en el año 689, pretor en 692, y cónsul en 695; ahora bien, segun las leyes *annales* (*leyes annariæ*) se necesitaba, para conseguir la edilidad, tener por lo menos de 37 á 39 años de edad, y de 40 á 41 y 43 á 44 para la pretura y el consulado (Becker *Hand* 2, 2, 24). No se comprende como pudo suceder que César ocupase todos los cargos curules dos años ántes de lo edad legal, y ménos aún que no se haya hecho mencion de ello por ningun autor. Resulta de todo esto la presuncion fundada de que, ocurriendo su nacimiento en 12 de Julio (cosa que se sabe de cierto), debió nacer en el año 652, y nó en 654; que, por consiguiente, en 672, tendria de 20 á 21 años, y que debió morir no de 56 sino de 57 y 8 meses. En apoyo de esta conclusion invocariamos una circunstancia que citan con frecuencia los partidarios de la tesis contraria, su promocion por Mario y Cina, cuando era casi un niño (Veleyo 2, 43), al título de sacerdote de Júpiter. Mario murió en Enero del año 668, cuando César tenia *trece* años y medio segun la opinion comun, siendo, no solamente «casi un niño,» sino un verdadero niño todavia, y segun todas las probabilidades, sin tener aún la aptitud que se requería, para ejercer tal sacerdocio. Que si por el contrario, se coloca su nacimiento en el año 652, tendria 16 años próximamente cuando murió Mario: y entónces se concilia todo. Así, la observacion de Veleyo, como la regla general segun la que no podia entrarse en los empleos civiles hasta haber salido de la infancia. Agreguemos un último hecho que nos confirma por sí solo en nuestra opinion, á saber, que en los *dineros* acuñados por César al principio de la guerra civil, se lee la cifra LII, indicando sin duda alguna su edad: tenia pues, algo más de 52 años cuando estalló esta guerra y además, aunque á nosotros que estamos acostumbrados á un registro civil oficial y regular de nacimientos y de defunciones, nos parezca cosa gra-

rio le había dado y que Sila quería quitarle; su vida errante para librarse de las amenazas del dictador, de las que le libraron con mucho trabajo las gestiones y ruegos de su familia; su bravura en los combates delante de Mitelene y en Cilicia, bravura que nadie esperaba, tratándose de un jóven educado con delicadeza y los há-

ve, ¿qué temeridad hay en esto de acusar de error á nuestros autores? Las cuatro citas que preceden pueden haber sido tomadas de una misma fuente. Qué extraño es que no se les dé un crédito absoluto, si se considera que en los tiempos antiguos, ántes de la creacion de las *Acta-diurna*, no se encuentra más que confusion y sorprendentes contradicciones en las fechas del nacimiento de los Romanos más ilustres y eminentes, como en el de Pompeyo, por ejemplo? Napoleon III, en su *Vida de César* (t. I, lib. 2.º p. 252, nota,) combate nuestra opinion, ya porque obedeciendo á la *ley anual* seria necesario referir el nacimiento de César al año 654, y no al 652; ya porque conocemos numerosos ejemplos en que no fué observada la ley. En la primera de estas aserciones, existe un olvido. El ejemplo de Ciceron atestigua que la ley anual sólo exigía haber entrado en el año 53 para poder ser elegido cónsul, y no el haber cumplido ya dicha edad. En cuanto á las escepciones á que se refiere el autor de *César*, distan mucho de estar justificadas, cuando Tácito (An. II. 22) dice, que los antiguos Romanos, se preocupaban poco de la edad, y que se habian visto personas muy jóvenes obtener el consulado y la dictadura, alude á tiempos anteriores á la promulgacion de las *leyes annales*, al consulado de *Marco Valerio Corvo*, promovido á él á los 23 años, y á casos análogos: citase tambien á Lúculo, pero esta cita es inexacta: todo lo que se sabe (*Cic. Acad.* I, 4), es que fundándose en no se que disposicion escepcional y á título de recompensa por una hazaña ó un servicio prestado, se le dispensó del intervalo legal de los dos años entre la edilidad y la pretura; y le vemos, en efecto, edil en 675, pretor en 677 y cónsul en 680. Muy diferente es el caso de Pompeyo vemos en varios autores (*Cic. pro leg. Man.* 24.62; *Ap. I.* es 3,38) que el senado le dispensó formalmente de la edad. No hay que admirarse de esta escepcion hecha con Pompeyo, el

bitos afeminados de un *señorito*; y la expresion de Sila, que veía muchos Marios ocultos bajo aquella túnica mal ceñida, todo esto le recomendaba poderosamente á los ojos de los demócratas, pero César no ofrecia más que esperanzas para el porvenir: respecto del presente, habian muerto ó se hallaban en el destierro los hombres que por su edad ó por su posicion en el Senado estaban llamados á dirigir el partido y á hacerse dueños del gobierno de la nacion. A falta de un hombre que desempeñase este gran papel, la direccion de la democracia pertenecia al primero que se erigiera en representante de los oprimidos demócratas, y esto es lo que hizo *Marco Emilio Lépido*, antiguo silano, que se habia pasado al partido popular por motivos bastante equívocos. Optimate ardiente en un principio, pujador asídúo en las ventas de los bienes de los proscritos, habia cometido, durante su pro-consulado en Sicilia, innobles rapiñas. Siendo in-

general victorioso y triunfador que pide el consulado á la cabeza de un ejército, y, despues de su lucha con Craso, al frente de su partido poderoso; pero habria que extrañar que se hiciese esta escepcion con el jóven César cuando aspiraba á los cargos menores y no tenia más importancia que la de un principiante político ordinario. Más increíble seria aún, que mientras nuestras fuentes hacen meencion del hecho sumamente explicable de la dispensa concedida á Pompeyo, se callasen acerca de la may extraordinaria otorgada á César. Hubiera sido muy cómodo, sin embargo, recordar el hecho cuando más tarde fué Octavio elegido cónsul á los 21 años (Ap. 3, 38). De todos estos ejemplos, se ha pretendido concluir que en Roma «ne se observaba la ley cuando se trataba de hombres eminentes» (*vida de César* l. c.). No se que se haya dicho nada tan erroneo sobre Roma y sobre los Romanos. La grandeza de aquella República, asi como la de sus generales y la de sus hombres de Estado, se fundaba ante todo, en la omnipotencia de las leyes, aún en lo que concierne á su persona.

minente una acusacion, se hechó, para librarse de ella, en brazos de la oposicion. La adquisicion era para ésta de un valor dudoso. Lépidó le llevaba, indudablemente, el auxilio de su nombre, de su importancia y de su viva palabra en las luchas del Forum; mas no por eso dejaba de ser un hombre sin formal talento, una cabeza vana, y no merecia el primer rango, ni en el ejército, ni en los consejos de la ciudad. La oposicion, sin embargo, le hizo buena acogida. Aterrados los senadores ante el nuevo agitador popular, retrocedieron, no se llevó adelante la acusacion comenzada; y hasta consiguió que le eligieron cónsul para el año 676, gracias á su oro robado en Sicilia, y gracias sobre todo al apoyo verdaderamente extraño que fué á pedir á Pompeyo, hizo ver en esta ocasion á Sila y á los Silanos puros de cuánto era capaz. Cuando Sila murió, ya tenia la oposicion un jefe en la persona de Lépidó; y como este jefe ocupaba al mismo tiempo la magistratura suprema, podia predecirse con toda seguridad la próxima explosion de una nueva revolucion en la capital.

La emigracion en España. Sertorio. Recrudescimiento de la insurreccion española. Metelo en España.—Pero la agitacion de los emigrados demócratas en España, se habia anticipado á la revolucion del partido en Roma. Quinto Sertorio era el alma de dicha agitacion. Este hombre notable, oriundo de *Nursia*, en la Sabina, tenia un corazon franco y buenos sentimientos hasta rayar casi en la debilidad. ¿Quién no ha oido hablar de su amor entusiasta á su madre *Rhea*? Al mismo tiempo, le habia valido su valor caballeresco gloriosas cicatrices de heridas recibidas en las guerras cimblicas, españolas, é italianas. Orador sin tradicion de escuela, encantaba á los abogados más listos por la facilidad, fluidez y naturalidad de su palabra, y por el seguro efecto de sus

medios oratorios. En la guerra de la revolucion tan miserable y absurdamente conducida por los demócratas, habia hallado ocasion de formar con ellos un brillante y honroso contraste, lo mismo como capitán que como hombre de Estado: por confesion de todos, era el único oficial del partido que supo preparar y dirigir la guerra: fué tambien el único hombre político que se opuso con una sábia energía á los excesos y á los furores demagógicos. Sus soldados de España, le saludaban con el nombre de «nuevo Annibal, no solamente por que habia perdido un ojo en los combates, sino tambien porque habia revivido, en efecto, el método ingenioso á la vez que atrevido, del gran capitán cartaginés, su maravillosa destreza en contrarestar la guerra con la guerra, su talento para atraer á sus intereses á los pueblos extranjeros y hacerlos servir á su fin, su sangre fria lo mismo en las buenas que en las malas circunstancias, la rapidez de su inventiva para sacar partido de sus victorias ó evitar las malas consecuencias de sus derrotas. Es dudoso que haya habido jamás hombre de Estado romano, en los siglos antiguos ni en los contemporáneos, que haya igualado los universales méritos de Sertorio. Obligado por los generales de Sila á refugiarse en España, llevó primero una vida de aventurero, errante en las costas de la Península y en las africanas, ya aliado, ya enemigo de los piratas cilicios establecidos tambien en estas regiones, ó de los jefes de las tribus nómadas de Libia. Victoriosa la restauracion, habia llegado persiguiéndole hasta allí: un dia que tenia sitiada á *Tingis (Tanger)*, vino un destacamento del ejército de Africa, dirigido por *Paccioco*, en auxilio del príncipe local. Sertorio lo batió completamente y tomó á *Tanger*. Al ruido de estas hazañas los Lusitanos que, á pesar de su pretendida sumision al dominio de la República, con-

tinuaban defendiendo su independencia, y libraban todos los años sangrientos combates con los pro-cónsules de la España ulterior, los Lusitanos, repito, enviaron á Africa una embajada al Romano fugitivo, invitándole á que viniese á su país, prometiéndole el mando en jefe de sus milicias. Sertorio habia servido 20 años ántes en España, bajo Tito Didio, conocia los recursos del país, y se decidió á aceptar las ofertas de los Lusitanos. Dejando un pequeño destacamento en las costas de Mauritania, se hizo á la vela por el año 674; pero el estrecho que separa á España de Africa, estaba ocupado por Cotta con una escuadra romana, y era imposible atravesarlo sin ser visto. Abrióse paso por la fuerza, y arribó felizmente á las costas de Lusitania. Sólo 20 ciudades se pusieron á sus órdenes; no pudiendo reunir tampoco más de 2.600 Romanos, tráfugas en su mayoría, del ejército de Paccieco, ó Africanos armados á la romana. Con su gran golpe de vista, comprendió que era necesario dar por punto de apoyo á las dispersas bandas de sus *guerrillas* un núcleo sólido de soldados disciplinados y bien organizados: al efecto, reforzó el pequeño cuerpo que habia llegado de Africa con una leva de 4.000 infantes y 700 caballos, y marchó adelante con esta legion única y con las bandas de voluntarios españoles. La España ulterior obedecia á *Lucio Fusidio*, oficial subalterno, elevado á pro-pretor á causa de su incondicional sumision á Sila. adhesion experimentada hasta en las proscripciones, y fué completamente derrotado sobre el Betis, quedando 2000 romanos en el campo de batalla. Enviáronse precipitadamente mensajeros á *Marco Domicio Calvino*, gobernador de la provincia del Ebro: era necesario á toda costa detener los progresos de Sertorio. Apareció tambien inmediatamente en el teatro de la guerra Quinto Metelo, general experimentado, á quien Sila envia a

á la España del Sur para suplir la insuficiencia del pretor. Pero no era ya posible dominar la insurreccion. En la parte del Ebro, un oficial de Sertorio, *Lucio Hir-tuleyo*, su cuestor, destruyó el ejército de Calvino y mató á éste: al poco tiempo fué tambien derrotado por este bravo jefe el pro-cónsul de la Galia transalpina, Lucio Manlio, que habia atravesado los Pirineos para venir en socorro de su colega, y él mismo escapó á duras penas, refugiándose en *Ilerda (Lérida)*, con algunos hombres, y se volvió á su provincia. En el camino se arrojaron sobre él los pueblos Aquitanos y le arrebataron todos sus bagajes. En la España ulterior, habia penetrado Metelo entre tanto en el país de los Lusitanos; pero, al poco tiempo, mientras que tenia sitiada á *Longobriga* (no léjos de la desembocadura del Tajo), atrajo Sertorio á una emboscada á toda una division romana y á Aquino su jefe, obligando á Metelo á levantar el sitio y á evacuar el territorio enemigo. Siguióle Sertorio y batió el cuerpo de ejército mandado por *Torio* sobre el *Anas (Guadiana)*, y en esta guerra de escaramuzas hizo sufrir enormes pérdidas al general en jefe. Este, que era un táctico metódico y algo pesado, se desesperaba por completo. Se las habia con un enemigo que rehusaba un combate decisivo, le cortaba los víveres y las comunicaciones, y le atacaba á todas horas y en todas partes por sus flancos.

Organizacion del país por Sertorio.—Tantos y tan increíbles triunfos, obtenidos á la vez en ámbas Españas, eran tanto más notables cuánto que no eran puramente militares, y, que no se habian conseguido solo con las armas. Los emigrados no eran temibles por sí sólos, y en cuanto á los Lusitanos, no podia darse mucha importancia á sus triunfos, conseguidos sobre todo, á las órdenes de un general extranjero. Mas con

la seguridad de su tacto de hombre político ó de patriota, en vez de hacerse Sertorio el *condotieri* de los Lusitanos, se condujo en todas partes y en cuanto estaba en su mano, como un general y un delegado romano en España: en tal sentido habia venido 20 años ántes, mandado por el gobierno de entónces. Con los jefes de los emigrados, compuso un Senado que contaba hasta 300 miembros, dirigia los negocios con arreglo á las formas establecidas en Roma, y nombraba los magistrados (1). En su ejército no veia más que un ejército romano, y á los Romanos correspondian todos los grados. Respecto de los Españoles, lo consideraban tambien como el pro-cónsul de Roma que les exigia, en virtud de su carga, hombres y subsidios; pero en lugar de administrar despóticamente segun costumbre, hacia todo lo posible por unir los provinciales á Roma y á su propia persona. Su génio caballeresco le facilitó medios de familiarizarse con las costumbres españolas é inflamó la nobleza del país con un vivo entusiasmo hácia este admirable capitán, á quien ellos seguian espontáneamente. Habiendo aquí, lo mismo que entre los Celtas y entre los Germanos, la costumbre de que el príncipe tuviese sus *fieles*, se vió á los más ilustres Españoles jurar por millares que seguirian hasta la muerte á su general romano, y Sertorio tuvo en ellos, compañeros de armas mucho más seguros que sus compatriotas y que sus mismos partidarios: léjos de despreciar las supersticiones de los rudos pueblos del país, sacó de ellas un excelente partido. Diana era, segun él, quién le enviaba sus planes com-

(1) Los primeros jefes colocados para la organizacion de España, hay que referirlos, cuando ménos, á los años 674, 75 y 76, áun cuando su completa ejecucion corresponde á los años posteriores.

pletamente formados, sirviéndole de mensajera una cierva blanca. Gobernaba en suma, con dulzura y con justicia. Hasta donde alcanzaban su ojo y su brazo estaban sometidas sus tropas á la más severa disciplina: no castigando, en general, sino con leves penas, era inexorable con el soldado que cometia una fechoría en país amigo. Quería formalmente un mejoramiento duradero de la suerte de los provinciales, rebajando los tributos, obligando á sus tropas á construirse chozas ó barracas para el invierno, librando de este modo á las ciudades de la pesada carga de los alojamientos, y destruyendo al mismo tiempo una fuente de abusos insoportables. Fundó en Osca (*Huesca*) una Academia para los hijos de las familias nobles españolas, en la que recibían aquéllos la instruccion usual de la juventud noble de Roma, en donde aprendían á hablar griego y latin, y á llevar la toga. Admirable institucion, que no tenia sólo por objeto asegurar á Sertorio, bajo una más suave forma, rehenes siempre necesarios en España, áun respecto de las ciudades aliadas, sino institucion que se inspiraba también en el gran pensamiento de Cayo Graco y de los hombres del partido democrático, pero perfeccionada y tendiendo á *romanizar* insensiblemente las provincias. Era la primera vez que se emprendía semejante obra, no destruyendo las razas indígenas y sustituyéndolas con la colonizacion italiana, sino convirtiendo á los provinciales en Latinos. Los optímates de Roma se burlaban de estos miserables emigrados, de estos tráfugas del ejército italiano, últimos restos de las bandas de ladrones que habia dirigido Carbon: costóles caro su desdén estúpido: enviáronse contra Sertorio enormes ejércitos, incluyendo en éstos las levas en masa verificadas en España, 120.000 infantes, 2.000 arqueros y honderos y 6.000 caballos. Contra esta fuerza tan inmensamente

superior libró Sertorio una série de combates afortunados, consiguió importantes victorias, y hasta llegó á apoderarse de la mayor parte de España. En la provincia ulterior, no poseia Metelo más que el suelo que pisaban sus soldados: en cuanto podian, se pasaban á Sertorio todos los pueblos. En la citerior, en donde habia vencido Hirtuleyo, no se veia ni un soldado romano. Ya los emisarios de Sertorio recorrían toda la Galia, se agitaban las razas célticas, y las bandas reunidas en las faldas de los Alpes dificultaban mucho su paso. Por último, el mar pertenecía á los insurrectos tanto por lo ménos como al gobierno legítimo. Los corsarios, casi tan fuertes como la escuadra romana en las aguas españolas, hacían causa comun con los primeros. Sertorio les habia construído una fortaleza en el promontorio de *Diana* (hoy cabo de San Martín, entre Alicante y Valencia). Desde este puesto, atacaban á las naves romanas que llevaban provisiones á los puertos que dominaban los ejércitos de la República: por este medio recibían también ó vendían los productos de los territorios sublevados, y aseguraban las comunicaciones con Italia y Asia Menor. Eran un gran peligro para Roma estos enemigos activos, siempre dispuestos á trasladar á todas partes las teas incendiarias, y lo eran aún mayor, si se considera el inmenso cúmulo de materias inflamables existentes en todos los puntos del Imperio.

Consecuencias de la muerte de Sila. Insurreccion de Lépido.—En estos intermedios, arrebató á Sila una muerte casi repentina. Mientras vivió este hombre á cuya voz se hubiera levantado, á cualquier hora, un ejército de veteranos experimentados y seguros, podía la oligarquía considerar sólo como un incidente pasagero la revolucion que habian verificado en España los emigrados, y el éxito de un jefe de la oposicion ele-

vado en la península á la magistratura suprema de la República. Miope é imprevisora como siempre, no iba, sin embargo, ahora fuera de camino al decir que sucederia una de estas dos cosas: ó que los opositoristas no osarian presentar un combate decisivo, ó que, si lo presentaban, el que los habia salvado dos veces sabria salvarlos una tercera; pero habiendo muerto este hombre, la situacion variaba por completo. Los rojos del partido democrático de la capital, á quienes á duras penas contenia el freno del dictador, animados ahora por las nuevas que llegaban de España, precipitaron la erupcion próxima; y Lépido, que era en este momento el árbitro de la situacion, marchaba adelante con el celo del renegado, con el ardor y el aturdimiento propios de su carácter. Parecia que la antorcha que brotó fuego á la Pira de las exequias del regente, iba al mismo tiempo á encender la guerra civil. Pero estaba allí Pompeyo, y su influencia y la disposicion de ánimo de la mayor parte de los veteranos contuvieron las oposiciones y se verificaron tranquilamente los funerales. No por esto eran ménos manifiestos los preludios de la revolucion próxima. Todos los dias resonaban en el Forum las acusaciones contra la «caricatura de Rómulo» y sus secuaces. Destruir la constitucion de Sila, restablecer la *annona*, restaurar los tribunales del pueblo con sus antiguos privilegios, levantar el destierro á los que lo sufrían ilegalmente, restituir los dominios confiscados, hé aqui lo que querian Lépido y sus amigos, segun ellos decian en alta voz. Pusieron en inteligencia con los desterrados, y reapareció en la capital Marco Perpena, pretor que habia sido en Sicilia, en tiempo de Cina. Invitóse á formar causa comun á los hijos de los que las leyes silanas habian condenado por delito de alta traicion, á aquellos sobre quienes pesaban estas leyes insoportables, y todos

los hombres notables del antiguo partido marianista acudieron en gran número, y entre ellos el joven *Lucio Cina*; pero otros imitaron á Cayo César, el cual, á la nueva de la muerte de Sila y de los preparativos hechos por Lépido, se apresuró á volver de Asia, si bien se mantuvo prudentemente á la expectativa en cuanto comprendió la clase de movimiento que se intentaba y el carácter de su jefe. Las tabernas y los *lupanares* de Roma estaban siempre llenos, y en ellos se bebía y se intrigaba por cuenta de Lépido: la conspiracion contra el nuevo orden de cosas estalló al fin entre los descontentos de Etruria (1).

Todos estos acontecimientos sucedían á la vista del poder y eran consentidos por éste. El cónsul Catulo, y con él los optímates inteligentes, querían ahogar enérgica é inmediatamente los gérmenes de la insurrección; pero la cobarde mayoría no pudo decidirse á comenzar el combate. Se hizo la ilusion de que podría conservar el poder transigiendo y haciendo concesiones. Distribuyóse la *annona* bajo la forma restringida de las antiguas distribuciones de los Gracos, entrando de este modo en los términos medios usados en tiempo de la guerra social, es decir, que los participantes de la *annona* no eran todos los ciudadanos indistintamente, sino sólo los más pobres, en número de unos 40.000. La tasa se había fijado, como en tiempo de los Gracos, en cinco modios por mes, al precio de seis ases y un tercio unos 30 céntimos de peseta). El tesoro perdía 300.000 talers (más de cinco millones de reales) cada año (2).

(1) El relato que sigue está tomado principalmente de las indicaciones hechas por Liciniano, las cuales, por fragmentarias que sean, no dejan de arrojar gran luz sobre los hechos principales de la insurrección.

(2) Liciniano refiere que, en el año 676 (*Lepidus*) *legem fru-*

Estas medidas á medias, léjos de satisfacer las exigencias de la oposicion, no hicieron más que excitar su audacia. En la capital, marchó con la cabeza erguida, y recurrió á la violencia: en Etruria, núcleo eterno de las insurrecciones de los proletarios italianos, fué donde estalló la guerra civil. Los Fesulanos expropiados volvieron á apoderarse, á mano armada, de sus antiguos bienes, y en la lucha que es consiguiente, perecieron gran número de veteranos dotados por Sila. A la nueva de estos desórdenes resolvió el Senado enviar dos cónsules á aquel punto, en donde debian llamar á las milicias locales y exterminar á los revoltosos (1). No

mentariam nulo resistente adeptus est, ut annona quinque modii populo dareotur. Dedúcese de aquí que no es la ley de los cónsules M. Terencio Lúculo y Cayo Casio Baro (año 684), mencionada por Ciceron (in Ver. 3, 70) y por Salustio (hist. 3, 64, 49), la primera que dió al pueblo los cinco modios mensuales; pues no debió hacer más que asegurar las distribuciones organizando las compras de trigo en Sicilia: quizá introdujera tambien alguna innovacion en los detalles. Lo que si es seguro, es que la ley semproniana permitía á todo ciudadano domiciliado en Roma, participar de la annona; pero despues fué necesario abolir estas disposiciones; porque como el trigo que debía entregarse cada mes pasaba de 33.000 medimos ó 498.000 *modios*, (Cic. Verr. 3, 30, 72). Debe concluirse que lo recibian sólo 4.000 ciudadanos, y el número de los domiciliados era mucho mayor. Esta reduccion proviene sin duda de las leyes de Octavio, que á la abusiva annona semproniana habian sustituido una distribucion moderada, ménos abrumadora para las arcas del Tesoro, y que tenia en cuenta las necesidades del comun del pueblo» (Cic. de Off. 2, 24, 72): la ley del año 676 habia admitido tambien la misma tasa; pero la democracia no se dió por satisfecha. La pérdida que de aquí resultaba para el Tesoro, puede evaluarse en la suma indicada anteriormente, teniendo en cuenta el mayor valor del trigo.

(1) Se vé por una línea de los fragmentos de Liciniano (en el

podía obrarse de peor manera. Al restablecer las leyes sobre cereales, había revelado el Senado su debilidad y sus inquietudes ante la inminencia de una insurrección: al querer evitar á toda costa los tumultos en las calles, daba un ejército al jefe de los revolucionarios. Llegóse por último, hasta hacer jurar á los dos cónsules, en los términos más solemnes que pudo imaginarse, que no volverían uno contra otro las armas que les confiaba la república. Necesitaban los oligarcas toda su incorregible y diabólica perversión del sentido político, para osar ponerse á cubierto tras de semejante baluarte. Lépidó no hizo naturalmente en Etruria nada en favor de la República, sino todo lo que pudo en pro de la insurrección, y agregando la ironía á la traición, exclamó que su juramento sólo le obligaba durante el año corriente. El Senado puso entónces en movimiento la máquina de los oráculos, para ordenarle volver, y le confirió la presidencia de las próximas elecciones consulares. Pero Lépidó se hizo el sordo, y mientras que iban y venían los mensajes senatoriales, mientras que trascurría el año en proposiciones de arreglo, creían sus bandas hasta formar un

año 676) que la resolución votada por el Senado ordenando á los cónsules que partiesen («uti lepidus et Catulus decretis exercitibus profisciscerentur:» Sal. l. c. 1, 44.) No puede referirse á cónsules salidos del cargo y marchando á sus respectivas provincias proconsulares: esto hubiera sido completamente inútil. Se trata pues aquí de su envío á Etruria, como tales cónsules y contra los insurrectos Fesulanos, exactamente lo mismo que se hizo despues con Antonio contra las bandas de Catilina. El que Filipo diga de Lépidó que «ob seditionem provinciam cum exercitu adeptus est,» no contradice nuestra opinión, siendo así que el mando consular *extraordinario* en Etruria constituía, en realidad una provincia, lo mismo que el mando regular proconsular en la Narbonense.

ejército. Por último, comenzó el año 677, y comunicaron al pro-cónsul la orden de volver inmediatamente á Roma; pero se negó rotundamente á obedecer: era necesario, según él, que se restableciese ántes el antiguo poder tribunicio, que se restituyesen á los ciudadanos violentamente desterrados sus derechos políticos y sus bienes. Lépido exigía en fin, su reeleccion al consulado para el año siguiente. Esto no era más ni ménos que una tiranía con forma legal.

Explosion de la guerra. Derrota de Lépido.—La guerra estaba ya pues declarada. Además de los veteranos de Sila, cuya existencia amenazaba Lépido, podia contar el partido senatorial con las tropas que habia reunido el pro-cónsul Catulo. Habiendo redoblado los más previsores, y entre otros Filipo, sus instancias y sus advertencias, se le confió la mision de defender la capital, y de rechazar á Etruria el principal ejército de los demócratas; y hasta se puso á la cabeza de un ejército á Cneo Pompeyo, confiándole la mision de arrancar á su antiguo protegido el valle del Pó, que Marco Bruto, general tambien de la oposicion, se habia apresurado á ocupar. Pompeyo ejecutó rápidamente su cometido, encerrando y sitiando al enemigo en Mutina. Pero hé aqui que al mismo tiempo se presenta Lépido bajo los muros de Roma, intentando, como ántes Mario, tomarla por asalto y conquistarla para la revolucion. Ya se habia hecho dueño de la orilla derecha del Tiber, y pasado el rio. Libróse la batalla decisiva en el campo de Marte, al pié de los muros de la ciudad. Catulo quedó vencedor, y derrotado Lépido, retrocedió á Etruria, mientras que su hijo Escipion iba á refugiarse, con una division de las fuerzas insurrectas, á la fortaleza de *Alba*. Esta derrota era el fin de la insurreccion. Mutina se rindió á las armas de Pompeyo, que hizo decapitar in-

mediatamente á Bruto, á quien habia prometido salvarle la vida. Alba resistió más tiempo; pero el hambre puso fin á la defensa, y Escipion fué tambien decapitado. Cercado por todas partes por Catulo y por Pompeyo, libró aún Lépido una batalla en la costa de Etruria con el solo objeto de asegurarse la retirada, y embarcándose en Cosa, llegó á Cerdeña, desde donde esperaba poder cortar los víveres á Roma y darse la mano con los insurrectos españoles. Pero el pretor de la Isla le hizo una enérgica resistencia, y murió de consuncion en el mismo año 677. Con él terminó la guerra en Cerdeña, dispersándose parte de su ejército y reuniendo el grueso de sus tropas; y las bien provistas cajas de la insurreccion, el pretoriano Marco Perpena, que consiguió pasar á Liguria, desde donde marchó á España á reunirse con los sertorianos.

Nombramiento de Pompeyo para el pro-consulado de España.—La oligarquía habia vencido á Lépido, pero la guerra contra Sertorio tomaba muy mal aspecto, y hacia necesarias ciertas concesiones que no eran compatibles con la letra ni con el espíritu de la constitucion de Sila. Era necesario á toda costa enviar á España un ejército poderoso y un general de capacidad probada, Pompeyo daba á entender claramente que deseaba, ó mejor dicho, que exigia esta mision. Habia en esto una gran presuncion. ¿No era bastante el haberse visto ya obligado, bajo la presion de la insurreccion de Lépido, á entregar una vez más un mando extraordinario á este adversario secreto? ¿No habia un nuevo y mayor peligro en violar todas las reglas orgánicas de la gerarquía silana de las magistraturas, en dar á un hombre, que aún no habia revestido ningun cargo civil, uno de los pro-consulados más importantes, relevándole además del plazo anual impuesto por la ley? Sin contar los mi-

ramientos debidos á Metelo, su general, tenian los oligarcas sérias razones para oponerse á esta nueva tentativa de un jóven ambicioso que no queria más que perpetuarse en su cargo excepcional; pero no era fácil resistir á Pompeyo. En primer lugar, faltaba un hombre para el puesto difícil de general en España. Los cónsules de aquel año no manifestaban deseos de ir á medir sus armas con Sertorio; y habia que reconocer como verdadero el dicho de Lúcio Filipo, al exclamar en plena Curia que entre tantos senadores de nombradía no se hallaba uno que pudiera ó quisiera dirigir una gran guerra. Quizá hubiera podido vencerse la dificultad respecto de la oligarquía, y, á falta de un candidato capaz, haber colocado á un cualquiera. Pero Pompeyo no sólo deseaba el mando en España, sino que lo pedia á la cabeza de su ejército. Habiéndose hecho ya el sordo á la invitacion de Catulo para que licenciase sus tropas. ¿podia creerse que una orden del Senado hallaria en él mejor acogida? Las consecuencias de una ruptura parecian incalculables, y el platillo de la balanza en que estaba colocada la aristocracia subiria, sin duda, con rapidez, en cuanto un general de nombradía echase en el otro su espada. La mayoría tuvo que resignarse, y Pompeyo recibió los poderes pro-consulares y el mando de la España citerior; pero los recibió del Senado, no del pueblo, único que, segun la constitucion, hubiera debido votarle, tratándose de la promocion de un simple ciudadano á la funcion suprema. Cuarenta dias despues de su investidura, en el curso del estío del año 677, atravesaba los Alpes.

Pompeyo en la Galia. Su entrada en España.—Desde su entrada en la Galia, halló el nuevo general bastante en que ocuparse. No habia estallado allí una insurreccion en forma, pero reinaba una gran agitacion

en muchas regiones, y se vió obligado á arrebatarse su independencia á los cantones de los Volscos-Arecómicos y á los Helvianos, y á hacerlos súbditos de Masalia. Construyendo despues una nueva vía en los Alpes marítimos, enlazó el valle del Pó con el país de los Celtas por medio de un camino más corto. Los trabajos ocuparon todo el verano, y sólo en otoño fué cuando pudo pasar los Pirineos. Sertorio no se habia dormido durante este tiempo. Hirtuleyo, á quien habia enviado á la provincia Ulterior, tenia en jaque á Metelo; y él, habiendo concluido de recojer en la Citerior los frutos de sus victorias decisivas, se preparaba á recibir vigorosamente al general del Senado, y atacó y tomó una tras otra las pocas ciudades Celtiberas que áun se mantenian por Roma. La última que cayó en su poder en medio del invierno, fué la fuerte *Contrebia*, (al Sud-este de Zaragoza). En vano todas las ciudades amenazadas, enviaron á Pompeyo nn mensaje tras otro; pues éste no hizo nada, ni las súplicas apresuraron su marcha, sino que siguió con su calma habitual. A excepcion de los puertos defendidos por la escuadra romana, y del distrito de los *Indigetas* y de los *Laletanos* (al Nor-este de la Península), en donde Pompeyo, que acababa de pasar los Pirineos, se habia atrincherado durante la mala estacion, y hecho vivaquear sus tropas no aguerridas aún ni acostumbradas á las fatigas, toda la España citerior pertenecia, al fin de este mismo año 677, á Sertorio, ya por tratados de alianza ó reducida por la fuerza; á partir de este dia, el país del Ebro superior y medio, será el más firme apoyo de su imperio. Todo aprovechaba al ejército insurrecto, hasta las alarmas producidas por la llegada de un nuevo ejército Romano, hasta el nombre temido de su jefe. Marco Perpena, igual á Sertorio por su rango, habia hasta entónces sostenido sus pretensiones al mando in-

dependiente de las tropas llevadas por él de Liguria; pero á la nueva de la entrada de Pompeyo en España, le obligaron sus soldados á ponerse a las órdenes de su colega, cuya superioridad era por todos reconocida. Para la campaña del año 678, opuso Sertorio Hirtuleyo á Metelo, mandó á Perpena, que fuese á situarse con una fuerte division en el bajo Ebro, para cerrar el paso del río á Pompeyo en caso de que, como todo hacia creer, quisiera dirigirse al Sur y dar la mano á Metelo, ó en caso de que remontase la costa, con la mira de un más fácil aprovisionamiento. El cuerpo de Cayo Herenio fué tambien á servir de apoyo á Perpena: por último, Sertorio con sus tropas, se colocó en el interior, en el alto Ebro, acabando de someter los pocos cantones, y estando dispuesto, segun las circunstancias, para acudir en socorro de Hirtuleyo ó de Perpena.

Quiso como siempre, evitar las grandes batallas y fatigar al enemigo con infinidad de pequeños combates y cortándole los víveres. Pero Pompeyo rechazó muy pronto á Perpena, pasó el Ebro, y batió y aniquiló á Herenio junto á Valencia, de cuya importante plaza se apoderó.

Derrota de Pompeyo.—Ya era tiempo de que llegase Sertorio, y compensando con el número de sus soldados y el esfuerzo de su génio la superioridad militar de las legiones de su adversario, restableciendo si era posible, el antiguo estado de cosas. La lucha se concentró y prolongó en derredor de Lauro (sobre el Júcar.) Esta ciudad se declaró por Pompeyo, y Sertorio la sitió. Pompeyo echó el resto para hacer levantar el bloqueo, pero perdió sucesivamente muchas de sus divisiones destruidas en combates parciales; más llegó un dia en que el famoso general que se creia tener envueltos á los Ser-

torianos é invitó á los sitiados á que presenciasen el espectáculo de copar todo el ejército sitiador, se vió de repente atacado y puesto en jaque su ejército por un movimiento tan atrevido como inteligente de su adversario. Para no ser completamente envuelto, tuvo que presenciar inmóvil en su campamento la toma é incendio de la ciudad aliada, cuyos habitantes mandó Sertorio trasladar á Lusitania. A la nueva de este buen éxito una porcion de ciudades de la España Central y Oriental, se afirmaron en su fé, ántes algo, apagada y se entregaron por completo á los insurrectos.

Victorias de Metelo. Batalla del Sucro.—Entre tanto, había Metelo combatido con mejor fortuna. Despues de una batalla sangrienta empeñada imprudentemente por Hirtuleyo bajo los muros de *Itálica* (cerca de Sevilla), en donde los dos generales vinieron personalmente á las manos, derrotado y herido Hirtuleyo, tuvo que evacuar el territorio romano propiamente dicho y refugiarse en Lusitania. Esta victoria permitió á Metelo marchar, al comenzar la campaña del año 679, hácia la España citerior, á fin de reunirse con Pompeyo en las inmediaciones de Valencia, é ir enseguida los dos con sus fuerzas reunidas á presentar la batalla al ejército principal de la insurreccion. Reuniendo Hirtuleyo precipitadamente nuevas tropas, marchó tras él por la parte de Segovia; pero fué derrotado segunda vez, quedando él y su hermano en el campo de batalla. Su muerte fué una pérdida irreparable para los sertorianos. Era pues, imposible impedir la reunion de los dos generales romanos: más durante la marcha de Metelo sobre Valencia, quiso Pompeyo reparar el descalabro de Lauro, y deseoso de recoger él solo los laureles de tan segura victoria, presentó la batalla á Sertorio. Este aprovechó con alegría la ocasion que se le ofrecia ántes de la llegada de

Metelo, y ántes que corriese la voz de la muerte de Hirtuleyo. Empeñóse la pelea sobre el *Sucro* (Júcar). Pompeyo que mandaba el ala derecha, fué derrotado despues de un rudo combate, y lo sacaron gravemente herido del campo de batalla. Pero vencedor Afranio, con el ala izquierda, se apoderó del campo de los sertorianos, y estaba ocupado en saquearlo, cuando cayendo Sertorio sobre él le obligó á emprender la huida. Si el general de los insurrectos hubiera podido al dia siguiente volver á comenzar la batalla, hubiera tal vez aniquilado el ejército de Pompeyo. Llegó al fin Metelo, que habia derrotado el ejército de Perpena que le cerraba el paso. Sertorio no podia presentar la batalla despues de la union de los dos ejércitos. La feliz reunion de éstos, la certeza del desastre de Hirtuleyo, que era imposible ocultar por más tiempo, la inaccion forzada de Sertorio despues de su victoria, todo esto contribuyó á sembrar el espanto en sus bandas; y, como acontecia con frecuencia entre los Españoles, se dispersaron la mayor parte de sus soldados al presenciar este cambio de la fortuna. Pero cesando la desanimacion con la misma rapidez que se habia producido, por haberse encargado la cierva blanca de consagrar á los ojos de la muchedumbre los planes militares del jefe, adquirió éste más popularidad que nunca, y no tardó Sertorio en emprender la campaña con un nuevo ejército: ocupaba el país de Sagunto que habia permanecido fiel á los Romanos: al mismo tiempo cortaban sus corsarios á éstos las comunicaciones por mar, y comenzaba á sentirse la escasez en su campamento. Vinieron por segunda vez á las manos en la llanura del Turia (*Guadalaviar*), y la batalla permaneció por mucho tiempo indecisa. Sertorio con su caballería batió á Pompeyo, cuyo cuñado y cuestor *Lucio Memio*, oficial intrépido, quedó en el campo de batalla: pero

Metelo derrotó á Perpena, rechazó victoriosamente el ataque del cuerpo principal de los sertorianos, aunque saliendo él mismo herido de la pelea. El ejército de Sertorio se dispersó de nuevo, Valencia, que estaba por éste fué tomada y arrasada. En este momento, pudieron esperar los Romanos haber ya concluido con el general insurrecto. Este no tenía ejército; y penetrando las legiones, hasta el macizo interior, lo sitiaron á él mismo en Clunia (Corona del Conde) en el alto *Duero*. Pero mientras que atacaban en vano esta roca inaccesible, se reunían en otro punto los contingentes españoles: Sertorio se escapó, y al cerrar la campaña del año 679, tan fecundo en hechos de guerra, volvió á aparecer en escena, y la cabeza de un nuevo ejército.

Triunfo de los Romanos.—Sea como quiera, en Roma podían estar satisfechos en los acontecimientos. La España media meridional habían sido completamente evacuadas despues de la derrota de Hirtuleyo y de las batallas del Júcar y del Guadalaviar. Las ciudades celtiberas de *Segobriga* (entre *Toledo* y *Cuenca*) y de *Bibilis* (*Calatayud*), ocupadas por Metelo, aseguraban las posesiones de la República. La lucha se concentró en el curso del Ebro superior y medio, en derredor de las principales plazas de armas de los Sertorianos, *Calagurris* (*Calahorro*) *Osca* (*Huesca*), *Ilerda* (*Lérida*), y en la costa cerca de Tarragona. Los dos generales romanos habían peleado valerosamente y en persona; pero los triunfos conquistados eran debidos á Metelo y no á Pompeyo.

Campañas de 680 y 681.—Sin embargo, por considerables que fuesen los resultados obtenidos, no habían terminado los Romanos su tarea, y establecieron sus cuarteles de invierno, teniendo ante sí la desconsoladora expectativa de la próxima é inevitable renovacion del

trabajo de Sísifo. Era imposible establecerse, en el valle del Ebro inferior devastado por amigos y enemigos; Pompeyo tuvo que ir á pasar el invierno en el país de los Vacceos (*provincia de Valladolid*), y Metelo en la Galia. En la primavera del año 680, volvieron á emprender las operaciones, reforzados por dos legiones de fresco procedentes de Italia. No se libraron batallas propiamente dichas, limitándose Sertorio á una lucha de guerrillas y de sitios. En el Sur, redujo Metelo todas las ciudades que aún conservaba el enemigo, y, para estirpar hasta las raíces de la insurreccion, se llevó consigo toda la poblacion masculina. En el Ebro, fué peor la situacion de Pompeyo. Vióse obligado á levantar el sitio de Palencia, que tenia cercada, derrotándolo despues Sertorio delante de Calahorra, y teniendo que abandonar el país, por más que se le reunió Metelo para atacar ámbos la plaza. Este fué á invernar á su provincia y Pompeyo á la Galia; pero la campaña de 681 siguió los mismos pasos: Pompeyo pudo sin embargo, conseguir algunas ventajas formales, y obligó á muchas ciudades á abandonar el partido de los insurrectos.

Esterilidad y peligros de la guerra.—La lucha contra Sertorio ardia entre tanto hacia ya ocho años sin poder entreveer su fin, y causaba al Senado un daño inmenso. La flor de la juventud italiana iba aniquilándose en las miserias y en las fatigas de las guerras de España. El tesoro público, léjos de enriquecerse, como ántes, con los productos de la Península, tenia que enviarle todos los años sumas enormes, necesarias para pagar y mantener el ejército, sumas que costaba gran trabajo reunir. En cuanto á España, no hay que decir que se empobrecia y se iba convirtiendo en un desierto: la guerra encarnizada y cruel de la insurreccion, y el diario aniquilamiento de ciudades enteras, traian consi-

go una paralización desastrosa de la civilización romana, poco há tan próspera y brillante. Las que se habían mantenido por el partido que dominaba en Roma, sufrían también indecibles males: era necesario que la escuadra latina llevase todo lo que habían menester las ciudades de la costa, y en el interior, era casi desesperada la situación de los cantones fieles. En las Galias, no era mejor tampoco la suerte de las poblaciones. Las requisas de hombres y caballos, de víveres y de dinero, las pesadas cargas de los alojamientos durante el invierno, cargas que hacían mas pesadas las malas cosechas del año 680, todo había contribuido á vaciar las cajas de la ciudad: había habido que recurrir á los banqueros de Roma, y contraer con ellos una pesada deuda. Generales y soldados se batían contra su voluntad. Los primeros tenían que habérselas con un adversario muy superior á ellos en talento, y se estrellaban contra una resistencia pasiva tenaz, en una guerra llena de peligros, en que los triunfos eran difíciles y poco gloriosos: asegurábase en los campamentos que Pompeyo pensaba en provocar su llamamiento, en que le diesen en otra parte un mando más ambicionable. Tampoco agradaba mucho á los soldados esta guerra, en donde no ganaban más que golpes, sin botín que los recompensase, y sin que se les pagase siquiera regularmente su sueldo. Durante el invierno del año 680 á 681, tuvo Pompeyo que participar al Senado que los atrasos ascendían á dos años, y que el ejército amenazaba desbandarse, sino se regularizaban las pagas. Sólo entónces envió Roma dinero. No hay duda que la República hubiera podido evitar gran parte de estos obstáculos; hubiera bastado activar más la guerra, por no decir hacerla con mejor voluntad. Reconozcamos, por otra parte, que no toda la falta estaba en el poder y en los generales. La fatalidad

los habia colocado frente á Sertorio, á un hombre superior por su génio, y que, en un terreno sumamente favorable á las guerras de partidas y de corsarios, podia, durante muchos años, desafiar ejércitos innumerables. Aun en la actualidad, léjos de poder entreveer el fin, parecia que la insurreccion sertoriana iba á darse la mano con otras insurrecciones y á aumentar por consiguiente los peligros, pues Roma estaba entónces en lucha, en todos los mares, con los corsarios; en Italia, con los esclavos rebeldes, en Macedonia, con los pueblos del bajo Danubio; en Asia Menor, con Mitridates que habia salido una vez más á campaña. ¿Habíase puesto Sertorio de acuerdo con los enemigos italiotas y macedónicos de la República? No es posible asegurarlo de una manera precisa: lo que sí es seguro, es que estaba en correspondencia diaria con los marianistas de Italia, y que hacia mucho tiempo que tenia contraída alianza con los piratas y con el rey de Ponto. Con este último, habia concluido sus tratados por medio de los Romanos emigrados que vivian en su corte: y un tratado concluido recientemente en buena forma, consagraba la amistad reciproca de España y de Ponto. Sertorio abandonaba al rey los Estados clientes del Asia Menor, ménos la provincia romana de Asia: le prometia además uno de sus mejores oficiales para que dirigiese sus tropas, y hasta una division de su ejército. El rey en cambio se comprometia á suministrarle 40 buques y 3.000 talentos (unos 16 millones de pesetas). Ya en la capital recordaban los políticos los tiempos en que Filipo y Annibal amenazaban á Italia por Oriente y Occidente: el nuevo Annibal, se decia, despues de haber subyugado, como el antiguo, casi toda España, era probable que dirigiese una expedicion á Italia con las hordas peninsulares, sin que Pompeyo pudiese evitarlo, y llamase á las armas contra Roma á

los Etruscos y á los Samnitas, como habia hecho ántes el Cartaginés.

Rápida decadencia de la fortuna de Servio. Disensiones intestinas en el campamento sertoriano. Asesinato de Sertorio.—Estas comparaciones eran por fortuna más ingeniosas que verdaderas. Sertorio no era, ni con mucho, bastante fuerte para emprender la gigantesca obra de Annibal. La tierra española, con sus pueblos y sus tradiciones, era el país propio para sus triunfos, pero estaba perdido si la abandonaba; y no podía ya tomar siquiera la ofensiva. Su maravilloso génio no era bastante á cambiar la naturaleza de sus soldados. La *Landsturm* española era lo que habia sido siempre, insegura y fugaz como la ola y el viento, reuniéndose hoy en un ejército de 150.000 combatientes, reduciéndose mañana á un puñado de hombres; y en cuanto á los emigrados romanos, todo era indisciplina, orgullo y egoismo. Los cuerpos especiales, los que, como la caballería, exigen estar mucho tiempo sobre las armas, eran, como puede suponerse, la parte deficiente de sus legiones. La guerra habia arrebatado poco á poco sus mejores generales, y el núcleo de sus veteranos. Fatigadas por las exacciones de los Romanos, y hasta maltratadas á veces por los oficiales de Sertorio, comenzaban las ciudades más fieles á dar señales de impaciencia y de vacilacion. Cosa notable, tambien en esto se parecia Sertorio á Annibal, y no se hizo nunca ilusiones acerca del desesperado éxito de su empresa, y aprovechaba toda ocasion que se le presentaba para mostrarse dispuesto siempre á deponer las armas en cambio de un salvo-conducto que le permitiese volver á Roma y vivir en paz. Pero los ortodoxos de la política no quisieron siquiera oír hablar de compromiso ni de reconciliacion. Sertorio no podia pues, retrocer, y marchó adelante en el camino emprendido,

camino cada dia mas estrecho y peligroso. Por último, sus triunfos iban tambien, lo mismo que los de Annibal, reduciéndose cada vez más: hasta llegó á dudarse de su génio militar, y á decir que no era ya el Sertorio de los antiguos tiempos, y que el Sertorio de hoy pasaba el dia en orgías y en festines, consumiendo locamente el tiempo y el dinero. Aumentábase diariamente el número de los tráfugas y de las ciudades que le abandonaban, y no tardó en llegar hasta él el rumor de un complot tramado contra la vida del jefe en las filas de sus emigrados. Este rumor tenia grandes visos de probabilidad, y más si se piensa en todos aquellos oficiales del ejército de la insurreccion, sobre todo en aquel Perpena, furioso por estar relegado á un segundo puesto, y á los cuales los pretores Romanos hacia mucho tiempo andaban ofreciéndoles la amnistía y gruesas sumas en cambio de la vida de su general. Sertorio tomó su partido. Obedeciendo á la ley de la necesidad, fué sumamente severo, y condenó á muerte á muchos acusados sin prévia formacion de causa. Los descontentos redoblaron sus querellas: en adelante, el general era más peligroso para sus amigos que para sus enemigos. Descubrióse una segunda conjuracion en el seno de su estado mayor. Todos los acusados que no huyeron fueron condenados á muerte. Sin embargo, no todos los culpables fueron denunciados: entre éstos se hallaba Perpena, que, con los demás, decidió acabar pronto. El cuartel general estaba situado en Osca. A instigacion de Perpena, llevaron á Sertorio la nueva de una brillante victoria conseguida en otra parte por el ejército. Para celebrarla cual convenia, dió Perpena una gran funcion y un espléndido banquete. Sertorio asistió á él, acompañado, como de costumbre, de sus guardias españoles. Contra lo ocurrido en otras ocasiones, la fiesta degeneró prontamente en orgía: cru-

zarónse palabras brutales de unas á otras mesas; y era evidente que algunos convidados buscaban pretexto para una quimera. Sertorio se recostó sobre su lecho como si nada quisiese oír. En este momento cayó al suelo una copa. Era la señal convevida con Perpena. El que habia inmediato á Sertorio, Marco Antonio, le asesó el primer golpe. El general quiso incorporarse, pero el asesino se arrojó sobre él y lo sujetó, miéntras que los demas convidados, afiliados á la conjuracion, se arrojan sobre la indefensa víctima que luchaba con Antonio, y cosen á Sertorio á puñaladas (año 682). Con él murieron todos los que le habian sido fieles. Así concluyó uno de los más grandes hombres, si es que no el más grande, que produjo Roma. En mejores circunstancias hubiera sido seguramente el restaurador de la pátria. Murió de un modo miserable por la traicion de sus bandas de emigrados, que él estaba condenado á guiar en sus combates contra Roma. La historia que aborrece á los Coriolanos, no esceptúa ni áun á Sertorio, el hombre de más elevados sentimientos, el génio verdadero, el más digno de compasion.

Perpena sucede á Sertorio. Pompeyo pone fin á la insurreccion.—Los asesinos creian que iban á distribuirse la sucesion; pero muerto Sertorio, Perpena, que era el jefe de más graduacion entre los oficiales romanos del ejército español, reivindicó el mando supremo. Sometiéronse á él desconfiados con cierta repugnancia. Si se habia murmurado contra Sertorio cuando áun vivia, muerto el héroe, entró inmediatamente en el disfrute de sus derechos, y la irritacion de los soldados se dió á conocer por medio de violentos clamores, cuando al leer públicamente su testamento, oyeron que estaba entre sus herederos el mismo Perpena. Dispersáronse gran número de soldados, lusitanes en su mayor

parte: los demás tenían el presentimiento de que no existiendo ya Sertorio, tardaría poco en ser exterminado el ejército. En el primer encuentro con Pompeyo, fueron rotas y destruidas las desanimadas y mal dirigidas bandas de los Españoles, y hecho prisionero Perpena con otra porción de jefes. Para salvar su vida, cometió la vileza de entregar la correspondencia de Sertorio, comprometiendo á una porción de Italianos notables: Pompeyo ordenó quemar todos aquellos papeles sin verlos, y por toda respuesta, entregó al verdugo al traidor con todos sus compañeros. Los emigrados que pudieron huir se refugiaron en los desiertos de Mauritania, ó entre los piratas. La ley Plócia, apoyada enérgicamente por el jóven César, les permitió luégo volver á su pátria. En cuanto á los que habian tomado parte en el asesinato de su general, murieron todos de muerte violenta, escepto uno sólo. Osca y casi todas las ciudades que habian pertenecido últimamente á Sertorio, abrieron espontáneamente sus puertas á Pompeyo: sólo con *Uxama (Osma)*, Clunia y Calagurris, hubo que emplear la fuerza de las armas.

Reorganizáronse inmediatamente las dos provincias. En la ulterior, sacó Metelo el tributo anual de las ciudades culpables: en la citerior, obró Pompeyo como jefe, castigando y recompensando. Calagurris perdió su libertad y obedeció en adelante á Osca. Una banda de Sertorianos que se encastillaron en los Pirineos, los dominó Pompeyo y los trasportó al Norte de la cadena, cerca de Lugdunum (*Saint Bertrand*) en donde fundaron la ciudad de los «refugiados» (*Convene*). Los Romanos colocaron sus monumentos y sus trofeos, en lo alto de los pasos de las montañas; y al fin del año 683 atravesaron triunfalmente Metelo y Pompeyo las calles de Roma, llevando al *Pater Jovis*, sobre el Ca-

pitolio, las muestras de agradecimiento de la nacion victoriosa sobre los Españoles. La fortuna de Sila hacia vivir su obra hasta más allá de la tumba, y sabia defenderla mejor que los débiles y cobardes guardas que le habia dado. La oposicion habia muerto en Italia por la incapacidad y la precipitacion de sus jefes: la emigracion se suicidó por sus discordias intestinas. De tales derrotas, debidas á la estupidez ó á la discordia de los demócratas más bien que á los esfuerzos de la oligarquía, no por eso dejaba de ser un triunfo para ella, y pudo sentarse una vez más, ya consolidada, en sus sillas curules.

CAPITULO II.

LA RESTAURACION SILANA Y SU GOBIERNO.—Asuntos exteriores.—

Expedición á Dalmacia y Macedonia. Sumision de Tracia.—La Piratería. Sus progresos.—Organizacion de los piratas.—La policia romana de los mares reducida á la nulidad.—Expedición á las costas del Asia Menor. Publio Servilio el Isaurio. Victorias sobre los Cenicetos.—Asuntos de Asia. Tigranes.—El nuevo Gran Reino de Armenia. Conquista de Siria por Tigranes.—Mitrídates.—Conducta de los Romanos en Oriente. Niéganse á anexionarse el Egipto.—Política de no intervencion en Asia Menor y en Siria.—Bitinia y Cirene hechas romanas. Explosion de la guerra.—Armamentos del Ponto.—Armamentos de los Romanos.—Principio de la guerra.—Derrota de los Romanos en Calcedonia.—Mitrídates sitia á Ciciquia. Destruccion del ejército del Ponto.—La guerra por mar. Mitrídates obligado á volver á entrar en el Ponto.—Invasion del Ponto por Lúculo. Victoria de Cabira. Sitios de las ciudades.—Principio de la guerra de Armenia.—Lúculo pasa el Eufrates.—Sitio y batalla de Tigranocerta. Los Romanos dueños del pais conquistado por la Armenia.—Tigranes y Mitrídates.—Vuelve á comenzar la guerra. Descontento contra Lúculo en Roma y en el ejército.—Lúculo entra en Armenia.—Retirada á Mesopotamia. Toma de Nisibis.—Guerra en el Ponto y en derredor de Tigranocerta.—Nueva retirada hácia el Ponto. Derrota del cuerpo de ejército del Ponto en Ciela.—Nueva retirada hácia el Asia Occidental.—Guerra contra los piratas. Derrota de Antoniò delante de Cidonia. Guerra de Creta. Sumision de Creta por Metelo.—Los piratas en el Mediterráneo. Insurrecciones de los esclavos.—Explosion de la guerra de los gladiadores. Espartaco. Principios de la insurreccion. Grandes victorias de Espartaco. Descomposicion interior de los rebeldes. Combates en el Brutium. Division de los ejércitos insurrectos, su derrota.—Ojeada general sobre el Gobierno de la restauracion.

Asuntos exteriores.—Despues de la derrota de los revolucionarios de Cina que amenazaban la existencia del Senado, y cuando volvió á ser posible al poder aristo-

crático restaurado fijar su atencion en las cosas relativas á la salvacion del Imperio de Roma en el exterior y en el interior, se encontró con una série de cuestiones cuya solucion no podia diferirse. De olvidarlas un sólo instante, se hubieran comprometido los más respetables intereses, y trasformado el embarazo del presente en un gran peligro para el porvenir. Además de la insurreccion española, que era grave por sí sola, habia que traer á razon á los bárbaros de Tracia y de los países danubianos, á quienes Sila no habia hecho más que castigar de paso cuando atravesó la Macedonia (t. VI, pág. 57): habia que arreglar militarmente la tan embrollada situacion de la frontera septentrional de la península helénica: era necesario barrer la pirateria, dueña casi absoluta de los mares, sobre todo en Oriente; y por último, restablecer el orden en los revueltos asuntos de Asia Menor. La paz que Sila habia concluido, en el año 670, con Mitrídates, rey del Ponto, y cuyas estipulaciones no habia hecho más que repetir el tratado con Murena, en el año 673, no era más que una obra provisional, hecha para cubrir las necesidades del momento. Respecto á las relaciones de Roma con Tigranes de Armenia, con quien se habia estado realmente en guerra, no habia tocado siquiera esta paz. Tigranes habia interpretado, y no sin razon, su silencio como un permiso para someter á su cetro las posesiones romanas de Asia. Si no se las queria abandonar, se estaba otra vez frente al nuevo gran rey. En el capítulo precedente, hemos referido las sacudidas que el movimiento democrático del interior habia comunicado á Italia y España, y las insurrecciones vencidas por el poder senatorial. Vamos ahora á mostrar de qué modo este poder, reconstituido por Sila, gobernó en el exterior, ó mejor dicho, cómo concluyó por no saber gobernar.

Expedición á Dalmacia y á Macedonia. Sumision de Tracia.—Empero sentíase todavía la mano fuerte del regente en las enérgicas medidas emanadas del Senado en los últimos tiempos de la dictadura, y dirigidas á la vez contra los Sertorianos, contra los Dalmatas y los Tracios, y por último, contra los piratas de Cicilicia. La expedición enviada contra la península greco-iliria, habia dado por resultado la sumision ó el castigo de las hordas bárbaras, que con sus continuas incursiones, devastaban toda la region comprendida entre el Adriático y el Mar Negro, particularmente la horda de los *Besos (del gran Balkan)*, motejados con el nombre de ladrones entre los ladrones mismos. Quiso se limpiar además el litoral de Dalmacia de los corsarios que en él se refugiaban. El ataque se verificó de frente, como se hacia por punto general, así por la Dalmacia como por la Macedonia, en donde se habia reunido al efecto un ejército de cinco legiones. El de Dalmacia lo mandaba el pretoriano *Cayo Cosconio*. Recorrió el país en todos sentidos, y se apoderó de la fortaleza de *Salona*, despues de un sitio de dos años. En Macedonia, se dirigió en un principio el prócsul á Apio Claudio hácia la frontera de Tracia, con el fin de apoderarse de la orilla izquierda del *Karasou*; por ambas partes se hizo una guerra cruel y salvaje; los Tracios destruian las plazas de que se apoderaban, y degollaban sus prisioneros. Los Romanos usaban tambien de represalias. No se obtuvo ningun resultado definitivo: las legiones quedaban diezmadas por las marchas penosas y por los incesantes combates con los numerosos y valientes montañeses; su general enfermó y murió durante la guerra. *Cayo Escribonio*, su sucesor (de 679 á 681), no pudo superar los obstáculos: detenido por una grave insurreccion de sus soldados, dejó en tal estado la difícil empresa intentada contra los Tracios, y

se mantuvo en la frontera setentrional de Macedonia, sometiendo allí á los Dardanios, que eran más débiles, extendiendo por este lado la frontera hasta cerca del Danubio. Más no tardó el valiente y hábil Marco-Lúculo, (de 682 á 683) en volver á tomar el camino del Este, batir á los Besos en sus montañas, tomar á *Uscudama* ó *Filipopolis* su capital, y obligarlos á reconocer la soberanía de Roma. *Sadalas*, rey de los *Odrisos*, y todas las ciudades griegas de la costa oriental, al Norte y al Sur del *Balkan: Istropolis, Tomi, Callatis, Odesos* (no lejos de *Barna*), *Mesambria* y otras muchas cayeron en poder de los Romanos; y la Tracia, en donde hasta ahora no habian poseido éstos nada más que los territorios de los Atalidas en el *Quersoneso*, la Tracia, repito, aunque siempre inquieta, formó parte de la provincia de Macedonia.

La piratería. Sus progresos.—Las rapiñas de los Tracios y de los Dardanios no talaban más que un rincón del Imperio: muy diferentes eran las de vastaciones de los piratas. Organizados en todas partes y avanzando de día en día, causaban inmensos perjuicios al Estado y á los particulares, y habian acaparado todo el movimiento marítimo del Mediterráneo. Italia no podia ya exportar sus producciones ni importar las de las provincias; y mientras que allí morian de hambre, se paralizaba aquí la agricultura por no tener salida sus productos. No podia enviarse dinero ni viajar con seguridad: el tesoro público habia sufrido grandes pérdidas, y los corsarios tenian prisioneros un gran número de nobles romanos, obligados á pagar gruesas sumas por su rescate, cuando no preferian los piratas, en sus feroces arranques, hacerles sufrir la pena de muerte. Los mercaderes romanos y hasta los cuerpos de ejército destinados á Oriente, preferian pasar el mar durante la mala estación, temiendo

ménos á las tormentas que á los piratas: éstos, no todos entraban en sus puertos durante el invierno. Más por perjudicial que fuese el bloqueo marítimo, áun podia sufrirse mejor que los desembarcos diarios de los bandidos en todas las islas y costas de Grecia y de Asia Menor. Sus escuadras, lo mismo que más tarde las flotillas de los Normandos, se presentaban delante de todas las plazas marítimas, las forzaban á rescatarse á precio de oro, ó las sitiaban y se apoderaban de ellas. A la vista de Sila, y despues de concluida la guerra con Mitrídates, habian saqueado á Samotracia, Clazomenes, Samos y Jasos (año 670). Dejo á la consideracion del lector lo que sucedería cuando ya no hubo en aquellos puntos escuadras ni ejércitos romanos. Despojaron uno tras otro todos los templos ricos de las costas griegas y de Asia Menor: sólo en Samotracia, se apoderaron los piratas de mil talentos, (más de 20 millones de rs.) «¡Han dejado á Apolo reducido á la miseria, exclamaba un poeta contemporáneo, hasta tal punto que, cuando la golondrina viene á visitarlo, no queda de tantos tesoros, ni una pepita de oro que ofrecerle!» Contábanse más de 400 ciudades tomadas ó devastadas, y entre ellas Cnido, Samos y Colofon: para que no se la llevasen cautiva, habia tenido que emigrar en masa la poblacion de muchas islas y ciudades marítimas ántes muy florecientes. Pero ni áun en el interior del país habia ya seguridad: los piratas aparecieron en lugares situados á dos jornadas de la costa. A estos tiempos nefastos se remonta, para las ciudades griegas, la inmensa deuda que las agovió más tarde.

Organizacion de los piratas.—La organizacion de la piratería se habia modificado por completo. No son ya simplemente, como sucedia en otro tiempo, los osados foragidos que infestaban los mares de Creta, entre Cirene y

el Peloponeso, «el mar de oro,» como ellos decían, é imponían un tributo á los comerciantes que trasportaban artículos de lujo y esclavos de Oriente á Italia: no son ya aquellos cazadores de esclavos, armados hasta los dientes, y que ejercían á la vez «la guerra, el comercio y la piratería:» en la actualidad, constituyen toda una república de corsarios; tienen un pensamiento comun, una organizacion fuerte é imponente, y una misma pátria. Han constituido, en fin, una especie de *sinmaquia*, todavía en sus principios, pero que marcha sin duda alguna á un fin político bien determinado. Los filibusteros se daban el nombre de Cilicios: en realidad, sus buques reunían los aventureros, los deserperados de todos los países; los mercenarios licenciados, comprados ántes en los mercados cretenses; ciudadanos desterrados de las ciudades destruidas de Italia, de España y de Asia; soldados y oficiales de los ejércitos de Cimbria y de Sertorio; los hijos perdidos de todos los pueblos; los tráfugas y proscritos de todos los partidos vencidos, todos aquellos en fin que llevaban por delante la miseria y la audacia; y cuál era el país en que no dominaban, en estos malados tiempos, la desgracia y el crimen? Ha desaparecido la antigua reunion de ladrones, pero há surgido de aquí un Estado, una potencia militar; á falta de los lazos de la nacionalidad, están unidos estos hombres por la masonería de la proscripcion y del crimen; y, como sucede con frecuencia áun entre los mismos criminales, tienen hácia la mejor asociacion del espíritu público. En un siglo infame, en que la indisciplina y la cobardía iban corrompiendo todos los lazos del órden social, hubieran podido las repúblicas legítimas tomar por modelo á esta república bastarda, hija de la necesidad y de la violencia, en donde parecia que se habian refugiado, como en un último asilo, el sentimiento de una union in-

quebrantable y de un fiel compañerismo, el respeto á la palabra empeñada, la obediencia al gefe elegido por todos, y por último, la bravura y la habilidad política. Habian escrito en sus banderas y jurado vengarse de la sociedad legítima, culpable, con razon ó sin ella, del destierro de sus miembros: ¿pero era acaso peor la divisa de estos piratas que la de la oligarquía italiana, ó que la del *sultanismo* oriental, esos dos colosos que se dividian entónces el dominio de la tierra? Ellos se consideraban como iguales á cualquier otro Estado legítimo. Los corsarios tenian el fiero porte de su oficio, su fausto y su fantasía caprichosa, como atestiguan muchas leyendas, marcadas con el sello de una indolente locura y de un bandolerismo caballeresco. Se creían y se vanagloriaban de sostener una guerra justa con todo el mundo; su ganancia era botín y no robo; y, si en todos los puertos romanos estaba esperando el tormento de la Cruz á su compañero de armas prisionero, ellos se creían y proclamaban á su vez con derecho á castigar con pena capital á todo Romano que caía en su poder. Sus buques, esos *barcos-ratones* (*mioparones*, como se los llamaba), naves pequeñas, muy veleras y sin puentes (no tenían más que un corto número de viremes y triremes), marchaban reunidas en escuadras regulares, detrás de sus buques almirantes, incrustados de oro y adornados de púrpura. Cuando uno de los suyos se hallaba en peligro, los llamaba en su ayuda, y por desconocido que fuese, volaban en su auxilio sus capitanes: los contratos hechos con uno de ellos, eran considerados como inviolables por toda la comunidad; pero el perjuicio sufrido era tambien vengado por todos. Su pátria verdadera era el mar que se extiende desde las columnas de Hércules hasta las costas de Siria y de Egipto: en todas partes tenían sus lugares de refugio para ellos y para sns casas flotantes, y princi-

palmente en las costas de Mauritania y de Dalmacia, en la isla de Creta, ocultos por lo comun tras de muchos promontorios y de los reductos de la costa Sur del Asia Menor, esta tierra sin dueño, pero que dominaba las grandes rutas del comercio marítimo. La federacion de las ciudades licias ó panfilias, tenia en efecto poca importancia: la estacion romana establecida en Cilicia desde el año 652, no bastaba, ni con mucho, á proteger la extensa línea de las costas: la dominacion siria no habia sido nunca más que un nombre vano, en estos países donde hacia poco tiempo la habia reemplazado la soberanía de la Armenia. Agréguese á esto que el nuevo Gran Rey, á quién ahora pertenecia, no se cuidaba del cetro de los mares, y los abandonaba espontáneamente á las incursiones de los ribereños. Así pues, no es extraño que los piratas prosperasen en aquella tierra. Poseian en las riberas sus estaciones, sus faros y torres telegráficas, y penetraban en los escondidos reductos del interior, en el seno del impracticable y montuoso mazizo de la Licia, de la Panfilia y de la Cilicia. Aquí se habian construido sus castillos en lo alto de las rocas, encerrando allí sus mugeres, sus hijos y sus tesoros, miéntras ellos surcaban las aguas del Archipiélago, refugiándose tambien en los mismos, cuando les amenazaba a'gun peligro. En la *Cilicia ruda*, era principalmente donde tenian sus nidos de águila, y como los bosques les suministraban excelentes maderas para la construccion de sus buques, tenian tambien allí sus principales arsenales. No es extraño, que su república militar bien ordenada hubiera conseguido colocar bajo su clientela las plazas griegas maritimas abandonadas á sí mismas, y que se gobernaban de la mejor manera que podian. El comercio las ponía en relaciones con los piratas; tratados formales

las unian á esta nueva potencia amiga, y se negaban á obedecer á los pretores romanos, cuando éstos les ordenaban luchar contra los piratas. Veíáselas, por el contrario, como sucedió con la importante ciudad de *Sidea* en Panfilia, abrirles sus puertos y permitirles edificar ó venir allí á vender sus prisioneros. Organizada de este modo, habia llegado á ser la piratería un poder político, y se consideraba y era tenida por tal, principalmente desde que Trifon, rey de Siria, le habia pedido auxilio y habia apoyado en ella su propio imperio (t. V, p. 97). Vémos que los piratas contraen alianza con Mitridates, rey del Ponto, y con los emigrados demócratas de Roma; vémosles tambien, batirse en el Este y en el Oeste con las escuadras de Sila; y encontramos, por último, príncipes-corsarios á quiénes obedecen gran número de ciudades escalonadas en las costas. No podemos decir á que grado de desarrollo político interior habia llegado este raro sistema; pero es imposible no ver en él en germen un imperio marítimo, buscando y asegurando ya su asiento, y llamado á cumplir grandes y duraderos destinos, si las circunstancias llegan un día á favorecerle.

La policía romana de los mares reducida á la nulidad.—Como ya hemos dicho en otro lugar, el progreso de los piratas, muestra suficientemente cómo los Romanos conservaban el buen orden, ó mejor dicho, como no lo conservaban, en los mares que dominaban suyos (*mare nostrum*). La soberanía de la República sobre las provincias consistía esencialmente en la tutela militar, que concentraba en manos de Roma la defensa de mar y tierra, á cuyo fin pagaban los provinciales un impuesto y un tributo. Pues bien, si hubo tutor que engañó indignamente á su pupilo, fué con seguridad la oligarquía romana respecto de sus súbditos y clientes. En vez de

tener siempre dispuesta una gran escuadra y vigilar sobre la policia marítima, no habia hecho el Senado nada para fundar una administracion fuerte cual se necesitaba, sopena de no llegar á una cosa eficaz: dejaba á cada pretor, á cada Estado cliente, el cuidado de defenderse, como pudiera ó como quisiera. En lugar de cumplir una obligacion sagrada y de sostener un establecimiento naval, ya con su oro y con su sangre, ya con el oro y la sangre de los pueblos clientes que guardaban su independencia nominal, habia dejado Roma decaer la marina de guerra italiana, y salia del paso con algunos buques requisados en las ciudades comerciales, y más frecuentemente, con algunos guarda-costas situados en diferentes puntos, recayendo, en uno y otro caso, todos los gastos y todos los disgustos sobre los desgraciados súbditos. Por dichosos podian tenerse, sin embargo, los provinciales, cuando el gobernador romano aplicaba realmente á la defensa del litoral, los contingentes que exigía, y no utilizaba en provecho propio los fondos que recaudaba, ó no se servia de ellos (como sucedia con frecuencia) para pagar á los piratas el rescate de tal ó cual personaje importante secuestrado por ellos. Lo único útil que se habia intentado, la ocupacion de Cilicia, por ejemplo, (año 652), se habia descuidado completamente su ejecucion. Si entre los Romanos de entónces se hubiese hallado un hombre á quien no cegase absolutamente la ilusion vulgar de la grandeza nacional, creo que hubiera mandado arrancar los *rostros* (*rostra*) de la tribuna de las arengas, para no tener ante sus ojos los recuerdos de las grandes victorias marítimas conseguidas allá en mejores tiempos.

Expedicion á las costas de Asia Menor. Publio Servilio el Isauric. Victoria sobre Zenicetos.—Sea como quiera, en el trascurso de la primera guerra contra Mi-

trídates había podido Sila convencerse de los peligros que hacia correr el abandono en que se hallaba la marina, y había tomado diversas medidas para prevenir el mal. Pero, si bien había encargado á los lugartenientes que dejó en Asia, la mision de reunir á toda costa en los puertos la escuadra de guerra contra los piratas, habían servido de poco sus órdenes. Murena había preferido ir á pelear contra Mitrídates, y el pretor de Cilicia, *Cneo Dolabela*, sólo había dado pruebas de incapacidad. En su consecuencia, tuvo el Senado que decidirse (en el año 675) á enviar allá uno de los cónsules, y la suerte designó al valiente y activo Publio Servilio. Este libró un sangriento combate á la escuadra de los piratas, y despues, se propuso arrasar sucesivamente todas las ciudades de la costa del Asia Menor, ante las cuales venian ordinariamente los buques piratas á anclar y á traficar. De este modo fueron destruidas las ciudades de *Zenictos*, uno de los más poderosos reyes del mar, *Olimpos*, *Coricos*, y *Faselis* en la *Licia* oriental; *Ataleya* en *Panfllia*: el mismo Zenictos pereció en el incendio de Olimpos. Continuando sus triunfos, marchó Servilio contra los Isaurios, pueblo acantonado en el ángulo Noroeste de la *Cilicia Ruda*, en la falda senteptrional del Tauro, oculta detrás de un laberinto de montañas escarpadas, de picos suspendidos sobre los abismos, y de profundos valles (esta region conserva aún en nuestros dias las huellas y los recuerdos de los bandidos de los tiempos antiguos). Para llegar hasta aquéllos nidos de águila, últimos y seguros asilos de los piratas, pasó Servilio por primera vez el Tauro con las legiones: se apoderó de las fortalezas del enemigo, de *Oroanda* y hasta de *Isaura*, el ideal de un nido de ladrones, construida en lo alto de una montaña casi impracticable y dominando toda la llanura de *Iconion*. Esta ruda cam-

pañña de tres años (de 676 á 678) durante la cual conquistó Publio Servilio, para sí y sus sucesores, el sobrenombre de *Isaurico*, no careció de resultados; cayeron en poder de los Romanos muchos buques y gran número de piratas: devastaron aquéllos la Licia, la Panfília y la Cilicia occidental, anexionaron á Roma los territorios de las ciudades destruidas y extendieron la provincia de Cilicia. Compréndese, empero, que la piratería, léjos de desaparecer, no haría más que cambiar de domicilio, y que se trasladaría al antiguo refugio de los piratas del mediterráneo, á la isla de Creta (t. V, p. 96.) Para remediar esto por completo, hubiera sido necesario tomar medidas represivas en mayor escala y con más unidad de miras, ó mejor dicho, crear una alta policía de los mares.

Asuntos de Asia. Tigranes. El nuevo Gran Rey de Armenia. Conquista de Siria por Tigranes.—A la guerra contra los piratas, iban unidos muy de cerca y bajo muchas relaciones, los intereses del continente de Asia Menor. Léjos de mejorar, habia empeorado la ya tirante situacion entre Roma y los reyes de Ponto y de Armenia. Por un lado, habia el Armenio Tigranes proseguido sus conquistas marchando adelante, sin respetar nada. El imperio de los Partos, destrozado por luchas intestinas, estaba, por decirlo así, en baja: atacados constantemente por su enemigo, se veían rechazados cada dia más léjos en las profundidades de Asia. En los territorios situados entre Armenia, Mesopotamia y el Iran, algunos, como la *Kordjuana* (*Gordiana ó Kurdistan septentrional*), la Media de *Atropatena*, de reinos feudales pertenecientes á los Partos que eran, se habian convertido en reinos tributarios armenios: asimismo el reino de Nínive (*Mosul*) ó la *Adiabena*, habian tenido que someterse por algun tiempo á la clien-

tela de Tigranes. En Mesopotamia, en *Nisibis* y en sus alrededores, habia tambien arraigado la dominacion armenia. Solo al Sur no poseia por completo el nuevo Gran Rey el vasto desierto que constituye la mitad del país: *Seléucia*, sobre el Tigris, parece que no llegó á obedecerle. Habia dado el reino de Edesa ó la Ozroena á una horda de árabes nómadas, trasplantados del Sur de la Mesopotamia, y establecidos sobre esta nueva tierra con objeto de que guardase el paso de Eufrates y la gran via del comercio (1). Pero no limitó en manera alguna sus conquistas á la orilla oriental del Eufrates. Su objeto principal era la Capadocia, y, desarmada como estaba, fué bien pronto dominada por los golpes de su poderoso vecino. Quitóle Tigranes la provincia oriental de Mitelene, y anexionando ésta á la Sofena Armenia que confinaba con ella, fué ya dueño de los vados del Eufrates en esta region y en toda la gran via del tráfico entre Asia Menor y su reino. Despues de la muerte

(1) El reino de Edesa, cuya fundacion colocan las crónicas locales hácia el año 620, cayó poco tiempo despues bajo la dominacion de una dinastía árabe, á la que pertenecieron *Abgar* y *Mannos* que hallamos más tarde en el país. Este hecho concuerda evidentemente con el establecimiento árabe creado por Tigranes el Grande en la region de Edesa, Calirroe, Carras (Plin. *hist. nat.* 5, 20, 85), y del que dice Plutarco que, cambiando Tigranes las costumbres de los *Arabes de la tienda*, les hizo establecerse más cerca de su reino á fin de hacerse, mediante ellos, dueño del comercio. Significa esto, que los Beduinos, acostumbrados ántes á abrir las vías comerciales por sus territorios, y á imponer grandes tasas á las mercancías que por allí pasaban, vinieron á convertirse en una especie de *aduaneros* del gran Rey, cobrando en adelante por cuenta de éste y suya, las tasas impuestas á las mercancías al pasar el Eufrates. Estos Arabes de Osroena, como les llama Plinio, son los mismos que los del *Amanus* vencidos más tarde por Afranio.

de Sila, penetraron sus ejércitos en el corazón de la Capadocia propia; se llevaron consigo á Armenia á los habitantes de Mazaka (después Cesárea) la capital, y de otras once ciudades pertenecientes á la civilización griega. El imperio de los Seléucidas estaba en completa disolución y no podía luchar con el nuevo Gran Rey. Al Sur, conforme se vá de la frontera de Egipto á la *Torre de Estrabon (Cesárea de Judea)*, reinaba Alejandro Janeas, príncipe judío que luchando todos los días con sus vecinos los Sirios, Egipcios y Arabes y con las ciudades reales, se había engrandecido paso á paso. Las principales ciudades del país, *Gaza. Torre de Estrabon, Tolemaida y Berca*, se habían erigido en ciudades libres ó colocado bajo el cetro de los tiranos locales, é intentaban defenderse por sí mismas: Antioquía, la capital, se había hecho, por decirlo así, independiente de las demás. Damasco y los valles del Líbano obedecían al príncipe nabateo *Aretas de Petra*. En Cilicia dominaban los piratas ó los Romanos; y cuando su corona estaba así dividida en mil pedazos, como si su papel fuera servir de juguete y de escándalo, mantenían los Seleucidas incesantes cuestiones intestinas. Condenados á eternas y sangrientas luchas, como la casa de Lago de Tebas, cuando veían que se hacían independientes todos sus súbditos, se entretenían en aspirar al trono de Egipto, que quedó sin heredero legítimo á la muerte de su último rey Alejandro segundo.

Tigranes se arrojó sobre esta presa fácil, y se apoderó de un golpe de toda la Cilicia oriental; y, lo mismo que había hecho con los Capadocios, se llevó consigo la población de *Soli* y de otras ciudades. Sometió también con las armas toda la región de la Alta Siria, á excepción de Seleucia, situada en la desembocadura del Oronte, que fué valerosamente defendida; y sometió además

la mayor parte de Fenicia. Hacia el año 680, tomó á Tolemaida y amenazó sériamente á la ciudad de los judíos. Antioquia, la antigua ciudad de los Seleucidas, no era ya más que una de las residencias del rey de Armenia á partir desde el año 671: los anales sirios mencionan á Tigranes como señor y dueño del pais; la Siria y la Cilicia se convirtieron en una satrapía armenia, que Magadates gobernaba por cuenta del Gran Rey. Parece que volvian á comenzar los tiempos del imperio de Nínive, los tiempos de Salmanasar y de Senaquerib. El despotismo oriental volvió á pesar de nuevo sobre las poblaciones comerciales de la costa de Siria, como en los tiempos de Sidon y Tiro: el Asia Central se había arrojado de nuevo sobre la region mediterránea, y las playas de Siria y de Cilicia volvieron á ver los ejércitos asiáticos de *un millon* de hombres; y así como en otros tiempos Salmanasar y Nabuco donosor se llevaron á los Judíos á Babilonia, así hoy los habitantes de los países fronterizos del nuevo imperio, Gordianos, Adiabenianos, Asirios, Cilicios, Capadocios, y sobre todo, los habitantes de las ciudades griegas ó semigriegas, se vieron obligados, cualquiera que fuera la defensa que hiciesen, y bajo la pena de confiscacion de todo lo que dejasen en pos de sí, á emigrar á la nueva residencia real, á una de esas ciudades gigantes, que atestiguan más bien la nulidad de los pueblos que la grandeza del soberano, y que á cada cambio de imperio de las orillas del Eufrates, salian de la tierra á la palabra mágica del nuevo sultan. Tigranocerta (la ciudad de Tigranes), situada en la Armenia del Sur, no lejos de la frontera mesopotamia (1),

(1) Tigranocerta no estaba cerca del lugar en que está situada *Diarbekir*, sino entre esta ciudad y el lago de Wan, más cerca de éste, en las orillas del Niceforios, uno de los afluentes setentrionales del Tigris (V. la carta XXXII del *Atlas antiguo* de Spruner).

tenia, como Ninive y Babilonia, muros de 50 codos de elevacion, palacios, parques y jardines, todas las magnificencias, en fin, de que se rodean los sultanes de Oriente. Tigranes, por su parte, supo desempeñar su papel: en Oriente, pais que está siempre en una eterna infancia, no saben los reyes sobreponerse á las pueriles ideas populares, y se veia al monarca Armenio parodiando en público el espléndido aparato de un sucesor de los Darios y Jerjes, adornado con el *Caftan* de púrpura, con la túnica, mitad blanca y mitad roja, los anchos calzones plegados, el alto turbante y la banda real: por doquiera que pasaba, llevaba siempre á su lado cuatro reyes que le acompañasen y sirviesen.

Mitridates.—Mitridates era más modesto. Renunciando á atacar al Asia Menor, y volviéndose hácia el lado del Mar-Negro, lo cual no le estaba prohibido por los tratados, se aplicaba á consolidar los fundamentos de su poder y á reducir poco á poco á una sujecion más completa los países colocados entre el Bósforo y el Ponto, endonde su hijo *Machares* mandaba como delegado suyo. Esforzabase además en construir una buena escuadra y un buen ejército, formando y organizando éste á la romana, utilizando al efecto los excelentes servicios de los emigrados que se habian refugiado en su córte en gran número.

Conducta de los Romanos en Oriente. Reusan la anexión de Egipto.—No convenia á los Romanos engolfarse más que lo estaban en las complicaciones de los asuntos de Oriente, y manifestaron sus intenciones en este sentido en una cuestion de bastante trascendencia. Ofreciase una ocasion de anexionar amistosamente el Egipto al imperio de la República, pero cuya ocasion no quiso aprovechar el Senado. La descendencia legítima de Tolomeo Lágida acababa de extinguirse en la persona

de Alejandro II, hijo de Alejandro I, á quien Sila habia hecho rey á la muerte de Tolomeo Soter. Pocos dias despues de su advenimiento al trono, murió en un motin en las calles de la capital (año 673). Este mismo Alejandro II habia instituido en su testamento por heredera á la República (1). Es verdad que se negó la validez de este documento; pero el Senado lo tuvo por verdadero puesto que hizo que le entregasen las sumas que el rey tenia depositadas en Tiro, si bien dejó que dos hijos de Soter, notoriamente ilegítimos, se apoderasen el uno de Egipto (*llamábane Tolomeo XI el Auletes*), y el otro de Chipre, y se le llamó *Tolomeo el Cipriota*. No quiere de-

(1) Hay diferentes pareceres sobre si este testamento, verdadero ó falso, emanaba de Alejandro I (muerto en 666) ó de Alejandro II (muerto en 663), resolviéndose las más veces la dificultad atribuyéndoselo al primero. En mi sentir, los que esto hacen se fundan en razones insuficientes: Ciceron (*de leg. Agr.* 1, 4, 12) no dice que Egipto fuese anexionado en 666, sino que cayó en poder de Roma en esta fecha ó despues. De que Alejandro I muriese en el extranjero, mientras que Alejandro II murió en su capital, se saca tambien la conclusion de que los tesoros depositados en Tiro, á que alude el testamento, pertenecian al padre y no al hijo. Olvidase empero que éste fué muerto 49 dias despues de su llegada á Egipto (Letron., *insert. del Egipto*, 2, 20), y que su caja podia estar todavía en Tiro. La razon decisiva, en mi sentir, es que Alejandro II fué el último representante de los Lagidas: siempre en casos semejantes (como sucedia en Pergamo, Cirene y Bitinia, el último vástago de los soberanos legítimos instituía á la República por su heredera. El antiguo derecho público, al ménos respecto de los Estados clientes de Roma, no dejaba al príncipe la libre disposicion de su reino, por acto de última voluntad, salvo el caso en que no existiesen algunos en grado próximo. Pero el testamento ¿era falso ó verdadero? Cosa es que no puede decidirse ni merece la pena pensar en ella: además, no veo en todo esto motivos graves que hagan sospechar una falsificación.

cir esto que el Senado los reconociese formalmente; pero no les obligó á restituir el poder usurpado. ¿A qué atribuir esta conducta ambigua? ¿Por qué no haber á lo ménos renunciado expresamente á la posesion de Chipre y de Egipto? No vacilo en reconocer como causa determinante de esta conducta, la renta que los dos reyes *precarios* pagaban á los jefes de las pandillas de Roma porque continuase aquel estado de cosas. En el fondo, tenia Roma razon en no tocar al cebo que se le ofrecia. Por su posicion especial y su organizacion financiera, hubiera puesto Egipto en manos de un pretor romano el poder del dinero, el de la dominacion de los mares, y, sobre todo, una fuerza independiente. ¿Cómo admitir que una oligarquía suspicaz y débil pudiera nunca contribuir á la formacion de un poder semejante? Bajo este punto de vista se comprende tambien que Roma no quisiese la posesion inmediata y directa de los países del Nilo.

Politica de no intervencion en Asia Menor y en Siria.

—La inaccion del Senado ante los acontecimientos que agitaban el Asia Menor y la Siria, no podia justificarse. Concedo que la República no reconociese al conquistador Armenio los títulos de rey de Capadocia y de Siria; pero no hizo nada tampoco para que ésta se mantuviese en sus límites, por más que le hubiera sido fácil penetrar en Siria, con motivo de la guerra contra los piratas, en el año 676. Tolerar la ocupacion de Capadocia y de Siria, sin declarar la guerra, equivalia, no sólo á abandonar á sus protegidos, sino á dejar que destruyesen los más sólidos fundamentos de su poderío en el exterior. Era cosa grave por sí sacrificar, en el Eufrates y en el Tigris, los establecimientos helénicos, estos puestos avanzados de su imperio; pero permitir á los Asiáticos fijar su planta en las orillas del Mediterráneo, verdadera base polí-

tica del imperio oriental, no probaba solamente su amor á la paz, sino que confesaba que, no por ser más oligárquica que ántes, era la oligarquía restaurada por Sila más hábil ni más enérgica, y que habia sonado la hora del *principio del fin* del mundo romano.

Tampoco por la otra parte se queria la guerra. Tigranes no tenia motivo alguno para desearla, puesto que los Romanos le abandonaban sus clientes sin tomar las armas. Mitridates, que no era un sultan estúpido, y que, en sus dias de fortuna ó de desgracia, habia experimentado á sus amigos y á sus enemigos, sabia muy bien que, en caso de una segunda guerra con Roma, estaria solo lo mismo que en la primera. Lo mejor, pues, que podia hacer, era mantenerse tranquilo y prepararse en silencio. Las protestas de paz eran sinceras, como lo habia mostrado en su entrevista con Murena, y continuaba en este camino evitando toda ocasion que diese motivo á la República para salir de su actitud pasiva.

Pero así como la primera guerra con el rey de Ponto se habia empeñado sin quererla, en realidad, ninguno de los beligerantes, así tambien en los momentos actuales iban aumentando las sospechas recíprocas por efecto de los intereses encontrados. Las sospechas trajeron consigo los preparativos de defensa, y éstos conducian á un rompimiento abierto. Hacia mucho tiempo que Roma tenia poca fé en su efectivo militar y en sus inmediatos recursos de combate; ¿qué cosa más natural que semejante desconfianza, en quien no mantiene en pié de guerra un ejército permanente, y en donde el gobierno reposa en el seno de una asamblea deliberante? Era, por consecuencia, un axioma de la política romana, que una vez emprendida la guerra debia continuarse, no hasta la derrota del enemigo, sino hasta su destruccion completa. Estaban, además, poco satisfechos de la paz concluida

poco há por Sila, lo mismo que en otro tiempo se habia murmurado de las condiciones otorgadas á Cartago por Escipion el Africano. Manifestábanse constantes temores respecto del rey de Ponto; se pronosticaba un segundo y próximo ataque, y esto no sin motivo, siendo las circunstancias presentes, exactamente las mismas que doce años antes. Con los armamentos de Mitridates coincidían una guerra civil [peligrosa, las incursiones de los Tracios en Macedonia, y las de los piratas, cuyas flotas cubrían todos los mares. Así como, en otros tiempo, se habian cambiado los mensajes y los emisarios entre Mitridates y los Italianos, así en la actualidad se iba y se venia desde el campamento de los emigrados romanos de España al de los refugiados en la córte de Sínope. Ya á fines del año 677, se habia exclamado en pleno Senado, que, durante la guerra civil italiana, no esperaba el rey de Ponto nada más que una ocasion para arrojar-se sobre el territorio romano; y, para prevenir eventualidades, se habian reforzado los cuerpos de ejército de las provincias de Asia y de Cilicia.

Mitridates, por su parte, seguia con inquietud creciente todos los movimientos de la política de los Romanos. Comprendía bien, que fuera cualquiera la repugnancia que, en su debilidad, mostrase el Senado á una declaracion de guerra, no podia ménos de declararla á Tigranes, á la corta ó á la larga, y que él á su vez tendria forzosamente que tomar parte en ella. En medio del tumulto de la revolucion de Lépidó, habia intentado en vano obtener del Senado el documento escrito de su tratado de paz, que nunca pudo obtener: no lo esperaba ya, y veía en esto el síntoma de la próxima renovacion de la lucha. Roma comenzaba ya su lucha contra los piratas. Atacarlos, equivalia á atacar indirectamente á los reyes de Oriente, que eran sus aliados. Las pretensiones ambi-

guas de Roma sobre Egipto y la isla de Chipre eran otra piedra de toque. ¿No habia el rey de Ponto casado dos de sus hijas, *Mitridatis* y *Nisa*, con estos dos tolomeos á quienes el Senado persistia en no reconocer formalmente? Los emigrados le impelian tambien á dar un gran golpe: por último, los triunfos de Sertorio en España, triunfos de que se informaba el Rey por medio de sus enviados que seguian al ejército de Pompeyo bajo especiosos pretextos, le abrian la ventajosa perspectiva de que en la próxima guerra no tendria que luchar á la vez contra los dos partidos, y poder, por el contrario, batir al uno apoyándose en el otro. ¿Dónde hallar un momento más favorable? No valia más, despues de todo, declarar la guerra á los Romanos antes de que éstos la declarasen?

Hácese romanas Bitinia y Cirene. Explosion de la guerra.—En estos intermedios murió el rey de Bitinia, *Nicanor III Filopator*, que era el último de su raza, pues un hijo que habia tenido su mujer Nisa, pasaba por ilegítimo ó lo era en efecto. En su testamento, dejaba su reino á los Romanos, que se apoderaron inmediatamente de aquel país, limítrofe de su provincia, y visitado hacia muchos años por los magistrados y los traficantes italianos. En esta misma época se erigió tambien á Cirene en provincia, y enviaron á ella un pretor (año 679). Estas medidas, y los ataques dirigidos contra los piratas de la costa Sur del Asia Menor, sobreescitaban las desconfianzas de Mitrídates. La anexion de Bitinia, sobre todo, no pudiendo contar con Paflogonia, hacia á los Romanos vecinos inmediatos de su reino pónico: este fué ya el último golpe. Tomó su partido, y, en el invierno del año 679 á 680, declaró la guerra á la República.

Armamentos de Ponto.—Mitrídates hubiera deseado contraer algunas alianzas que le auxiliasen en esta árdua empresa. Su más próximo y natural aliado era el Gran

Rey de Armenia; pero éste, que era un político de cortas miras, rechazó las proposiciones de su suegro. Quedaban los insurrectos y los piratas. Mitrídates tuvo cuidado de mantenerse en comunicacion con unos y con otros, y mandó numerosas escuadras á las aguas de Creta y á las de España. Hemos visto en otro lugar que habia concluido con Sertorio un tratado por el que Roma le cedia la Bitinia, Paflagonia, Galacia y Capadocia, si bien estas cesiones eran puramente nominales, y que sólo podia ratificar la suerte de las armas. Más sería era la asistencia que debia de recibir del general de los Españoles, con el envío de oficiales que pudieran dirigir los ejércitos y las escuadras de Ponto. Sertorio habia nombrado representantes suyos cerca de la córte de Sínope á los hombres más activos que habia entre los emigrados de Oriente, á *Lucio Magio* y á *Lucio Fanio*. Tambien entre los piratas halló Mitrídates recursos. Parece que se habian establecido en gran número en el reino pónico, y gracias á ellos parece que le fué posible reunir una fuerza naval imponente, tanto por su número como por la bondad de sus naves. Sea como quiera, su principal apoyo estaba en su propio ejército; y podia esperar que con él le seria permitido apoderarse de las posesiones romanas en Asia mucho ántes de la llegada de las legiones. Además, todo favorecia la invasion de los soldados del Ponto. Las contribuciones impuestas por Sila á la provincia de Asia agotaban todos sus recursos: la Bitinia se revelaba contra la nueva administracion romana: en Cilicia y en Panfilia, la reciente guerra devastadora habia dejado el terreno dispuesto á reproducirla. Habia abundancia de municiones. Los graneros reales encerraban dos millones de *medimnos* de trigo. La escuadra y los soldados eran numerosos y bien ejercitados. Los mercenarios bastarnas en particular, suministraban una tropa

escogida, capaz de habérselas con los legionarios italianos. También esta vez fué Mitridates quien tomó la ofensiva. Un cuerpo de ejército mandado por Diofauto entró en Capadocia, con el fin de ocupar las plazas fuertes y cerrar á los Romanos el camino del Ponto. Al mismo tiempo, un oficial enviado por Sertorio, el propretor Marco Mario, entró en Frigia acompañado de un general pónico llamado *Eumacos*, y los cuales debían sublevar la provincia romana y los habitantes del Taurus; el ejército principal, que se componía de más de 100.000 infantes, 16.000 caballos y 100 carros con hoces, iba conducido por *Taxila* y *Hermócrates*, bajo las supremas órdenes del rey, y recorría, dándose la mano con una escuadra de guerra de 400 buques que obedecía á *Aristónico*, la costa Norte del Asia Menor, apoderándose de Paflagonia y de Bitinia.

Armamentos de Roma.—Por parte de Roma se había elegido desde un principio para general en jefe al cónsul del año 680, á Lucio Lúculo. Habíasele dado el gobierno de Asia y de Cilicia, con el mando de las cuatro legiones acampadas en Asia Menor, y llevó consigo otra más. Su ejército, pues, constaba de 30.000 infantes y 1.600 caballos. Tenía orden de marchar sobre el Ponto, atravesando la Frigia. Su colega, *Marco Cotta*, se dirigió con una escuadra y otro cuerpo de ejército hácia la Prepóntide, á fin de cubrir el Asia y la Bitinia. Por último, había ordenado el Senado el armamento general de las costas, sobre todo de las de Tracia, que eran las más particularmente amenazadas por la escuadra enemiga. Como medida extraordinaria, se dió al mismo tiempo á uno la misión de limpiar todos los mares y playas infestados por los piratas y sus aliados del Ponto. La elección del Senado recayó sobre *Marco Antonio*, hijo de aquel que treinta años antes había sido el primero en castigar á

los corsarios de Cilicia. Púsose, además, á disposicion de Lúculo una suma de 72 millones de sestercios (cerca de 20 millones de pesetas), para el equipo de una escuadra, pero él reusó esta suma. Vese, pues, que al fin comprendia y confesaba el gobierno de la República, que casi todo el mal procedia del abandono en que habia estado la marina de guerra, y que, en el porvenir, se proveeria formalmente á su restablecimiento, por lo ménos hasta donde es posible hacerlo á fuerza de decretos.

Principio de la guerra. Derrota de los Romanos delante de Calcedonia.—La guerra comenzó, pues, en todas partes en el año 680. Por desgracia de Mitrídates, en el momento en que rompía las hostilidades, iba á declinar la estrella de Sertorio, llevándose consigo una de las grandes esperanzas del Asiático, y dejando á Roma libre para consagrar todas sus fuerzas á las expediciones marítimas y á las de Asia Menor. Sin embargo, aquí recogió Mitrídates los beneficios de la ofensiva, y de la distancia que separaba á los Romanos del actual teatro de la lucha. El propretor de Sertorio habia penetrado inmediatamente en la provincia, y le abrieron sus puertas gran número de ciudades. Las familias romanas que habian fijado en ella su residencia, fueron pasadas á cuchillo lo mismo que en el año 666. Subleváronse además los Psidios, los Isaurios y los Cilicios. En estos momentos, aún no habian llegado á los puntos amenazados los soldados de la República. Algunos hombres más atrevidos intentaron impedir por sí mismos la matanza. Así, por ejemplo, á la nueva de estos graves acontecimientos, salió el jóven Cayo César de Rodas, en donde proseguia sus estudios, y se presentó, con algunas tropas reunidas precipitadamente, á contener los progresos del enemigo: pero ¿qué podian hacer este puñado de voluntarios? Si el bravo tetrarca de los *Tolistoboyos*, Galos establecidos en

derredor de Pesinunte; si *Deyotaro* no hubiese tomado el partido de Roma, y luchado victoriosamente contra los generales de Mitridates, hubiera tenido Lúculo que comenzar reconquistando todo el macizo interior de la provincia. Perdió aquí, sin embargo, un tiempo precioso en restablecer la calma y en rechazar al enemigo hasta la frontera; y el éxito insignificante que pudo conseguir su caballería en dos ó tres ocasiones, no compensaron, ni con mucho, las primeras desventajas. En la costa Norte del Asia Menor, marcharon las cosas aún peor que en Frigia. La escuadra y el ejército del Ponto eran completamente dueños de Bitinia: el cónsul Cotta, con su pequeño ejército y las pocas naves de que disponia, habia podido, á duras penas, refugiarse en los mares y en el puerto de Calcedonia, en donde le tenia bloqueado Mitridates. Empero esta mala situacion produjo algo bueno para los Romanos. Ocupado el ejército del Ponto delante de Calcedonia, atrajo Cotta á Lúculo en su auxilio, provocando, de este modo, la union de todas las fuerzas romanas. Podia, pues, decidirse la lucha inmediatamente sin tener que perseguir al enemigo por países lejanos é impracticables. Lúculo marchó, en efecto, á reunirse con Cotta: pero éste, soñando en una victoria conseguida por sí solo, y ántes de la llegada de su colega, ordenó á *Publio Rutilo Nudo*, jefe de la escuadra, que saliese con ésta y empeñase el combate, que dió por resultado una sangrienta derrota; la escuadra del Ponto atacó inmediatamente el puerto, rompió la cadena que lo cerraba, y quemó todas las naves romanas que en él habia, y que ascendian á 70. Lúculo estaba en el rio *Sangara* cuando supo lo que habia sucedido, y aceleró su marcha, con gran descontento de sus soldados, que se inquietaban poco por Cotta, y hubieran preferido saquear un país indefenso, á enseñar á sus camaradas la

manera de vencer. La llegada de Lúculo restableció un tanto los asuntos. El rey levantó el sitio; pero léjos de volver hácia el Ponto se extendió por todas las costas de la Prepóntide y del Helesponto, ocupó á Lampsaca y comenzó el sitio de la grande y rica ciudad de *Ciciquia* (*Bal-kir*).

Sitio de Cicia por Mitridates. Destrucción del ejército del Ponto.—Esto equivalía á encerrarse en un verdadero callejon sin salida. Hubiera obrado mejor para su causa retirándose de los Romanos. En Ciciquia, se habian conservado, más que en ninguna otra ciudad, las antiguas tradiciones y el antiguo valor de los Helenos: aunque diezmados sus buques y sus soldados en el doble y desastroso combate de Calcedonia, opusieron una tenaz resistencia. La ciudad estaba edificada sobre un islote muy inmediato á la costa con la que se comunicaba por medio de un gran puente. Los sitiadores ocuparon, en un principio, las alturas de tierra firme que dominaban el puente y el arrabal inmediato: en la isla misma coronaron la célebre colina *Dindimeniana*; despues, así en la parte del continente como en la isla, emplearon los ingenieros griegos de Mitridates todos los medios de que entonces disponía el arte para hacer practicable el asalto. Pero los sitiados cerraron, durante una noche, la brecha abierta con tanto trabajo, y los esfuerzos del ejército del Ponto se estrellaron contra las murallas, así como tambien la bárbara amenaza participada por el rey á los de Ciciquia, de que haria degollar á sus hermanos cautivos delante de sus puertas, si se negaban á abrirlas inmediatamente. Los Ciciquianos se defendieron entónces con más energía y mejor éxito, hasta el punto de que un dia estuvieron muy cerca de cojer prisionero al mismo Mitridates. Entre tanto habia Lúculo ocupado una fuerte posicion á re-

taguardia de los sitiadores, y aunque no podia socorrer directamente la ciudad, cortaba todos los viveres que llevaban por tierra á los soldados asiáticos. Este inmenso ejército evaluado en más de 300.000 personas incluyendo la comitiva ó séquito, no podia retirarse ni combatir, encerrado como estaba entre una plaza inexpugnable y las legiones inmóviles; y no se aprovisionaba sino gracias á la escuadra que, por fortuna de Mitrídates, dominaba en el mar. Llegó la mala estacion, y una gran tempestad destruyó casi todos los trabajos de sitio; la falta de viveres, y sobre todo, de forrage, hacía la situacion insostenible. Mandaron las bestias de carga y bagajes, que fueron escoltados por la mayor parte de la caballería, que debia á toda costa lanzarse sobre las filas enemigas y abrirse paso por la fuerza. Alcanzólos Lúculo sobre el Rindaco, al Este de Ciciquia, y los exterminó. Otra division de la caballería, á cuya cabeza iban Metrofano y Lucio Fanio, anduvo errante mucho tiempo por todo el Occidente de Asia Menor, teniendo que volverse por último, al campamento de Ciciquia. El hambre y las enfermedades hacian terribles estragos. Al comenzar la primavera del año 681, redoblaron los sitiadas sus esfuerzos y se apoderaron de los trabajos contruidos por Mitrídates sobre el monte *Dindimon*, y no quedó ya al rey más remedio que levantar el sitio y colocar sobre su escuadra todo lo que pudiese salvar. Despues se hizo á la vela hácia el Helesponto; pero, mientras embarcaba sus tropas y durante la travesía, sufrió grandes pérdidas á causa de las tempestades. La division de tierra, conducida por *Hermacos* y Mario, levantó tambien el campo á fin de ir á refugiarse dentro de los muros de Lamsaca, para embarcarse allí á su vez. Abandonó sus bagajes y sus enfermos y heridos, á quienes asesinaron los exasperados habitantes de Ciciquia; y

en el camino, al pasar el Esopo y el Gránico, sostuvo con Lúculo dos sangrientos combates. Aunque muy disminuido, alcanzó sin embargo su fin; y las naves del rey condujeron fuera del alcance de los Romanos á los últimos restos del gran ejército ya los habitantes de Lamsaca.

Guerra marítima. Mitridates se ve obligado á volver á entrar en el Ponto.—Lúculo habia hecho la guerra con habilidad y prudencia, y reparado las faltas de su colega, pues sin librar batalla, habia destruido la flor de los ejércitos del Rey, en número, segun se dice, de 200.000 hombres. Si él hubiera tenido á su disposicion aquella escuadra quemada por los Pónticos en el puerto de Calcedonia, no se hubiera escapado ni un soldado. Su obra estaba incompleta: á pesar de la catástrofe de Cíciquia, no pudo impedir que las naves enemigas penetrasen en la prepóntide, bloqueasen á Perinto y Bizancio, en la costa de Europa, devastasen á *Priapos*, en la de Asia, y cubriesen el cuartel general del rey, establecido en Nicomedia. Vióse al poco una escuadra que llevaba á bordo 10.000 hombres con Mario y la flor de los emigrados, penetrar hasta en el mar Egeo, y corrió la voz de que bajaba hácia Italia para verificar allí un desembarco y volver á encender la guerra civil. Afortunadamente estaban ya dispuestos para entrar en campaña los buques pedidos por Lúculo á las ciudades asiáticas, al dia siguiente del desastre de Calcedonia, pudiendo salir una pequeña escuadra á buscar al enemigo en las aguas del Archipiélago. Mandábala el mismo Lúculo, que era marino experimentado. Delante del *puerto de los Aqueos*, en el canal que separa la costa troyana de la isla de Tenedos, habia cinco quinqueremes que Isidoro conducia á Lemnos. Lúculo las sorprendió y pasó por ojo. Poco más allá, en la pequeña isla de *Nea*, punto

poco concurrido, entre Lemnos y Esciros, habia otros 32 buques pόνticos extendidos á lo largo de la costa. Lúculo cayó sobre ellos y los capturó todos Allí sucumbieron combatiendo ó bajo el hacha del verdugo, Mario y los emigrados más atrevidos. Habia quedado, pues, aniquilada la escuadra del Mar Egeo. Durante este tiempo, reforzados por nuevas tropas italianas, y por una escuadra regular reunida á toda prisa, habian continuado la guerra en Bitinia, Cotta y los lugartenientes de Lúculo, *Voconio*, *Barbo* y *Cayo Valerio Triario*. En el interior se habia apoderado Barbo de *Prusiada*, al pié del Olímpo, y de Nicea: Triario habia tomado á *Apamea* sobre la costa (la antigua *Mirleya*), y á *Prusiada sobre el Mar* (la antigua Cios). Reuniéronse inmediatamente todos los generales, y marcharon contra Mitrídates, apostado todavía en Nicomedia; pero éste, sin esperarles, huyó en sus naves y tomó el camino del Ponto; y sólo escapó merced á la tardanza de Voconio, encargado de bloquear con su escuadra el puerto de aquella ciudad. De paso se habia apoderado el Rey de Heraclea, entregada por traicion: mas sobrevino una tempestad que le arrebató 60 buques y dispersó los demás de su escuadra, volviendo á entrar él casi solo en Sínope. La ofensiva tomada por él habia dado por resultado la completa derrota de sus ejércitos de mar y tierra, derrota poco gloriosa, sobre todo para el jefe supremo.

Invasión del Ponto por Lúculo. Victoria de Cabira. Conquista del Ponto. Sitio de las ciudades.—Lúculo atacó á su vez. Triario se encargó del mando de la escuadra, con la mision de cerrar el Helesponto y apoderarse á su paso de las naves pόνticas que viniesen de Creta ó de España. Cotta emprendió el sitio de Heraclea: el activo y fiel jefe de los Galos y el Rey de Capadocia, Ario Barzana, se encargaron de la difícil tarea del apro-

visionamiento de los Romanos: en fin, el mismo Lúculo entró, en Otoño del año 681, en el territorio del Ponto, cuyo suelo hacia mucho tiempo no habia pisado ningun enemigo. Decidido Mitridates á mantenerse en una rigurosa defensiva, retrocedió, sin pelear, desde Sínope á Misos, y desde Misos á *Cabira* (hoy *Niksar*) sobre el *Licus*, afluente del *Iris*, contando con atraer al Romano al interior del país, para cortarle enseguida los víveres y las comunicaciones. Lúculo le siguió á marchas forzadas, dejando atrás á Sínope; y franqueando el *Halis*, antigua frontera de Escipion, colocó un cordon de tropas en derredor de las importantes fortalezas de *Amisos Eupatoria* (sobre el *Iris*) y *Tesmicira* (sobre el *Termodonte*); solo el invierno puso fin á sus progresos, pero no al sitio de las ciudades. Los soldados murmuraban contra su capitan, que no queria nada más que ir siempre avanzando, sin recojer jamás los frutos de sus esfuerzos; y les repugnaban estos bloqueos, establecidos en grande escala, en el rigor del invierno. Lúculo, empero, no acostumbraba á oír las quejas, y desde la primavera del año 682, marchó adelante y llegó á *Cabira*, dejando á Lucio Murena con dos legiones delante de *Amisos*. Durante el invierno, habia hecho Mitridates nuevas tentativas para comprometer en la lucha al Gran Rey de Armenia; pero estos esfuerzos no habian producido más que vanas promesas. Méenos inclinados se hallaban los Partos á venir en ayuda de una causa perdida. Sin embargo, á fuerza de actividad y reclutando soldados entre los Escitas, habia el Rey conseguido reunir en *Cabira* un ejército considerable á las órdenes de Diofanto y de Taxilo. Los Romanos, que no contaban más que con tres legiones y con una caballería muy inferior á la de los Pónticos, no podian hacer frente en la llanura, y para llegar á *Cabira* tuvieron que ir por senderos muy largos y difíciles, sufriendo, du-

rante la marcha, grandes pérdidas. Los dos ejércitos permanecieron algun tiempo inmóviles uno frente á otro. Sólo se verificaban algunas escaramuzas entre los forrajeadores, escaseando los víveres en ambos campamentos: á este efecto habia organizado Mitrídates una gran columna volante con la flor de sus caballeros, y una division de infantería mandada especialmente por los mismos Taxilo y Diofanto. Siempre en movimiento entre el Licus y el Halis, cortaban los trasportes mandados de Capadocia á los Romanos. Pero un dia, un oficial subalterno del ejército de Lúculo, *Marco Fabio Adriano*, encargado de la escolta de un convoy, batió en un desfiladero á los enemigos que le cerraban el paso, en el momento en que éstos se iban á arrojar sobre él; y reforzado inmediatamente por una division destacada del campamento, venció á los generales de Ponto, poniendo sus tropas en desordenada fuga. Esta derrota era irreparable; ya no existia la caballería del rey, en cuyo cuerpo tenia éste depositada toda su confianza. Supo en Cabira esta desastrosa nueva por los primeros fugitivos llegados del campo de batalla, que no eran otros que los mismos Taxilo y Diofanto; súpolo antes que Lúculo tuviese noticia de su victoria, y se decidió á emprender inmediatamente la retirada. Pero la noticia de esta decision se extendió como un relámpago entre los íntimos del rey, y viéndoles los soldados liar precipitadamente su equipage, se apoderó de ellos un gran pánico: aquello fué un *sálvese el que pueda*; y todos, pequeños y grandes, huian como una manada de ciervos asustados, sin escuchar ya nada, ni siquiera la voz del rey, y éste fué impelido por el inmenso oleage de una desbandada confusa é irrisistible. Advertido Lúculo, les salió inmediatamente al encuentro, y los Pónticos se dejaron degollar casi sin resistencia. Si las legiones hu-

biesen guardado el orden debido y dominado su deseo de botin, no se hubiese escapado ni un solo hombre, y el mismo Mitrídates hubiera caído prisionero. Este pudo ganar á Comana con gran dificultad, yendo por la montaña seguido sólo de algunos de los suyos. También salió de aquí perseguido por Marco Pompeyo con un cuerpo de ejército; y por último, pasando la frontera con unos 2.000 caballos, entró por cerca de *Talauro* en la pequeña Armenia. Pero, si bien encontró un asilo en los estados del Gran Rey, no encontró nada más. Afectando Tigranes tratar como rey á su suegro fugitivo, no le invitó á que pasase á su córte, y le retuvo confinado en una de las más lejanas fronteras de sus Estados, en una especie de prision decente. Durante este tiempo, recorrían los Romanos, como vencedores, el Ponto y la pequeña Armenia: la llanura se sometió sin resistencia hasta *Trapzus* (*Trevisonda*). Los guardas de los tesoros reales se rindieron á su vez, despues de mayor ó menor vacilacion, é hicieron entrega de sus cajas. En cuanto á las innumerables mujeres del harem, hermanas, esposas y concubinas del rey, no habiéndolas podido éste llevar consigo en su huida, las mató uno de sus eunucos en *Farnacea* (*Cerasonte*). Sólo las ciudades se defendieron tenazmente. Las del interior, *Cabira*, *Amasea* y *Eupatoria*, no pudieron sostenerse mucho tiempo; pero no sucedió lo mismo con las grandes plazas marítimas. *Amisos* y *Sínope*, en el Ponto. *Amastri*, en Paflagonia, *Tios* y *Heraclea*, en Bitinia, se defendieron á la desesperada, ya por su rey, ya por sus franquicias heléninas, que éste les habia conservado, ya, por el contrario, por terror á los corsarios llamados por Mitrídates. *Sínope* y *Heraclea* armaron sus buques contra los Romanos. La escuadra de la primera se apoderó de una flotilla romana que conducia trigo de la península táurica al ejército de *Lúculo*.

Heraclea no sucumbió sino al cabo de dos años de sitio, despues de haberle cortado los Romanos sus comunicaciones por mar con las ciudades griegas y esta misma península, y por la traicion de su guarnicion. Amisos estaba reducida al último extremo. Prendiéronle fuego los soldados, y protegidos por las llamas, se escaparon en sus buques. En Sínope, en donde Seleuco, un atrevido jefe de los piratas, y el eunuco real Baquidas, dirigian la defensa, saqueó la guarnicion las casas ántes de abandonar la ciudad, y quemó las naves que no pudo llevarse: dicese que Lúculo encontró allí todavía 8,000 corsarios y que los hizo pasar á cuchillo; pero la mayor parte de los defensores de la plaza se habian fugado. Todos estos sitios duraron más de dos años, á contar desde la batalla de Cabira (de 682 á 684). Lúculo los confió á sus principales lugartenientes, y él mismo presidió la organizacion de la provincia de Asia, en donde se necesitaban y verificaron grandes reformas. La historia debe hacer notar la enérgica resistencia de las ciudades comerciales de Ponto, sin producir nada provechoso á la arruinada causa de Mitrídates. Tigranes no tenia designio de restituirlo en su reino. La emigracion habia perdido sus mejores hombres en la derróta y destruccion de la escuadra del mar Egeo: los jefes más activos, de los que aún quedaban, Lucio Magio y Lucio Fanio, habian convenido la paz con Lúculo; por último, la muerte de Sertorio, ocurrida en el mismo año de la derrota de Cabira, habia quitado á los emigrados su última esperanza. El poder de Mitrídates se habia derrumbado por completo, y caian uno tras otro sus últimos pilares. Una escuadra de 60 buques que volvia de España y de Creta, fué atacada y destruida por Triario, junto á Tenedos; se vió, por último, que hasta su hijo *Machares*, gobernador del reino del Bósforo, desertó del partido de su padre, y haciéndose

príncipe independiente del Quersoneso táurico, concluyó la paz y la amistad con los Romanos (en 684); y el Rey, despues de haber combatido sin gloria, estaba encerrado en una lejana fortaleza, oculta en el fondo de las montañas de Armenia, desterrado de sus Estados, casi prisionero de su yerno. Aún quedaban algunos corsarios en Creta, y los que habian escapado de Sínope y de Amisos, habian podido refugiarse en la costa oriental del mar Negro, en las casi inaccesibles playas de los *Sanegas* y de los *Lasas*. Lúculo habia hecho la guerra con habilidad; no se habia desdeñado de dar satisfaccion á las justas quejas de los provinciales; habia recibido como oficiales en su ejército á los emigrados arrepentidos, y librando el Asia Menor á poca costa, habia penetrado en el territorio enemigo. Abatido el reino del Ponto, habia pasado del estado de país cliente al de país sujeto. Sólo se esperaba la comision senatorial, encargada de organizarlo en provincias, de concierto con el general en jefe.

Principio de la guerra de Armenia.—Quedaban las diferencias con Armenia que aún no se habian ventilado. Hemos visto ya que los Romanos hubieran podido con razon declarar la guerra á Tigranes, pues todo imponia una inmediata ruptura. Presenciando los hechos sobre el terreno y de un más alto sentido que el comun de los senadores de Roma, veia claramente Lúculo la urgente necesidad de rechazar la Armenia á sus límites, y reconstituir en el Mediterráneo el predominio que habia perdido la República. No puede negarse que, en la direccion de los asuntos de Asia, se condujo como digno continuador de Sila, su maestro y su amigo. Más filo-heleno que ninguno de los Romanos de entónces, tenia el sentimiento del deber que se impuso la República el dia en que aceptó la herencia de Alejandro,

á saber, constituirse en Oriente como espada y escudo de los Griegos. Únase á esto la pasion personal, el deseo de recojer laureles allende el Eufrates, y un vivo rencor contra aquel Gran Rey, que le escribia sin saludarle con el título de *imperator*. Seriamos, sin embargo, injustos en no hallar en su conducta más que motivos mezquinos y egoistas, cuando bastan para explicarla deberes grandes y serios.

Esperando, no podia contar con la asamblea gobernante de Roma. Temerosa, negligente, mal informada de los hechos, y sobre todo, siempre escasa de recursos, no podia creerse que tomase jamás la iniciativa, á no verse muy obligada á ello, en una expedicion vasta, lejana y dispendiosa. Hácia el año 682, alentados por el feliz aspecto que tomaba la guerra del Ponto, habian venido á Roma los representantes legítimos de la dinastía seléucida, Antioco, denominado el *Asiático*, y su hermano, solicitando una intervencion en Siria y, accesoriamente el reconocimiento de sus derechos al trono de Egipto; y por más que esta última demanda no podia ser bien acogida, hay que reconocer, sin embargo, que jamás se habian presentado momento ni ocasion más favorables para declarar á Tigranes una guerra que hacía mucho tiempo se consideraba inevitable. El Senado habia proclamado á los dos príncipes reyes legítimos de Siria, pero sin decidirse á apoyarlos con las armas. Si queria aprovechar la ocasion y obrar con vigor contra Armenia, necesitaba Lúculo provocar la guerra y hacerla por su cuenta y riesgo. Véase éste ahora, como en otro tiempo Sila, en la necesidad de tomar á su cargo los intereses de la República, y marchar adelante sin ella y hasta á pesar de ella. Por otra parte, las relaciones entre Roma y Armenia, fluctuaban hácia mucho tiempo entre la paz y la guerra, y lo que tenian de ambíguo venia en ayu-

da de Lúculo, que hallaba en esto la razon de decidirse y un paliativo para sus actos arbitrarios. No faltaban pretextos para una ruptura, sobre todo en Capadocia y en Siria. Cuando los Romanos iban persiguiendo al rey de Ponto, habian ya violado el territorio del Gran Rey. Despues, envió á uno de sus oficiales á Tigranes, que estaba entonces en Antioquía, y le reclamó la extradicion del ex-rey, lo cual equivalia á declarar la guerra. En la situacion en que se hallaban las legiones, no dejaba de ser esto una increíble audacia. Para penetrar en Armenia, era necesario ocupar sólidamente el estenso territorio del Ponto, sin lo cual estaban los Romanos cortados y completamente aislados desu pátria, teniendo que impedir además el regreso del rey á sus Estados. El ejército conque Lúculo habia dado fin á la guerra pónica, apenas contaba 30.000 hombres, y era evidente que no bastaba para su doble tarea. En circunstancias ordinarias, otro general, hubiera pedido y obtenido que el Gobierno le enviase un segundo ejército. Pero queriendo la guerra por encima de la cabeza de los senadores, y hasta creyéndose obligado á un golpe de audacia, renunció Lúculo de grado ó por fuerza á apoyarse en tal refuerzo, se contentó con alistar entre sus tropas á los Tracios prisioneros, poco há á sueldo de Mitridates, y marchó hácia el Eufrates con solo dos legiones, unos 15.000 hombres. Esto era sin duda una temeridad: sin embargo de que lo exíguo del número podia en cierto modo compensarse con la bravura de un ejército compuesto solo de veteranos. El verdadero peligro era el mal humor del soldado; pero Lúculo hacia poco caso de esto desde lo alto de su orgullo de casta.

Hábil general, hombre honrado y de buenas intenciones, en cuanto lo permitian las ideas aristocráticas, tenia mucha necesidad de captarse el cariño de sus tro-

pas. Era impopular como partidario decidido de la oligarquía; impopular, porque, en Asia Menor, habia reprimido enérgicamente las odiosas usuras de los capitalista Romanos; impopular á causa de los trabajos y fatigas conque agoviaba su ejército, á causa de la seria disciplina que hacia reinar en éste, y por impedir con todas sus fuerzas el saqueo de las ciudades griegas, mientras que para él hacia cargar carros y camellos con los inmensos tesoros del Oriente; impopular, en fin, por la elegancia de sus costumbres nobiliarias, de su gusto griego, de sus altivos modales y del apasionado refinamiento de su vida y hábitos, no tenia nada de lo que entusiasmo y atrae, de eso que une al soldado á la persona de su general. Por lo demás, la mayor parte de sus veteranos, y precisamente los más sólidos, se quejaban con razon de la ilimitada prorrogacion de su tiempo de servicio. Sus dos mejores legiones habian venido á Oriente con Flacco y Fimbria, en el año 668; y aun hacia poco, al dia siguiente de la batalla de que Cabira se les habia prometido su licencia, licencia que tenian muy bien ganada en trece campañas consecutivas, hé aquí que su general los conducia al otro lado del Eufrates, empeñándose en una nueva guerra, cuya duracion no podia preverse. En realidad, los vencedores de Cabira eran peor tratados que los vencidos de Canas. ¿No era, pues, una temeridad el lanzarse con semejante ejército, insignificante á la vez que descontento, el ir á una expedicion de guerra por su autoridad propia, y, en realidad, violando la ley, y en penetrar de este modo en regiones lejanas, desconocidas, cortadas á cada paso por torrentes devastadores y por montañas cubiertas de nieve, y cuya inmensa extension era por sí sola un peligro para el agresor? En Roma se prodigaron á Lúculo las inculpaciones, y no sin funda-

mento. Sin embargo, hubiera valido más reconocer que sólo la incurable impericia del gobierno había hecho necesaria la audaz calaverada del general en jefe, y que, sino era perdonable por completo, era al menos excusable.

Lúculo pasa el Eufrates. Sitio y batalla de Tigranocerta. Los Romanos dueños de todos los países conquistados por la Armenia.—La embajada del oficial de Lúculo, Apio Claudio, además de que conducía á la guerra por las vías diplomáticas, tenía por objeto, promover la insurrección de los príncipes y de las ciudades de Siria contra el Gran Rey, y en la primavera del año 685, se comenzó el ataque en toda regla. El rey de Capadocia había reunido en el invierno, y con el mayor sigilo, algunas embarcaciones, merced á las cuales pudo pasarse inmediatamente el Eufrates. Lúculo atravesó la Sofena en línea recta, sin perder su tiempo en sitiar plazas de poca importancia, y marchó sobre Tigranocerta, á donde había acudido Tigranes desde el fondo de la Siria, aplazando, á causa de sus luchas con los Romanos, la prosecución de sus planes de conquista en el Mediterráneo. En este momento, proyectando la invasión del Asia Menor romana por la Cilicia y la Licaonia, se preguntaba el Gran Rey, si los Romanos evacuarían simplemente el Asia, ó si intentarían ántes librar una batalla, quizá en las inmediaciones de Efeso. Entónces fué cuando supo la llegada de Lúculo. Enfurecióse, y mandó colgar al mensajero. Pero mandaba la dura realidad, y tuvo que abandonar su capital y penetrar en la Armenia interior para levantar allí un ejército, cosa que no había ocurrido hasta entónces: esperaba que *Mitrobarzana*, con las tropas de su mando, se concertaría con los Beduinos de las inmediaciones, que se habían armado precipitadamente, y ocuparía á Lúculo. Desgraciadamente, la

vanguardia romana dispersó la división de Mitrobarzana, y los Arabes desaparecieron como por encanto ante un destacamento que mandaba Sextilo; y, mientras que otra división que había marchado delante y había tomado buenas posiciones, tenía en jaque, mediante afortunados combates, el gran ejército que Tigranes quería reunir en las montañas situadas al Nor-este de la capital (en las inmediaciones de *Bittis*, estrechaba Lúculo cada vez más el asedio de ésta. Una espesa lluvia de flechas caía constantemente sobre los Romanos, é incendiabasus máquinas el aceite de nafta arrojado desde las murallas: Roma hacia su primer ensayo de guerras con el Iran. Defendía la ciudad *Mankeos*, un bravo jefe que se sostuvo valerosamente hasta la llegada del gran ejército que debía de auxiliarle. Este, que había sido reunido de todos los puntos de aquel inmenso reino, y en las regiones vecinas abiertas á los reclutadores Armenios, apareció, al fin, al otro lado de las montañas del Norte. Taxilo, el general experimentado de las guerras del Ponto, aconsejó el rey evitar la batalla, rodear con su caballería y sitiar por hambre al pequeño ejército de Lúculo. Pero cuando Tigranes vió que el Romano, deseoso de librar la batalla sin abandonar el sitio, marchaba sólo con 10.000 hombres al encuentro de un ejército veinte veces superior, y pasaba atrevidamente el río que los separaba; cuando vió, por una parte, este puñado de hombres, «que eran muchos para una embajada, pero muy pocos para un ejército,» y por otra, la inmensa multitud de sus tropas, en donde los pueblos del Mar Negro y del Caspio se codeaban con los del Mediterráneo y del golfo Pérsico, sus terribles lanceros de caballería, vestidos de hierro, más numerosos por sí solos que todo el ejército de Lúculo, y su infantería armada en gran parte á la romana, no vaciló un momento en aceptar inmediatamente el

combate que le ofrecia el enemigo. Pero mientras que los Armenios se formaban en línea de batalla, notó Lúculo que Tigranes no se habia cuidado de ocupar una altura que dominaba a toda la caballería armenia: la ocupó él enseguida con dos cohortes, al mismo tiempo que un ataque de flanco de su pequeño cuerpo de caballería habia llamado la atención del enemigo. Despues, cuando ya estaban en la cima, atacaron sus legionarios por la espalda á los Armenios. La caballería ligera de Tigranes se dispersó, lanzándose sobre la infantería, que aún no se habia colocado en orden de batalla, obligándola á huir ántes de comenzar siquiera el combate. Lúculo escribió su victoria por el mismo estilo que Sila su maestro; segun él, murieron 5 romanos y 100.000 Armenios y Tigranes, arrojando su turbante y su banda, pudo salvarse sólo con algunos caballeros. Lo que sí es cierto es que la victoria de Tigranocerta (6 de Octubre del año 685) es una de las más gloriosas páginas de la historia de los hechos de guerra de Roma, y fué tan decisiva como brillante. Despues de este desastre militar, perdió Armenia los territorios conquistados á los Partos y á los Sirios, y casi todos calleron en poder del vencedor, sin romper este una lanza. La nueva capital del gran reino dió la señal de disolucion. Los griegos que Tigranes habia trasportado y establecido allí á la fuerza, se sublevaron y abrieron á los Romanos las puertas de la ciudad, cuyo saqueo les permitió Lúculo. En Siria y Cilicia no habia quedado ningun enemigo, habiendo retirado el sátrapa *Mazadatos* todas las tropas para reforzar el grande ejército que habia de auxiliar á Tigranocerta. Lúculo pasó á la Comagena, dependiente de la Siria del Norte, y tomó por asalto á *Samosata*. No descendió hasta la Siria propia; pero todos los dinastas y todas las ciudades, hasta el Mar Rojo, Helenos, Sirios, Judíos y

Arabes, vinieron ó enviaron sus representantes á prestarle homenaje á él y á los Romanos, sus nuevos señores supremos. Sometióse el príncipe de la Gordiana, país al Este de Tigranocerta; solamente cerró sus puertas *Nisibis*; y por otra parte, *Guras*, hermano del rey, pudo sostenerse en la Mesopotamia. Lúculo se conducía en todas partes como el soberano de los príncipes y de las ciudades helénicas: en Comagena, colocó en el trono á un Seléncida llamado Antioco: reconoció como rey de Siria á Antioco el Asiático, volvió á entrar en Antioquía, despues de haber salido Tigranes, y envió por último á sus patrias respectivas á los extranjeros establecidos por la fuerza en Tigranocerta. Los aprovisionamientos y tesoros del Gran Rey eran inmensos; solo en Tigranocerta se encontraron 20.000.000 de medimnos de trigo y 8.000 talentos en oro, con los que Lúculo pudo pagar los gastos de guerra sin apelar á las cajas de la República, y gratificar con un regalo de 800 dineros á sus soldados, que se estaban tratando además á cuerpo de rey.

Tigranes y Mitrídates.—El Gran Rey había quedado humillado por completo. Carácter débil, tan presuntuoso en la prosperidad como apocado en la desgracia, se hubiera arreglado probablemente con Lúculo, si no hubiera estado allí Mitrídates. Tenia muchas razones para comprar la paz áun á costa de grandessacrificios. Lúculo, además, estaba dispuesto á otorgársela con buenas condiciones. Mitrídates no había tomado parte en los combates de Tigranocerta. Al cabo de veinte meses de prision, le había valido su libertad la contienda empeñada entré los Romanos y el Gran Rey; pues se le había mandado á su antiguo reino con 10.000 caballos Armenios, para amenazar por retaguardia al enemigo. Llamado inmediatamente, sin haber podido aún hacer nada, cuando Tigranes reunia toda su gente para ir en socor-

ro de su nueva capital, marchaba el rey de Ponto sobre Tigranocerta, cuando supo el desastre de su yerno por los fugitivos que le salieron al encuentro. Todo parecía perdido á los ojos del Gran Rey y á los del más infimo de sus soldados. Sin embargo, si Tigranes hacia la paz, sabia Mitridates que no sólo debia perder su última esperanza de reconquistar su reino, sino que además, la primera condicion del vencedor seria su extradicion personal, y Tigranes no vacilaria en tratarle como Bocco habia tratado á Yugurta. Mitridates puso, pues, en juego todos sus recursos para impedir la paz, y decidir á la córte de Armenia á que continuase una guerra en la que, no teniendo él nada que perder, podia ganarlo todo; aunque fugitivo y destronado, conservaba aún grande influencia. Siempre imponente y de un gran vigor físico, se le veia, á pesar de sus 60 años, saltar vestido de hierro sobre su caballo, y arrojarle como un bravo soldado á lo más recio de la pelea. Su valor se habia endurecido al contacto de los años y de la desgracia: ántes colocaba á la cabeza de sus tropas á personas de su confianza, y no tomaba personalmente parte en los combates. En la actualidad, que ya es viejo, manda y se bate á la vez. Despues de haber sufrido, durante cincuenta años de reinado, las vicisitudes más inauditas, era el único que no desesperaba de la causa del Gran Rey, abatida junto á los muros de Tigranocerta, ántes al contrario, sostenia que Lúculo se hallaba en situacion difícil y hasta peligrosa, con tal que no se le pidiese la paz y se supiese hacer la guerra.

Vuelve á comenzar la guerra.—Entónces fué cuando se vió á este anciano, tan probado por la fortuna, adquirir sobre el Gran Rey todo el ascendiente de un padre, como lo parecia exteriormente, y comunicar su energía al débil ánimo de Tigranes. Decidióse continuar la lucha y que

Mitridates la dirigiese militar y políticamente. En lugar de una guerra de gobierno á gobierno, sería ésta nacional y asiática: los reyes y los pueblos de Oriente debían unirse contra la presuncion y la excesiva preponderancia del Occidente. Comenzóse por intentar todos los medios de reconciliar á los Partos con los Armenios, y atraer á aquéllos á entrar tambien en la lucha. Por acuerdo de Mitridates ofreció Tigranes al Arsácida *Fraat-el-Dios* (que reinaba desde el 684) restituirle los territorios conquistados poco há por la Armenia, la Mesopotamia, la Adiabena y « los grandes vassalles », y que serian en adelante amigos y aliados. Mas despues de lo que habia sucedido, no podia contarse con el buen éxito de estas tentativas. Fraat prefirió unirse á los Romanos y recibir de ellos, por medio de un tratado, la frontera del Eufrates, á recibirla de los Armenios; érale muy ventajoso asistir pacíficamente á ese gran duelo entre un vecino aborrecido é incómodos extrangeros. Volviendo entónces Mitridates la vista á los pueblos orientales, consiguió más de ellos que de los reyes. No le fué difícil mostrarles que la guerra actual era la lucha de las naciones de Oriente contra las de Occidente, pues el hecho era verdadero. Hasta se convirtió en una guerra de religion, corriendo la voz de que el ejército de Lúculo iba á dirigirse contra el templo de la *Nanea* ó *Anaitis* pérsica, en la *Elimaida* (el *Luristan* actual), el más célebre y rico de todos los santuarios de las regiones del Eufrates (1). De todas partes acudian los Ara-

(1) Cic. (*de imp. Pomp.*, 9, 23), no ha podido aludir á otro templo que al del país de Elimais, objetivo ordinario de las incursiones de los reyes partos y sirios (Polib., 31, 44). Este templo era el más rico, y probablemente tambien el más célebre. De cualquier modo, no ha podido tratarse aquí del templo de Comana, ni de otro perteneciente al país del Ponto.

bes en masa á colocarse bajo la bandera de los dos reyes, que los llamaban á defender el Asia y los Dioses contra la agresion de extranjeros impíos. Pero los acontecimientos habian ya mostrado que una simple aglomeracion de hordas salvajes, por grande que fuese, no era una fuerza de combate; que léjos de esto, el fundirlos en el ejército era embarazar los movimientos de los soldados uniformados y condenarlos á la destruccion. Mitrídates se dedicó principalmente á desarro'llar y ejercitar su caballería, que era el arma más débil entre los Occidentales y la mejor entre los Asiáticos; de modo que la mitad de su nuevo ejército pertenecia á este arma. Respecto de la infantería, eligió con gran cuidado los hombres más vigorosos, é hizo que los ejercitasen y adiestrasen sus oficiales pόνticos. Por lo demás, las numerosas tropas que se reunieron inmediatamente en derredor del Gran Rey no podian á medir sus armas en cualquier terreno con los veteranos de la República, sino que debian mantenerse á la defensiva y hacer la guerra de escaramuzas. Ya durante su última lucha con los Romanos habia retrocedido Mitrídates, evitando constantemente venir á las manos en campal batalla; y esta táctica era la que pensaba seguir tambien ahora. Eligió por teatro de evoluciones la Armenia propia, el país hereditario de Tigranes, en donde jamás habia entrado el enemigo, y que, por su conformacion fisica y el ardor patriótico de sus habitantes, se prestaba admirablemente á la estrategia adoptada.

Descontento contra Lúculo, así en Roma como en el ejército.—Cuando comenzó el año 686, la situacion de Lúculo, difícil ya por si misma, iba agravándose por momentos. A pesar de sus brillantes victorias, no estaban en Roma satisfechos con su conducta. Su proceder independiente disgustaba al Senado, y los capitalistas á quie-

nes habia perjudicado en sus intereses, ponian por obra la intriga ó la corrupcion para hacer que se le llamase. Diariamente resonaban en el Forum las acusaciones, justas ó injustas, lanzadas por todos contra el temerario general, contra su codicia, contra sus opiniones anti-romanas, contra su traicion. Censurábase al Senado por haber reunido en una misma mano un poder sin límites, dos provincias proconsulares, y un mando excepcional de tal importancia. El Senado cedió al fin y confió la provincia de Asia á uno de los pretores, y la de Cilicia, con dos legiones nuevas, al cónsul *Quiuto Marcio Rex*, limitando el *imperium* de Lúculo á la expedicion contra Mitridates y Tigranes. Pero los clamoreos que se levantaban en Roma tenian sus peligrosos ecos hasta en los campos sobre el Liris y el Tigris. Tambien allí ciertos oficiales, y hasta *Publio Clodio*, cuñado del general en jefe, trabajaban por sublevar al soldado. Ellos eran sin duda los que, para exasperarle más, extendian el rumor de que á la actual guerra contra el Ponto y la Armenia iba enlazado todo un plan de invasion del imperio de los Partos.

Lúculo entra en Armenia. Retirada á Mesopotamia. Toma de Nisibis.—Amenazado de un llamamiento por el Senado, y de una insurreccion de los soldados, marchó Lúculo adelante en esta guerra victoriosa, como el que juega el todo por el todo. No tenía intencion de marchar sobre los Partos; pero convencido de que Tigranes no pedia la paz, y de que, por otra parte, se negaba á librar una segunda gran batalla, que él tanto deseaba, tomó Lúculo su partido, y dejando á Tigranocerta y pasando por la region escarpada y montuosa de la orilla oriental del lago Wan, penetró en el valle del alto Eufrates oriental (*Arsanias*). De aquí queria ganar el *Arasca* y llegar al pié del *Ararat* septentrional donde

se hallaba la gran ciudad de *Artaxata*, capital de la Armenia propia, en donde el rey tenía el antiguo castillo de sus padres y su principal haren. Amenazando la residencia hereditaria de los soberanos, esperaba obligar al Gran Rey al combate, ya en el camino ó ya delante de la plaza. Pero necesitaba forzosamente dejar una division en Tigranocerta: todas las reducciones que podia hacer de su ejército le imponian la necesidad de debilitar la division que guardaba el Ponto, haciendo venir algunos soldados á guarnecer la capital conquistada. Por otra parte, la gran dificultad en la actual empresa consistia en la corta duracion del estío en Armenia. En las altas mesetas de esta reigion, á más de 5.000 piés sobre el nivel del mar, en las inmediaciones de *Erzerun*, nace el trigo á primeros de Junio y comienza el invierno en Setiembre, inmediatamente despues de hecha la recoleccion. Lúculo no tenia más que cuatro meses para llegar á Artaxata y terminar la campaña.

Partió, pues, de Tigranocerta en medio del estío (año 686), remontando el valle del *Karasu*, que corre del Sud-este al Nor-este, viene á reunirse al brazo oriental del Eufrates, forma el unido enlace de las llanuras de Mesopotamia con las montañas del macizo de Armenia, y llega hasta la meseta de *Muscha* y de aquí al Eufrates. El ejército habia avanzado muy lentamente, atacado á cada paso y fatigado por la caballería del enemigo y por sus arqueros montados. No habia encontrado, sin embargo, serios obstáculos; pero le fué disputado obstinadamente el paso del rio, y sólo pudo vadearlo despues de un afortunado combate contra la caballería, pero sin haber podido comprometer á la infantería de Tigranes á tomar parte en la lucha. Cuando llegaron á las altas mesetas, se internaron las legiones en un país completamente desconocido. No sobrevino ningun inci-

dente, aunque era bastante el verse á cada paso detenidos por las inevitables dificultades del terreno y por la numerosa caballería de los Armenios: todos tenían conciencia del peligro. Llegó el invierno cuando aún estaban léjos de Artaxata: á la vista de las nieves que les rodeaban por todas partes, se sublevaron los soldados italianos, y se rompió la disciplina por su tirantez excesiva. Lúculo tuvo que disponer la retirada, y la ejecutó con su acostumbrada habilidad. Una vez en la llanura, en donde la estacion permilia intentar una revancha, pasó el general el Tigris y se arrojó con el grueso de su ejército sobre Nisibis, la capital de la Mesopotamia Armenia. El Gran Rey la sacrificó, instruido por la experiencia de lo ocurrido en Tigranocerta. Los sitiadores la tomaron por asalto durante una noche oscura y lluviosa, y Lúculo halló en ella, para él y los suyos, buenos cuarteles de invierno y un botin tan rico como el cogido el año anterior en la ciudad de Tigranes.

Guerra en el Ponto y delante de Triganocerta.— Durante este tiempo, todo el peso de la ofensiva enemiga habia recaido sobre los débiles destacamentos romanos establecidos en el Ponto y en Tigranocerta. Atacando aquí Tigranes á Lucio Fanio, el mismo que ántes habia servido de intermediario á Sertorio en sus relaciones con Mitridates, le obligó á encerrarse en un fuerte en donde le sitió: volviendo á entrar Mitridates en su territorio con 4.000 caballeros armenios y 4.000 pónticos, como libertador y vengador de su pueblo. lo llamó á las armas contra el invasor. Todo el mundo voló á su encuentro, y en todas partes fueron asesinados los Italianos que se encontraban esparcidos por el país. Adriano, el comandante romano, marchó al encuentro del rey; pero entre los soldados habia algunos que habian pertenecido á Mitridates. los cuales se pasaron

en masa al enemigo y con ellos todos los póntricos unidos al ejército como esclavos. Prolongóse dos días una lucha muy desigual: si el rey herido en dos ocasiones, no hubiera tenido que abandonar el campo de batalla, el Romano no hubiese podido desenredarse de una lucha en donde no llevaba, por cierto, la mejor parte, ni ir á refugiarse en Cabira con el resto de su ejército. Por último, habiendo reunido nuevas tropas otro lugarteniente de Lúculo, y librado al Rey un segundo combate, no tuvo fuerzas para arrojarle del Ponto, ni impedirle que estableciese en Comana sus cuarteles de invierno.

Nueva retirada hácia el Ponto. Derrota del cuerpo de ejército del Ponto en Ziela.—Comenzó la nueva campaña en la primavera del año 687. El ejército principal reunido en Nisibis, se había entregado al reposo durante la mala estación, y su ociosidad y las frecuentes ausencias de su jefe habían alimentado y propagado la indisciplina. Exigió tumultuosamente el regreso; y era evidente que, en caso de negativa, emprendería él mismo la retirada. Fanio y Triario, sumamente escasos de recursos, pedían con instancia socorro á su jefe. Lúculo tuvo que ceder ante la necesidad. Abandonó á Nisibis y á Tigranocerta, y renunciando á las brillantes perspectivas de la expedición de Armenia, se decidió á repasar á la orilla derecha del Eufrates. Fanio pudo al fin ser socorrido; pero era ya demasiado tarde para reconquistar el Ponto. No pudiendo Triario hacer frente á Mitrídates, había tomado una fuerte posición en Gaziura (*Turksal*, sobre el Iris, al Oeste de Tokat), dejando sus bagajes en *Dadasa*. Mitrídates atacó inmediatamente á esta ciudad, y los soldados romanos, inquietos y temiendo perder su equipaje y su botín, obligaron á su general á abandonar su seguro asilo, y á dar al rey la batalla en las alturas de *Escotica*, entre Gaziura y Ziela

(Zilleh). Sucedió lo que Triario había previsto; á pesar de una encarnizada resistencia, rompió el Rey con el ala que mandaba la línea de los Romanos, y rechazó su infantería á un desfiladero, en donde, no pudiendo marchar adelante ni de flanco, fué degollada sin piedad. En vano se sacrificó un bravo centurion é hirió casi mortalmente á Mitridates: la derrota fué completa, y tomado el campamento romano, despues de haber quedado tendidos en el campo de batalla la flor de los legionarios y casi todo el estado mayor, permaneciendo los cadáveres insepultos. Cuando Lúculo llegó á la orilla derecha del Eufrates, supo la fatal noticia, no por los suyos, sino por los naturales del país.

Nueva retirada hácia el Asia occidental.—No vino sólo este desastre. Precisamente en aquel momento estalló una insurreccion militar. Súpose en el campamento que el pueblo había decidido en Roma que se licenciase inmediatamente á los soldados, cuyo tiempo de servicio hubiese ya espirado, ó lo que es lo mismo, á los legionarios de Fimbria, y conferido el mando del Ponto y de Bitinia á uno de los cónsules de aquel año. Hasta había ya desembarcado en Asia el sucesor de Lúculo, el cónsul *Manio Acilio Glabrio*. El licenciamiento de las legiones más valientes é indisciplinadas, el llamamiento de Lúculo, la impresion producida por la derrota de Ziela, todo venia á llevar el desórden á su colmo, y el general no tenía ya autoridad, precisamente cuando más la necesitaba. Hallábase en Talaura, en la pequeña Armenia, teniendo delante de sí un ejército de Pónticos, mandado por *Mitridates el Medo*, yerno de Tigranes, ya victorioso en una escaramuza de caballería; por otra parte, llegaba de la Armenia propia el Gran Rey, con el grueso de sus tropas. Lúculo pidió auxilio á Quinto Marcio, el nuevo pretor de Cilicia, que, dirigiéndose á su provincia, había

llegado ya á Licaonia con tres legiones; Marcio respondió que sus soldados se negaban á marchar. Entónces mandó á decir á Glabron que viniese á encargarse del mando supremo que le correspondia por el voto del pueblo; pero el cónsul no estaba dispuesto á aceptar una mision tan difícil y peligrosa. De grado ó por fuerza tuvo Lúculo que continuar al frente de sus tropas, y por no verse obligado á batirse en Talaura contra los Pónticos y los Armenios reunidos, dió la señal de marchar al encuentro del ejército armenio, que se dirigia á aquel punto. Sus soldados se pusieron en movimiento; pero llegados al punto en donde se dividen los caminos de Armenia y Capadocia, tomaron todos por este último, deseando volver á entrar en la provincia de Asia. Tambien aquí reclamaron los fimbrianos su licencia, y sólo cedieron á las instancias del general y de las otras legiones, á condicion de que se les licenciaria á la entrada del invierno, á ménos que se viesen frente al enemigo. Hiciéronlo así y abandonaron el ejército. Mitrídates pudo reocupar casi todo su reino: sus caballeros se extendieron por toda la Capadocia, y hasta por parte de Bitinia; en vano el desgraciado Rey Ariobarzana llamó en su auxilio á Marcio, á Lúculo y á Glabron. ¡Tal fué el resultado extraño, casi increíble, de esta gran guerra, tan gloriosamente comenzada. Atendiendo sólo á los hechos militares, no hubo quizá ningun general romano que hiciese tanto como Lúculo con tan pocos recursos; el discípulo de Sila parecia haber heredado el talento y la fortuna del maestro. En tales condiciones, es una hazaña aún mucho más grande que la *retirada de los 10.000*, contada por Jenofonte, el haber conducido el ejército romano intacto al Asia Menor. Se explica indudablemente por la solidez de los soldados romanos y por la mala organizaion militar de los orientales; pero con todo, ase-

guró al hombre que la llevó á cabo un puesto honroso entre los más ilustres capitanes. Si muchas veces no se encuentra entre ellos á Lúculo, es debido, sin duda, á que no ha llegado hasta nosotros ningun relato de algun valor acerca de sus campañas, y además, á que, en todo, y principalmente en materia de guerra, nada vale quizá tanto como su resultado final, y este fué, en realidad, para Lúculo una completa derrota. Las últimas y tristes vicisitudes de su expedicion, sobre todo la insurreccion de sus soldados, le hicieron perder todas las ventajas conseguidas en una guerra de ocho años: á la entrada del invierno del año 687 á 688, se estaba precisamente en la misma situacion que á principios del 679 á 680.

Guerra contra los piratas. Derrota de Antonio delante de Cidonia. Guerra de Creta. Sumision de Creta por Metelo.—Por mar, la guerra contra los piratas, que habia comenzado al mismo tiempo que la guerra continental, y se le parecia bajo muchos aspectos, no habia dado mejores resultados. Ya hemos dicho que, en el año 680, tomando el Senado la prudente resolucion de limpiar el Mediterráneo, habia confiado el mando supremo á un almirante único, al pretor Marco Antonio. Desgraciadamente se habian engañado desde un principio en su eleccion, ó mejor dicho, los que habian provocado la medida, excelente en sí misma, no calcularon que en el Senado se decidian todas las cuestiones de personas bajo la influencia de Cétego y de los intereses de bandería. Además, bueno ó malo, no se habia suministrado al almirante elegido el dinero y los buques necesarios para la realizacion de una mision tan vasta: fuéle necesario hacer enormes requisas, y mantenerse á costa de los provinciales, exactamente lo mismo que los corsarios. Los resultados fueron los que debian esperarse. En las aguas de Campania capturó Antonio algunos

buques; pero bien pronto tuvo que habérselas con los Cretenses amigos y aliados de los piratas, y que obligados á abandonar su alianza criminal, habian respondido con una rotunda negativa: el cuestor sufrió una gran derrota en las inmediaciones de la isla, y las cadenas dispuestas á bordo de sus buques para sugetar los cautivos que habia de hacer en la expedicion, sirvieron solo para amarrarle á él y á los otros Romanos, á los mástiles de sus propios buques. Los almirantes *Lastenes* y *Panarres*, volvieron á entrar triunfantes en el puerto de *Cidonia*. Antonio habia consumido inmensos tesoros en esta guerra mal dirigida y estéril; y murió en Creta en el año 683. Despues de él y de su desgraciada tentativa, no se volvió á nombrar más almirante en jefe, ya por que se desanimasen con la derrota, ya por que se retrocediese ante la costosa reconstruccion de otra escuadra, ya, en fin, por que repugnase á la oligarquía dar á uno solo un mando tan importante. Volvióse al antiguo método, dejando á cada pretor el cuidado de combatir la piratería en su provincia; y de este modo es como Lúculo reunió, segun recordaremos, una escuadra para hacer una campaña en el mar Egeo. Por lo que hace á los Cretenses, por degenerado que el Senado estuviese, no podia permanecer bajo la vergüenza del desastre de Cidonia: era necesario contestar á él por una declaracion de guerra. Poco faltó, sin embargo, para que los embajadores Cretenses enviados á Roma en 684, ofreciendo la devolucion de los prisioneros y la renovacion de la antigua alianza, se volviesen con un senado-consulta favorable: lo que la corporacion, en conjunto llamaba una vergüenza, cada senador en particular hubiese accedido á ello vendiéndose por dinero contante. Un voto formal del Senado puso término al escándalo, y decidió que los banqueros Romanos no tendrian accion

en justicia respecto de los empréstitos suscritos por los enviados. Haciendo imposible la corrupcion, se ponian al abrigo de ella. Decrétose en seguida que las ciudades cretenses debian entregar primero los tráfugas Romanos, despues, á los autores del crimen de Cidonia, los almirantes Lastenes y Panares á quienes los Romanos darian el castigo merecido, sus naves de guerra, 400 rehenes, y por último, una multa de 4.000 talentos. Con estas condiciones, se evitarian la guerra de que estaban amenazados. Pero habiéndoseles retirado los poderes á los enviados para acceder á dichas, condicionese dispuso que uno de los cónsules del año siguiente marcharse á Grecia, al espirar su cargo, para exigir satisfaccion á las demandas de la República ó comenzar inmediatamente la guerra. En virtud de este decreto, apareció en el año 686, el procónsul Metelo en la aguas de Creta. Las ciudades importantes de la isla, sobre todo *Gortina*, *Cnosa*, y Cidonia, habian decidido defenderse á todo trance más bien que sufrir tan honerosas condiciones. Los Cretenses eran un pueblo degradado y pervertido: la piratería estaba admitida en sus instituciones públicas y en sus costumbres privadas, como el robo por tierra era tradicional entre los Etolios, semejantes á éstos en otras muchas cosas, entre otras en su bravura, solos y sin el auxilio de los Griegos, lucharon hasta el fin y no sin gloria por mantener su independenciam. Desembarcando en Cidonia con tres legiones, halló Metelo en frente á Lastenes y á Panares que habian salido á recibirle con 24.000 hombres: empeñóse una batalla en campo raso, en la que los Romanos salieron vencedores despues de una encarnizada lucha; pero las ciudades cerraron sus puertas y Metelo tuvo que sitiirlas unas en pós de otras. Cidonia fué la primera que se rindió: en ellas se habian refugiado los restos del ejército Cretense, y sostuvieron

el sitio por largo tiempo. Por último la entregó Panares, después de haberle prometido que se le dejaría salir libremente. Lastenes se había escapado algún tiempo antes, y Metelo fué á sitiarse por segunda vez á Cnosa. Cuando la ciudad estaba á punto de sucumbir destruyó sus tesoros y huyó segunda vez yendo á refugiarse en otros puntos fortificados, como *Lictos* y *Eleutera*. Dos años completos necesitó Metelo para someter toda la isla. Sonó en fin la hora en que este puñado de tierra griega, que aún era libre, había de caer bajo la irresistible dominación de Roma: como se habían anticipado á todas las de más de la raza helénica en el establecimiento de sus franquicias locales y en el dominio de los mares, fueron también las ciudades cretenses los últimos entre todos los Estados griegos marítimos, que desaparecieron absorbidas por el poder continental de Italia.

Habíanse cumplido todas las condiciones que permitían las solemnidades de un gran triunfo tradicional: la *gens* de los Metelos tenía perfecto derecho á unírsele á los títulos de *Macedónico*, *Numídico*, *Dalmático* y *Baleárico*, el de *Crético*. Roma contaba una gloria militar más.

Los piratas en el Mediterráneo.—Sea como quiera nunca el poder de Roma había estado más humillado, ni los piratas lo habían tenido mayor en el Mediterráneo. Cilicios ó Cretenses, se reían los corsarios en sus ligeros bergantines (de los que contaban más de mil) de Servilio el Isaúrico y de Metelo el Crético. Ya hemos referido con qué ardor entraron en lo más recio de la lucha empeñada por Mitrídates, cómo las ciudades marítimas del Ponto les habían pedido medios enérgicos de combate, y los recursos para su tenaz resistencia. Al mismo tiempo, se había robustecido la asociación en no menor escala. Casi á la vista de Lúculo y de su escuadra había

el pirata Atenodoro sorprendido á Delos en el año 685, arrasado sus santuarios, sus famosos templos, y se habia llevado á todos sus habitantes para venderlos como esclavos. La isla de Lipara, inmediata á Sicilia, pagaba un crecido tributo anual para librarse de sus ataques. Otro jefe, *Heracleon*; habia destruido, en 682, una escuadra reunida en Sicilia y dirigida contra él; y hasta habia osado penetrar en el puerto de Siracusa con cuatro embarcaciones solamente. Dos años despues, apareció en las mismas aguas, su compañero de rapiñas, *Pirgation*, desembarcó, se fortificó allí mismo, envió sus corsarios por toda la isla, y fué necesaria una expedicion del pretor Romano para obligarle á tomar de nuevo el mar. En todas las provincias hubo necesidad de tener en adelante dispuesto una escuadra y guarda-costas; y pagar una y otros, lo cual no impedia á los corsarios arribar con toda regularidad y saquear el país que los pretores saqueaban tambien á porfia (1). No tardaron [aquellos audaces bandidos en no respetar siquiera el territorio sagrado de Italia: en Crotona se apoderaron del tesoro de *Hera Laciniana*. Desembarcaron en Brindis, en Misena, en Gaeta, en los puertos de Etruria, y hasta en el de Ostia: se llevaron consigo prisioneros á los más nobles oficiales romanos, al jefe de la escuadra unida al ejército de Sicilia, dos pretores con todo su séquito, con las tan temidas hachas, las haces y demás] insignias; atacaron una villa cerca de Misena y se llevaron cautiva una hermana de Antonio, el almirante romano encargado de destruirlos: por último, en Ostia echaron á pique la escuadra de guerra preparaca contra ellos, y que mandaba un cónsul. El campesino del Lacio, el que viajaba por la

(1) *Cireron pro lege Manilia* 6.

via Apiana, el elegante bañista que se adormecía en el paraíso terrestre de *Baia* todos eran presa de aquellos osados malhechores: nadie estaba seguro un momento de su propia existencia: el comercio y las relaciones internacionales estaban interrumpidas; la carestía mas horrorosa reina en Italia, sobre todo en Roma, que solo viviria del trigo traído del otro lado de los mares. La historia contemporánea se hizo eco de las quejas suscitadas por la intolerable escasez: este último rasgo viene á completar el cuadro.

Sublevaciones de los esclavos.—Ya hemos pasado revista á los actos del Senado restaurado por Sila; hemos dicho como supo proveer á la defensa de las fronteras en Macedonia, á la disciplina de los Reyes clientes en Asia Menor y á la policía de los mares, y que no produjo por doquiera más que tristes resultados. No fué más feliz este gobierno en otra parte no ménos peligrosa y urgente de su mision: me refiero á la vigilancia del proletariado de las provincias y sobre todo del de Italia. El cáncer de la esclavitud tenia corroidos hasta la médula los Estados de la antigüedad, y era el mal tanto más grave cuánto mayor era la fortuna de aquellos: en las condiciones de su economía social, conducian el poder y la riqueza al aumento desmedido de la institucion de la esclavitud. Es, pues, muy natural que, bajo este aspecto, haya sufrido Roma mucho más, que ningun otro imperio del mundo antiguo. Ya en el siglo VI habia tenido el gobierno que enviar las legiones contra las bandas sublevadas de los esclavos dedicados á la agricultura y al pastoreo. Habiéndose apoderado el sistema de las plantaciones de todo el terreno bajo el impulso de los especuladores italianos, se habia multiplicado hasta el infinito este peligroso ejército: en tiempo de los Gracos lo mismo que en el de Mario, y tal vez en relacion

íntima con las revoluciones de entónces se habían verificado muchas insurrecciones en varios puntos del territorio Romano. Sicilia había sido debastada por dos sangrientas guerras (de 619 á 622 y de 652 á 654). Los diez años que siguieron á la muerte de Sila fueron la edad de oro de la piratería en el mar y de los ladrones por tierra sobre todo en la península italiana, mal organizada y peor regida. La paz había huido de Roma en cierto modo. Aquí, y en las regiones ménos pobladas de Italia, se robaba y asesinaba todos los días. De este tiempo data, sin duda, un plebiscito especial contra esas cacerías de los hombres libres y de los esclavos: inventóse un nuevo procedimiento sumario en materia de usurpacion violenta de los bienes raíces (a). Semerjantes crímenes parecían tanto más peligrosos cuánto que eran las más veces cometidos por los proletarios; pero las altas clases eran moralmente las instigadoras, y las que recibían de ello más provecho. Los excesos cometidos con los hombres y las cosas tenían casi siempre por autores directos á los intendentes de los grandes dominios, á los que servían de instrumento sus rebaños de esclavos armados: y el ciudadano notable aceptaba sin repugnancia las conquistas hechas por su celoso capataz. Esto me recuerda á Mefistófeles apoderándose para Fausto de los tilos de Filemon. Puede apreciarse la situación por el aumento de la pena en materia de atentados contra la propiedad, cometidos por cuadrillas y á mano armada, aumento decretado por uno de los más honrados optimates, por *Marco Luculo*, pretor urbano

(a) Mommsen alude aquí sin duda á la *lex Aquilia* (Dig. IX, título 2.), que castigaba los delitos calificados de *Dammum in jurgia datum*. Este plebiscito fué propuesto por un tribuno del pueblo llamado Aquilio.

en el año 676 (78 ántes de J. C.) Estatuyendo así, expresaba el juez sin rodeos su intencion de obligar á los propietarios de las grandes plantaciones de esclavos á vigilarlos más de cerca, bajo la pena de verse condenados ellos mismos. Sea como quiera, matando y robando en provecho de las gentes de alta alcurnia, no tenian que dar más que un paso los esclavos y los proletarios, y no tardarian en matar y robar por su propia cuenta: sólo faltaba que cayese una chispa, y emprendido el fuego, todo el proletariado se convertiria en un ejército rebelde. No tardó en presentarse la ocasion.

Explosion de la guerra de los gladiadores. Espartaco. Principio de la insurreccion. Grandes victorias de Espartaco.—Los gladiadores, cuyos combates ocupaban el primer rango en los juegos públicos de Italia, tenian numerosas escuelas en Cápua y en sus inmediaciones. Vivian allí reunidos numerosas bandas de esclavos, unos de reserva, y otros recibiendo lecciones del oficio, destinados todos á matar y á morir para divertir al pueblo soberano, casi todos esclavos de guerra intrépidos y que no olvidaban que ántes habian combatido frente á los Romanos. Cierta dia una de estas bandas de hombres atrevidos rompió las puertas de una de las escuelas de Cápua y se marchó al Vesubio. Al frente de ellos habia dos Celtas que se llamaban *Crixos* y *Enomaos*, y un Tracio llamado *Espartaco*, vástago quizá de la noble raza de los Espartácidas, que fué ilustre en su pátria, y que llegó hasta sentarse en el trono de Panticapea (en Crimea). Habia servido en el cuerpo auxiliar tracio; y desertándose luego, habia huido á la montaña. Vuelto á coger por los Romanos, le habian éstos destinados á los juegos del circo. La pequeña partida de bandidos no contaba en un principio más que con 74 hombres; pero se aumentó rápidamente con todos los tráfugas de los

alrededores, y sus depredaciones causaron tanto daño á los ricos propietarios de Campania que, siendo impotentes para defenderse, á pesar de todos sus esfuerzos, no les quedó otro remedio que implorar el auxilio de Roma. El Senado mandó á *Clodio Glaber* con una división de 3.000 hombres reunidos precipitadamente, y ocupando todas las subidas del Vesubio, creyó apoderarse de los esclavos por hambre. Pero éstos, áun que en corto número y mal armados, descendieron audazmente desde los escabrosos cráteres de la montaña y se arrojaron sobre los destacamentos Romanos: al repentino ataque de este puñado de hombres desesperados, los pobres soldados volvieron las espaldas y se dispersaron. El primer triunfo dió á los bandidos armas y reclutas. La mayor parte no tenían nada más que palos; y sin embargo, cuando el pretor *Publio Varinio* marchó contra ellos con todas las milicias locales que pasaban de dos legiones, los encontró acampados como un ejército regular. La posición del pretor era muy difícil. Obligados á vivaquear en presencia del enemigo se hundían sus soldados en los lodazales del otoño: las enfermedades, y áun más que éstas, la cobardía y la indisciplina mermaban notablemente sus filas. Desde el primer momento se desvandó una de sus divisiones, y los fugitivos, en lugar de ir á unirse al grueso del ejército, se marcharon á sus casas. Despues, cuando se dió la orden de atacar las trincheras del enemigo y tomarlas por asalto, la mayor parte de los soldados se negaron á seguir á su general. Varinio se puso en marcha con los que quisieron seguirle, pero no encontró á los bandidos en donde los buscaba. Habian éstos levantado el campo en silencio, y dirigiéndose hácia el Sur, fueron á atacar á *Picenica* (*Vicenza cerca de Amalfi*) en donde el pretor no pudo impedirles pasar el *Silaro* é internarse en el

centro de la Lucania, esa tierra prometida de los pastores y de los bandidos. Siguiólos Varinio, y este enemigo á quien se creía despreciable, aceptó al fin la batalla. Las cosas salieron mal á los Romanos. Los soldados que pocas horas ántes gritaban tumultuosamente que querian pelear, se batieron mal. Varinio fué vencido; sus caballos y sus insignias cayeron, con su campamento, en poder del enemigo. Inmediatamente, todos los esclavos de la Italia del Sur, sobre todos aquellos bravos y semisalvajes que vivian dedicados al pastoreo, acudieron en tropel á ponerse á las órdenes de aquel libertador inesperado: segun las evaluaciones más moderadas, los insurrectos armados pasaban ya de 40.000. Volvieron á apoderarse de toda la Campania que habian abandonado, dispersando ó esterminando la division romana que Varinio habia dejado allí á las órdenes de su cuestor Cayo Toranio. En el Sur y en el Sur-Oeste, todo el país abierto pertenecia ya á los jefes de las bandas victoriosas: ciudades importantes, como *Consentia* en el Brutium, *Turií* y Metaponte en Lucenia, Nola y Nucevia en Campania, fueron tomadas por asalto y sufrieron todos los horrores que pueden hacer sufrir los Bárbaros, al verse más fuertes, á los habitantes civilizados é indefensos, y los esclavos desencadenados á sus antiguos señores. Compréndese que en esta lucha no hubiese nada que recordase el derecho de los beligerantes; que fuese una carnicería y no una guerra. Cuando los señores hacian prisioneros á los bandidos los ponian en cruz: éstos á su vez no daban cuartel, y á veces por crueles represalias obligaban á los Romanos cautivos á matarse unos á otros como gladiadores. Viéronse un dia 300 sometidos á este castigo, para festejar los funerales de un jefe muerto en el combate. Ante este incendio creciente y devastador, era grande la inquietud en Roma. Decidióse

para el año siguiente (682) enviar á los dos cónsules contra el terrible bandido. Un pretor, Quinto Arrio, lugar teniente del cónsul Lucio Gelio, tuvo la gran suerte de alcanzar y destruir, al pié del Gárgano, en Apulia, una partida de Galos que, bajo la direccion de Crixos, se habia separado del grueso del ejército de los insurrectos. Pero Espartaco obtuvo grandes victorias en el Apenino y en la Italia del Norte: primero, el cónsul *Cneo Léntulo*, en el momento en que creia que lo tenia cercado é iba á aniquilarlo; al poco su colega Gelio; despues Arrio, el vencedor del Gargano; más tarde, cerca de Módena, el procónsul de la Cisalpina, Cayo Casio (cónsul en 681), y por último, el pretor Cneo Manlio, todos sucumbieron unos en pos de otros. Las hordas medio desarmadas eran el terror de las legiones; y esta larga série de desastres les traia á la memoria los primeros años de la guerra contra Annibal. No puede decirse lo que hubiera acontecido, si en lugar de simples gladiadores fugitivos, hubieran tenido los victoriosos bandidos á su cabeza á los reyes de las tribus de los montes de Auvernia ó del Balkan. Más á pesar de sus brillantes triunfos, no dejaron de ser lo que eran, una horda de bandidos y de rebeldes, destinados á perecer, no tanto bajo los golpes de sus adversarios más fuertes, como por sus propias discordias y su falta de plan. La union contra el enemigo comun, ese fenómeno tan notable de las antiguas guerras de los esclavos en Sicilia, faltó ahora por completo; la causa de ello es evidente. Miéntras que en Sicilia tenian los esclavos un centro de interés nacional en la comunidad de su origen siro-greco, en Italia, por el contrario, se dividian en dos grupos, los Heleno-bárbaros y los Celto-germanos. Las disensiones eran entre el Galo Crixos y el Tracio Espartaco, pues Enomaos habia muerto en los primeros combates. Las querellas y los

rencores les impidieron sacar provecho de sus primeros triunfos, y dieron en algunas ocasiones la victoria á los Romanos. Pero, lo repito, la falta de plan y de objeto, fué, más bien que la indisciplina de los Galo-germanos, la causa de la ruina de la empresa intentada por los esclavos. A juzgar por lo poco que de él sabemos, era Espartaco muy superior á sus compañeros. Además de su génio estratégico, tenia un talento organizador poco comun; y desde el principio habia llamado la atencion de todos, así por la justicia en el gobiernode su banda y en la distribucion del botin, como por su bravura. Viéndose casi sin caballeria y sin armas, para separar este gran vacío, habia tomado todos los caballos que pudo hallar en la Italia del Sur, y despues, en cuanto se apoderó del puerto de Turium, se procuró hierro y bronce, sin duda por medio de los piratas. Desgraciadamente tenia que tratar con hordas salvajes, y que no podia nunca organizar ni mantener en el camino que conducia al fin. Quiso impedir aquellas bacanales crueles y locas á que se entregaban los bandidos en las ciudades conquistadas, y que eran el principal obstáculo para que ninguna ciudad italicia hiciese causa comun con la insurreccion, la obediencia que aquellos hombres le prestaban en la hora del combate desaparecia en cuanto alcanzaba la victoria. Sus representaciones, sus ruegos, todo era trabajo perdido. Despues de los triunfos conseguidos en el año 682 en el Apenino, tenia libre su ejército todos los caminos. Entónces parece que formó el designio de pasar los Alpes, abriéndose de este modo á él y á los suyos la vuelta de la pátria, á la Galia ó á la Tracia. Si la tradicion no miente, muestra esto que, por más que era vencedor, hacia poco caso de sus triunfos y de su propio poder. Pero sus hombres no quisieron volver tan pronto la espalda á Italia; y tomó el camino de Roma, pensando

embistir á la capital. Empresa l3gica seguramente; pero empresa de desesperacion, m3s se negaron tambien esto sus bandas, y obligando á este jefe que queria ser general de ej3rcito á continuar siendo capitán de ladrones, se pusieron á recorrer y saquear todos los pa3ses de Italia. Roma se juzgó dichosa de verse libre, aunque á tal precio: el espediente costaba, sin embargo, muy caro. Faltaban buenos soldados y generales experimentados: Quinto Metelo y Cneo Pompeyo estaban ocupados en Espa3a, Marco Lúculo en Tracia, y Lucio Lúculo en Asia Menor: no tenian á mano nada m3s que reclutas y oficiales medianos, y fué necesario confiar el mando en jefe de Italia al pretor *Marco Craso*, capitán de escas3simo m3rito, pero que sin embargo habia servido bajo Sila, no sin cierto honor, y que tenia bastante energ3a: entreg3ronsele ocho legiones. Era este un ej3rcito imponente por el n3mero ya que no por la calidad. Habiendo huido una division y arrojado las armas delante de los bandidos, el nuevo general usó con ellas de todo el rigor de las leyes militares y los hizo diezmar. Las legiones hicieron un esfuerzo sobre sí mismas: vencido Espartaco en el combate siguiente, retrocedió y tomó el camino de Regium y de Lucania. En aquel tiempo, eran due3os los piratas, no solo de las aguas de Sicilia, sino tambien del puerto de Siracusa: Espartaco, con la ayuda de su flotilla, esperaba poder trasladar algunas bandas á la isla en donde los esclavos no esperaban m3s que este auxilio para insurreccionarse por tercera vez. Efectuóse la retirada sobre Regium, pero los corsarios á quienes tenian en jaque los destacamentos que el pretor Verres habia establecido en las costas de Sicilia y comprados quizá por los Romanos, recibieron el precio del pasaje convenido con Espartaco, y despues le negaron su asistencia. Entre tanto habia

seguido Craso á los bandidos hasta la desembocadura del *Cratis*: é imitando á Escipion delante de Numancia, y como quiera que sus soldados no se batian aún con bastante bravura, les hizo construir un muro fortificado y atrincherado, de siete millas (alemanas) de largo, que separó de Itálica toda la península del Brutium (1). Cerró el paso á los bandidos que volvian de Regium, y les cortó los víveres. Espartaco forzó las líneas durante una oscura noche de invierno, y en la primavera del año 683 (2), disponia la campaña en Lucania. Todo este trabajo penoso de Craso habia sido completamente inútil. El Romano comenzó á desesperar de cumplir solo su mision, y pidió al Senado que llamase en su ayuda las tropas de Macedonia con Marco Lúculo, y las de la España citerior con Cneo Pompeyo. No era, sin embargo, necesario llegar á tal extremo; la desunion de los bandidos y su loca presuncion, bastaron para anular de nuevo sus últimos triunfos.

Division de los ejércitos insurrectos. Su derrota.— Los Galos y los Celtas quisieron salirse de la alianza cuya alma era el Tracio: y reunidos bajo los jefes de sus naciones, *Gannico* y *Casto* fueron á hacerse exterminiar por los Romanos. Una vez pudo salvarlos Espartaco, no léjos de un lago en Lucania, llegando con oportunidad;

(1) Teniendo siete millas de longitud las líneas de Craso (*Salust. hist. 4*, 49), no iban, como se ha dicho, desde *Squillace* ó *Pizzal*: sino que estaban más al Norte, cerca de Castro-vilari y Casano, allí no tiene la Península, en línea recta, nada más que seis millas de anchura.

(2) Craso se habia encargado del mando en 682; lo cual acredita que se habia prescuidido de los cónsules; y la prueba de que el invierno de 682 á 683 se pasó delante de las líneas se deduce de que estas fueron forzadas durante una noche de nieve. (*Plut. Crasus*, 40).

entónces establecieron su campamento junto al de éste; pero habiendo podido Craso ocupar á Espartaco con su caballería, envolvió al mismo tiempo á los Galos, los obligó á combatir separados de sus aliados y los destruyó por completo. Perecieron todos en número de 12.300, despues de una valerosa lucha, todos heridos por delante y sin haber retrocedido ni un paso. Espartaco procuró entónces marchar con su banda á las montañas de *Petelia (Strongoli, en Calabria)*; y destruyó completamente la vanguardia romana que la seguía en su retirada. Esta victoria perjudicó más al vencer que al vencido. Embriagados con su triunfo, no quisieron los bandidos ir más léjos, y obligaron á su jefe á marchar desde Lucania á la Apulia, en donde les esperaba un último y decisivo combate. Antes de venir á las manos, Espartaco mató su caballo, pues habia querido participar con los suyos así de la próspera como de la adversa fortuna; quiso mostrarles que allí se jugaba su vida y la de todos. Comenzó el combate, y se arrojó á lo más recio de la pelea con el valor de un leon; dos centuriones murieron á sus manos: y herido y de rodillas en tierra mató con su lanza al enemigo que le acosaba. De este modo terminó aquel gran jefe, y con él sus mejores compañeros; pero murieron con la muerte de hombres libres y de valientes soldados (año 683). La victoria habia costado cara. Entónces comenzó en toda Apulia y Lucania una guerra á todo trance como no se habia visto jamás, así de parte de las legiones victoriosas como del ejército de Pompeyo que habia llegado entónces á España despues de la destruccion de los Sertorianos. Extinguiéronse con la sangre de las últimas llamaradas del incendio. Hubo todavía alguna agitacion en el Sur, en donde una banda tomó y saqueó la pequeña villa de Tempsa: en Etruria, tan maltratada poco há por las ex-

propiaciones de Sila, no habia una paz completa: sin embargo, podia decirse que oficialmente al ménos, la habia en toda la Península: en la única victoria conseguida sobre los Galos reconquistaron cinco águilas de las que tan vergonzosamente habian perdido; y 40.000 cruces con los cadáveres de los esclavos ajusticiados en todo el camino que va de Cápua á Roma, atestiguan el triunfo del orden y la supremacia del derecho público de ésta sobre el espíritu de rebelion y de independencia.

Ojeada general sobre el gobierno de la restauracion.— Volvamos atrás la vista y echemos una ojeada sobre los acontecimientos de los diez años que siguieron á la restauracion de Sila. Ni en los del interior ni en los del exterior hubo ninguno que atacase al nervio vital de la nacion romana: nada que amenazase un sério peligro, ni en la insurreccion de Lépido, ni en la empresa de los emigrados de España, ni en las guerras de Tracia, de Macedonia ó de Asia Menor, en las incursiones de los piratas ni en la insurreccion de los esclavos. ¿Por qué pues, tenia el Estado romano que luchar en casi todas partes por su propia existencia? Es porque, cuando el mal pudo ser fácilmente vencido en un principio, no se habia marchado directamente contra él. Despreciando las más sencillas precauciones, se habian dejado abiertas las puertas á las desventuras y á los reveses más terribles: los súbditos y los reyes más insignificantes se habian convertido en poderosos adversarios. Roma habia vencido á la democracia y á los esclavos rebeldes; pero sus victorias no habian hecho desaparecer el mal moral del vencedor ni aumentando sus fuerzas materiales. Los dos generales más famosos del partido gobernante habian dirigido la guerra, durante ocho años, contra el insurrecto Sertorio: guerra en la que cuentan más

derrotas que triunfos. ¿Era honroso no haber podido concluir con él y con sus guerrillas españolas, y deber solo al puñal de los asesinos el que terminase la lucha en ventaja de la República? ¿En dónde está la gloria para Roma en sus guerras contra los esclavos? ¿No era más bien una vergüenza haberles tenido tan largo tiempo en el campo talando, la Italia y hasta derrotando numerosas legiones? No habia trascurrido más que un siglo desde las guerras de Annibal, y ya todo buen Romano se ruborizaba al contemplar la espantosa y rápida decadencia á partir de aquella gran época. Entónces los esclavos habian resistido como fuertes muros á los veteranos cartagineses: en la actualidad se dispersaban los legionarios ante los palos de los siervos insurrectos, como la débil paja que arrastra el viento.

¿Entónces el más insignificante de los oficiales hacia, en caso de necesidad, las veces de general y salia del apuro, si no victorioso, al ménos siempre con honra. En la actualidad, apénas si puede encontrarse en todo el estado mayor un capitán de algun talento. Entónces la República echaba mano á su último campesino, ántes que renunciar á la conquista de España y Grecia: hoy se abandonarían ambos territorios conquistados hacia mucho tiempo para no pensar más que en defender la Italia contra una horda de esclavos insurrectos. Un Espartaco pudo un dia, cual otro Annibal, recorrer con sus hordas toda la Península, desde las orillas del Pó hasta el estrecho de Sicilia, derrotar á dos cónsules y amenazar á Roma con un sitio. Para atacar á la Roma de otros tiempos, habia sido necesario todo el génio del capitán más grande que produjo la antigüedad: en la actualidad bastaba para esto un jefe de bandidos. ¿Hay que admirarse ahora de que despues de estos tristes

triunfos sobrêlos rebeldes y los ladrones no se reavivase ni rejuveneciese nada en la República? No hablemos de las guerras exteriores: sus resultados fueron más pobres todavía.

La guerra de Tracia y Macedonia, sin cubrir los gastos en hombres y dinero, y eso que fueron grandes, no habia sido la de peores resultados; pero respecto del Asia Menor y de las expediciones contra los piratas, habia la República naufragado por completo. La guerra de Asia habia terminado con la pérdida de todas las conquistas, fruto de ocho campañas: en la lucha contra los piratas, se habian visto Romanos arrojar de «su mar» (*mare nostrum*) En otro tiempo, confiando en la irresistible fuerza de sus ejércitos continentales, habia Roma extendido su dominacion sobre el segundo elemento. En la actualidad, era la gran República impotente en los mares, y parece estar en vísperas de perder sus conquistas continentales de Asia. Seguridad de la frontera, relaciones pacíficas respecto del derecho de gentes, proteccion de la ley, administracion regular, todos estos beneficios que deben garantir el Estado constituido, desaparecen á la vez de los pueblos unidos bajo el cetro de Roma; los dioses benéficos se han subido al Olimpo dejando esta mísera tierra presa de los ladrones y de los verdugos oficiales ó voluntarios. Y no era sólo para el ciudadano celoso de su derecho y armado de un buen sentido político, para quien tal decadencia era una calamidad pública. Por la insurrección del proletariado, por el bandolerismo y la piratería organizados, como sucedió más tarde, en tiempo de los *Fernandos* del reino de Nápoles, iba propagándose el sentimiento del mal por toda Italia, hasta por los más escondidos valles y las chozas más humildes: todo el que se movia ó comerciaba, todo el que tenia siquiera que comprar una

medida de trigo, sufría en su persona las consecuencias del estado general.

¿Hay que preguntar á quién debe referirse la causa de este mal inaudito é incurable? ¿Cuántos debían ser los acusados! Poseedores de esclavos, que no tenían más sentimiento que la codicia; soldados sin disciplina; generales cobardes, incapaces ó temerarios; demagogos del Forum, buscando siempre falsas ilusiones, todos ellos tenían su parte de culpa, ó mejor dicho, ¿qué Romano habría que no fuese responsable? Decíase instintivamente que estas desgracias, estas vergüenzas y este colosal desmoronamiento no podía proceder de uno sólo, así como la grandeza de la República romana no se debía á algunos hombres de génio superior, sino que procedía de una agregacion cívica poderosamente organizada, así también la caída del edificio procedía, no de los actos de un corto número de individualidades funestas, sino del vicio de la desorganizacion general. La gran mayoría del pueblo estaba pervertida, y corroidos cada uno de sus pilares, contribuía por su parte á la ruina de todo el edificio: las faltas cometidas por toda la nacion, las pagaba la nacion entera. Erase injusto, cuando viendo en el poder la expresion última y concreta de la ciudad, se le proclamaba el único responsable de todas las enfermedades, incurables ó no, del cuerpo social; pero lo que había aquí de verdadero es que el poder contribuía en una proporcion desmedida á las faltas de todos. La guerra de Asia Menor, por ejemplo, en donde no se vió ninguno de los principales senadores comprometerse personalmente. Y en donde el mismo Lúculo, por lo que respecta á los hechos militares, dió pruebas de talento y adquirió mucha gloria, se vió claramente que el mal éxito había dependido del mal sistema del poder, del reciente abandono de Capadocia ó de Siria, de la mala situacion en que

habian colocado á un hábil general, frente á un gobierno incapaz de una decision enérgica. En la cuestion de policia de los mares, habia tenido el Senado la buena idea de atacar los piratas en todas partes á la vez; pero mal ejecutado, se abandonó muy pronto este pensamiento y se volvió á la antigua y absurda táctica de enviar legiones contra «la caballería de mar.»

De este modo se emprendieron las expediciones de Servilio y de Marcio en Cilicia, y de Metelo en Creta: de este modo imaginó Triario rodear á Delos con una muralla para defenderla de los corsarios. Querer dominar el mar por tales medios, es obrar como el Gran Rey de los Persas, que lo azotaba para sujetarlo. El pueblo Romano tenia razon al imputar al gobierno la bancarrota política de la hora actual. Con el restablecimiento de la oligarquía comenzaba siempre en Roma la mala administracion: esto sucedió despues de la caída de los Gracos, de la de Mario y de la de Saturnino. Sin embargo, nunca la oligarquía se habia presentado más poderosa ni más enfermiza, más corruptora y corrompida al mismo tiempo. El poder cesa de ser legitimo, cuando no sabe gobernar; y el que tiene la fuerza, tiene tambien el derecho de derribarlo. Es por desgracia una verdad, que un poder incapaz y criminal, puede pisotear por mucho tiempo la honra y la fortuna de un pueblo, ántes de que éste produzca hombres que, apoderándose de las terribles armas por él forjadas, las vuelvan tambien contra él; ántes que se subleven los buenos, y que la opresion y la angustia de las masas evoque al fin la revolucion, esta vez justa sin duda. Es muy cómodo y provechoso jugar con la felicidad y la honra de las naciones, y puede este juego durar muchos años; pero llega la triste hora en que el pueblo se cansa y arroja al jugador al abismo, y nadie acusa entónces al hacha

que, cortando el árbol de dañosos frutos, arranca también hasta sus raíces! En Roma, había ya sonado la hora de la oligarquía. Las guerras del Ponto y de Armenia, la lucha con los piratas, hé aquí las últimas y próximas causas de la caída de la restauración Silana, y el advenimiento de la dictadura militar al día siguiente de verificarse una nueva revolución.

CAPITULO III,

CAIDA DE LA OLIGARQUIA. PREPONDERANCIA DE POMPEYO.—La constitucion de Sila. Cómo se conservó.—Agresiones de la democracia. Leyes sobre la annona. Tentativas para el restablecimiento del tribunado.—Ataques contra los tribunales senatoriales.—Derrotas de la oposicion democrática.—Tirantez entre el gobierno y Pompeyo.—Coalicion de los jefes militares y de la democracia.—Restablecimiento de los poderes del tribunado. Nueva organizacion del jurado.—Restablecimiento de las rentas en Asia. Restauracion de la censura.—Nueva constitucion.—Amenaza la dictadura de Pompeyo.—Bátese éste en retirada.—El Senado, los caballeros, y los populares.—Sucesos de Oriente.—Su eco en Roma.—Vuelve Pompeyo á entrar en escena.—Caída del poder senatorial.—Vuelve Pompeyo á ser jefe.—Pompeyo y la ley Gabinia. Los partidos frente á la ley Gabinia.—Triunfos de Pompeyo en Oriente.—La ley Manilia.—Revolucion democrática y militar.

La Constitucion de Sila. Cómo se conservó.—Aún estaba en pié la constitucion establecida por Sila. La tormenta suscitada por Lépido y Sertorio, se habia deshecho sin grandes pérdidas; pero el edificio concebido por el enérgico pensamiento del Dictador estaba á medio construir, y el Senado no se habia cuidado de acabarle. Así es que, sin abandonar formalmente la confiscacion de las tierras destinadas por Sila á lotes, pero aún no divididas en parcelas, no habia procedido el gobierno á su distribucion: ántes al contrario, las dejaba provisio-

nalmente y sin regularizar sus títulos, en manos de los antiguos propietarios; por otra parte, toleraba que sobre los dominios públicos no distribuidos tampoco, viniesen á establecerse arbitrariamente ciertos individuos, en virtud de esa antigua práctica de la *ocupacion*, abolida, sin embargo, de hecho y de derecho por la reforma de los Gracos (t. V, p. 357). En cuanto á las diversas medidas adoptadas por el Dictador, se las olvida ó se las anula, segun que son indiferentes ó molestas para los *optimates*: esto sucedió con la privacion de los derechos cívicos, expresamente pronunciada contra ciudades enteras; esto con la ley que prohibia la reunion en una sola mano de muchos lotes rurales; y con muchas cartas de franquicias otorgadas á ciertas poblaciones, sin que nunca se les restituyese las sumas pagadas en cambio de sus inmunidades. No obstante los ataques que hubiesen recibido las disposiciones del Dictador, y los perjuicios que esto trajese á la conservacion de los fundamentos de su edificio, puede decirse que las leyes sempronianas estaban y permanecian abrogadas en todas sus partes más esenciales.

Ataques de la democracia. Leyes sobre la Annona. Tentativa para restablecer el Tribunado.—No faltaban hombres que pensasen en el restablecimiento de las instituciones de los Gracos y quisiesen obtener por la vía de las reformas parciales y sucesivas, los resultados que Lépido y Sertorio habian exigido á la revolucion. Aun al dia siguiente de la muerte de Sila, á impulso de la agitacion fomentada por Lépido, volvió á restablecerse la *annona*, aunque algo restringida; y el gobierno empleó todos sus esfuerzos en dar satisfaccion al proletariado sobre esta cuestion vital. Mas á pesar de las distribuciones de trigo, continuó la carestía á causa de los piratas, y llegó á ser en Roma casi intolerable, hasta el

punto de que, en el año 679, hubo una violenta insurreccion en las calles. Se acudió á proveer las más urgentes necesidades mediante adquisiciones extraordinarias de trigo de Sicilia por cuenta del Estado; y una ley de *annona* votada á propuesta de los cónsules del año 680, reglamentó, para el porvenir, las compras anuales de granos, dando así el gobierno, aunque en realidad á costa de los provinciales, el medio de prevenir el mal. Habia, sin embargo, otras causas graves de discordia. La reintegracion del poder tribunicio en todos sus antiguos atributos y la supresion de los tribunales senatoriales mantenian á la órden del dia la agitacion popular; pero en esto hacia el Senado gobernante la más vigorosa resistencia. Desde el año 678, é inmediatamente despues de la derrota de Lépido, volvió á abrirse la lucha sobre la cuestion del tribunado. Uno de los tribunos, *Lucio Sicinio*, descendiente quizá de aquel Sicinio que más de 400 años ántes, habia revestido el primero la magistratura popular, vió su mocion rechazada, merced principalmente á la oposicion apasionada del cónsul Cayo Curion. Lucio Quincio hizo, en el año 680, una nueva tentativa; pero el cónsul *Lucio Luculo*, que tenia sobre él cierta autoridad, le decidió á desistir de aquella. Al año siguiente entró en la liza *Cayo Licinio Macer*. Más ardiente éste que sus predecesores, reunia, cosa característica de aquel tiempo, los estudios literarios á los trabajos de la vida pública: cuentan las crónicas que llegó hasta aconsejar al pueblo que se negase á la conscripcion.

Ataques contra los tribunales senatoriales.—La fatal manera de administrar justicia que tenían los jurados de senadores excitaba tambien quejas incesantes y clamores fundados. Era casi imposible obtener la condenacion de un hombre influyente. El colega tenia simpa-

tias por su colega; el antiguo acusado ó el acusado futuro, se compadecia del pobre pecador presentado ante los tribunales; comprar el voto era una cosa corriente en el jurado. Más de un senador habia sido judicialmente convencido del crimen de corrupcion. Los principales optímates. Quinto Catulo, por ejemplo, confesaban en voz alta y en plena Curia, lo bien fundado de los clamores públicos, y muchos odiosos escándalos, particularmente en el año 680, habian obligado al Senado á deliberar sobre las medidas que debian tomarse contra la venalidad de los jueces: sólo que, como puede suponerse, duró la deliberacion lo que duraron los rumores, abandonando despues por completo este asunto. La mala administracion de justicia engendraba las más deplorables consecuencias, el pillaje y las más intolerables persecuciones contra los provincianos, hasta el punto de que los crímenes antiguos, comparados con los de la actualidad, parecian dulces y moderados. La costumbre habia legitimado, por decirlo así, el robo y la rapiña; y la comision de concusiones (*questio repetundarum*) no era más que un medio de sacar el impuesto á los senadores que volvian de los grandes gobiernos, en provecho de sus colegas que se habian quedado en la capital. Pero cuando se vió condenar á muerte á un noble siciliota, aunque estaba ausente y no habia podido verificarlo, por haber negado su asistencia al pretor en la perpetracion de un crimen; cuando se vió amenazar á un ciudadano romano con las varas y el hacha, porque no era caballero ni senador; cuando se vió, en fin, á la oligarquía reinante pisotear decididamente los derechos más sagrados y las antiguas conquistas de la democracia romana, la libertad individual y la seguridad de la vida, prestó el pueblo oídos en el Fórum á las quejas que se levantaban contra los gobernadores de las provincias y contra los

inícuos jueces, cómplices morales de sus depredaciones. No dejó la oposicion de atacar á sus adversarios en el único terreno que podia, en el de los juicios. El jóven Cayo César, que se habia ya mezclado con ardor, como requería su edad, en la gran agitacion por el restablecimiento de los poderes tribunicios, César, repito, sostuvo la acusacion en 677, contra *Cneo Dolabela*, como consular, y uno de los principales sectarios de Sila; y un año despues, contra *Cayo Antonio*, otro oficial del dictador. En el año 684, acusó á su vez *Marco Ciceron* á Cayo Verres, uno de los más odiosos secuaces de Sila y de los más execrables azotes de las provincias. Todos los dias oía el pueblo referir en el Forum los sombríos tiempos de las proscripciones, los sufrimientos inauditos de los súbditos de las provincias, los vergonzosos abusos de la justicia criminal, todo esto en el pomposo lenguaje de la retórica italiana, y sazonado con la sátira propia de aquel pueblo. Ya no existía el poderoso Dictador, y aquellos de sus séides que aún vivían, eran el objeto de todas las cóleras y de todos los desprecios. Diariamente reclamaban á grandes voces los oradores del partido popular, tanto la restauracion de los plenos poderes del tribunado, esa panacea santa y mágica de otros tiempos, y que sólo podia recordar ahora los dias de libertad, de grandeza y de poder, la reinstitucion de los severos tribunales ecuestres, y por último, la resurreccion de la censura, abolida poco há por Sila, única que podria purgar las altas magistraturas de todas las corrupciones funestas á la ciudad.

Derrotas de la oposicion democrática.—Estos esfuerzos no consiguieron, sin embargo, el triunfo. Mucho ruido y mucho escándalo; pero, al vilipendiar al poder segun se merecia y aún más, no se conseguía el fin, ni con mucho. Mientras que el poder militar no se mezcla-

se en los negocios públicos, la fuerza material estaba en manos del pueblo de Roma; pero este pueblo, que se aglomeraba en las calles y en el Forum, no valia seguramente más que el Senado director. Si se promovía una cuestión de interés urgente, el poder entraba en arreglos con las masas; así fué como se renovó la ley Sempronia de la annona. Pero de esto á que la muchedumbre tomase en sério una idea política cualquiera, ó un pensamiento útil de reforma, habia una inmensa distancia. Hubiera podido decirse, con razon, de los Romanos de aquel siglo, lo que Demóstenes habia dicho de los Atenienses: «ciudadanos celosos y activos, mientras están cerca de la tribuna oyendo los planes de reforma; pero en cuanto regresan á su casa, no vuelven á acordarse de lo que han oido en la plaza pública.» Los agitadores de la democracia habian aproximado la tea incendiaria, pero no habia nada que ardiese. Ya lo sabia el gobierno; así es que no se dejaba arrastrar en cuestiones importantes y de principios, y todo lo más á que se prestó en el año 682, fué á amnistiar una parte de los cómplices de Lépiido, que no habian huído; y respecto de las raras concesiones hechas por el Senado, fueron debidas, ménos á la presion egercida por los demócratas, que al espíritu de conciliacion que animaba á los hombres moderados de la aristocracia. En el año 679, se habian dado [dos leyes á propuesta de *Cayo Cotta*, único jefe que quedó á esta fraccion del partido de los optimates: la una se refería á los tribunales, y fué aplicada en los años siguientes: la otra derogaba el decreto de Sila, segun el cual, la entrada en el tribunado inhabilitaba perpétuamente para ejercer las demás magistraturas, dejando, por otra parte, subsistir todas las demás limitaciones recientemente introducidas. Esta segunda ley era una medida á medias, y fué mal acogida en ámbos campos. La fraccion de los

conservadores reformistas, que perdió muy pronto su jefe (Cotta murió en 681), iba descomponiéndose de día en día, acosada por los dos partidos determinados cada vez con mayor exactitud. Pero por mala y enervada que apareciese la fracción de los gobernantes, no dejaba de tener ventajas sobre una oposición tan mala y enervada como ella.

Tirantéz entre el gobierno y Pompeyo.—Sin embargo, este estado de cosas favorable al poder, debía cambiar muy pronto: bastaba para ésto que se envenenase cualquier diferencia entre éste y aquellos de sus partidarios cuya ambición se dirigía más alto que á un simple asiento en la Curia ó á la posesión de una aristocrática *alquería*. Debía contarse en primer lugar con Cneo Pompeyo: éste era Silano; pero ya hemos mostrado que no se encontraba bien en el seno de su propio partido (p. 22), y que su origen, su pasado y sus esperanzas, le tenían á gran distancia de esta misma nobleza, de la que se le consideraba como espada y escudo. Durante las guerras de España (de 677 á 683), ya se había aumentado de un modo infranqueable la escisión. A pesar de su repugnancia, se le había impuesto por colega á Quinto Metelo, el hombre que representaba fielmente al partido gobernante; y él acusaba á su vez, no sin fundamento, al Senado de haber dejado, ya por negligencia ó por mala fé, abandonado el ejército de la República en España: solo al Senado debía imputarse sus muchos reveses; sólo él había comprometido la suerte de la expedición. En la actualidad, volvía á entrar en Roma este mismo Pompeyo, vencedor de todos sus enemigos públicos ú ocultos, á la cabeza de un ejército aguerrido, que le era enteramente afecto, pidiendo tierras para sus soldados, y para sí mismo el consulado y el triunfo. Sus exigencias iban en esto fuera de la ley. Investido ya muchas

veces de los más amplios poderes, pero á título extraordinario, no habia nunca Pompeyo ocupado las magistraturas, ni siquiera la cuestura, ni habia entrado aun en el Senado. Ahora bien, para poder aspirar al consulado, se necesitaba haber desempeñado los cargos inferiores, y para obtener el triunfo, haber revestido el supremo cargo público. El Senado estaba en su derecho al decir al candidato que solicitase primero la cuestura; y cuando el ex-general pedia el triunfo, se le traia á la memoria el hecho de Escipion, que, como él, habia conquistado á España, y renunciado á estos mismos honores que no podia tampoco reclamar. Respecto de las tierras prometidas á sus soldados, tampoco podia Pompeyo esperar nada más que lo que quisiese otorgarle el Senado. Pero admitiendo que éste cediese, como podia esperarse de su debilidad, aunque irritado; admitiendo que se concediese el triunfo, el consulado, y las asignaciones de tierras al general victorioso, como premio de sus servicios por haberse hecho el ídolo de la aristocracia contra los jefes democratas, ¿cuál sería el mejor lote que pudiera darse á este capitán de 33 años? ¿Iba á enterrársele honrosamente en el *far-niente* de la indolencia senatorial, y en la muchedumbre de pacíficos *imperatores* adormecidos en la Curia? Si el Senado obraba por su libre voluntad no podia esperar obtener de este alto cuerpo aquello á que él aspiraba con un deseo vehemente, el mando de la expedicion contra Mitrídates. En interés bien entendido de su propia causa no podia la oligarquía permitirle que agregase á sus trofeos de Africa y de Europa los laureles que habia de recoger en un tercer continente: estos laureles fáciles de obtener, los guardaban los aristócratas para ellos. No pudiendo lograr sus propósitos, sino uniéndose á uno de los dos partidos, puesto que aún no habia llegado el tiempo de hacer una política

personal abiertamente dinástica, ni él podía desempeñar este papel, no tuvo más remedio que asociarse con la democracia. Ningun interés le ligaba á la constitucion de Sila: le era tan fácil, si es que no más, proseguir su fortuna en las filas del partido popular. En éste encontraba todo lo que le hacia falta. Los jefes hábiles y activos del partido estaban dispuestos. Estos eran hombres que podian descargarle de todos los disgustos de la direccion política de aquél; y eran demasiado débiles para poder ni querer disputar á un general ilustre el primer rango, y sobre todo, el mando de las fuerzas militares. Lo más importante entre ellos, Cayo César no era todavía más que un jovencillo, aunque famoso ya por la audacia desplegada en sus viajes y por sus elegantes deudas, más bien que por el ardor de su elocuencia demagógica. Este se creeria muy honrado si el célebre Pompeyo le hacia siquiera su ayudante político. La popularidad, cosa ordinariamente más codiciada de lo que confiesan los nombres en quien, como sucedia en Pompeyo, la ambicion supera al génio, ¿no vendria naturalmente al encuentro del jóven general el mismo dia en que, dando la mano á la democracia, le diese la victoria hasta entonces no esperada? ¿No recibiria al mismo tiempo la recompensa que reclamaba para él y para sus soldados? Una vez derribada la oligarquía, no habiendo en la oposicion quien pudiera hacerle competencia, ¿no iba á depender de él mismo el crearse la situacion que mas le agradase? Por otra parte, era evidente que, pasarse al campo enemigo con aquel ejército victorioso, recién llegado de España, y reunido todo en Italia bajo las ordenes de su jefe, era echar abajo el orden de cosas existente. Lo mismo el poder reinante que la oposicion carecian de fuerza; pero si la oposicion no combatiese solo con la palabra, si pusiese al servicio de su

causa la espada de un general ilustre, de un favorito de la fortuna, sucumbiria quizá el poder sin hacer la más leve resistencia.

Coalición de los jefes militares y de la democracia.—

Por todas partes se iba á parar forzosamente á la coalición; pero por todas partes se manifestaban también repugnancias individuales. ¿Cómo el hombre de espada habia de poder avenirse con el orador de las masas? ¿Cómo exigir á éste que hiciese buena acogida al nuevo jefe, que habia sido poco ántes el verdugo de Carbon y de Bruto? Triunfaron, empero, al ménos por el momento, las necesidades políticas, acallando disgustos y resentimientos. Pero el pacto de alianza no se hizo solo entre Pompeyo y los demócratas. Allí estaba también Marco Craso exactamente en la misma situación que él. Antiguo partidario de Sila, no tenia Craso como Pompeyo más que una política personal, absolutamente extraña á los intereses de la oligarquía reinante: tenia en Italia detrás de sí, lo mismo que Pompeyo, un ejército victorioso, el ejército que, bajo sus órdenes, acaba de abatir la insurrección de los esclavos. Podia elegir entre la coalición ó la unión con los oligarcas y en contra de ésta. Eligió el primer camino que era sin duda el más seguro. Su colosal fortuna y su influencia sobre los clubs de la capital, hacian de él una gran adquisición; pero en las circunstancias presentes, era un beneficio incalculable para el partido agresor, el conquistar con Craso el único ejército que, en manos del Senado, podia ayudar á hacer frente á Pompeyo; y los demócratas, á quienes su pacto con el presuntuoso general no dejaba de inquietarse complacian en ver en el recién venido un contrapeso al primero, y hasta quizá un rival futuro. De este modo se concluyó, durante el estío del año 683 (71 a. d. J. C.), la primer coalición, entre la democracia

por un lado y los dos generales y antiguos silanos, por otra: prometiéndose el consulado para el año siguiente, y además obtendría Pompeyo el triunfo y los lotes de tierra tan deseados para sus soldados; y Craso, el vencedor de Espartaco, obtendría por lo menos los honores de una entrada solemne en la capital.

A los dos ejércitos acampados en Italia, á la alta banca y á la democracia, conspirando juntos para echar abajo la constitucion silana, no podia oponer el Senado nada más que el segundo ejército de España, mandado por Quinto Metelo Pio. Pero Sila habia dicho muy bien al afirmar que lo hecho por él no tendria imitadores; y Metelo, poco inclinado á empeñarse en una guerra civil, licenció sus soldados en cuanto pasó los Alpes. La oligarquía tuvo que resignarse á sufrir su suerte inevitable. El Senado tuvo que conceder las dispensas necesarias para el consulado y el triunfo; y Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules para el año 684, sin encontrar sérios obstáculos; y sus tropas, con el pretexto de que esperaban el día del triunfo, estaban acampadas delante de la ciudad. Antes de tomar posesion del cargo, en una asamblea del pueblo convocada por el tribuno *Marco Lelio Palicano*, se adhirió pública y formalmente á la democracia y á su programa. Esto era decidir en principio los cambios constitucionales.

Restablecimiento de los poderes del tribunado. Nueva organizacion del jurado.—En efecto, á partir de este día, quedan sitiadas en regla todas las instituciones de Sila. Desde la primera hora reconquistó el Tribunado su antigua importancia. Pompeyo es quien, en su calidad de cónsul, propone la ley nueva, devolviendo á los tribunos sus atribuciones tradicionales: y su iniciativa en materia de legislacion rasgo: extraño en un hombre que habia contribuido más que ninguno otro de cuantos en-

tónces vivian, á quitar á la ciudadanía sus antiguos privilegios. Respecto de los jurados, prescribia la antigua ordenanza de Sila elegirlos con arreglo al órden de las listas senatoriales; esta ordenanza fué abolida, pero no se la reemplazó pura y simplemente con la restauracion de los tribunales ecuestres de los Gracos. Segun la ley Aurelia, se compondrian en el porvenir los jurados de una tercera parte de senadores y dos de caballeros: además, la mitad de éstos serian elegidos entre los antiguos presidentes de las tribus, ó, como se los llamaba, entre los *tribunos del tesoro* (*tribuni aerarii*), innovacion que contenia en gérmen una concesion más ámplia hecha á la democracia, pues de este modo, la tercera parte por lo ménos de los jurados criminales del *album* se dejaba indirectamente, como en los jurados civiles del tribunal de los *centumviros*, á la eleccion de las tribus. El Senado debió sin duda á Craso y sus amigos el no ser completamente espulsado del *album*. Tambien lo debió en parte á la entrada de los partidarios del justo medio en la coalicion. La ley misma habia sido propuesta por el pretor *Lucio Cotta*, hermano del jefe del partido senatorial, muerto recientemente.

Restablecimiento de las rentas en Asia. Restauracion de la censura.—Aún se hizo otra reforma considerable: la de abandonar el sistema del impuesto asiático tal y como Sila lo habia organizado: el gobernador provincial Lucio Lúculo fué el encargado de restablecer los arrendamientos, esa creacion de Cayo Craco. De este modo se abrió para la alta banca ó los grandes capitalistas una fuente abundante de poder y de riqueza. Finalmente, no sólo se restableció la censura, sino que, segun toda apariencia, resultó sin la antigua limitacion de durar solo 18 meses. Cuando los censores lo juzguen necesario, podrán continuar durante los cinco años del

lustro, lo cual se había hecho ya en tiempos pasados, precisamente para los dos primeros censores, si hemos de creer los anales, falsificados con un interés democrático. En la elección que los cónsules habían fijado para una época inmediata á su entrada en el cargo, se vió, como para mofarse del Senado, salir elegidos los dos cónsules del año 682, Cneo Léntulo Clodiano y Lucio Gelio, los cuales, se recordará que dirigieron torpemente la guerra contra Espartaco, hasta el punto de haber sido necesario alejarlos del ejército. En manos de tales hombres, se iban á poner al servicio de los poderosos del día, ó á ser dirigidos contra el régimen senatorial, todos los medios y todas las palancas de la austera magistratura. Borraron de las listas de la Curia, más de la octava parte de sus miembros (setenta): entre los escludidos se encontraba Cayo Antonio, inútilmente acusado ántes por Cósar; Publio Léntulo, cónsul en el año 683, y probablemente la mayor parte de las echuras de Sila.

La nueva constitución.—Así pues, respecto de las instituciones más esenciales, se había vuelto en el año 684 al sistema que había precedido á las disposiciones de Sila. La multitud de Roma debía alimentarse, como en otro tiempo, á espensas del tesoro público, es decir, á costa de las provincias: el tribunado daba á todo demagogo carta blanca para sobreponerse al régimen político: como otras veces, dueña la aristocracia del dinero del arrendamiento de los impuestos, pesando mediante la comprobación judicial sobre los gobernadores de las provincias, y más fuerte que nunca, llevaba la cabeza erguida al lado del poder: como otras veces, en fin, temblaba el Senado ante el veredicto de los jurados del orden ecuestre, y ante los censores. Los demoledores habían echado por tierra el sistema fundado por Sila sobre la anulación política de la aristocracia comercial y de la

democracia, y sobre la omnipotencia de la nobleza. A excepcion de algunos detalles secundarios, á los que solo se tocó más tarde (como el derecho de cooptacion que Sila habia dado á los colegios sacerdotales: t. VI, p. 133), no quedaba nada de la organizacion política del dictador, á no ser las concesiones hechas por él espontáneamente á la oposicion, como el admitir á todos los itálicos, sin excepcion, al derecho de ciudadanía romana, y ciertos arreglos sin color de partido, á los que, por esta razon, no podian oponer nada los demócratas inteligentes: tales eran las restricciones impuestas á las *manumisiones*, la reparticion de provincias, y las innovaciones materiales en el derecho criminal.

Los coaligados estaban de acuerdo en las cuestiones de principios que ponian la revolucion á la órden del dia; pero no sucedió así cuando se llegó á la cuestion de personas. Los demócratas no se conformaban naturalmente con tener su programa admitido en teoría: querian tambien su restauracion, que se honrase debidamente á los que habían muerto por su causa, que se castigase á los asesinos, que se llamase á los desterrados, que quedasen abolidas las incapacidades políticas que pesaban sobre los hijos de los proscritos, que se restituyesen los bienes confiscados por Sila, querian, en fin, una indemnizacion á cargo de los herederos y cómplices del dictador, cosas todas que hubieran sido la consecuencia lógica de una victoria real de la democracia. Pero no era tal, ni con mucho, la victoria de la coalicion del año 683. Si la democracia daba su nombre y su programa, la fuerza que puede y que ejecuta pertenecia á Pompeyo y á sus oficiales, que habian venido á ella la víspera. Ni ahora ni nunca consentirian éstos una reaccion que, no trayendo consigo más que nuevas y profundas convulsiones, se volveria en definitiva contra ellos. ¿No sabia todo el mundo,

puesto que eran hechos recientes, la sangre que habia vertido Pompeyo, y sobre qué fundamentos habia edificado Craso su inmensa fortuna? De este modo se explica, y esta es la prueba de la debilidad de los demócratas, como la coalicion del año 633 no hizo nada por la venganza ni por la rehabilitacion del partido. ¿Seria tal vez una excepcion la ley que lleva el nombre del censor Léntulo? Esta exigia la entrega del precio de los bienes confiscados por Sila y vendidos en pública subasta, ya sea que no se hubiese pagado dicho precio, ó que el Dictador lo hubiese perdonado. Pero hay que pensarlo bien: si es verdad que habia en esto un perjuicio personal para el buen nombre de los Silanos, la medida les aseguraba en cambio el título definitivo de la cosa confiscada.

Amenaza la dictadura de Pompeyo.—De este modo pereció la obra de Sila; ¿con qué se la iba á sustituir? La cuestion se proponia, pero no era fácil resolverla. Mientras tuviera un fin comun, debia proponerse la coalicion destruir la obra de la restauracion: cumplido este objeto, iba á disolverse por sí misma, sino en el nombre, al ménos en la realidad. ¿Hacia qué lado se inclinaria entónces la fuerza y el poder? Todo marchaba á una solucion rápida y violenta. Los ejércitos de Pompeyo y Craso, continuaban acampados delante de los muros. El primero habia prometido licenciar á sus soldados despues del dia de su triunfo (último de Diciembre del año 683); pero esta promesa se habia escrito en el agua. ¿No se necesitaba para hacer la revolucion sin obstáculos, pesar sobre el Senado con la amenaza del ejército de España reunido á la vista de Roma? ¿O no se llegaria tambien al mismo resultado con mantener sobre las armas al ejército de Craso? Pero una vez hecha la revolucion, no se licenciaron tampoco estos ejércitos. Todo parecia presagiar que uno de los dos generales aliados

con la democracia. se iba á apoderar de la dictadura. é imponer el yugo á los oligarcas y á los demócratas al mismo tiempo. Este dictador no podia ser otro que Pompeyo. Craso no habia jugado desde un principio en la coalicion nada más que un papel secundario: habia llegado solo como pretendiente, y debia principalmente su eleccion al consulado á la actitud enérgica de Pompeyo. Este era el más fuerte y dominaba visiblemente la situacion: si marchaba adelante, podia hacerse el regente absoluto del más poderoso Estado de la tierra. Ya las masas le atribuian instintivamente este papel. Ya la muchedumbre de los serviles se arrastraba á los pies del futuro monarca, y sus débiles adversarios buscaban un medio extremo de resistencia en una nueva coalicion. Ya se veia á Craso, impelido por su rivalidad antigua contra este hombre más jóven y muy superior á él, aproximarse al Senado, y procurar atraer hácia sí la muchedumbre mediante sus inauditas prodigalidades: como si la oligarquía que él habia ayudado á derribar, como si la muchedumbre eternamente ingrata hubieran podido darle ni siquiera una sombra de apoyo contra los veteranos del ejército de España. Llegó un momento en que pareció que iban á venir á las manos los soldados de Craso y de Pompeyo, en las puertas mismas de Roma.

Pompeyo se bate en retirada.—Los demócratas impidieron la catástrofe á fuerza de astúcia y de prudencia. Importábales á ellos, tanto como al Senado y á Craso, que Pompeyo no se apoderase de la dictadura: los agitadores buscaron su salvacion en su propia debilidad y en el carácter bien conocido de su poderoso adversario. No faltaba á Pompeyo, para ceñirse la corona, nada más que una condicion, pero la más esencial de todas, la audacia de los reyes. En otra parte (p. 19), hemos

pintado al hombre con sus aspiraciones que le llevaban á la vez hácia un republicanismo real y hácia la tiranía, con la incertidumbre y las vacilaciones de su voluntad, con su gran docilidad oculta detrás de sus alardes de independencia en las decisiones. Estaba en vísperas de la primera gran prueba de la fortuna, y no supo salir de ella vencedor. Al no licenciar su ejército, pretestaba su desconfianza respecto de Craso: no queria desarmarse él el primero, y los demócratas decidieron á Craso á tomar por sí mismo las medidas deque se trataba, y ofrecer de lante de todos la mano á su colega: en público, como en privado, le asediaban con sus instancias: al doble servicio de vencer un enemigo de la pátria y reconciliar los partidos, uniría un tercero y más grande, el de asegurar la paz interior y desvanecer el aterrador fantasma de la guerra civil. Todo lo que podia ejercer influencia sobre el héroe vanidoso, torpe y vacilante: adulaciones diplomáticas, aparato teatral de entusiasmo patriótico, todo se puso en movimiento para conseguir el fin: pero ya se habia conseguido lo principal; las concesiones oportunas de Craso habian producido tal resultado, que era necesario, ó que Pompeyo se hiciese atrevidamente el tirano de Roma, ó que retrocediese. Batióse en retirada, y accedió al licenciamiento de sus tropas. No podia ambicionar ya más que el mando de la expedicion contra Mitrídates, con la cual habia contado, cuando se habia hecho elegir cónsul para el año 684: la campaña de Lúculo en 683 equivalia al fin de la guerra; en cuanto á encargarse del gobierno de la provincia consular que le habia dado el Senado, segun los términos de la ley Sempronía, lo juzgaba muy por bajo de sí mismo. Craso siguió en esto su ejemplo. Cuando llegó el último dia del año 684, salió Pompeyo del cargo, se retiró de los negocios públicos y declaró su firme resolucion de vivir

tranquilo, como simple ciudadano. Habia estado en situacion de apoderarse de la corona; pero no habiéndolo hecho, no le quedaba otro papel que el de candidato al trono que se ha dejado despojar.

El Senado, los caballeros y los populares.—Retirándose de la escena, el hombre á quien los acontecimientos habian señalado el primer puesto, volvieron á encontrarse los partidos casi en la misma situacion que en tiempo de los Gracos ó de Mario. Sila no habia dado el gobierno al Senado: no habia hecho más que fortificarlo en sus manos; y el poder permanecia en este gran colegio, áun despues de la caida de los baluartes levantados por el Dictador. Por otra parte, la constitucion con que se gobernaba no era otra, en el fondo, que la de los Gracos, completamente penetrada de un espíritu hostil hácia la oligarquía. La democracia habia traído consigo las instituciones de Cayo Graco; pero sin un Graco, no eran éstas más que un cuerpo sin cabeza: esta cabeza, era evidente que no podian serlo por mucho tiempo Pompeyo ni Craso, como lo mostraban patentemente los últimos acontecimientos. Faltándole un jefe que tomase las riendas del gobierno, no quedaba á la oposicion democrática otro remedio que incomodar y contrariar á cada paso al gobierno actual. Pero entre la oligarquía y la democracia, recobraba el partido de los ricos su antigua importancia: durante la última crisis, habia hecho causa comun con los demócratas. En la actualidad, parecia querer retirarse á sus tiendas y los oligarcas se esforzaban en ganarla á toda costa, aunque no fuese más que como contrapeso. Así pues, solicitados por ambas partes, se aprovecharon inmediatamente los ricos de las ventajas de su posicion: hicieron que se les diesen por un plebiscito expreso (año 687) sus catorce bancos reservados en el teatro, que era el único de sus antiguos

privilegios que aún no habían reconquistado. Por lo demás, sin romper abiertamente con la democracia, se aproximaban más á los hombres del gobierno. A este movimiento iba unida la inteligencia, que ya era un hecho, entre el Senado y Craso con toda su clientela. Pero pronto vino un grave incidente á estrechar la alianza entre los optimates y la aristocracia del dinero: me refiero al senado-consulta que, á instancias de los capitalistas á quienes había perjudicado gravemente, quitó á Lucio Lúculo, que era uno de los generales más eminentes del partido senatorial, la provincia de Asia que tanto preocupaba á los caballeros.

Sucesos de Oriente. Su eco en Roma.—Mientras que las facciones proseguían en Roma sus querellas habituales sin poder nunca llegar á una solución verdadera, sucedíanse en Oriente los acontecimientos descendiendo por una fatal pendiente, como hemos mostrado más arriba, y reobrando sobre la marcha vacilante de la política interior, conducían á una crisis inevitable. La guerra había tomado un aspecto bastante desfavorable así por mar como por tierra. Derrotado el ejército romano del Ponto, el ejército de Armenia en vías de disolución y en completa retirada, los piratas absolutamente dueños del mar, y el precio de los trigos subiendo tanto que se temía en Italia una invasión del hambre: tal es el cuadro que se ofrece á la vista al comenzar el año 687. Es verdad que el mal iba en parte unido, como ya hemos dicho, á las faltas de los generales, á la completa incapacidad del almirante Marco Antonio, y á la temeridad de Lucio Lúculo, que sin embargo, era hombre de mérito: la democracia y sus excesos habían causado principalmente la desmoralización del ejército de Armenia: pero el poder en Roma pagaba por todo el mundo, por sus propias faltas y por los desastres imputables á

los demás. La muchedumbre hambrienta y rugiendo, no esperaba más que una ocasión para concluir con el Senado.

Vuelve á entrar Pompeyo en escena.—Por fin estalló la crisis decisiva. Por abatida y desarmada que estuviese, aún se hallaba en pié la aristocracia y continuaba perteneciendo al Senado la dirección de los negocios públicos: pero debía caer necesariamente el día en que sus adversarios se apoderasen del gobierno y particularmente de la alta gestión de los asuntos militares. En la actualidad, era esto una cosa posible. Si se presentaban á los comicios mociones con tendencia á dar mayor impulso á la guerra continental y marítima, lo que podía preverse fácilmente, dado el estado de los ánimos, los senadores quedarían impotentes para impedir que el pueblo se mezclase en materias de alta política, y era al mismo tiempo la destitución del Senado y la traslación del poder á manos de los jefes de la oposición. En la dirección ó encauzamiento de los negocios pendientes, volvía á ser Pompeyo el dueño de la solución. Hacia ya dos años que el ilustre capitán vivía en Roma alejado de los negocios. Era raro que él hablase en la Curia ó en el *Forum*: allí se le miraba de mala manera y no se le dejaba ninguna influencia, aquí no se encontraba bien en medio de las tempestades de los partidos. Sin embargo, cuando aparecía, lo verificaba con todo el aparato de sus grandes y pequeños clientes sirviéndole de cortejo; su retirada afectada imponía á la muchedumbre. Aun no se había borrado el brillo de sus victorias: si se ofreciese á ir á Oriente, le daría inmediatamente el pueblo todo lo que pidiese, invistiéndole de la omnipotencia militar y política. Para la oligarquía, que veía su ruina segura en la dictadura militar popular, y en Pompeyo su más terrible enemigo después del año 683, hubiera sido

este un golpe de muerte; y en cuanto á los demócratas, no podia tampoco satisfacerles. Por más que deseasen dar fin al gobierno senatorial, semejante revolucion llevaria consigo, menos la victoria á su partido que el triunfo de su poderoso aliado, que podia convertirse fácilmente en un enemigo mil veces más peligroso que los senadores. Habiéndole obligado dos años ántes á licenciar el ejército de España y á retirarse á la vida privada, solo se habrian conjurado los peligros del momento, para que resucitasen más grandes, más inminentes, con este mismo Pompeyo convertido en general en jefe de los ejércitos de Oriente.

Caida del poder senatorial. Nuevo ascendiente de Pompeyo.—Sea como quiera, Pompeyo se apoderó del poder, ó dejó á sus amigos que obrasen por él. En el año 687, se propusieron dos leyes: en la una, además del licenciamiento exigido hacia mucho tiempo por los demócratas, de todos los soldados del ejército de Asia que habian cumplido su tiempo de campaña, exigia el llamamiento del general Lucio Lúculo, y su reemplazo por uno de los cónsules de aquel año, Cayo Pison ó Manio Glabrio; la otra reproducia, dándole mayor extension, los proyectos agitados siete años antes en el Senado para exterminar la piratería. Ordenaba que el senado designase un general único elegido entre los consulares, teniendo el solo mando supremo en el Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta las playas de Siria y de Ponto, y sobre todas las costas por espacio de 50 millas en la parte de tierra, con los mismos poderes que los gobernadores locales. Debía ser nombrado por tres años, y tener un estado mayor como no se habia visto jamás, 25 lugar-tenientes, todos senatoriales, todos con las insignias y las atribuciones de los pretores, y dos cageros del ejército, con los mismos derechos de

los cuestores. La eleccion pertenecia exclusivamente al general en jefe. Autorizábanle á levantar un ejército de 120.000 infantes, 7.000 caballos y 500 naves de guerra; y á hacer uso para esto, de todos los recursos de las provincias y de los países clientes: confiabásele además desde aquel momento toda la escuadra de que podia disponerse, y numerosas tropas. Poníanse á su servicio todos los fondos públicos de Roma, de las provincias y de todas las ciudades sujetas; y, á pesar del mal estado de la hacienda, se le entregaron, en moneda contante, 144 millones de sentercios (cerca de 40 millones de pesetas.)

Semejantes proyectos de ley, sobre todo aquel que se referia á la guerra contra los piratas, llevaba consigo la ruina del gobierno senatorial. En el curso ordinario de las cosas, los altos magistrados, regularmente elegidos por el pueblo, eran al mismo tiempo los generales de sus ejércitos; en cuanto á los magistrados extraordinarios, necesitaban tambien, en la regla estricta, el asentimiento popular para ejercer el mando: pero, desde el momento que se trataba del *imperium* único, no tenían ya los comicios autoridad directa, constitucionalmente hablando; y para intervenir de uno ú otro modo, habían necesitado, hasta entónces, ó una mocion del Senado, ó de uno de los magistrados á quienes su funcion llamaba al mando militar: solo así se votaba sobre la colacion de poderes excepcionales. Desde la fundacion de la República, siempre el Senado habia dicho en semejante caso la primera y la última palabra, y con el curso de los siglos se habia confirmado y aceptado su prerogativa. La demócracia habia querido resistir, en la circunstancias más graves, cuando se habia tratado, por ejemplo, de conferir á Cayo Mario el mando de la provincia de Africa (año 647) se habia seguido la ley constitucional, y visto al magistrado legítimo llamado

al generalato por una ley regular y encargado por ella de la direccion especial de la expedicion entónces proyectada. Ahora era ya un simple particular á quien el pueblo iba á invertir, á título extraordinario, del poder supremo, asignándole unas atribuciones que sólo él podía señalar. En la forma, y por una especie de atenuacion, se habia dicho que el nombramiento se haria por el Senado entre los consulares: pero, si se le dejaba la eleccion, es por que no habia que hacerla. Ante aquella multitud amotinada, ¿á quién podía el Senado conferir el mando de los mares y de las costas, sino á Pompeyo? Solo en este nombramiento estaba, en principio, la negacion del gobierno senatorial: este poder se desvanecia verdaderamente ante la creacion de una magistratura que tenia en los asuntos financieros y en la guerra una ilimitada competencia. En otro tiempo, terminaba el *imperium* con el año de cargo; se circunscribia á su provincia, y se le daba con cierta medida y límite la gestion de los asuntos militares y financieros; pero en la actualidad la mision nueva y extraordinaria conferida á Pompeyo, era por tres años, pudiendo prorogarse por más tiempo. Pompeyo debia tener á sus órdenes casi todas las provincias, y hasta de la misma Italia, que siempre habia quedado fuera del pro-consulado militar, podia tomar arbitrariamente soldados, buques y dinero. Ya hemos recordado anteriormente la antigua y fundamental regla del derecho público romano, que prohibia la colacion de la funcion suprema militar y civil sin el voto prévio del pueblo: esta regla va á violarse en favor del general en jefe; y dando la nueva ley atribuciones y rango de Pretores á los 25 lugar-tenientes que aquel podrá elegir con toda libertad (1), subordina al mismo tiempo la

(1) En los términos del derecho público de Roma, el impe-

magistratura soberana de la Roma república á una funcion de nueva creacion. ¿Pero qué nombre dar á esta funcion? Esto pertenece al porvenir el adivinarlo y decirlo: en el fondo, no es más que la monarquía. Luego en la mocion propuesta iba encerrada la destruccion completa del órden de cosas precedente.

Pompeyo y la ley Gabinia.—Todas estas medidas por parte de un hombre que, en la vispera, habia dado pruebas evidentes de su debilidad, admiran por su energía y su trascendencia. Explicase, empero, fácilmente que Pompeyo haya marchado esta vez con paso más decidido que durante su consulado. Tratábase para él, ménos de proclamarse autócrata, que de preparar la autocracia por un régimen militar y excepcional. Por revolucionario que fuese en el fondo, revestia y respetaba las formas constitucionales, y tocaba al fin el punto á que habia dirigido todos sus deseos, al mando de la expedicion proyectada contra Mitridates y Tigranes. Otras y no ménos serias conveniencias preparaban tambien la emancipacion del régimen militar. ¿Podia olvidar Pompeyo que habia abortado pocos años ántes, por culpa de

rium extraordinario (*pró-consule, pro-pretore*), se conferia de varios modos: primero, ó tenia por punto de partida la regla aplicada al oficio de Magistratura extra-urbana, regla segun la cual terminando el cargo dentro del plazo legal, se prorogaba el imperium hasta la llegada del sucesor; es el caso más antiguo, más sencillo y más frecuente. Segundo: El imperium procedía de un voto de los órganos constituyentes, principalmente de los comicios y más tarde del Senado, que nombraban un alto magistrado fuera de las prescripciones constitucionales; limitaban á éste los mismos poderes que al magistrado ordinario; pero llevando en su mismo título el signo distintivo de su mision extraordinaria: *pro-pretor, pro-cónsul*. A la misma clase pertenecen tambien los cuestores nombrados en la forma de costumbres pero provistos además de atribuciones pretorianas

la deplorable administracion del Senado, una expedicion combinada en análogas condiciones, y con el fin de destruir la piratería; que la guerra de España habia sido tan desastrosa, por qué el Senado no habia cuidado de suministrar ejércitos y habia conducido detestablemente la cuestion de recursos? Tampoco podia dejar de comprender cuál era la actitud de los aristócratas para con él, en quien veian el tránsito del partido silano, ni la suerte que le estaba reservada si consentia en ir á Oriente como simple general de ejército al servicio del régimen actual, y sin otros poderes que los de los procónsules ordinarios. Compréndese, pues, por qué exigia como condicion para su aceptacion la absoluta indepen-

y hasta consulares (Becker-Marquardt, 3, 1, 284); en esta misma calidad fué como se mandó á Cirene á Publio Léntulo Marcelino, en el año 679 (Salust. *hist.* 2, 39), en la que Cneo Pison fué á la España exterior en 684 (Salust. *hist.* 49), y Caton á Chipre en 696 (vel. 2, 45). Tercero. Por último, el imperium extraordinario puede tambien ser delegado por el magistrado supremo. Tal es el caso de cuando se ausenta de su provincia ó está impedido: entónces puede nombrarse un *lugar-teniente*, que tome el título *legatus pro-pretore*, (Sal. *Iug.* 36, 37 y 38), ó, si su eleccion recae sobre un cuestor, el de *cuestor pro-pretore*, (Sal. *Iug.* 3). Asimismo, cuando no tiene consigo un cuestor, puede confiar sus atribuciones á un oficial de los que le acompañan, que se denomina entónces *legatus pro-quæstore* encontramos por primera vez ésta denominacion en un *tetradagma* macedonio de *Sura* lugar-teniente de pretor de Macedonia (de 665 á 667). Más lo que contrariaba todos los principios, en materia de delegacion, lo que no hubiera podido hacer el magistrado supremo bajo el derecho publico, era verle, cuando no tenia ningun obstáculo en su funcion, conferir el imperium obligado á uno ó muchos de sus subordinados: bajo esta relacion, los *lugar-tenientes pro-pretores* que va á nombrar el cónsul, constituyen una innovacion: estos *lugar-teniente*, son los que desempeñan tan gran papel en tiempo de los emperadores.

dencia respecto del Senado, y cómo el pueblo accedió á su deseo. Además, es muy probable que, incomodado consigo mismo por haber retrocedido del modo que lo hizo dos años ántes, le impeliese ahora su camarilla á obrar con más vigor y rapidez. La mocion sobre la llamada de Lúculo y sobre la nueva expedicion contra los piratas, fué presentada al pueblo por el tribuno *Aulo Gabinio*, hombre de licenciosas costumbres y arruinado, pero hábil intrigador, orador atrevido y bravo soldado. Por poco sérias que fuesen las seguridades de Pompeyo, que afectaba no querer el mando de los mares ni la expedicion contra los piratas, ó de no aspirar nada más que al reposo de la vida privada, no puede ponerse en duda que el audaz y mudable cliente, familiar de la casa del jefe y de sus íntimos, acabó por arrastrar á su patrono, siempre indeciso, siempre corto en sus miras, ó hasta que se toma la decision última, áun por encima de su cabeza.

Los partidos enfrente de la ley Gabinia.—En cuanto á la democracia, áun encubriendo sus jefes su descontento, no se hallaba en disposicion de oponerse abiertamente á la mocion. Segun las apariencias, no hubieran podido impedir su votacion, y no hubieran conseguido más que ostigar á Pompeyo, obligándole quizá á entregarse á la oligarquía, ó á proseguir sin escrúpulo su política personal entre los dos partidos. No podian elegir; habia que continuar siendo sus aliados, por peligrosa que esta alianza fuese, pues al ménos, se ofrecia al fin la ocasion de derribar para siempre al Senado. Cesando de ser oposicion para convertirse en poder, contaban, además, con el porvenir y con la debilidad de carácter de Pompeyo. Vióse variar en favor del proyecto de ley á todos los principales del partido, y hasta el mismo pretor Lucio Quincio, que, siete años ántes, habia

trabajado tanto para el restablecimiento del poder tribunicio, y á Cayo César, que hacia poco habia salido de la cuestura.

Votacion de la ley.—Las clases privilegiadas, no sólo la nobleza, sino tambien la aristocracia del dinero, estaban furiosas, porque ésta veia amenazados sus privilegios por una revolucion tan fundamental, y hubiera querido entrar bajo la protectora clientela del Senado. Cuando Gabinio, presentada su mocion, volvió á la Curia, faltó poco para que le estrangulasen los *Padres Unscritos* entre sus manos, haciéndoles olvidar su cólera los males que podia traer consigo esta manera nueva y temeraria de discutir. El tribuno huyó al Forum y excitó á la muchedumbre á que tomase la Curia por asalto. Afortunadamente se habia levantado ya la sesion. El cónsul Pison, el campeon de la aristocracia, cayó en poder de los amotinados, que le hubieran sacrificado, si Gabinio, que llegó oportunamente, no hubiera temido comprometer su seguro éxito por un inoportuno atentado y le hubiera salvado. No por esto se aplacó la irritacion del pueblo, encontrando nuevo alimento en la carestia de los trigos y en las muchas noticias extravagantes que corrian. Contábase que malversando Lucio Lúculo el dinero destinado á la guerra de Asia, habia colocado en Roma una parte de él á un interés crecido, é intentado emplear el resto en sobornar al pretor Quincio, y alejarle de la causa del pueblo. Decíase que el Senado preparaba á Pompeyo, «el segundo Rómulo,» la suerte del primero (1); haciendo caso omiso de otras mil patrañas por el estilo. Entre tanto llegó el dia de la votacion. En el Forum, no se veia nada más que un mar de

(1) Sabemos que, segun la tradicion, fué Rómulo descuartizado por los senadores.

cabezas humanas: los terrados de los edificios estaban cubiertos de apiñados grupos, todos con la vista fija en la tribuna de las arengas: los colegas de Gabinio habian prometido al Senado su intercesion; pero intimidados por la actitud de aquella muchedumbre inmensa, se callaron todos menos *Lucio Trebelion*, que se habia jurado á sí mismo y á los senadores morir ántes que ceder. Interpuso efectivamente su *veto*; pero Gabinio, deteniendo el escrutinio, rogó al pueblo que se hiciese con su recalitrante colega lo que en otro tiempo se habia hecho con Octavio, á propuesta de Tiberio Graco, es decir, que fuese destituido en el acto. El pueblo votó esta mocion y comenzó el escrutinio. Ya se habian leído los votos afirmativos de las 16 primeras tribus: llegó su turno á las 17 cuyo voto fué tambien afirmativo. Un voto más, y se tenia la mayoría. En este momento tuvo miedo Trebelion, y, faltando á su juramento, retiró su veto. En vano Oton, otro tribuno, luchó enérgicamente para que se nombrasen, por lo ménos, dos generales en lugar de uno solo, dos duumviros de la escuadra, como se habia hecho en otro tiempo (t. II, pág. 262). En vano el viejo Quinto Catulo, el hombre más respetado del Senado, agotó sus fuerzas, pidiendo que no se dejase al general la eleccion de los lugar-tenientes, sino que se hiciese ésta por el pueblo. Oton no fué oido á causa de los furiosos gritos de la muchedumbre. Gracias á Gabinio, el pueblo tuvo calculadas consideraciones al viejo senador, y le oyó respetuosamente y en silencio; pero sus palabras eran trabajo perdido. El proyecto se convirtió en ley, sin aceptar ninguna enmienda: y fué sancionado además inmediatamente como Pompeyo deseaba.

Triunfos de Pompeyo en Oriente.—Los dos nuevos generales, Glabrion y Pompeyo, partieron á ponerse al frente de sus respectivos mandos, dejando en pos de sí

la impaciencia y la esperanza: inmediatamente despues de votada la ley Gabinia, bajó el precio del trigo al tipo ordinario, prueba evidente de la confianza en la gran expedicion y en su ilustre jefe. Ya veremos como esta confianza fué justificada y aun superada. Despues de las guerras contra Annibal, nunca habia desplegado la República tal energía en el exterior: al suceder á la débil é incapaz administracion de los oligarcas, la oposicion democrática y militar se habia apoderado y manejado brillantemente las riendas del Estado. El cónsul Pison, en la Narbonense, intentó poner algunos obstáculos á la marcha de Pompeyo y á sus preparativos; pero no hizo más que irritar á la muchedumbre contra su partido, y aumentar el entusiasmo hácia el afortunado general: sin su intervencion personal, hubiérase depuesto inmediatamente al cónsul.

Ley Manilia.—Durante este tiempo habia llegado á su colmo el desórden en Oriente. Glabrio que debia sustituir á Lúculo en el mando del ejército dirigido contra Mitridates y Tigranes, nó se habia movido del Asia Occidental: sus proclamas habian sublevado los soldados contra Lúculo. Pero como no se habia unido al ejército, continuaba al frente de éste el general aristócrata. Nada se habia hecho contra Mitridates, y la caballeria del Ponto talaba impunemente y sin temor la Bitinia y la Capadocia. Habiendo la guerra contra los piratas conducido á Pompeyo y su ejército hasta el Asia Menor, parecia lo más sencillo encargarle tambien de la guerra del Ponto y de Armenia, cuya direccion habia deseado largo tiempo; pero los demócratas en Roma no secundaban los deseos del general y no quisieron tomar la iniciativa; probablemente sabria ya Gabinio á qué atenerse cuando presentó su mocion, y por eso no incluiria en su rogacion, á la vez que la guerra contra los piratas, la guerra

contra Mitridates, estando Glabrion encargado de la primera. Pompeyo era ya demasiado fuerte para aumentar su poder. Pero hé aquí que surgió de repente un tal *Cayo Manilio*, hombre insignificante, si los hubo, y tribuno del pueblo sin embargo, y á quien sus proposiciones habian indispuerto á la vez con la aristocracia y la democracia. Esperando cobijarse bajo la aureola del general, si podia hacer que obtuviese lo que todos sabian era su más vehemente deseo por más que no se atreviese á pedirlo, propuso Manilio al pueblo llamar de Bitinia y del Ponto á Glabrion, así como de Cilicia á Marcio Rex, encargando en su lugar de toda la guerra de Oriente al procónsul de los mares y de las costas, por tiempo ilimitado y con derecho absoluto para estipular la paz y los tratados de alianza (á principios del año 688). Ahora más que nunca podia verse el golpe terrible asetatado al mecanismo de la constitucion romana desde la hora en que, perteneciendo ya la iniciativa al primer demagogo que llegase y la votacion á las masas, habia el poder legislativo puesto la mano sobre la administracion. La proposicion Manilia no agradaba á ningun partido, y sin embargo no encontró resistancia. Los agitadores de la democracia no osaron hacerle oposicion, sufriendola como habian tenido que sufrir ántes la ley Gabinia: ocultaron su descontento y sus inquietudes, y llegaron hasta á hablar en favor de Pompeyo. En cuanto á los aristócratas moderados, observaron el mismo comportamiento; despues de la votacion de la proposicion de Gabinio, no era posible ya la lucha, y todo el que veia claro reconocia que la verdadera conducta que debian observar los senadores, era, por el contrario, aproximarse á Pompeyo, y hasta, en la prevision de una próxima ruptura con los demócratas, hacer una completa alianza con él. Por último los partidarios de la política de equi-

librios bendecian la hora en que podian aparentar una opinion que les fuese propia y exponerla, sin comprometerse con ninguna de las dos facciones. Notemos este hecho: para defender el proyecto de Manilio, es para lo que Ciceron subió por primera vez á la tribuna política. Solo algunos optimates más austeros, con A. Cátulo á su cabeza, continuaron defendiendo sus ideas y hablaron contra la ley. El pueblo la votó casi por unanimidad. De este modo agregó Pompeyo á su poder ya inmenso el gobierno de las provincias de Asia Menor, de modo que, en los vastos dominios de la República no habia apenas una pulgada de terreno que no le obedeciese. Tenia que dirigir una guerra de la que podia decirse como de las expediciones de Alejandro, que se sabia donde comenzaba pero no donde ni como terminaria. Nunca se habia reunido en Roma, en una sola mano un poder semejante.

Revolucion democrática y militar.—La votacion de las leyes Gabinia y Manilia terminó la lucha entre el Senado y el partido popular, lucha que comenzó 67 años antes, con la votacion de las leyes Sempronias. Estas habian constituido el partido revolucionario en estado de oposicion política: por las leyes Gabinia y Manilia, pasó de la oposicion al poder; y así como en un momento solemne, la inútil intercesion de Octavio habia abierto la primer brecha á la constitucion, así tambien era grave el momento en que la retirada de Trebelio daba la señal de la caida del último baluarte del gobierno senatorial. Por ámbos lados se veian claramente las cosas: así, pues, en este duelo á muerte, hasta los más indolentes entre los senadores habian comenzado á temblar. La guerra constitucional acabó de otro modo, y mucho peor que habia comenzado. Despues de todo habia abierto la revolucion un jóven noble en todos sentidos, y acabó, por el contrario, con intrigantes y demagogos de la peor

especie. Al principio, habian los optimates hecho una resistencia moderada, aún cuando luchaban tenazmente por la defensa de sus perdidas posiciones: al fin de la crisis, fueron ellos los que tomaron la iniciativa en el empleo de la fuerza bruta: su debilidad se vengó con palabras retumbantes, y violan miserablemente sus juramentos. El objeto que ántes no podia entreverse sino en el más temerario de los sueños, es hoy día una realidad: el Senado habia cesado de reinar. Aun vivian algunos ancianos que habian asistido á las tormentas de la revolucion, y habian oido la voz de los Gracos; y si comparaban aquellos tiempos con los actuales, debian ver que todo habia cambiado, el país y el pueblo, el derecho público y la disciplina militar, la vida y las costumbres, y cuando comparaban la realidad del dia con el ideal entrevisto por los hijos de Cornelia, se apoderaba de ellos una triste é irónica sonrisa. Empero sus reflexiones pertenecian al pasado. En el tiempo presente y para el porvenir, la caída de la aristocracia era un hecho cumplido. Los oligarcas se parecian á un ejército que se desbanda, y cuyos grupos van á reforzar otras divisiones, sin poder por sí mismos sostener la campaña, é intentar por su cuenta la suerte de los combates. Sin embargo, habiendo terminado la antigua guerra, se preparaba otra nueva: la guerra entre las dos fuerzas que habian estado aliadas un momento para destruir la constitucion aristocrática, entre la oposicion democrática y entre el poder militar ambicioso y predominante. La situacion excepcional creada á Pompeyo por la ley Gabinia, y aún más por la ley Manilia, no podia reconciliarse con el órden de cosas republicano. La primera, decian con razon sus adversarios, lo habia nombrado *regente*, y no simple almirante. Un griego, que conocia bien el estado de los negocios de Oriente, lo llama «rey de los reyes. Si vuel-

ve otra vez victorioso y ensalzado por la gloria, con sus cajas repletas de oro, escoltado por soldados aguerridos y fieles á su general, y se le ocurre apoderar de la corona. ¿cuál será el hombre que lo detenga? ¿Se levantará acaso el consular Quinto Catulo con el Senado, contra el primer general del siglo y sus experimentadas legiones? ¿O será Cayo César, ese edil designado, el que lleve tras sí la plebe romana, á la que habia dado poco há 320 parejas de gladiadores con armas de plata? «Pronto será necesario, exclamó Catulo, ir á refugiarse á la roca del Capitolio para salvar la libertad.» No se engañó en el fondo de su profecía, por más que no fuera de Oriente de donde viniese la tormenta. Los destinos cumplieron á la letra su prediccion, y áun más completamente de lo que él habia sentido; pero la ruina vendrá de otra tierra, de la tierra de los Galos.

CAPITULO IV.

POMPEYO EN ORIENTE.—Destruccion de los piratas por Pompeyo.
—Cuestion entre Metelo y Pompeyo en Creta.—Pompeyo se pone al frente de la expedicion contra Mitridates.—Preparativos militares de Pompeyo. Alianza con los Partos. Discordia entre Tigranes y Mitridates.—Pompeyo y Lúculo.—Marcha sobre el Ponto. Retirada de Mitridates. Batalla de Nicópolis. Vuélvese Tigranes contra Mitridates. Mitridates sobre el Fasis. Pompeyo en Artaxata. Paz con Tigranes.—Los pueblos del Cáucaso. Los Iberos. Los Albanios. Victoria de Pompeyo sobre los Albanios. Victoria sobre los Iberos. Pompeyo en la Colquida. Nuevos combates con los Albanios.—Mitridates en Panticapea.—Los últimos armamentos. Insurreccion contra Mitridates.—Muerte de éste.—Pompeyo en Siria. Asuntos de Siria. Los príncipes árabes. Los beduinos de caballeria.—Los judíos. Los Fariseos.—Los Sadúceos. Los Nabateos.—Las ciudades sirias.—Últimos Seléucidas.—Anexion de la Siria. Pacificacion militar de Siria. Abatimiento de los jefes de bandidos. Negociaciones y combates con los Judios.—Nueva situacion de Roma en Oriente. Guerra contra los Nabateos.—Luchas con los Partos.—Organizacion de las provincias.—Reyes vasallos de Capadocia. La Comagena.—Gaiacia.—Príncipes y señores. Príncipe de Cipessa—cerdotes.—Las ciudades. Proteccion dispensada á las ciudades libres.—Resultados generales.—El Oriente despues de la partida de Pompeyo. Egipto. Incorporacion de Chipre. Reconocimiento de Tolomeo como Rey de Egipto. Es arrojado del trono por sus súbditos, y restablecido en él por Gabinio. Guarnicion romana en Alejandria.

Destruccion de los piratas por Pompeyo.—Hemos visto el estado deplorable en que se hallaban los asuntos de Roma en Oriente, así por mar como por tierra,

cuando á principios del año 687, investido Pompeyo con poderes ilimitados, fué á renovar la guerra contra los corsarios. Comenzó por dividir su inmensa provincia en trece circunscripciones, colocada cada una bajo el mando de uno de sus lugar-tenientes, que sacaba hombres y buques, recorría las costas, se apoderaba de los bergantines de los corsarios, ó los encerraba en las redes del vecino. En cuanto al general, colocándose á la cabeza de la mayor parte de los buques disponibles, en medio de los cuales se distinguía la marina de Rodas, se hizo á la vela inmediatamente, limpiando las aguas de Sicilia, de África y de Cerdeña, á fin de restablecer lo ántes posible las importaciones de trigo de estas provincias con destino á Italia. Al mismo tiempo verificaban sus lugar-tenientes esto mismo en las costas de las Galias y de España. En esta ocasion fué cuando el cónsul Cayo Pison intentó impedir las levas que el legado Marco Pomponio verificaba en la Narbonense por cuenta de su general, tentativa contraria á la ejecucion de la ley Gabinia. Pompeyo reapareció un momento en Roma para poner orden y contener en los límites legales la justa irritacion del pueblo contra Pison (p. 156). Al cabo de 40 dias, era libre la navegacion en todo el Mediterráneo occidental. El general partió entónces hácia los mares de Oriente, con sus 60 buques mejores, y se dirigió al antiguo y principal refugio de los piratas, á la costa de Licia y de Cilicia. A la nueva de la aproximacion de la escuadra romana desaparecieron éstos de alta mar, y se rindieron sin resistencia las fortalezas licias de *Kragos* y de *Anti-kragos*. La calculada dulzura de Pompeyo, más aun que el temor, le habian abierto las puertas de estas dos plazas marítimas casi inespugnables. Sus predecesores condenaban al tormento de la cruz á todos los piratas cautivos: él les daba á todos

cuartel, y mostraba, sobre todo, una indulgencia desusada con los simples remeros que encontraba á bordo de los buques enemigos. Solo los atrevidos reyes cilicios del mar, intentaron luchar en sus propias aguas contra las armas de Roma: ocultaron sus mujeres, niños y tesoros en sus castillos del Tauro, y esperaron á la escuadra italiana á la altura de *Koracesium*, en la costa occidental de Cilicia. Pero los buques de Pompeyo iban bien provistos de soldados y de las máquinas de guerra necesarias, y consiguieron una señalada victoria. Despues desembarcó el general sin obstáculo, y fué á atacar y destruir los castillos, ofreciendo al mismo tiempo la vida y la libertad á los que se sometiesen. La mayor parte pidieron gracia, desesperando de poder mantenerse por más tiempo en sus fortalezas y en sus montañas. Cuarenta y nueve dias despues de haber aparecido en el mar Oriental, habia ya dominado Pompeyo la Cilicia y terminado la guerra. Éste habia sido sin duda un gran éxito, pero no una gran hazaña. Llamósele así, sin tener en cuenta los inmensos recursos de Roma, y que los corsarios no podian medir sus armas con las escuadras y las legiones, como en una gran ciudad no puede una cuadrilla de ladrones entrar en lucha con una buena policia. Pero si se tiene en cuenta el mal que venian sufriendo hacia tanto tiempo, y el aumento ilimitado que iban adquiriendo todos los dias, se comprende que la rápida destruccion de los tan temidos piratas hiciese en el público una impresion poderosa. Esta era, por otra parte, la primera prueba por que pasaba el poder concentrado en una sola mano: todos los partidos se preguntaban ansiosamente si les convendria éste más que el gobierno colectivo. Unos 400 bageles, de los que 90 eran verdaderos buques de guerra, tomados al enemigo, otros 1.300 echados á pique, los arsenales bien provistos

y los almacenes de armas entregados á las llamas, 10.000 piratas muertos, más de 20.000 cautivos en manos del vencedor; Publio Clodio, el almirante de la escuadra romana permanente de Cilicia, y otros prisioneros que se los creía muertos hacia mucho tiempo, devueltos á la pátria y á la libertad: tales fueron los resultados. Desde el estío del año 687, tres meses despues de comenzadas las operaciones, habia vuelto á adquirir el comercio su antigua marcha en todos los mares, y la abundancia reemplazó en Italia al hambre que amenazaba invadirlo todo.

Question entre Pompeyo y Metelo en Creta —Sin embargo, ocurrió en Creta un incidente enojoso, y que nubló un tanto el éxito de las armas de la República. Hacia dos años que Quinto Metelo estaba en aquella isla ocupado en acabar su conquista, que ya habia verificado en sus tres cuartas partes, cuando llegó Pompeyo á las aguas de Oriente. Era inminente una colision; por que la ley Gabinia, en concurrencia con el mando de Metelo, habia estendido además, el del general en jefe, sobre toda aquella isla, que por ninguna parte contaba 50 millas de anchura. Pompeyo, por prudencia, no habia enviado á ella ninguno de sus lugar-tenientes; pero las ciudades cretenses aún no sometidas que habian visto á Metelo tratar con los más crueles rigores á sus compatriotas vencidos, y sabiendo, por el contrario, las condiciones indulgentes otorgadas por Pompeyo á las ciudades de Asia Menor que se le habia rendido á discrecion, prefirieron entregarse en masa á éste. Sus enviados le encontraron en Panfilia. Aceptó la sumision ofrecida, y expidió con ellos á su lugar-teniente *Lucio Octavio*, encargado de instruir á Metelo de los tratados concluidos, y tomar posesion de la isla. Esto no era tratar como buen colega; pero en rigor, el derecho estaba de

parte de Pompeyo, y Metelo hacia mal si, prescindiendo de los arreglos suscritos por el general, continuaba tratando como enemigas á las ciudades cretenses. En vano protesta Octavio, y habiendo desembarcado sin soldados, llama en vano, en su ayuda á *Lucio Cisena* lugar-teniente de Pompeyo en la Acaya. Sin cuidarse Metelo de Octavio ni de Cisena, sitia á *Eleuterna*, toma por asalto á *Lappa*, en donde el mismo Octavio calló en su poder. Dejóle partir con el sello de esta afrenta, y entregó al verdugo á todos los Cretenses cautivos. Comenzó entonces una verdadera guerra entre sus soldados y los de Cisena que murió al poco tiempo, pero á la cabeza de los cuales se puso el mismo Octavio, y cuando éstos se vuelven á la Acaya, continúa todavía Octavio la guerra, en union con el Cretense *Aristion*: por último, *Hierapitna*, en donde se habian ámbos hecho fuertes, fué tomada por Metelo despues de una tenaz resistencia. Como optimata ardiente, luchando contra la democracia y su general en jefe, habia dado principio Metelo á la guerra civil; y, cosa que prueba el indescriptible desorden de los tiempos, estos graves acontecimientos no tuvieron otras consecuencias que haberse cambiado algunas cartas duras entre ámbos capitanes, á quienes se verá, dos años más tarde, tranquila y amistosamente sentados uno al lado del otro en la Curia.

Pompeyo se pone al frente de la expedicion contra Mitridates.—Mientras esto sucedia, estaba Pompeyo en Cilicia, preparando al parecer, para el año siguiente, una expedicion contra Creta, ó mejor dicho contra Metelo, pero en realidad esperando una señal para arrojarse en medio de los embrollados asuntos del continente asiático. Lo poco que quedaba del ejército de Lúculo, despues de tantas pérdidas como habia experimentado, y de haber licenciado las legiones de Finbria, permanecia

inactivo en el alto Halis, en el país de los Trocmos, á dos pasos de la frontera del Ponto. Lúculo habia continuado aún por algun tiempo á su cabeza, deteniéndose su sucesor Glabrion, en el Asia occidental. Las tres legiones situadas en Cilicia á las órdenes de Marcio Rex, no se movian tampoco. Todo el Ponto habia vuelto á caer en poder de su rey Mitrídates, que habia tomado una sangrienta venganza de todos los que habian hecho defeccion, ya fuesen hombres ó ciudades como *Eupatoria*, por ejemplo. Por lo demás, los reyes de Oriente no tomaron con mucho valor la ofensiva contra los Romanos, ya sea que no fuese este su plan, ya que el desembarco de Pompeyo en Cilicia les quitase el deseo de llevar las hostilidades más adelante. De repente sobrevino la ley Manilia, que cumplia, más pronto de lo que el mismo esperaba, los deseos secretos del general. Fueron llamados Glabrion y Marcio Rex, y se dió á Pompeyo el gobierno del Ponto, de Bitinia y de Cilicia, y el mando de la tropas que allí se encontraban la lucha contra Ponto y Armenia, y el derecho de hacer á su antojo la paz ó la guerra, ó contraer alianzas con los dinastas de Oriente. Ante tales perspectivas de honores y de riquezas, ¿qué extraño es que se dejase de castigar al optimata celoso que queria guardar para sí solo los insignificantes laureles recogidos en Creta? Cesaron los preparativos de desembarco en la isla, y el esterminar á los pocos piratas que aun quedaban: hizo variar de rumbo hasta su escuadra, queriendo que ésta apoyase su ataque contra los reyes de Armenia y de Ponto. Sin embargo, la guerra continental no le hizo olvidar en absoluto á los filibusteros, dispuestos siempre á volver á levantar la cabeza. Antes de abandonar la provincia de Asia (año 691), hizo armar allí suficiente número de buques para tenerlos á raya. Esta medida se

había tomado en Italia el año anterior á petición suya, y el Senado había votado los recursos necesarios. Cubrían todas las costas columnas volantes de caballería, y pequeñas escuadras surcaban los mares inmediatos. En una palabra, sí, como veremos más adelante al ocuparnos de las expediciones de Chipre y de Egipto, no había quedado totalmente destruida la piratería, al menos, á partir de esta campaña, y áun en medio de las vicisitudes y de los tiempos de crisis que Roma deberá áun atravesar, no volverá á resucitar con tanta fuerza ni volverá á ser el mar inhospitalario, como lo fué un día bajo el reinado de una corrompida oligarquía.

Preparativos militares de Pompeyo. Alianza con los Partos. Discordia entre Tigranes y Mitrídates.—En su infatigable actividad, consagró el nuevo general en jefe á sus preparativos militares y diplomáticos los pocos meses que le quedaban ántes de la apertura de las operaciones en Asia Menor. Sus enviados se presentaron á Mitrídates, menos para intentar un acomodamiento sério, que para reconocer la situación. En la corte del Ponto, se esperaba, que, aleccionado por los últimos é importantes triunfos de los aliados, Fraates, rey de los Partos, entraria en la coalición del Ponto y de la Armenia; más para combatir este plan, se despacharon otros enviados romanos á la corte de Ctesifon. Las discordias intestinas que destrozaban á la familia real de Armenia vinieron en su ayuda. Tigranes tenía un hijo, del mismo nombre, que se reveló en contra suya, ya porque no pudiese esperar la muerte del viejo rey, ya, ante las sospechas de que muchos de sus hermanos habían pagado asesinos contra él. no viese más que en la insurrección abierta, el único medio de salvación. Vencido por su padre, se refugió en la corte del Arsacida con cierto número de Armenios notables, y allí volvió á comenzar

sus intrigas. Los arreglos hechos por Fraates fueron tal vez obra suya. Por ámbas partes se ofreció á este rey la Mesopotamia, en premio de su alianza; pero prefirió las seguridades prometidas por los Romanos, renovó con Pompeyo el tratado firmado por Lúculo, respecto de la frontera del Eufrates (p. 99), y se comprometió á cooperar con los Occidentales en la guerra contra la Armenia. Era un gran perjuicio para los dos reyes, que, á instigacion del jóven Tigranes, contragesen los Partos alianza con la República: el jóven Armenio hizo todavía más, y su insurreccion trajo la division entre su padre, él y Mitrídates. El rey de Armenia sospechaba en secreto, que su suegro habia fomentado, bajo cuerda, el crimen del jóven Tigranes, que era nieto de Mitrídates, por su madre Cleopatra; y si no se llegó hasta una completa ruptura, se enfrió al menos la buena inteligencia entre los dos reyes, precisamente en los momentos que les era más necesaria.

Durante este tiempo, se preparaba Pompeyo sin descanso. Dió orden á las ciudades aliadas ó clientes para que le enviasen los contingentes fijados por los tratados. Fijáronse carteles en público invitando á los veteranos licenciados de Fimbria á volver al servicio como voluntarios, y las promesas hechas, así como el nombre de Pompeyo, decidieron á muchos de ellos á responder al llamamiento. Las fuerzas reunidas por el general, comprendiendo en éstos las tropas auxiliares, ascendieron muy pronto á 40 ó 50.000 hombres (1).

(1) Pompeyo distribuyó entre sus soldados y oficiales, á título de *honorario*, 384 millones de serstercios (16.000 talentos: Ap. Mitr. 446); los oficiales recibieron 400 millones, cada soldado recibió 6.000, de donde puede concluirse, que en el dia del triunfo, contaba el ejército de Pompeyo unos 40.000 hombres.

Pompeyo y Lúculo.—En la primavera del año 688 (66 a. d. J. C.), llegó Pompeyo á Galacia, para ponerse al frente de las tropas de Lúculo, entrando con ellas en territorio del Ponto, á donde tenían orden de venir á unírsele las legiones de Cilicia: los dos generales se encontraron en *Danala*, en el territorio de los Trocmos: sus amigos comunes habian esperado una reconciliacion que no pudo verificarse. Comenzóse por una recíproca cortesía, á la que sucedieron muy pronto ágrias explicaciones y palabras duras, separándose más frios que nunca. Lúculo continuaba dando regalos á los soldados y distribuyéndoles tierras como si estuviese todavía en el cargo: Pompeyo declaró nulos todos los actos de su predecesor, á contar desde su llegada á Galacia. En rigor, estaba en su derecho; pero debia obrar con tino y miramientos, con un rival ilustre por sus servicios.

Marcha sobre el Ponto. Retirada de Mitridates. Batalla de Nicópolis.—En cuanto lo permitió la estacion, pasaron las tropas romanas las fronteras, teniendo en frente á Mitridates con 30.000 infantes y 3.000 caballos. Abandonado por su aliado y atacado por Roma con gran energía y fuerzas dobles, hizo una tentativa de paz; pero cuando Pompeyo pidió una sumision incondicional, no quiso oír nada más; no podia salirle peor una guerra desgraciada. Para no exponer su ejército, arqueros y caballeros la mayor parte, á los golpes irresistibles de la infantería romana, retrocedió lentamente, obligando al enemigo á seguirle en sus movimientos á derecha é izquierda y en todos sentidos, haciendo frente en ocasiones con su caballería, que era superior á la de Pompeyo, estorbando sus aprovisionamientos, preparando así á las legiones grandes sufrimientos. Impacientado Pompeyo, se cansó de perseguir de este modo al ejér-

cito del Ponto, y dejando allí al Rey, se ocupó sólo de someter el país; llegó hasta el alto Eufrates, lo pasó y penetró en las provincias orientales del Ponto. Pero Mitrídates siguió á su vez la orilla izquierda del río. Llegó á la region *Anaitica*, y pudo de repente cerrarle el paso encerrándose en *Dastira*, ciudadela muy fuerte y bien provista de agua. Desde allí dominaba con sus tropas ligeras la llanura inmediata. Pompeyo no tenia aún sus legiones de Cilicia, y no estaba en disposicion de defenderse. Repasó el Eufrates y fué á los bosques de la Armenia pónica, cortada por abismos infranqueables, profundos valles y ásperas rocas, á ponerse al abrigo de los arqueros y de la caballería del Rey. Llegó, por fin, el cuerpo de Cilicia, y convertido en el más fuerte, pudo volver á tomar la ofensiva. Marchó de nuevo adelante y encerró el campamento del Rey con una cadena de destacamentos de casi cuatro millas (alemanas) de longitud, lo bloqueó, y durante este tiempo, destacó columnas por todas partes con objeto de talar el país. Reinaba grande escasez entre les pónicos. Ya habian matado todas las bestias que les servian para conducir el equipaje, y despues de 46 dias de sufrimientos, no pudiendo salvar sus heridos y enfermos, ni dejarlos en poder del enemigo, mandólos matar Mitrídates, y, durante una noche oscura, emprendió en silencio el camino del Este. Pompeyo lo persiguió á través de un país completamente desconocido, en donde marchaba con suma prudencia, llegando hasta las regiones en donde se encuentran las fronteras de Tigranes y del Rey del Ponto. Habiendo conocido que Mitrídates no queria dar la batalla decisiva en su territorio y lleva el propósito de atraerlo á las inmensas profundidades de Oriente, se decidió á impedirlo á toda costa. Ambos ejércitos acampaban cerca uno de otro. Durante una siesta, levantaron de repente el

campo lo los Romanos, sin apercibirse de ello el enemigo, le rodean y ocupan las alturas de la orilla derecha del *Licus*, que dominan un desfiladero por donde habia que pasar, no lejos del lugar en donde estaba situada Enderis, y más tarde se edificó á Nicópolis. Llegada la mañana, los Pónticos se pusieron en camino, como de costumbre, y creyendo todavía al enemigo detrás de ellos, colocaron sus tiendas en el mismo valle, cuyas alturas tenian ocupadas los Romanos. De repente, y en el silencio de la noche, resonó en derredor de ellos el tan temido grito de guerra de las legiones; los soldados, los bagajes, los carros, los caballos y los camellos, se agitan en confusion infinita, y en medio de las tinieblas, hierre la muerte con seguro golpe en sus espesas y embarazadas masas. Agotadas sus armas arrojadizas, y cuando apareciendo la luna les permite ver sus víctimas, cayeron los Romanos desde las alturas sobre aquellas bandas indefensas. Todo el que no pereció por el acero del enemigo, murió aplastado por las patas de los caballos ó las ruedas de los carros: de este modo terminó el último combate, en que el viejo Rey luchó en persona contra los Romanos. Huyó seguido de dos caballeros y una concubina acostumbrada á acompañarle á todas partes en traje de hombre y á combatir á su lado. Refugióse en *Sinoria*, en donde se le unieron algunos partidarios. Distribuyó entre ellos los tesoros que tenia allí depositados, 6.000 talentos en oro (cerca de 40 millones de pesetas), y se aprovisionó de veneno; despues, subiendo el Eufrates con las pocas tropas que le quedaron, fué á unirse con su aliado el Gran Rey de Armenia.

Tigranes se vuelve contra Mitridates. Mitridates en el Fasis, Pompeyo en Artaxata. Paz con Tigranes.— Tambien aquí fué defraudada su esperanza. Tomando el camino de Armenia, contaba el Rey con una alianza que

ya casi no existia. Miétras que luchaba contra Pompeyo, con el mal éxito que ya sabemos, el Rey Parto, impelido por los Romanos y cediendo á los consejos del príncipe fugitivo, habia invadido á mano armada el reino de Armenia, y Tigranes se habia visto obligado á batirse en retirada hácia las inaccesibles montañas del país. El ejército invasor puso sitio á la capital, Artaxata; despues, prolongándose mucho este sitio, se alejó Fraates con la mayor parte de sus tropas. Al poco, reapareció Tigranes, destruyó el cuerpo de ejército pártico que habia quedado delante de la plaza, asi como el de los emigrados armenios que mandaba su hijo, y se hizo de nuevo dueño de todo su reino. Compréndese que en las circunstancias actuales no debia el Rey estar muy inclinado á hacer la guerra á los Romanos victoriosos por segunda vez, y mucho ménos á sacrificarse por Mitridates, en quien tenia ahora ménos fé que nunca, despues que sabia que su hijo rebelde queria unirse con su abuelo. Entabló, pues, negociaciones con los Romanos, pidiendo una paz separada; y sin esperar la conclusion del tratado, rompió su alianza con Mitridates. Al llegar éste á la frontera de Armenia supo de repente que el gran Rey habia puesto á precio su cabeza, ofreciendo 100 talentos (más de dos millones de reales) al que se las presentase, y que habia arrestado á sus enviados y los habia entregado á los Romanos. El viejo monarca veia su reino ocupado por las legiones, y á su aliado en vías de entenderse con el enemigo, y no pudiendo continuar la guerra, se juzgó dichoso con poder encontrar un último asilo en las costas del Este ó del Norte del mar Negro. Allí tendrá sin duda que luchar contra su hijo Machares, rebelde asimismo y partidario de los Romanos: le arrojará tambien del reino del Bósforo, y tendrá que volver á principiar sus infatigables proyectos en las

costas de la *Palus Metides*. Tomó, pues, el camino del Norte. Cuando pasó el Fasis, última frontera del Asia Menor, ya estaba fuera del alcance del enemigo, y el mismo Pompeyo cesó de perseguirle: en lugar de volver hácia las fuentes de Eufrates, se arrojó el romano Robre la region del Araxas, queriendo concluir con Tigranes, y llegando casi sin encontrar resistencia hasta las inmediaciones de Artaxata, colocando su campamento á tres millas (alemanas) de la ciudad. Presentóse á él Tigranes el jóven, esperando que, al derribar á su padre, le colocarían los Romanos en el trono, y ensayó todos los medios para impedir que se hiciese la paz entre ellos y el gran Rey. Pero éste estaba muy decidido á comprarla á cualquier precio. Presentóse un dia á caballo á las puertas del campamento, pero sin manto de púrpura, llevando solo la banda y el turbante real, y exigiendo que le condujesen á presencia de Pompeyo. Despues de haber entregado á los lictores, como exigia la consigna del campamento, su caballo y su espada, fué segun costumbre de los Bárbaros, arrojarse á los piés del procónsul, y depositó en sus manos su diadema y su tiara, en señal de sumision absoluta. Gozoso Pompeyo por tan fácil victoria, levantó al Rey, le devolvió las insignias de su dignidad y dictó las condiciones de la paz. Tigranes entregó 6.000 talentos (unos 31 millones de pesetas) para la caja del ejército, percibiendo cada soldado un donativo de 50 dineros: devolverá todas sus conquistas de Finicia, Siria, Cilicia y Capadocia: restituirá sus posesiones de la orilla derecha del Eufrates, la Sofena y la Gordiana; en suma, volverá á entrar en los límites de la Armenia propia. A esto se redujo el gran reino. Al principio del año 688, no habia ningun soldado romano pasado todavía el límite de las antiguas posesiones de la República: al terminar este mismo año, el Rey Mitrida-

tes corre fugitivo y sin ejército por los desfiladeros del Cáucaso, y Tigranes de Armenia no es ya el Rey de reyes; ha llegado á la condicion de vasallo. Toda la region del Asia Menor al Oeste del Eufrates; obedecia á la dominacion romana; y el victorioso ejército estableció sus cuarteles de invierno al Este del rio, en territorio armenio, y en la parte del curso superior, hasta las orillas del *Kur*, en donde abrevaron por primera vez los caballos de los Italianos.

Los pueblos del Cáucaso. Los Iberos. Los Albanios. Victoria de Pompeyo sobre éstos.—Sin embargo, al poner el pié en estos nuevos paises, despertaban los Romanos nuevos enemigos. Los belicosos pueblos del Cáucaso medio y oriental, se irritaron á la vista de los Occidentales acampados entre ellos. Las fértiles mesetas de la actual Georgia, estaban habitadas por los *Iberos*, nacion valiente, regularmente organizada y entregada á la agricultura, y cuyas tribus patriarcalmente gobernadas, cultivaban las tierras en comun, sin conocer la propiedad privada. El ejército y el pueblo no formaban allí nada más que un solo cuerpo; á su cabeza estaban los jefes de las *tribus*, y entre éstos, el más anciano era el verdadero rey de toda la nacion, teniendo debajo de él, su segundo en edad, el cual administraba justicia y mandaba el ejército. Los Iberos tenian tambien sus familias sacerdotales, á las que correspondia el conocimiento de los tratados internacionales y vigilar por su fiel observancia. Los hombres no libres pertenecian al rey. Más allá de los Iberos, hácia el Este, estaban los Albanios, mucho más salvajes que los anteriores: residían en el *Kur* inferior hasta el mar Caspio. Hacian una vida casi pastoral, conduciendo á pié y á caballo sus numerosos rebaños en medio de las fértiles llanuras del *Schirwan* moderno, y cultivando sus campos con el tosco

arado de madera, sin la reja de hierro de los Occidentales. No conocian la moneda, ni sabian contar arriba de *ciento*. Cada pueblo (habia más de veinte y seis) tenia su jefe y su dialecto. Más numerosos que los Iberos, no hubieran podido, sin embargo, los Albanios, medir sus armas con sus valientes vecinos. Por lo demás, ámbas naciones se batian del mismo modo, sirviéndose de las flechas y otras armas arrojadas, que lanzaban, como los Indios, sobre el enemigo, y se ocultaban despues tras de los troncos de los árboles á lo alto de sus ramas. Los Albanios tenian tambien numerosa caballeria, cuyos soldados iban cubiertos, como los Medos y los Armenios, con pesadas corazas, escudos y otras armas defensivas. Ambos pueblos vivian, en medio de sus campiñas y de sus prados, en la más completa independenciam, y esto desde tiempo inmemorial. La naturaleza ha colocado el Cáucaso entre Enropa y Asia, como un dique contra las invasiones de los pueblos: allí se habian detenido, en otro tiempo, las armas de Ciro y las de Alejandro: allí encontraron los Romanos ante sí, la gran muralla que sus habitantes se disponian á defender con bravura. Los Albanios supieron con terror que en la próxima primavera se proponia el general de la República, pasar sus montañas y perseguir al otro lado al rey del Ponto, porque se decia que Mitridates pasaba el invierno en Quioscuriada (Iskuria) a orillas del mar Negro. Inmediatamente, bajo la direcion de su príncipe *Uroiza*, se reunen en pleno invierno, pasan el *Kur*, y se arrojan sobre los Romanos divididos en tres cuerpos de ejército para poder vivir mas fácilmente, y mandados por *Quinto Meteto Celer*, por *Lucio Flaco* y por Pompeyo en persona. Celer, sobre quien recayó el principal ataque, se sostuvo vigorosamente; y Pompeyo, despues de haberse desembarazado de las hordas que se habian dirigi-

do contra él, persiguió hasta el río á los Bárbaros derrotados por todas partes. *Artoces*, rey de los Iberos, se mantuvo neutral y prometió á los Romanos la paz y la amistad; pero Pompeyo supo que se armaba en secreto y que se disponia á atacarle en los desfiladeros del Cáucaso. Desde los primeros días de la primavera del año 689, ántes de comenzar la persecucion de Mitrídates, marchó contra las ciudades de *Harmocica (Armasi)* y *Seusamora (Tsumar)*, situadas á una legua de distancia una de otra, que dominan los dos valles del *Kur* y del *Aragua*, su afluente, al mismo tiempo que cierran el único paso que va de Armenia á Iberia. Sorprendido Artoces por el enemigo, quemó precipitadamente los puentes, y, áun negociando, se retiró al interior. Pompeyo se apoderó de ámbas fortalezas, y alcanzó á los Iberos en la otra orilla, esperando que los obligaria á someterse. Pero Artoces retrocedia constantemente, y no hizo alto hasta las orillas del *Peloros*: allí se vió obligado á entregarse ó á pelear. Los arqueros iberos no se sostuvieron firmes un momento contra el choque de las legiones, pasaron estas el *Peloros*, y Artoces sufrió las condiciones dictadas por el Romano, entregando sus hijos en rehenes.

Pompeyo en la Cólquida. Nuevos combates con los Albanios.—Hecho esto, pasó Pompeyo de la region del *Kur* al valle del *Fasis*, por el collado de *Sarapana (Charapani)*, y bajando por las orillas del río; llegó al mar Negro, donde le esperaba la escuadra de Servilio en las costas de Cólquida. Era una temeridad casi sin objeto, el conducir el ejército y los buques á estas costas legendarias. Las marchas que acababan de hacerse en países desconocidos, en medio de pueblos completamente hostiles, no eran nada, si se las compara con las que áun restaban. Admitiendo que se consiguiese fran-

quear las extensas estepas que separan la desembocadura del Fasis de la península de Crimea, á través de naciones bárbaras, tan pobres como belicosas, ya fuese por aguas inhospitalarias y no frecuentadas, ya á lo largo de una costa, en donde terminan muchas veces en el mar las montañas como cortadas á pico, y en donde era necesario embarcarse, con el fin de atravesar por mar algunos trechos. Admitiendo que la expedición más difícil quizá que los grandes viajes militares de Aníbal y de Alejandro, tuviese buen éxito, ¿qué resultado se alcanzaba al cabo de tantas fatigas y peligros? Concedo que la guerra no estaba concluida mientras viviese el viejo rey; ¿pero quién podía asegurar que la real bestia feroz, objeto de esta cacería prodigiosa, caería con seguridad en las redes? Aun cuando se debiese temer que Mitrídates volviera á entrar un día en Asia, con la tea de la guerra en la mano, ¿no valía más cesar de perseguirle, no ofreciendo la persecución ninguna ventaja y sí muchos peligros? Levantábanse en el ejército muchas voces, y más aun en Roma que impelían al general á marchar adelante; pero procedían, ó de cabezas acaloradas y locas, ó de falsos amigos, deseosos de tener alejado á toda costa al poderoso procónsul, y de verle comprometido en el fondo de Oriente en empresas interminables. Pompeyo tenía demasiada prudencia y experiencia para no comprometer su ejército ni su gloria en una expedición absurda; y una insurrección de los Albanos á sus espaldas le proporcionaba en aquel momento un pretexto plausible. Abandonó la persecución de Mitrídates y ordenó la retirada. La escuadra recibió orden de cruzar el mar negro y cubrir la costa Norte de Asia Menor contra todo ataque del enemigo, y cerrar el Bósforo Cimeriano bajo pena de muerte contra todo navegante que intentase forzar el bloqueo. Después, retrocediendo por

el camino de tierra y repasando las regiones de la Cólquida y Armenia, se volvió Pompeyo hácia el Kur inferior, le atravesó y acampó en las llanuras de Albania. El ejército experimentó bastantes sufrimientos, marchando con un calor sofocante en aquellos campos rasos y muchas veces sin agua. No encontró ningun enemigo: pero al llegar á la orilla derecha del *Abas* (*el Alasán*) vió al otro lado las hordas albanias mandadas por *Cosses*, hermano del rey Oroizes. Se componian lo ménos de 60.000 infantes y 12.000 caballos, incluso aquí los contingentes de las estepas del otro lado del Caúcaso. Los Albanios, por lo demás, creian no tener que abérselas más que con la caballería romana, sin lo cual no se hubiesen atrevido á combatir. Pero Pompeyo habia cubierto perfectamente su infantería con su caballería, y desvaneciéndose ésta, se vieron de repente aparecer detrás de ella las profundas masas de las legiones. La pelea duró poco; el ejército de los Bárbaros se dispersó en los bosques, que Pompeyo mandó rodear é incendiar. Entonces los Albaneses pidieron la paz; y despues, á ejemplo de los estos pueblos más poderosos, todas las tribus entre el *Kur* y el mar Caspio concluyeron tambien su tratado con Pompeyo. Por un momento se vió á los Albanios, á los Iberos y demás naciones que vivian al pié ó en el interior del Caúcaso meridional, entrar bajo la dependencia de Roma, pero en cuanto á los que habitaban entre el *Fasis* y el *Meotis*, *Cólquidios*, *Loanes*, *Heniocos*, *Llá-cigas* y *Aqueos*, en cuanto á los Bastarnas, colocados más lejos, por más que sus nombres figuren en la lista de los pueblos sometidos por Pompeyo, es evidente que no puede tomarse en sério esta sumision. El Caúcaso habia vuelto á ocupar su lugar en la historia universal; marcaba el límite del imperio romano como ántes habia marcado el del imperio persa y helénico.

Mitridates en Panticapea. Los últimos armamentos. Insurreccion contra Mitridates. Su muerte.—Mitridates quedó abandonado asimismo y á su destino. Así como en otro tiempo, su abuelo, el fundador del reino del Ponto, escapando á los seides de Antígono, habia pisado fugitivo el suelo de su futuro imperio, así tambien el nieto habia pasado su frontera, abandonando sus conquistas y las de sus padres. Pero los destinos son rápidos y extraordinariamente variables en Oriente; y nadie tanto como el viejo sultan de Sinope habia ganado y perdido al juego de los caprichosos dados de la fortuna. ¿Por qué al declinar su vida no habia de cambiar dando nuevo vuelo á su grandeza? ¿No es el perpétuo cambio la única cosa estable? Los orientales odiaban hasta en el fondo de su corazon la dominacion romana. Bueno ó malo, no dejaba Mitridates de ser á sus ojos el verdadero rey: ¿no podia acaso sacar partido de la molicie de los senatoriales en la administracion de las provincias, y de las discordias de los partidos politicos en Roma, siempre en fermentacion y expuestos siempre á una guerra civil? ¿No podia esperar y, aprovechando la ocasion, sentarse por tercera vez sobre su trono? Con sus esperanzas y sus proyectos tan duraderos como su vida, hasta que no muriese, era tan peligroso el viejo rey caido y desterrado como el dia en que á la cabeza de 100.000 hombres habia comenzado la guerra para arrancar á los Romanos la Hélada y la Macedonia. En el año 689, infatigable apesar de sus años, salió de Dioscuriades, y llegó venciendo mil obstáculos, así por mar como por tierra, al reino de Panticapea. Por solo su ascendiente, y gracias á su imponente séquito, derribó del trono á Machares, su hijo rebelde, y le forzó á darse la muerte. Despues intentó entrar en relacion con los Romanos. Pidió que se le devolviera su reino hereditario.

diciendo estaba dispuesto á reconocer la soberanía de la República, y á pagar el tributo de vasallaje. Pompeyo se negó rotundamente, pues temia que apenas subiese al trono volveria Mitridates á las andadas: era necesario que se sometiese pura y simplemente. Pero éste, léjos de consentir en entregarse en manos del enemigo, aglomeró planes nuevos y más gigantescos que nunca. Reune todos sus recursos, los últimos restos de sus tesoros y los últimos contingentes de sus Estados: arma un ejército de 36.000 hombres, esclavos en su mayor parte, que equipa y ejercita á la romana: prepara una escuadra de guerra, meditando, se dice, lanzarse sobre el Oeste, por la Tracia, Macedonia y Panonia; despues, arrastrando como aliados á los Escitas de las estepas dalmatas y á las Celtas del Danubio, desencadenar sobre Italia una abalancha de pueblos. El proyecto ha parecido colosal, y algunos han comparado la guerra del Rey del Ponto con la gran expedición de Annibal; como si tal pensamiento, heróico en un hombre de génio, no fuese una locura en un hombre ordinario. La invasion de Italia por los Orientales no era más que una ridicula amenaza, un sueño quimérico de la desesperacion. La sangre fria y la prudencia del general de Roma no se equivocó en esto; y los Romanos se evitaron el correr como aventureros detrás de su adversario. ¿Para qué penetrar en las lejanas regiones de Crimea, en busca de un ataque sin trascendencia de ningun género, y que, por otra parte, se estaba siempre á tiempo de rechazar al pié de los Alpes? En efecto, miéntras que Pompeyo, sin preocuparse ya de las amenazas de un impotente gigante, dispone y preside la organizacion de los territorios conquistados, se concluian por sí mismos los destinos del viejo Rey en el fondo de las regiones del Norte. Sus armamentos oprimian los pueblos é insurreccionaban

á los ribereños del Bósforo, cuyas casas demolian, ó hacían arrebatarse y degollar los bueyes de labor, para provisionarse de tendones y maderos destinados á las máquinas de guerra. Los soldados no querían aventurar una intentona desesperada sobre Italia. Siempre el Rey había vivido rodeado de sospechas y traiciones: no tenía el don de despertar en los suyos el amor ó la fidelidad. En otro tiempo, había obligado Arquelao, su mejor general, á buscar un asilo en el campamento de los Romanos. Durante las campañas de Lúculo, habían tenido también que abandonarle sus oficiales más dignos de confianza, Diocles, Fenix y los mejores capitanes entre los emigrados Romanos: en la actualidad que ya se ha eclipsado su estrella, y que, enfermo y siempre irritado, no se dejaba ver más que de sus Eunucos, se suceden las defecciones con más frecuencia que nunca. Castor, comandante de la plaza de *Fanagoria* (frente á *Kertsch*), fué el primero que dió la señal de la insurrección, proclamando que la ciudad era libre, y entregando á los Romanos los hijos del viejo sultan que estaban allí encerrados con él.

La insurrección se propagó por todas las ciudades del Bósforo: *Quersoneso* (no lejos de *Sebastopol*) *Teodosia* (*Kaffu*) y otras, se unieron á los fanagóritas: durante este tiempo daba Mitridates rienda suelta á sus sospechas y crueldades. Por la denuncia de algunos viejos eunucos, mandó crucificar á sus afiliados más íntimos: sus hijos estaban ménos seguros que los demás. Uno de ellos, *Farnaces*, el favorito de su padre, y probablemente el que destinaba á sucederle, tomó una resolución extrema y se puso á la cabeza de los insurgentes. Los esbirros mandados para apoderarse de su persona, y las tropas enviadas contra él, pasaron á su servicio, y todo el cuerpo de los tráfugas italianos se pasaron á

sus filas. Este era quizá el núcleo más sólido de su ejército; pero nada distaba de su mente tanto como la perspectiva de una expedición á Italia. Siguiéronle, por último, en su defección, las demás tropas y la escuadra. Abandonado de todos, del país y de los soldados, supo Mitrídates que Panticapea, su capital, había abierto las puertas á los rebeldes, y que encerrado en su palacio iba á ser entregado. Desde lo alto de los muros implora á su hijo que le deje vivir, y que no manche sus manos con la sangre de un padre: esta súplica sonaba mal en la boca de aquél que había manchado las suyas en la sangre de su madre, y muy recientemente había derramado la de *Xifares*, su hijo inocente. Por otra parte, superaba Farnaces á Mitrídates en dureza y crueldad. Habiendo sonado la última hora para el viejo Rey, quiso al ménos morir como había vivido: mujeres, concubinas é hijas, y entre éstas las prometidas de los reyes de Egipto y de Chipre, á todas las condenó á sufrir los horrores de la muerte. Todas bebieron la copa envenenada ántes que la tomase él mismo; y como el veneno no fuese suficientemente activo, presentó el cuello á un soldado celta, á *Bituito*, que le acabó de matar. Así murió, en 691, *Mitridates Eupator*, á los 68 años de edad y á los 57 de su reinado, 26 años despues de su primer combate contra Roma. Farnaces envió el cadáver á Pompeyo, en prueba del servicio prestado y de su lealtad de aliado: el general romano mandó que le diesen sepultura en Sínope, en las tumbas de los reyes.

La muerte de Mitrídates equivalía para la República á una gran victoria; y como si la hubiera habido en efecto, aparecieron los correos ó portadores de la nueva, con la cabeza coronada de laureles, en el campamento de *Gericó*, en donde á la sazón se hallaba el general en jefe. En la persona del Rey del Ponto, había bajado á la tum-

ba uno de los más grandes enemigos de Roma, el más grande de todos los que habia encontrado en los afeminados pueblos de Oriente. No se engañaba el instinto de las masas: como en otro tiempo, habia sido para todos, Escipion no sólo el vencedor de Cartago, sino tambien el vencedor de Annibal; asimismo, ante la muerte de Mitrídates, desaparecian las conquistas realizadas sobre los numerosos pueblos de Oriente, incluso las realizadas sobre el Gran Rey de Armenia; y cuando Pompeyo verificó su entrada solemne en Roma, lo que atrajo principalmente las miradas, fueron los cuadros pintados que mostraba el viejo Rey fugitivo, llevando su caballo de la brida, y los que le mostraban tendido y entregando su alma, en medio de los cadáveres de sus hijas. Sea cualquiera el juicio que se emita sobre su persona, fué Mitrídates una gran figura histórica, en toda la extension de la palabra. No quiere decir esto que yo le considere como un vasto génio y una naturaleza elevada; pero tuvo la imponente virtud del ódio, y este ódio lo mantuvo con honor, aunque no con fortuna, durante medio siglo de una desigual lucha contra un enemigo inmensamente superior. El lugar que le ha reservado la historia ha aumentado la importancia del hombre. Centinela avanzado de la reaccion nacional del Oriente contra el Occidente, comenzó de nuevo el duelo entre los dos mundos, y así los vencedores como los vencidos presintieron á su caída que asistian al principio y no al fin del drama.

Pompeyo en Siria. Asuntos de este pais. Los principes árabes. Los Beduinos de caballería.—Entre tanto, despues de haber terminado la guerra del Cáucaso (año 689) y vuelto Pompeyo al Ponto, rindió los últimos castillos que aún se conservaban independientes; y despues, para arrebatár sus guaridas á los ladrones, habia

arrasado sus torreones y cegado todos los pozos con enormes trozos de roca. Comenzaba el estío del año 689, y marchó á Siria, en donde hacia falta su presencia para arreglar algunos asuntos. Seria difícil bosquejar el cuadro del estado de cosas en este país, en el que todo marchaba hácia la disolucion. En realidad, despues del ataque de Lúculo contra Armenia, Magadates, sátrapa de Tigranes, habia evacuado las provincias sirias (año 635); y los Tolomeos, por más que aún soñasen como sus predecesores en la anexion de las costas fenicias á su reino, habian retrocedido, por miedo á Roma, ante toda nueva tentativa de ocupacion; por lo demás, Roma no habia regularizado aún sus títulos de posesion, más que dudosos aún para el mismo Egipto; por último, los príncipes sirios, por su parte, se habian dirigido más de una vez á la República, pidiendo que se les reconociese como legítimos herederos de los Lágidas. Pero como en este momento estaban las grandes potencias fuera de los acontecimientos locales, hubiera sufrido el país con el azote de una gran guerra, ménos de lo que sufría en realidad con las eternas é inútiles querellas entre los príncipes, los señores y las ciudades. Los verdaderos dueños del reino de los Seléucidas, eran entóuces los Beduinos, los Judíos y los Nabateos. Ya sabemos que se extiende un inmenso desierto de arena, inhospitalario, sin vegetacion y sin agua, desde la península Arábiga hasta el Eufrates y aún más allá, tocando por el Oeste á la cadena de las montañas de Siria y á su estrecha playa, y por el Oriente va á perderse en las ricas llanuras del Tigris y del Eufrates inferior. El *Sahara* de Asia es la antigua y primitiva pátria de los hijos de Ismael: desde el momento en que la tradicion cede el puesto á la historia, encontramos allí al «*bedawin*» ó hijo del desierto. Allí arma su tienda y aposeuta sus camellos. Allí,

montado sobre su ligero caballo, da alcance al enemigo de su raza y al viajero comerciante. Favorecidos por Tigranes, que los utilizaba para su política comercial, y alentados al poco por el estado de la Siria abandonada á sí misma, habian avanzado los hijos del desierto hasta la region setentrional: al contacto de la civilizacion siria, habian ya adquirido los rudimentos de una vida social regular, y, políticamente hablando, desempeñaban el primer papel. Citábase como el más importante de los emires, á *Abgar*, jefe de la tribu árabe de los *Mardanos*; hábale instalado Tigranes en la alta Mesopotamia, en derredor de Edela y de Carras; despues se habian establecido al Oeste del Eufrates, *Sampsikeramo*, emir de los árabes de Hemesa, entre Damasco y Antioquia, y dueño de la fuerte ciudadela de *Aretusa*: *Aziz*, jefe de otra horda errante en estas mismas regiones: *Alcodonios*, príncipe de los *Rambeos*, con quien Lúculo habia tenido algunas relaciones, y otros muchos. Al lado de los jefes Beduinos, se encontraban en todas partes atrevidos ginetes que igualaban y áun superaban á los hijos del desierto en el noble oficio de salteadores de caminos: tal era *Tolomeo*, hijo de *Menneos*, quizá el más poderoso de todos aquellos caballeros bandidos, y uno de los hombres más ricos de su tiempo. Obedecía la region de los Itireos (hoy de los *Drusos*): mandaba en la llanura de *Mastias*, al Norte, con las ciudades de Heliópolis (*Baalbek*) y de *Calcis*, y tenia á sueldo 8.000 caballeros. Tales eran, además, *Dionisios* y *Ciniras*, poseedores de las ciudades marítimas de Trípoli (*Tarabluz*) y Biblos (cerca de *Beirut*), y por último, el judío Silas, señor de la fortaleza de *Lisias*, no léjos de Apamea, sobre el Oronte.

Los Judíos, Los Fariseos.—En cambio, en el Sur, parecia que el pueblo judío estaba en vias de consolidacion política. Valientes y piadosos defensores del anti-

guo culto nacional amenazado por los reyes de Siria con un helenismo nivelador, habian llegado los *Hasmoneos* ó *Macabeos* (los *Martillos*) al principado hereditario, é insensiblemente á los honores reales (t. V, p. 81); despues, convirtiéndose en conquistadores, habian los grandes-sacerdotes-reyes redondeado sus dominios al Norte, al Sur y al Este. Cuando murió el belicoso Alejandro Jannai (año 675), habia absorbido el reino judío todo el país de los Filisteos hasta la frontera egipcia por el Mediodia: al Sud-éste confinaba con el reino de los Nabateos de *Petra*, mermado por las conquistas de Jannai en la orilla derecha del Jordan y del Mar Muerto; al Norte, abrazaba á Samaria y la *Decápolis* hasta el Mar de *Genesaret*, y si la muerte no se lo hubiese impedido, hubiera atacado tambien el príncipe hasmoneo, á *Tolmáida* (*San Juan de Acre*) y rechazado los Itireos, fuera de la línea que habian invadido. La costa pertenecia tambien á los Judíos, desde el monte Carmelo hasta *Rinocorura*, comprendiendo la importante plaza de Gaza, quedando aun libre Abascalon, y la Judea, separada hacia tiempo del mar, era en la actualidad uno de los lugares de asilo de la piratería. Cuando la intervencion de Lúculo alejó de repente la tempestad que procedia de Armenia y que amenazaba ya á los Judíos, no hubieran dejado los príncipes hasmoneos de llevar aún más léjos sus armas, si las disensiones intestinas no hubiesen destruido en su gérmen el poder prometido á la ambicion del nuevo Estado. El sentimiento de la independenciam religiosa y el de la nacionalidad, habian producido el imperio de los Macabeos mientras duró su enérgica alianza; pero bien pronto se desunieron y se armaron uno contra otro. La nueva secta judía, fundada en tiempo de los Macabeos y denominada el *fariseismo* dejaba á un lado el gobierno temporal, tendiendo solo á constituir una comu-

nidad judáica, formada de todos los ortodoxos existentes en todas las regiones, aún en las que obedeciesen á diversos Señores. Su sistema ostensible se encontraba en el impuesto del templo de Jerusalem, pagado por la piedad de cada judío, en las escuelas religiosas, y en los tribunales sacerdotales. Tenia, en fin, por cabeza, el gran consistorio hierosolimitano, constituido desde los primeros tiempos de los Macabeos, y comparable, en cuanto á su competencia, al colegio de los pontífices de Roma.

Los Saduceos. Los Nabateos.—Contra la ortodoxia, que iba petrificándose todos los dias en la nulidad de su pensamiento teológico y de su penoso ceremonial, se alzó la oposicion de los *Saduceos*. Estos innovadores combatian el fariseismo bajo el punto de vista del dogma: no querian obedecer más que á los libros sagrados concediendo solo autoridad, y no canonicidad, á los poderes de los *Escribas-doctores*, á estos dueños de la tradicion canónica, segun los Fariseos (1). Combatianse en el terreno político, cuando en lugar de la esperanza fatalista en el brazo fuerte y seguro del Dios *Sabaot*, invitaban al pueblo á servirse de las armas de este mundo, á fortificar en el interior y en el exterior el reino de David, gloriosamente restaurado por los Maca-

(1) Por esto es por lo que los Saduceos rechazaban los dogmas de los ángeles y de los espíritus, así como el de la resurreccion de los muertos. Pero los puntos principales en que, segun la tradicion, no estaban de acuerdo los Fariseos y los Saduceos, se refieren á cuestiones secundarias de ritual, de jurisprudencia y de calendario. Tiénese de esto una prueba en el hecho de que, habiendo triunfado los Fariseos, pusieron en la lista de los dias festivos y conmemorativos de la nacion precisamente aquellos en que habian triunfado en la controversia, y aquellos en que habian arrojado del consistorio supremo á todos los miembros chamandos de heregía.

beos. Pero los Ortodoxos tenían su punto de apoyo en el sacerdocio y en las masas, y luchaban contra los malvados herejes con ese ódio irreconciliable, absoluto, propio de los devotos que caminan á la conquista de los bienes de este mundo. Los hombres de la ciencia nueva, preferían por el contrario la inteligencia, y se habían modificado por el contacto con el helenismo: apoyábanse en el ejército, en el que servían en gran número los Psidios y los Cilicios, y en los reyes de Judea, hombres hábiles, que hacían frente al poder espiritual, como mil años después lo hacían los *Hohenstoffs* al pontificado. Gannai había puesto su mano fuerte sobre los sacerdotes; pero después de él, bajo el reinado de sus dos hijos (año 685 y sig.), estalló una guerra civil y fratricida, en la que, ligados los Fariseos contra el enérgico *Aristóbulo*, se esforzaron en conseguir su objeto á nombre del piadoso é indolente *Hircan II*. Esta cuestión acabó con el engrandecimiento de Judea, proporcionando además á los extranjeros una ocasión para intervenir, y para apoderarse de la supremacía en la Siria Meridional. Los Nabateos fueron los primeros que aparecieron. Confúndese con frecuencia á este pueblo notable con los Arabes nómadas, sus vecinos al Este; pero pertenecían á la rama aramea más bien que á los descendientes directos de Ismael. La tribu aramea como la llaman los Orientales, la tribu siria de los Nabateos, debió tener á la región de Babilonia por su patria primitiva; y, en tiempos remotos, debió enviar, con un objeto comercial, una colonia al extremo Norte del golfo arábigo: allí en la península del Sinai, entre los golfos de Suez y de *Aila* y en el país de Petra, fué donde creció la nación nueva. Ellos eran los que hacían el comercio entre el Mediterráneo y la India. La gran vía de sus carabanas que iba desde Gaza á la desembo

cadura de Eufrates en el golfo Pérsico, pasaba por Petra su capital. Los espléndidos palacios y los vastos hipogeos, más bien que una tradicion casi olvidada, atestiguan todavía en nuestros dias la grandeza de una civilizacion antiquísima. Segun costumbre de todo partido sacerdotal; no creyó el fariseo comprar muy cara su victoria á costa de la independendia y de la integridad de la pátria. y llamó en su auxilio contra Aristóbulo á *Aretas*, Rey nabateo. prometió la restitucion de todos los paises que Jannai le habia arrebatado. Aretas se dirigió inmediatamente hácia Judea con un ejército de 50.000 hombres; y, reforzado despues por el contingente de los filisteos, llegó hasta sitiar á Aristóbulo en Jerusalem.

Las ciudades sirias.—Miéntras que de uno á otro extremo de Siria reinaban la violencia y la discordia, no podian dejar de sufrir las grandes ciudades, como Antioquia, Seléucia y Damasco, [cuyos habitantes veian paralizado su comercio, así por mar como por tierra. Las gentes de Biblos y de Berito (Beirut) no podian defender sus campos ni sus buques contra los Itireos, que, desde lo alto de los castillos en la montaña ó desde las escarpadas costas, sembraban á lo léjos el espanto. Por último, los de Damasco, para librarse de las incursiones de los Itireos y de *Ptolomeo*, hijo de *Menneo*, se entregaban á los reyes nabateos ó judíos. En Antioquia, se mezclaban Sampsiceramo y Aziz mezclaban en las cuestionese intestinas del pueblo; y faltó poco para que la gran ciudad griegaviniese á ser residencia de un emir árabe. La situacion recuerda los tristes interregnos de la Edad Media, en Alemania, cuando *Nuremberg* y *Aushurgo*, no teniendo el derecho ni la justicia del *Rey de los Romanos* para que los protegiese, se abrigaban, aisladas, detrás de sus murallas. Los comerciantes de las ciudades de Siria esperaban

con impaciencia un brazo fuerte que les devolviese la paz y la seguridad del comercio.

Últimos Seléucidas.—No sucedía esto por falta de reyes legítimos, pues había dos ó tres por lo ménos. Lúculo había instalado en Comagena, en el extremo septentrional de Siria, un seléucida llamado Antioco. Después de la partida de los Armenios, Antioco el Asiático, cuyas pretensiones al trono habían admitido lo mismo Lúculo que el Senado, entró un día en Antioquía é hizo que lo proclamasen rey. Pero hé aquí que de repente surgió un tercer candidato, llamado Filipo, de la casa de Seluco: la poblacion de la capital, tan variable y caprichosa como los Alejandrinos, formó un partido en pró y otro en contra, y al mismo tiempo se mezclaron los emires vecinos en esta cuestion de familia, herencia perpétua del trono de Seleuco. ¿Podía haber á los ojos de los súbditos en la legitimidad del príncipe otra cosa que burla ó disgusto? Los llamados reyes de derecho eran ménos poderosos en el país que los pequeños príncipes y los jefes de bandidos.

Anexion de la Siria. Pacificacion militar de esta region.—Para poner orden en este caos, no se necesitan ni las concepciones del génio, ni desplegar un gran poder: bastaba ver claro en los intereses de Roma y de sus súbditos, y presentándose por sí mismas las instituciones necesarias, ponerlas en vigor y mantenerlas con todas sus consecuencias. Por bastante tiempo había prostituido el Senado su política al servicio de la legitimidad: en la actualidad, debía inspirarse el general elevado al poder por la oposicion, en otras ideas diferentes de la idea dinástica: solo había que hacer una cosa, impedir que el reino de Siria, en medio de las luchas de los pretendientes y de las codicias de sus vecinos, se sustrajese un día á la clientela de la República. La marcha estaba

trazada para enviar allí un sátrapa italiano, que recogiese con mano enérgica las riendas que los príncipes de la casa reinante habían dejado caer por sus faltas propias, más bien que por las calamidades de los tiempos. Pompeyo no vaciló un momento. Antioco el Asiático, le había escrito, pidiendo que le reconociese á título de dinasta hereditario. Hé aquí la respuesta de Pompeyo: «Jamás repondré yo sobre el trono, á un rey que no sabe ni reinar ni defender su reino, aunque sus súbditos llegasen á reclamarle y mucho ménos cuando sus votos le son decididamente contrarios.» Esta carta del procónsul romano era el licenciamiento definitivo de la casa de los seléucidas, á la que había pertenecido la corona por espacio de 250 años. Al poco tiempo, perdió Antioco la vida en una emboscada tendida por Sampsiceramo, de quien él no era más que un cliente en Antioquia; y después de él, no vuelve á hablar la historia de estas sombras de reyes, ni de sus pretensiones. Más para introducir en Siria el nuevo gobierno de la República, y para reorganizar asuntos tan embrollados, era necesario ir á la cabeza de un ejército y asustar ó abatir con ayuda de las legiones todos aquellos perturbadores de la paz pública, que aumentaban por todas partes á favor de una anarquía de cuatro años. Ya durante las campañas del Ponto y del Cáucaso, había dirigido Pompeyo sus miradas á aquella parte, y mandado su lugarteniente con un cuerpo de ejército á donde se necesitaba. En el año 689 había marchado hácia el Tígris, Aulo Gabinio, el tribuno del pueblo que había propuesto que se mandase á Pompeyo á Oriente; y después, atravesando la Mesopotamia, había entrado en Siria, para terminar las diferencias entre los Judíos. Lelio y Metelo habían ocupado á su vez á Damasco amenazada por el enemigo. Al poco tiempo apareció en Judea otro lugarteniente de Pompeyo, *Mar-*

co *Escauro*: la discordia habia reproducido allí el incendio que solo su presencia bastó para extinguir. Lucio Afranio, comandante del cuerpo de Armenia, miénras que Pompeyo guerreaba en el Cáucaso, se habia trasladado de la Gordiana (el Kurdistan septentrional) á la alta Mesopotamia; y apoyándose en los Griegos emigrados en Carras, que le prestaron un gran apoyo, pudo felizmente atravesar el desierto y sus peligros, y someter los Arabes de la Osroena. Finalmente, en los últimos dias del año 690 (1), apareció Pompeyo entre los Sirios en donde permaneció hasta el estío del año siguiente, decidiendo todas las cuestiones, obrando por autoridad propia y arreglando los intereses presentes y futuros. Hubiérase verificado allí una restauracion completa del estado de cosas del tiempo del poder floreciente de los Seléucidas: desaparecieron por completo las usurpaciones: los jefes de bandidos con sus fortalezas, tuvieron que capitular y los Scheiks árabes volvieron á entrar en el desierto, y obtuvo cada ciudad en particular arreglos definitivos.

Derrota de los jefes de bandidos. Negociaciones y combates con los Judíos.—Las legiones estaban dispuestas á hacer cumplir las severas disposiciones del general en jefe, y fué necesario que interviniesen muchas veces contra los atrevidos bandidos de caballería. Sila, el tiranuelo de Lisias, Dionisio de Tripoli, y *Ciniras* de Biblos, fueron hechos prisioneros en sus castillos y conde-

(1) El invierno del año 689 á 690, lo habian pasado en las inmediaciones del mar Caspio (Dion. Cas., 37,7). En 690, se le vé todavía en el Ponto reduciendo los últimos castillos que aún quedaban independientes: despues arreglando de paso todos los negocios, bajó lentamente hácia el Sur. La prueba de que comenzó sus operaciones en Siria, en el referido año, es la de que la era provincial de Siria comienza en esta misma fecha.

nados á muerte: los castillos de los Itíreos, en la montaña ó en la costa, fueron arrasados: Tolomeo, hijo de Menneo, compró su libertad y sus dominios, mediante el pago de 1.000 talentos. En las demás partes, se ejecutaron sin resistencia las órdenes del nuevo jefe. Solo los Judíos vacilaron. Corrompidos, se dice, á fuerza de oro, los mediadores que Pompeyo habia mandado delante Gabinio y Escauro, habian dado ambos la razon á Aristóbulo en su querella con Hircan su hermano. Obligado por ellos á levantar el sitio de Jerusalem, habia el navateo Aretas vuelto á tomar el camino de sus Estados; más persiguiéndolo Aristóbulo le derrotó completamente. Pero á su llegada á Siria, anuló Pompeyo los arreglos de sus lugar-tenientes, prescribió á los Judíos el restablecimiento de la antigua constitucion teocrática, tal como el Senado la habia reconocido en el año 593 (t. V, p. 92), la abolicion del principado, y el abandono de todas las conquistas de los Hasmoneos. Los Fariseos lo habian conseguido todo. Yendo 200 de ellos al encuentro del General, habian reclamado y obtenido la supresion de los reyes, sin ventajas para la nacion, pero sí para Roma. Naturalmente, cuando la República volvia á imponer en Siria el régimen del tiempo de los Seléucidas, no debia tolerar en el interior del reino, la existencia de un poder conquistador, tal como lo habia constituido Jannai. Preguntábase Aristóbulo qué seria mejor, si someterse á la inevitable suerte ó luchar hasta el fin con las armas en la mano: ya parecia dispuesto á ceder á Pompeyo; ya por el contrario llamaba al partido nacional á la guerra contra los Romanos. Por último, acampando ya las legiones delante de las puertas de la ciudad, verificó su sumision; pero el ejército judío contaba en sus filas gran número de soldados fanáticos y decididos que se negaron á obedecer á su rey cautivo. Rindióse Jerusalem; pero

durante tres meses, estuvieron los exaltados defendiendo la escarpada roca del templo, y desafiando la muerte con su obstinacion. Por último, mientras que los sitiados festejaban con el reposo el *sábado*, dieron los sitiadores el asalto, y dueños del santuario hicieron caer bajo el golpe del hacha de los lictores las cabezas de todos aquellos defensores de la plaza, á quienes habia hasta entonces perdonado la espada en aquella desesperada lucha. Así concluyó la resistencia nacional en los países nuevamente anexionados al imperio de Roma.

Nueva situacion de Roma en Oriente. Guerra contra los Nabateos.—Pompeyo habia acabado la obra comenzada por Lúculo; la anexion de los Estados nominalmente independientes, Bitinia, Ponto y Siria, acababa la transformacion, reconocida como necesaria hacia mas de 100 años, del sistema impotente de las clientelas políticas. En adelante, iba Roma á ejercer la soberanía inmediata sobre los grandes territorios que de ella dependian, y esta revolucion se consumaba exactamente en la hora en que, abatido el Senado, habia el partido heredero de los Gracos puesto la mano sobre el timon. La República adquiria en Oriente nuevas fronteras, nuevos vecinos, amistades y enemistades nuevas. El reino de Armenia, y los principados del Cáucaso entraban á su vez en el territorio inmediato de Roma; y más léjos, el reino del Bósforo Cimeriano, resto insignificante de las vastas conquistas de Mitrídates Eupator, regido hoy por Farnaces su hijo y su asesino, sufría igualmente la clientela de Italia: solo la ciudad de Fanagoria, cuyo comandante, Castor, habia dado el primero la señal de la insurreccion contra el rey del Ponto, permaneció independiente. Respecto de los Nabateos, habia sido la victoria menos decisiva. Obedeciendo las instrucciones de los Romanos, habia Aretas, su rey, evacuado el

territorio judío; pero quedó en su poder Damasco. y ningún soldado de la República había entrado todavía en territorio nabateo. Ya sea que también por este lado alimentase Pompeyo un pensamiento de conquista, ya que quisiese mostrar á este nuevo vecino colocado en la región árabiga, que, en adelante, dominaban las águilas romanas la región del Oronte y del Jordan, y que habían pasado ya los tiempos en que todo el mundo podía impunemente talar la Siria como una tierra sin dueño, dirigió, en el año 691, una expedición sobre Petra. Pero durante la marcha se insurreccionaron los Judíos: entonces dejó el mando de la expedición á Marco Escauro, que le sucedió en la empresa intentada contra la ciudad nabatea, perdida en el fondo de los desiertos (1). Este se vió á su vez, obligado muy pronto á volver atrás, sin haber hecho nada, contentándose con pelear en el desierto á la orilla izquierda del Jordan, en donde tenía el apoyo de los Judíos: sus triunfos no tuvieron tampoco ninguna importancia. Por último, *Antipater*, el *Idumeo*, hábil ministro de Judea, supo persuadir á Aretas á que comprase á fuerza de oro al legado romano, para que le dejase la posesión de todas sus conquistas, incluso Damasco: concluyóse la paz, y las medallas de Escauro representan al rey nabateo con un camello de la brida, y

(1) Orosio (6, 6) y Dion. (37, 45), siguiendo evidentemente á Tito Livio, llevan á Pompeyo hasta Petra, de la que se apodera, y sigue hasta el mar Rojo: pero Plutarco (Pomp. 41, 42), confirmado en esto por Floro (4, 39) y por Josefo (44, 3, 3), dice por el contrario, que habiendo recibido la nueva de la muerte de Mitridates cuando estaba en marcha sobre Jerusalem, abandonó la Siria para volver al Ponto. El rey Aretas figura también entre los vencidos en los boletines de Pompeyo, lo cual se replica por el hecho de la retirada á que se vió obligado después de levantar el sitio de Jerusalem.

ofreciendo de rodillas la rama de olivo al general romano.

Lucha con los Partos.—Creando á la República la ocupacion de Siria tantas relaciones nuevas con innumerables pueblos, Armenios, Iberos, Nabateos, etc., le creaba tambien una vecindad más séria, la del reino de los Partos. La diplomacia romana se habia mostrado benévola con Fraates, cuando los Estados Pónico y Armenio estaban áun en pié y eran poderosos; Lúculo y áun el mismo Pompeyo, habian reconocido sin dificultad á este rey la indisputable posesion de allende del Eufrates: Roma no dejaba de ser, sin embargo, una amenaza para los Arsácidas. En vano Fraates, procuraba olvidar sus faltas, pues oia constantemente resonar á su oido estas palabras proféticas de Mitrídates: la alianza del Parto con los Occidentales, preparando la ruina de los imperios y de los pueblos de su raza, prepara tambien la suya. Unidos los Romanos y los Partos habian abatido la Armenia: pero una vez conseguido ésto, Roma, fiel á su antigua política, iba á cambiar de conducta, y á favorecer al enemigo humillado, á espensas de su poderoso cómplice. Asi se explican las estrañas deferencias de Pompeyo hacia el viejo Tigranes. Su hijo, el adicto y el yerno del rey de los Partos, fué, por el contrario, el pretesto de una injuria directa. Por órden del pro-cónsul, fué detenido con todos los suyos, y no se le puso en libertad, áun cuando Fraates interpuso su valimiento cerca del general, su amigo, en favor de su propia hija y del esposo de ésta. No es esto todo: Fraates, lo mismo que Tigranes, tenian sus pretensiones sobre la Gordiana; Pompeyo la mandó ocupar por los soldados romanos, en interés de Tigranes, expulsó del país á los Partos que se hallaban allí establecidos, y los persiguió hasta *Arbelas*, en la Adiabena, sin prestar oidos á las observacio-

nes de la Côte de Ctesifon, y lo más grave era que parecian no querian respetar la línea del Eufrates, reconocida por los tratados. Para ir de Armenia á Siria, atravesaban todos los dias las legiones romanas la Mesopotamia. Abgar, el emir árabe de la Osroena, fué recibido entre los clientes de Roma con ventajosas condiciones, y la plaza de Orusos, en la alta Mesopotamia, entre Nisibis y el Tigris, y á unas 50 millas (alemanas) próximamente, al Este de los vados del Eufrates en Comagena, fué proclamada límite Oriental del imperio de la República, del imperio inmediato, sin duda, por que los Romanos habian dado á la Armenia, con la Gordiana, la parte mayor y más fértil de la Mesopotamia septentrional. Así pues, no es ya el Eufrates, sino el gran desierto siro-mesopotamio el que separa á los Romanos de los Partos, y esto quizá sólo por algun tiempo. A los embajadores de estos últimos, que vinieron á exigir la observancia del tratado de fronteras, tratado puramente verbal, respondió Pompeyo con un equívoco: «el imperio de Roma se extiende hasta donde su derecho.» El comentario de esta respuesta, se halló bien pronto en el incalificable modo de obrar del pro-cónsul respecto de los Sátrapas de Media y de la más lejana provincia de Elimais (en el actual *Luristan*) (1). Los gobernadores de

(1) Fúndase nuestro relato en etc., Plutarco (Pomp. 36), corroborado por los detalles suministrados por Estrabon (16, 744), sobre la situación del Sátrapa de Elimais. Pero es puro ornamento el hacer figurar la Media y á su rey *Dario*, en la lista de los reyes y países vencidos por Pompeyo. De aquí tambien el cuento de la guerra de Pompeyo con los Medos (Veleyo, 2, 40) y su marcha sobre Ecbatana (Orosio, 6, 5). Es imposible admitir que se haya confundido con la ciudad fabulosa del mismo nombre, colocada sobre el monte Carmelo. En esto no veo más que una de esas exageraciones á que han dado origen los boletines

esta última region montuosa, belicosa y lejana, habian siempre tendido á hacerse independientes del Gran Rey: recibiendo el homenaje que le ofrecia ahora el dinasta local, cometia Pompeyo una ofensa injustificada y amenazadora. Era otro síntoma no menos grave el que los Romanos que hasta entónces no habian negado al monarca de los Partos su título oficial de «rey de los reyes,» no le llamasen hoy nada más que rey. Tambien en esto, la amenaza para el porvenir, era mayor que la herida que se habia inferido á la etiqueta. Parecía que, heredera de los seleucidas, queria Roma aprovechar la ocasion favorable para volver á los antiguos tiempos, en que el Turan y el Irán habian obedecido á las órdenes de Antioco, á los tiempos en que áun no habia nacido el imperio parto ó no era más que una simple Satrapia. No faltaban, pues, motivos á la córte de Ctesifon para comenzar la guerra, que pareció iba á declarar á Roma cuando, en el año 690, la declaró el Parto á la Armenia, por una cuestion de fronteras. Faltó, sin embargo, el valor á Fraates: y, viendo al tan temido general, acampado á dos pasos de su reino, y á la cabeza de un poderoso ejército, retrocedió ante una ruptura abierta. Pompeyo envió entónces sus comisionados para arreglar amistosamente las diferencias entre la Partia y la Armenia: resignose Fraates, y sufrió el forzoso arbitraje de Roma, cuya sentencia restituyó á la Armenia, la Gor-

pomposos y equívocos respecto de Pompeyo, los cuales transformaron su algarada en el país de los Gétulos, en una expedición en la costa Occidental de Africa (Plut. Pomp. 38), su fracasada expedición contra los Nabateos, en una marcha conquistadora sobre Petra, y su arbitraje relativo á las fronteras de Armenia, en una traslacion de las fronteras romanas hasta más allá de Nisibis.

diana y la Mesopotamia del Norte. Al poco tiempo de ésto, su hija, y el hijo y el esposo de ésta, adornaban el triunfo del imperator Romano. Tambien los Partos temblaban ante el gran poder de Roma: y si, á diferencia de los Pónticos y de los Armenios, no les habia hecho sentir el peso de sus armas, es por que ellos no se habian atrevido á descender á la arena.

Organizacion de las provincias.—Faltaba al procónsul arreglar los asuntos interiores del país nuevamente conquistado por la República, y borrar, si era posible, las huellas de una desastrosa guerra de trece años. Cupo tambien á Pompeyo la honra de acabar la obra de organizacion comenzada por Lúculo y por la comision que le habia agregado el Senado y bosquejada en Creta por Metelo. Abrazando ántes la de Asia, la Misia, Lidia, Caria y Licia, se convertia de provincia fronteriza en simple provincia interior, y se creaba la nueva provincia de Bitinia y Ponto, formada de todo el antiguo imperio de Nicomedes y de la mitad occidental del antiguo Estado póntico, hasta el Alix y áun más allá. La de Cilicia, que era más antigua, fué aumentada en relacion con su título: despues de su reorganizacion, abrazaba la Panfilia y la Isauria. Venian, por último, las provincias de Siria y de Creta. No quiere decir esto, ni con mucho, que pudiesen considerarse estas inmensas conquistas como posesiones territoriales en el actual sentido de la palabra. La administracion, en su conjunto y en su forma, continuó siendo, poco más ó ménos, lo que era ántes: la República se contentó con ocupar el lugar del antiguo monarca. Despues, como ántes, compusieron los países de Asia un conjunto abigarrado de distritos *fiscales*, de territorios de ciudades autónomas de hecho y de derecho, de principados y de reinos laicos ó sacerdotales más ó ménos dueños del gobierno local interior, colocados tambien to-

dos en condiciones más ó ménos dulces ó severas, dependientes de Roma y de sus procónsules como ántes lo habian estado del Gran Rey y de sus sátrapas.

Reyes vasallos:—de Capadocia,—de Comagena.—En el primer rango de los dinastas vasallos, se encontraba, al ménos por su título, el rey de Capadocia, cuyos Estados habia redondeado Lúculo dándole la investidura del país de Mitelene, hasta el Eufrates. Despues de Lúculo, anexionó Pompeyo á la Capadocia, por la frontera del Oeste, cierto número de distritos cilicios, desde *Cartabala* hasta *Derbe*, no léjos de *Iconion*; y po. el Oriente, toda la Sofena, situada en la orilla izquierda del Eufrates, frente á la Mitelene, y destinada ántes al príncipe de Armenia, Tigranes el jóven: estos arreglos ponian en manos del Rey vasallo los más importantes pasos del Eufrates. En cuanto al pequeño país de Comagena, entre Siria y Capadocia, permaneció en manos del seléucida Antioco, del que ya hemos hecho mencion anteriormente (1). Unióse á su reino la importante plaza de Seléucia (cerca de *Biradgik*), que dominaba tambien más al Sur los pasos del Eufrates, y los distritos inmediatos sobre la orilla izquierda. De este modo, el rio, y con él sus vados principales y bastantes territorios al Este del valle habian caido en manos de dos dinastas absolutamente dependientes.

Galacia.—Tambien tenía el favor de Roma, en Asia Menor, un nuevo Monarca, *Deyotaro*, vecino de los reyes de Capadocia y Comagena, pero más poderoso que ellos.

(1) La pretendida guerra de este Antioco con Pompeyo, no se concilia con el tratado hecho ántes con Lúculo: tambien aquí tiene su origen la asercion en un hecho confirmado en otra parte: Antioco de Comagena figuraba en la lista de los reyes sometidos por Pompeyo.

Tetrarca del pueblo galo de los Tolistoboyos establecido cerca de Pesinunte; llamado por Lúculo, y después por Pompeyo, para que marchase detrás de las legiones con los demás clientes de Roma, se había distinguido Deyotaro en las guerras, á diferencia de los afeminados soldados de Oriente, por su fidelidad y su valor; y los generales romanos habían agregado á su patrimonio de Galacia y á sus dominios en la rica region situada entre Amisos y la desembocadura del Halis, la mitad oriental del reino del Ponto, incluso las ciudades de Farnacia y Trapezus, y la Armenia pónica, hasta los confines de la Cólquida y de la grande Armenia. Una vez Rey de la *Armenia Menor*, se extendió aún más, apoderándose del país de los Trocmos y de Galacia, de la que había arrojado á la mayor parte de sus tetrarcas. El insignificante vasallo de otros tiempos, era hoy uno de los más poderosos monarcas de Oriente, y Roma podia confiarle con toda seguridad la custodia de sus fronteras por este punto.

Principes y señores. Principes-sacerdotes.—Venian después los vasallos menores, tales como los numerosos tetrarcas de Galacia. Uno de ellos, *Bogodiotaro*, principe trocno, aliado fuerte y activo de los Romanos en la guerra contra Mitridates, había recibido de Pompeyo la ciudad ántes fronteriza de *Mitridation*. Venian después Atalo, principe de Pafagonia, que había colocado su casa sobre el antiguo trono de los Pileménides; *Aristarco* y algunos pequeños dinastas de la Cólquida; *Tarcondimotos*, que dominaba en los desfiladeros del *Amanus*, en Cilicia; Tolomeo, hijo de Menneo, siempre dueño de Calcis, en el Líbano; el rey nabateo Aretas, dueño de Damasco; por último, los emires árabes en los países de ámbos lados del Eufrates. Abgar en la Osroena, á quien los Romanos se esforzaban por todos los medios para

atraerlo á sus inteses, á fin de convertirlo en un centinela avanzado contra los Partos; Sampsceramo, en Hemesa, Alcaudonios el Rambeano, tambien Emir en *Bostra*. Mencionemos, además, los jefes espirituales á quien obedecian con frecuencia en Oriente pueblos y países como á potentados temporales. En esta tierra prometida del fanatismo, se guardarou muy bien los Romanos de tocar á su arraigada autoridad, como se guardaron tambieu de tocar los tesoros de los templos. Tales eran el Gran Sacerdote de la diosa madre en Pesinunte, y los dos grandes sacerdotes de la diosa *Má*. en la Comana Capadocia (sobre el alto *Saros*), y en la ciudad pónica de Comana: en el lugar de su residencia, sólo cedian al Rey en poder: y se cuenta que, en tiempos posteriores, poseia cada uno de ellos grandes dominios con derechos de justicia, y 6.000 esclavos. Pompeyo dió el gran sacerdocio de la ciudad pónica á Arquelao, hijo del general del mismo nombre que, huyendo de Mitridates, se habia unido tiempo há á los Romanos. En el distrito capadocio de la *Morimena* (sobre el Halis), se encontraba tambien en *Venasa* el gran pontífice de Júpiter, cuyas rentas ascendian á 15 talentos anuales. No olvidemos al «arcipreste y Señor» de la Cilicia Traquea, en donde *Teucros*, hijo de Ajax, habia edificado á Júpiter un templo, cuyo sacerdocio habian conservado hereditariamente sus descendientes, ni por último, «el arcipreste y señor del pueblo de los Judíos,» á quien, despues de haber arrasado los muros de su ciudad, los castillos reales y los castillos-tesoros del país, habia dado Pompeyo el poder sobre su nacion, con la severa advertencia de permanecer en paz y abstenerse de toda tentativa conquistadora.

Las ciudades. Favorécese el progreso de las ciudades libres.—Al lado de los dinastas temporales y espiritua-

les, habia tambien ciudades asiáticas, asociadas á veces en grandes federaciones, y disfrutando de una independencia relativa; citemos la liga de las 23 ciudades licias, liga bien ordenada y que se mantuvo constantemente extraña á la piratería. Respecto de las demás ciudades aisladas, de las que habia muchas, en cuanto obtuvieron sus cartas de franquicia, cayeron directamente bajo la mano de los pretores y legados italianos. No desconocian los Romanos que convirtiéndose en los representantes del helenismo en Oriente, y tomando á su cargo la mision de hacer respetar y de extender los límites del imperio de Alejandro, era su primer deber favorecer el progreso de las ciudades. Por todas partes fueron éstos, en efecto, los agentes y órganos natos de la civilizacion; pero en Asia, y más particularmente en las regiones en donde se manifestaba en toda su fuerza el antagonismo entre los orientales y los occidentales, la sociedad fundada sobre la base de la ciudad heleno-italiana, era el más enérgico adversario de la gerarquía feudal, militar y despótica de los países del Este. Por poco que hubiesen pensado Lúculo y Pompeyo en nivelar todo el Oriente; por inclinado que fuese este último general á censurar en las cuestiones de detalle, ó á variar los arreglos de su predecesor, ámbos tenian, sin embargo, este pensamiento, que era necesario á toda costa mostrarse favorable á las ciudades de Asia Menor y de Siria. Cicica, ilustrada por su enérgica defensa durante la última guerra, el escollo en donde se habia estrellado el primer esfuerzo de Mitridates; Cicica, repito, habia recibido de Lúculo, una considerable extension de territorio. Heraclea Póntica, que se habia resistido tambien enérgicamente, aunque contra los Romanos, se habia visto restituir su puerto, y sus tierras, y el Senado habia censurado severamente el bárbaro tratamiento inferido por Cotta á sus

desgraciados habitantes. Lúculo se había quejado sinceramente de que no le hubiese permitido la suerte preservar á Sinope y á Misos de las devastaciones de la soldadesca pónica y de las cometidas por sus mismas guarniciones; pero hizo á lo ménos todo lo posible para reparar el mal, ensanchando su territorio, repoblándolas con los antiguos habitantes, que, á instancia suya, volvieron en tropel á sus amados hogares, ó con los nuevos emigrantes de raza griega, y velando por la reconstrucción de los edificios destruidos. El mismo espíritu guió á Pompeyo, que pudo obrar en una más amplia escala. Vencedor de los piratas, en lugar de condenar á morir en cruz á sus 20.000 cautivos, como lo habían hecho sus predecesores, los estableció en las ciudades despobladas de la Cilicia llana, en *Malos*, *Adana*, *Epifania*, y en *Soli* sobre todo, que tomó desde entonces el nombre de *Pompeyópolis*; y envió algunos también á Dimea, en Acaya, y hasta á Tarento. Establecer los piratas como colonos, era objeto de censura á los ojos de un gran número de Romanos (1), pues parecía que los ladrones eran recompensados por sus crímenes. Reflexionando un poco, se justifica, sin embargo, por buenas razones políticas y morales, la conducta de Pompeyo. En las condiciones sociales de aquel tiempo, no era la piratería lo mismo que el bandolerismo ordinario, y convenia aplicar á los cautivos las leyes ménos acervas del derecho de la guerra. Hemos dicho en otra parte que el Ponto casi no tenía

(1) El mismo Ciceron lo censura (de Of. 3, 12, 49): *piratas innumeros habemus, socios vectigales*. Pompeyo debió llegar hasta conceder á sus colonias de piratas la inmunidad de impuestos, mientras que, como sabemos, las ciudades provinciales que estaban bajo la dependencia de Roma (aliados), pagaban regularmente un tributo.

ciudades: un siglo más tarde, no se encontraban tampoco en la mayor parte de los distritos de Capadocia: sólo algunos castillos, colocados en lo alto de las montañas, servían de abrigo, en tiempo de guerra, á los agricultores de la llanura; y puede afirmarse que sucedía exactamente lo mismo en toda el Asia Menor Oriental, excepto en las pocas colonias griegas diseminadas en la costa. En todas estas regiones, incluso los establecimientos cilicios, fundó Pompeyo cerca de 40 ciudades nuevas, muchas de las cuales llegaron á adquirir un alto grado de prosperidad. Citemos entre las más importantes, en el antiguo imperio pónico, á Nicópolis (la ciudad de la victoria) erigida en el sitio en que Mitridates había sufrido su última y decisiva derrota (pág. 170), que fué el más bello y duradero de los trofeos del ilustre capitán: *Megalópolis*, que tomó el nombre de su fundador, situada en los confines de Capadocia y la pequeña Armenia (más tarde se llamó *Sebastella* y hoy *Simas*): Ziela, en donde los Romanos habían sufrido un descalabro: la población se había reunido en derredor de un templo de Anaitis, con su gran sacerdote, á la que Pompeyo dió una constitución y una carta de ciudad: Diópolis, ántes Cabira y más tarde *Neocesárea* (hoy *Niksar*), también sobre un campo de batalla de las guerras pónicas: *Magnópolis* ó *Pompeyópolis*, la antigua Eupatoria restaurada en la confluencia del Lícus y del Iris. Habíala construido Mitridates, y arrasádola despues á causa de su defección: *Neópolis*, ántes *Fazemon*, entre Amasea y el Halis. Estas ciudades no recibieron, en su mayor parte, colonos procedentes de fuera: no se hizo más que destruir las aldeas de los alrededores y reuuir sus habitantes en el nuevo recinto: sólo en Nicópolis es donde Pompeyo dejó sus inválidos y los veteranos que prefirieron crearse allí una patria á esperar su establecimien-

to prometido para más tarde en Italia. A una señal del poderoso procónsul, se levantaron también en otros puntos nuevas ciudades, hogares de la civilización griega. Una tercera Pompeyópolis señaló en Paflagonia el lugar en que el ejército de Mitrídates había conseguido, en el año 666, una gran victoria sobre los Bitinios. En Capadocia, que había sufrido más que ninguna otra región, se restablecieron y fueron erigidas en ciudades *Mazaca* y otras siete localidades. En Cilicia y en Celesiria, surgieron otras veinte poblaciones; y en los disrritos evacuados por los Judíos, salió de entre sus ruinas Gadara á la voz del procónsul, y fué fundada *Seleucis*. Todos estos establecimientos absorvieron necesariamente la mayor parte de las tierras disponibles del dominio público en Asia: pero en Creta, en donde el procónsul no hizo nada, ó hizo muy poco, se aumentaron considerablemente estos dominios. Al mismo tiempo que creaba ciudades nuevas, reorganizaba Pompeyo las antiguas, les daba mayor impulso. Destruyó en todas partes los abusos inveterados y las usurpaciones: sus edictos, cuidadosamente redactados y especiales para cada provincia, arreglaron el sistema de las municipalidades. Dotó, además, de nuevos privilegios á las ciudades principales. De este modo es como otorgó su autonomía Antioquía sobre el Oronte, capital, en realidad, del Asia romana, y casi al nivel de la Egiptia Alejandria ó de la Seléucia del reino de los Partos, esa Bagdad de los antiguos; la vecina de Antioquía, *Seleucia Pierienna*, que fué recompensada por su gran defensa contra Tigranes; á Gaza, y á todas las ciudades arrancadas á la dominación judía, y por último, á Mitelene, en el Asia Occidental, y á Fanagoria en el Mar Negro.

Resultados generales.—De este modo se completaba el edificio del Imperio Romano en Asia, que, con sus re-

yes feudatarios y sus vasallos, con sus sacerdotes-príncipes, y toda la série de sus ciudades libres ó semi-independientes, hace recordar rasgo por rasgo el Santo Imperio germánico. No hay nada notable por lo demás, en esa construcción, bajo el aspecto de las dificultades vencidas en la perfección del sistema: nada maravilloso, á pesar de todas las palabras altisonantes que prodigaron en Roma los aristócratas á Lúculo y las masas á Pompeyo. En cuanto á este último, hizo celebrar y celebró él mismo tanto su gloria que, en realidad, se le pudo creer más vano de lo que era en efecto. Cuando los Mitelenos le erigian una estatua á él, al salvador y al segundo fundador de su ciudad, al héroe que por mar y tierra habia dado fin á las guerras desencadenadas en el mundo, tal homenaje no pudo parecer excesivo tributado al destructor de los piratas, al conquistador de los reinos orientales. Pero los Romanos fueron mucho más léjos que los Griegos. Las inscripciones triunfales de Pompeyo enumeraban 12 millones de hombres subyugados por él, y 1538 ciudades y castillos conquistados (aquí reemplazaban la calidad con la cantidad), extendian el campo de sus victorias del mar Meótico al mar Caspio, de éste al mar Rojo, que no habian visto ninguno de sus soldados; y sino llegó hasta jactarse de ello, dejó creer á la muchedumbre que con la incorporación de Siria, hazaña tan sin peligro y sin gloria, abrazaba el imperio de Roma todo el Oriente hasta los confines de la Bactriana y de la India. Hasta tal punto exageraban los relatos la extensión de sus conquistas. El servilismo democrático, rival de la adulación cortesana, no pudo hacer frente á estos groseros arrebatos del vértigo. No fueron bastante para aquél las pompas de un cortejo triunfal (los días 28 y 29 de Setiembre del año 693), recorriendo las calles de Roma el

día en que «Pompeyo el Grande» cumplía los 46 años, exponiendo al público las innumerables joyas, las insignias de la corona del Ponto, así como los hijos de los tres más poderosos monarcas de Asia, de Mitrídates, de Tigranes y de Fraates, el *imperator*, vencedor de 22 reyes, recibió á su vez, honores verdaderamente régios, en recompensa de sus altos hechos: fuéronle otorgadas vitaliciamente la corona de oro y las insignias de la magistratura suprema. Las medallas acuñadas á nombre suyo representan el globo terrestre rodeado del triple laurel de los tres mundos, y encima esta misma corona de oro, votada por sus conciudadanos al héroe triunfador de las guerras de África, de España y de Asia. Homenajes pueriles, y que chocaban contra innumerables protestas. En las altas clases de Roma no dejaba de decirse que era á Lúculo á quien correspondía en justicia el honor de la conquista de Oriente; que Pompeyo, solo había ido á Asia á suplantarlo y á colocar sobre su frente laureles ya cogidos por otro. Por ámbas partes había falsedad y exajeracion. Quien había ido á Asia á reemplazar á Lúculo era Glabrio y no Pompeyo; y las conquistas del primero, por más que luchó con bravura, hay que confesar que todas estaban perdidas cuando Pompeyo se encargó del mando, y que Roma no poseía ni una pulgada de terreno en el Ponto. Más justa y fina era la burla de los ciudadanos de Roma, cuando, dirigiéndose al poderoso vencedor del mundo, le daban los nombres de los grandes Estados conquistados por él; cuando le saludaban con los títulos de «vencedor de Salem», emir árabe (*Arabarches*), ó de «*sampsiceramo romano*»: para nosotros, que podemos juzgar sin prevencion aquellas cosas, creemos que sin haber sido héroes ni fundadores de imperios en sus campañas de Asia y en la organizacion de los países

vencidos, se portaron Lúculo y Pompeyo como generales y políticos sagaces y enérgicos. Lúculo fué un buen capitán, y tuvo confianza en si mismo hasta rayar en la temeridad; Pompeyo desplegó un verdadero golpe de vista militar, y una moderacion rara y prudente: nunca huboun general, que, teniendo en sus manos tales fuerzas, y una libertad de accion tan absoluta, haya mostrado tanta sobiduría. Por todas partes se le presentaban las más brillantes perspectivas, ya penetrase en el Bósforo Cimeriano, ó marchase hácia el mar Rojo: ofrecíasele la ocasion de declarar la guerra á los Partos: las provincias insurrectas de Egipto le invitaban á arrojar del trono á Tolomeo, á quien Roma no habia reconocido; poniendo por este último acto completamente en ejecucion el testamento de Alejandro de Macedonia. No fué, sin embargo, á Panticapea, á Petra, á Ctesifon ni á Alejandría, ni quiso recojer más que los frutos colocados, en cierto modo, en sus manos. Sus batallas por mar y tierra sólo las empeñaba cuando tenia una gran superioridad sobre el enemigo. ¿Era acaso su moderacion deferencia á las instrucciones procedentes de Roma como él decia? ¿Obedecia á la prudente convincion de que era necesario fijar un límite á las conquistas de la República puesta en peligro por extension ilimitada? Si hubiera sido así, la historia lo hubiera glorificado por ello, y le hubiera colocado sobre los más hábiles capitanes. Pero conocemos al hombre, y su moderacion no es para nosotros nada más que incertidumbre en las decisiones y falta de iniciativa. Cosa singular: en las circunstancias actuales, sacó Roma más ventajas de las faltas de su caracter, que de las cualidades contrarias entre [sus predecesores. Por lo demás, Lúculo y Pompeyo habian cometido ámbos graves faltas. Lúculo encontró el pronto castigo: sus imprudencias le hicie-

ron perder todas las ventajas de sus victorias: en cuanto á Pompeyo, dejó caer sobre sus sucesores la pesada carga de su falsa política. Respecto de los Partos, podia tomar dos partidos: ó hacerles la guerra si se encontraba con fuerzas necesarias para ello, ó concluir la paz, proclamando como definitiva la frontera del Eufrates. Pero, demasiado pusilánime para llevar más lejos sus armas, y demasiado vanidoso para entrar en tratos, prefirió usar de perfidia; cometió las más abusivas usurpaciones, y haciendo imposibles las relaciones amistosas que deseaba la corte de Ctesifon, y en las que ésta hubiera entrado con gusto, permitió al mismo tiempo al enemigo á quien exasperaba, elegir á su gusto la hora de la ruptura y la de las represalias. El pro-consulado de Asia valió á Lúculo una fortuna de Príncipe; y Pompeyo á su vez, por premio de la nueva organizacion de las provincias, recibió del rey de Capadocia, de la opulenta ciudad de Antioquia y de otros príncipes y ciudades, gruesas sumas de dinero, ó créditos aún más considerables.

Todo esto olía á exacciones; pero la exaccion habia pasado á ser un tributo usual, y, sin vender directamente su concurso en las cuestiones importantes, lo hicieron pagar ámbos generales por todos aquéllos cuyo interés coincidía con el de Roma. En suma, teniendo en cuenta el estado social de aquel tiempo, fué su administracion, relativamente hablando, digna de elogios: tuvieron en cuenta, en primer lugar, el bien de la República, después, el de las provincias. Lo mismo para los señores que para los súbditos, era una gran fortuna la transformación de los países clientes en países sometidos, el mejor deslinde de las fronteras de Oriente, el establecimiento, en Asia, de un gobierno que tuviese unidad y fuerza. En cuanto á Roma, ganaron sus rentas en una

proporcion incalculable: los nuevos impuestos directos pagados ántes por todos los principes y sacerdotes, y por todas las ciudades, salvo las pocas que estaban libres de ellos, elevaron muy pronto en un doble las antiguas rentas de la República. En realidad, el Asia estaba muy agobiada. En dinero acuñado y en joyas, hizo ingresar Pompeyo en las arcas del Tesoro más de 200 millones de sestercios, y distribuyó á sus oficiales y á sus soldados cerca de 400 millones. Agréguese á estas cifras las enormes sumas sacadas por Lúculo, las exacciones no oficiales hechas por los legionarios y los perjuicios de la guerra, y podrá formar una idea del estado financiero del país. Las contribuciones impuestas por la República sobre el Asia, no agravaban sin duda en su cantidad ni en la forma de recaudarlas los rigores fiscales de las administraciones locales anteriores, pero tenían de desastroso para los territorios orientales que su producto iba todo al extranjero, y solo volvía á Asia una porcion insignificante, y que, así en las nuevas como en las antiguas provincias, el impuesto era siempre el robo organizado de los súbditos en beneficio de la ciudad soberana. No lo imputemos tanto á falta de los generales, como á los partidos políticos de Roma con los que habia forzosamente que contar: caro costó á Lúculo el haber luchado vigorosamente contra los excesos usurarios de los capitalistas romanos: el ódio de éstos fué la causa principal de su caída. Lúculo y Pompeyo querian formalmente la restauracion y la prosperidad de los países conquistados, como lo prueban sus esfuerzos en todo aquello que no tenían las manos ligadas por las necesidades de partido: en el asunto de la reorganizacion de las ciudades asiáticas, por ejemplo, por más que, durante muchos siglos, las ruinas de tal ó cual aldea traerán á la memoria los tiempos de la gran

guerra, contará Sinope desde Lúculo su nueva era de resurreccion y florecimiento; y, en el interior del Ponto, casi todas las ciudades importantes tributarán á Pompeyo, su fundador, un culto de reconocimiento. Con todos sus vicios y sus lagunas, no deja de ser la obra de Lúculo y de Pompeyo una obra laudable é inteligente; y cualesquiera que fuesen los males anejos al régimen por ellos inaugurado, debió ser el bien-venido para estos pueblos de Asia, 'antas veces azotados, pues les traia al ménos la paz interior y exterior que hacia tantos siglos venian pidiendo con gritos de dolor.

Oriente despues de la partida de Pompeyo. — En Oriente hubo paz, en efecto, hasta el día en que los señores de Roma, coaligados en triumvirato, volvieron á tomar con una energía mayor, aunque por su desgracia, el pensamiento tímidamente iniciado por Pompeyo de agregar los países de allende el Eufrates á las fronteras del imperio. Huvo paz hasta el día en que, renaciendo la guerra civil arrastró las provincias del Este como todas las demás en su fatal torbellino. En este intervalo no puede relatar la historia los continuos combates de los pretores de Cilicia con los montañeses del Amanus, ni los de los pretores de Siria con las hordas del desierto, ni las colisiones, no siempre afortunadas, de las tropas romanas con los beduinos. No puede, por el contrario, dejar de hacer mencion de la tenaz resistencia de la nacion judía; unas veces es Alejandro, hijo del rey desposeido, Aristóbulo, y otras es éste mismo que no tardó en escapar de su prision, los que dan en qué entender al procónsul Aulo Gabinio (de 697 á 700). Tres veces resucitaron la insurreccion, y, sin el auxilio de Roma, hubiera sido impotente para sostenerse el gran sacerdote Hircan, instituido por ella. No era simplemente una idea política la que impelia á los Orientales á

rebelarse contra el aguijón: más bien que esto, le hacia resistir ese yugo anti-natural una irrepugnancia invencible. Estallando la última y la más peligrosa de estas insurrecciones en el momento mismo en que, con motivo de la crisis de Egipto, abandonaba la Siria el ejército de ocupacion, comencé con el asesinato de todos los Romanos residentes en la Palestina. Costó mil trabajos al procónsul salvar los pocos Italianos que pudieron escapar á la muerte, y se habian refugiado en el monte *Garizin*, en donde los tenian bloqueados los insurrectos. Para reducirlos, tuvo que librar sangrientos combates y sitiar muchas ciudades. Despues de este acontecimiento, fué suprimida la monarquía sacerdotal, y la Judea fué dividida, como lo habia sido ántes Macedonia, en cinco circunscripciones independientes, gobernadas cada una por un consejo soberano elegido entre la aristocracia local. *Samaría* y las demás capitales destruidas tiempo há por los Judíos, volvieron á levantarse y sirvieron de contrapeso á Jerusalem, é impúsosele, por último, un pesado tributo semejante al que pagaban los demás súbditos de Siria.

Egipto. Incorporacion de Chipre.—Hechemos una ojeada á Egipto y á la isla de Chipre, su anejo y la última de las grandes conquistas de los Lágidas que aún no habian éstos perdido. De todo el Oriente helénico, solo Egipto habia conservado, nominalmente al ménos, su independencia. Así como en otro tiempo, cuando los Persas ocupaban toda la region oriental del Mediterráneo, no visitaron el Egipto hasta última hora, así tambien, los poderosos conquistadores orientales de Occidente no se dieron prisa tampoco para incorporar á su imperio esta fecunda tierra que no se parece á ninguna otra. Ya en otro lugar hemos indicado la razon de esto. No es por que hubiese que temer una resistencia cualquiera ni

por que hubiesen faltado motivos ni ocasion para ello. Egipto era tan débil como Siria. Ya en el año 663 habia tocado á Roma por derecho hereditario: en la córte eran dueños absolutos los guardias del rey, haciendo y deshaciendo ministros á su antojo, y muchas veces hasta disponiendo de la corona, apoderándose de todo lo que les agradaba, teniendo al monarca sitiado en su palacio, cuando les negaba un aumento de sueldo. Detestados en el país ó, mejor dicho, en Alejandría, por que el país significaba poco con su poblacion de siervos de la gleba, tenian contra sí todo un partido que deseaba la incorporacion de Egipto á la dominacion romana, y trabajaba por conseguirlo. Pero si los reyes egipcios no podian pensar en una lucha armada contra la República, en cambio el oro que derramaban á manos llenas los protegía contra la amenaza de una anexion. Ya sabemos que, bajo el regimen de descentralizacion comunista y despótica que prevalecia en Egipto, casi igualaban las rentas de la corona de Alejandría á las del fisco romano, á un despues de las donaciones con que recientemente lo habia enriquecido Pompeyo. Además, los celos de la oligarquía romana se habian sublevado siempre con solo el pensamiento de confiar á un solo ciudadano una mision de conquista ó de administracion de las orillas del Nilo. Los dueños de hecho de Egipto y de Chipre habian pues, conseguido á fuerza de corromper los miembros influyentes del Senado, conservar la corona que vacilaba sobre sus cabezas, y el Senado les habia dado el título de reyes á fuerza de dinero. Aún estaban léjos del fin. Para satisfacer al derecho público, hubiera sido necesario un voto formal del pueblo; hasta entónces, permaneciendo á merced del capricho del primer agitador democrático que se presentase, habian necesitado tambien los Tolomeos librar á este partido batallas de

corrupcion: como era más poderoso, se vendia á más alto precion. El éxito no fué el mismo en ámbos países. En el año 696 ordenó el pueblo, ó más bien, dispusieron los jefes de la democracia romana, la incorporacion de la isla de Chipre, tomando por pretexto los auxilios prestados por sus gabitantes á la piratería. Encargado Marco Caton por sus adversarios políticos de la ejecucion del plebiscito, desembarcó en la isla sin ejército: no lo necesitaba por cierto. El rey se envenenó, los habitantes se sometieron á su inevitable suerte sin hacer la más leve resistencia, y fueron colocados bajo ia autoridad del pretor de Cilicia. Al mismo tiempo, se apoderó la República de un inmenso tesoro de 7.000 talentos, sobre los que el avaro monarca no habia querido poner mano para distribuir un poco de aquel metal corruptor que le hubiera seguramante salvado: su oro vino perfectamente á las entónces vacías cajas del *Erarium*.

Tolomeo es reconocido en Egipto, arrojado despues por sus súbditos y restablecido por Gabinio. Guarnicion romana en Alejandria.—Más feliz fué su hermano, el monarca de Egipto. Obtuvo un plebiscito, pagado con 6.000 talentos (cerca de 40 millones de pesetas) á los nuevos señores que dominaban en Roma, y el reconocimiento de su título (año 695). Pero el pueblo, mal dispuesto hacia muchos años contra este «*buen flautista (Auletes)*» y mal rey, exasperado por otra parte á consecuencia de la pérdida de Chipre, agobiado por los impuestos siempre en aumento é insoportables despues de la transacion hecha con Roma (año 696), le arrojó del trono. Tolomeo volvió la vista hacia sus vendedores, como en caso de *eviccion*: y éstos, llenos de escrúpulo, consideraron que era cuestion de providad comercial el restituir al rey sobre su trono; pero no estuvieron de acuerdo cuando se trató de la eleccion de mandatorio. LA

quién dar en efecto, el mando importante de un ejército de ocupacion en Egipto, y el magnífico regalo que el rey destinaba á su salvador? No pudo arreglarse el asunto hasta las conferencias de Luca y la consolidacion del Triumvirato, despues de la promesa hecha por Tolomeo de ingresar en el Tesoro 10.000 talentos. Inmediatamente recibió el pro-cónsul de Siria, Aulo Gabinio, la orden de los tritumviros de hacer lo necesario para reinstalarlo en sus Estados. Mas en este intervalo habia el pueblo alejandrino coronado á Berenica, hija mayor del rey expulsado, la cual habia casado con uno de los príncipes sacerdotales del Asia romana, con Arquelao, gran sacerdote de Má, en Comana. Para ir á sentarse en el trono de los Lágidas, habia éste abandonado un puesto seguro é importante. En vano intentó ganar á los hombres omnipotentes en Roma. Despues, tomó la resolucion desesperada de disputarles su nuevo reino, con las armas en la mano. Gabinio no tenia poder expreso para hacer la guerra á Egipto, pero tenia orden de obrar de los señores de la República, y aprovechó tambien el pretexto de que los Egipcios favorecian la piratería y de la construccion de una escuadra por Arquelao. De repente apareció en la frontera (año 699), atravesó felizmente los arenosos desiertos que separan á Gaza de Perusa, en los que habian fracasado tantas invasiones, debiendo el éxito principal á los rápidos y hábiles movimientos de Marco Antonio, jefe de la caballería. Rindióse la plaza fronteriza de Pelusa con toda su guarnicion judía, sin intentar siquiera defenderse. Más adelante encontraron los Romanos á los Egipcios, los derrotaron (distinguiéndose tambien aquí Marco Antonio), y aparecieron por primera vez las águilas romanas en las orillas del Nilo. Gabinio encontró la escuadra y el ejército de Arquelao ordenados y dispuestos á dar la batalla última y decisiva,

quedando de nuevo vencedor y sucumbiendo Arquelao en la pelea con gran número de los suyos. Rindióse la capital y cesó toda resistencia. El desgraciado rey fué de nuevo entregado á su tirano legítimo. Ya en Pelusa hubiera celebrado Tolomeo, sin la intervencion generosa de Antonio, su restauracion con suplicios en masa. En la actualidad le dejan rienda suelta, y cuelga y corta cabezas, siendo la primera que subió al cadalso, su hija, que era una víctima inocente. Mas cuando fué necesario pagar la recompensa convenida con los Triumviros, los esfuerzos del rey se estrellaron contra lo imposible. El país no tenia con qué satisfacer tan enorme suma, ni aún echando mano del último óbolo del pobre. El pueblo, sin embargo, permaneció tranquilo, pues con este objeto quedó en Alejandria una guarnicion de infantería romana con caballería de Germanos y de Galos. Las tropas de la República habian arrojado á los pretorianos indígenas, pero desgraciadamente se condujeron lo mismo que ellos. La heguemonia de Roma en Egipto se transformó desde este dia en una ocupacion militar indirecta. En cuanto á la monarquia nominal que allí continuó, constituia para el país una doble opresion más bien que un privilegio.

CAPITULO V.

CONFLICTOS DE LOS PARTIDOS DURANTE LA AUSENCIA DE POMPEYO.— Derrota de la aristocracia. Catón.—La agitación democrática.— Países transpadanos.—Los emancipados.—Proceso contra Rabirio.—Ataques contra las personas.—Saturnino y Mario rehabilitados.—Insignificancia de los resultados.—Colisión próxima entre los demócratas y Pompeyo.—Proyecto de establecimiento de una dictadura militar democrática.—Alianza de los demócratas con los anarquistas. Catilina.—Fracaso del primer complot.—Vuelve á comenzar la conspiración.—Elección de los cónsules. Elección de Cicerón en lugar de Catilina.—Nuevos proyectos de los conjurados. Moción agraria de Servilio Rutilio.—Armamentos anárquicos en Etruria.—Nueva derrota de la candidatura de Catilina.—Estalla la insurrección en Etruria. Medidas represivas. Los conjurados en Roma. Catilina en Etruria.—Pruebas cogidas y arresto de los principales conjurados.—Deliberaciones en el Senado. Ejecución de los partidarios de Catilina.—Derrota de la insurrección de Etruria.—Craso y César. Su posición respecto de los anárquicos.—Completo abatimiento del partido democrático.

Derrota de la aristocracia. Catón.—Con la ley Gabinia habían cambiado los papeles entre los partidos. Teniendo el elegido de la democracia el poder de la espada, su facción, ó el grupo que pasaba por tal, tenía también la omnipotencia en Roma. La nobleza se mantenía aún compacta como en el pasado; y de la máquina de los comicios no salían más que cónsules «designados ya desde que estaban en mantillas.» según la espre-

sion de los demócratas: los mismos señores de Roma no sabian dirigir las votaciones, ni destruir la influencia de las antiguas familias. Pero en el momento en que se verificó la completa exclusion de los «hombres nuevos,» hé aquí que el consulado se eclipsó á su vez ante el astro creciente del poder militar extraordinario. La aristocracia sintió la herida, aún cuando no la confesaba, y desesperó de su salvacion. Al lado de Quinto Catulo que, permaneciendo en su ingrato puesto y luchando con una honrosa constancia, fué hasta la muerte (año 694) el campeon de una causa vencida, no se encuentra ya en las filas de los nobles un solo optimato que ponga algun valor y alguna firmeza al servicio de los intereses aristocráticos. Vióse entónces á los hombres más hábiles y más célebres del partido, á Quinto Metelo Pio y á Lucio Lúculo, abdicar realmente, y, en cuanto lo pudieron hacer con decencia, retirarse á sus quintas, olvidando el *forum* y la curia en medio de sns jardines, y al lado de sus bibliotecas, de sus pajareras y de sus viveros. La generacion más jóven de la aristocracia se precipitó naturalmente por este mismo camino: completamente entregada al lujo y á los placeres literarios, desaparece ó se prosterna ante el sol naciente. No hubo más que una excepcion. *Marco Porcio Catón* (nacido en el año 659-95 a. d. J. C.)

Hombre de recta voluntad y de una abnegacion poco comun, es una de las apariciones más romancescas y más extrañas de aquel siglo fértil en figuras bizarras. Sumamente leal y constante en extremo, sério en sus pensamientos y en sus actos, amante de su pátria y adicto á la constitucion legada por los antepasados, con una inteligencia pesada y lenta, y sin pasiones, hubiera podido hacer un buen tesorero del Estado. Desgraciadamente se hizo «esclavo de la frase,» y ya obedeciese á la retórica del Pórtico, á sus abstracciones

estériles, á sus dogmas infecundos entónces en gran boga en los círculos de la alta sociedad, ya imitase el ejemplo de su bisabuelo, creyéndose verdaderamente llamado á emprender de nuevo su tarea, se puso á recorrer las calles de la gran ciudad pecadora, echándola de ciudadano modelo y de espejo de virtud, y oponiéndose, como Caton el Mayor, á las costumbres del siglo, marchando á pié en lugar de ir á caballo, prestando sin interés, no admitiendo condecoraciones militares, y creyendo resucitar los buenos tiempos antiguos, cuando se presentaba sin túnica á la manera del Rey Rómulo. Singular caricatura de su abuelo, del viejo rústico á quien el ódio y la cólera llegaron á convertir en orador, que supo manejar igualmente la espada y el arado, y que heria siempre con acierto con su tosco buen sentido, original y sano por estrecho que fuese, se vió al jóven Caton, filósofo docto y frio, destilando sus lábios axiomas escolásticos, siempre sentado con un libro en la mano, no conociendo la guerra ni otro oficio alguno, y viajando por las nubes de la sabiduría contemplativa. De este modo, sin embargo, fué como obtuvo influencia moral, y con ella influencia política. En estos tiempos de miseria y cobardía, su valor y sus virtudes negativas impusieron á la muchedumbre: formó á su vez escuela; y muchos, ajustándose á este ejemplar vivo, le imitaron hasta la saciedad. Por estos mismos medios influyó en la política. Era el único conservador que tenia un nombre, en quien, á falta de penetracion y de talento, podia apelarse al honor y al valor. Dispuesto siempre, fuese ó no necesario, á sacrificar su persona, llegó pronto á ser reconocido jefe de los optímates, cuando ni su edad, ni su rango, ni su capacidad justificaban semejante eleccion. Las circunstancias no exigian más que la resistencia tenaz de un solo hombre, allí estaba Caton

que fijaba el triunfo. En las cuestiones de detalle, en las cuestiones de hacienda, era activo y útil: no faltaba á una sola sesion del Senado. Su cuestura fué célebre: miéntras vivió, examinó detenidamente el presupuesto de los gastos públicos, y luchó siempre contra los arrendatarios del Fisco. Por lo demás, careciendo de las dotes de hombre de Estado, y siendo impotente para desarrollar un fin político, ó comprender y sobreponerse á la situacion; no teniendo más táctica que la de hacer frente á todo el que rompía ó parecia romper con el caticismo tradicional de las costumbres y de las ideas oligárquicas; y, por consecuencia, hiriendo tantas veces á los suyos como á los enemigos, verdadero D. Quijote del partido, mostró, en fin, en toda su conducta y en todos sus actos, que si áun existia en Roma una aristocracia, la fé política aristocrática no era ya más que una quimera.

Agitacion democrática.—Al continuar el combate contra un enemigo en tierra, era ya insignificante el honor de la victoria. Sin embargo, no dejaron de continuar los demócratas sus ataques. A la manera que los escuderos ó criados de un ejército se arrojan sobre un campamento tomado por asalto, así las masas populares se precipitaron sobre los despojos de la nobleza; y, al ménos en la superficie, levantó la agitacion política las espumosas olas del torrente. La multitud siguió á sus jefes con tanta más facilidad, cuanto que la tenian muy contenta. Cayo César, entre otros, desplegó en los fuegos del año 689, un fausto en donde brillaba por todas partes la plata maciza. Las jaulas de las fieras eran tambien de plata. Las prodigalidades fastuosas del edil superaron á toda medida, y tanto más cuanto que lo que gastaba César eran productos de un empréstito. La nobleza fué asaltada por mil partes á la vez. Proporcio-

nando los abusos del régimen aristocrático amplía materia, magistrados, abogados liberales ó de color liberal, Cayo Cornelio, Aulo Gabinio, Marco Ciceron y otros, continuaron descorriendo el velo de los repugnantes y vergonzosos vicios del régimen oligárquico, y propusieron leyes que acabaron la derrota. Decretóse que, en el porvenir recibiría el Senado los embajadores extranjeros en dias determinados (1), queriendo poner término al uso de las audiencias abusivas. La accion en justicia fué declarada inadmisibile para los préstamos hechos en Roma á estos mismos embajadores. Medio violento pero único dara poner coto á las corrupciones que estaban á la orden del dia en el Senado (año 687). Por otra ley se restringieron los derechos del Senado en materia de dispensas legales (2) (año 687). Si un romano de alto rango tenia asuntos privados que le llamaban á las provincias, no iba, generalmente, sino revestido por el Senado de un carácter público (*legatio libera*). Semejante privilegio era un mal que quiso repararse (año 691). Agraváronse además las penas en que se incurria por la compra de los votos y la intriga electoral (año 687 y 691) (3). En esto superaban los excesos á toda medida, sobre todo por parte de los antiguos senadores que, borrados tiempo há de las listas (p. 140), intentaban por su reeleccion para las

(1) Ley *Gabinia, de senatu legatis (quotidie) dando*. Estas audiencias se habian fijado desde el 4.º de Febrero al 4.º de Marzo, excepto en los dias en que habia comicios.

(2) Ley *Acilia: ut nemo legibus solveretur*. Exigia que votasen la dispensa por lo ménos 200 senadores.

(3) Ley *Acilia Calpurnia* (687) y ley *Tuliz* (694) de *Ambitu*, votada esta bajo el consulado de Ciceron: la primera pronunciaba la multa, la exclusion del Senado y la incapacidad para las funciones públicas: la segunda agregó á esto el destierro por diez años.

funciones públicas, entrar de nuevo en la Curia. Por último, una disposición legal expresa confirmó la regla hasta entonces tradicional, que obligaba á los pretores á arreglar sus fallos á las disposiciones de *Edicto* publicado por ellos, segun costumbre, á su entrada en el cargo (año 687) (1).

Países transpodanos.—No paró aquí todo; quisose completar la obra de la restauracion democrática, y realizar los grandes principios de los Gracos, en cada una de las partes de la constitucion. Recordaremos que Sila habia abolido la ley de Cneo Domicio sobre la eleccion sacerdotal; pues bien, fué restablecida, en el año 691, por un plebiscito del tribuno *Tito Labieno*. Ablábase con frecuencia de la *annona*, haciendo ver cuán léjos estaba de los buenos tiempos de las leyes Sempronianas sobre este asunto, olvidando de intento el cambio de los tiempos, el mal estado de las rentas públicas, el gran aumento de los ciudadanos Romanos, circunstancias todas que imposibilitaban el regreso en toda su pureza de la antigua institucion. Manteníase al mismo tiempo la agitacion en los países entre los Alpes y el Pó, que deseaban colocar al nivel del resto de Italia. Ya en 686 habia Cayo César hecho un viaje, deteniéndose en todas las ciudades, y en 689, habia intentado Marco Craso, entonces censor, inscribir en globo en las listas cívicas á todos los Transpodanos; sólo la oposicion de su colega le habia detenido, y bajo los censores que siguieron se reprodujo la misma tentativa, Así como otras veces se habian convertido los Gracos y Flacios en patronos de los Latinos, así en la actualidad tomaron á su cargo los jefes de la

(1) Ley Cornelia: *ut pretores ex edictis suis perpetuis jus dicerent.*

democracia el interesarse por la Galia transpodana, y costó caro á Cayo Pison (cónsul en el año 687), el haber atacado á uno de los clientes de César y de Craso.

Los emancipados.—Por el contrario, estos últimos no quisieron, en manera alguna, levantar su voz en favor de los emancipados, y solicitar para ellos la igualdad política. Habiendo el tribuno Cayo Manilio hecho votar en una asamblea del pueblo poco numerosa (31 de Diciembre del año 687) la renovación de la ley *Sulpicia*, que les confería el derecho de sufragio, los agitadores le desautorizaron, y desde el día siguiente de su adopción, estaba la moción casada por el Senado. Asimismo, en 689, expulsó de Roma un plebiscito á todos los extranjeros que no poseyesen la ciudadanía ni el derecho latino (ley *Papia*, de *peregrinis*). Por donde se vé que los sucesores de los Gracos no estaban libres tampoco de las consecuencias de su doctrina política: por una parte hacían entrar á los excluidos en las filas de los privilegiados, y por otra mantenían á éstos sus privilegios. César y sus amigos mostraban á los Transpadanos la perspectiva de la ciudadanía romana; pero no querían hacer nada por los emancipados, y arrojándolos á su inferioridad política, ahogaban bárbaramente la concurrencia industrial y comercial, que el génio de los Griegos y de los Orientales hacia dentro de Italia á los Italianos.

Proceso contra Rabirio.—Otro síntoma característico. La democracia quiso volver también á la antigua jurisdicción de los comicios en materia criminal (*judicia publica*). Sin suprimirla en absoluto, la había reemplazado Sila de hecho por las comisiones de *asesinato* y de *alta traición* (t. VI, p. 143); y nadie podía formalmente pensar en el restablecimiento de un sistema de procedimiento anticuado, y condenado, además, por sus propios vicios prácticos mucho ántes del Dictador. Sin embargo,

reclamando la soberanía del pueblo, al ménos en principio, la consagracion de la autoridad de los ciudadanos en las causas criminales, se le ocurrió al tribuno Tito Labieno acusar, en el año 661, á un anciano que, 38 años ántes, habia matado, ó al ménos así se creia, al tribuno Lucio Saturnino. Hizole comparecer ante la alta justicia, á quien, segun la leyenda, el Rey Tulo habia entregado en otro tiempo al jóven *Horacio*, asesino de su hermana. El acusado era un tal *Rabirio*. Este no habia sido, en realidad, el que habia dado el golpe mortal á Saturnino; pero habia andado vendiendo su cabeza alrededor de la mesa de los aristócratas. Además, sus sangrientas crueldades le habian creado mala fama entre los grandes propietarios de Apulia. Ni su acusador ni los sábios que les sostenian tenian interés en que aquel miserable muriese en la cruz. Así es, que se dejó al Senado, sin hacerle grande oposicion, que dulcificase algo en la forma el titulo de la acusacion, y reunidos al poco los comicios para juzgarle, fueron disueltos bajo un pretexto cualquiera, y se dejó el proceso en tal estado; pero al ménos se habia afirmado y sostenido el doble *paladium* de la libertad romana, la apelacion al pueblo y la inviolabilidad del tribunado; y la democracia restableció, por decirlo así, de nuevo sus franquicias judiciales.

Ataques contra las personas.—En cuanto tuvo tiempo y ocasion para ello, se desencadenó la reaccion democrática aún más apasionadamente en todas las cuestiones en que jugaban las personas. No osó, porque se lo impedía su prudencia, solicitar ó apoyar la restitution de los bienes confiscados por Sila á sus antiguos propietarios: esto hubiera sido hacer la guerra á sus propios aliados, y entrar en lucha con los intereses materiales; y semejante lucha es raro que se vea obligada á empe-

ñarla la simple de tendencia política. Además, volviendo sobre la cuestión de los bienes confiscados, se ponía á la orden del día la del llamamiento de los emigrados, en extremo inoportuna. Hiciéronse, en cambio, grandes esfuerzos para devolver sus derechos políticos á los hijos de los proscritos. Al mismo tiempo, se veían incesantemente perseguidos y atacados en sus personas los principales senadores. Cayo Menio procesó, en 688, á Marco Lúculo, y se hizo esperar por espacio de tres años á las puertas de la ciudad á su ilustre hermano antes de concederle los honores del triunfo (de 688 á 691), Quinto Rex y Quinto Metelo, el conquistador de Creta, sufrieron un insulto parecido. También hizo gran ruido otro asunto.

Uno de los jefes del partido, el más jóven, Cayo César, osó disputar en el año 691, las funciones de gran pontífice, á los dos hombres más importantes de la nobleza, á Quinto Catulo y á Publio Servilio, el vencedor de Isaurio, y el pueblo consagró sus pretensiones otorgándole el nombramiento. Los herederos de Sila, sobre todo su hijo Fausto, estaban constantemente amenazados; reclamábanseles las sumas que el Regente debió malversar en perjuicio del tesoro. Hablábase nada ménos que de resucitar los procesos incoados por los demócratas, apoyándose en la ley *Varia*, procedimiento suspendido desde el año 664. En cuanto á los hombres comprendidos entre los acusadores del tiempo de Sila, eran, como es natural, acusados diariamente. Cuando se vé á Marco Caton, que era entónces cuestor, ser el primero en volverse contra ellos, y, en su mal entendida honradez, reclamar la entrega de los salarios de sangre, como un bien mal adquirido y perteneciente al Estado, no hay que admirarse ya de ver al año siguiente, á César, en su cualidad de presidente del tribunal crimi-

nal, no tener para nada en cuenta la ordenanza de Sila, que declaraba irresponsable al asesino de un proscrito, denunciar ante los jurados y condenar muchas veces á los más famosos seides del dictador, Lucio Catilina, Lucio Belieno y Lucio Luscio.

Rehabilitacion de Saturnino y Mario.—Llegó por fin el dia en que podian pronunciarse de nuevo, en alta voz, los nombres de los héroes y de los mártires de la causa y celebrar su memoria. No dejaron de hacerlo los demócratas. Acabamos de decir, como fué rehabilitado Saturnino por el proceso contra su pretendido asesino. El recuerdo de Mario era más conmovedor, y hacia latir los corazones: el sobrino de aquel hombre que habia en otro tiempo salvado la Italia invadida por un diluvio de Bárbaros, era el jefe actual del partido. Cuando en el año 686, á pesar de la prohibición del edicto, presentó César un dia en pleno Forum, en los funerales de la viuda de Mario, el busto venerado del vencedor de Verceil, estalló la muchedumbre en grandes trasportes de alegría. Tres años despues, aparecieron colocados una mañana en el Capitolio incrustados de oro, y en el lugar mismo en que los habia colocado Mario, los trofeos que Sila habia mandado destruir: acudieron inmediatamente, apiñándose y vertiendo lágrimas en derredor de la imagen de un jefe tan querido, los veteranos y los invalidos de las guerras de Africa y Címbrica: este fué para las masas un dia de verdadero júbilo, y el Senado no se atrevió á derribar estas insignias proscritas, que una mano atrevida habia osado colocar, menospreciando las leyes.

Insignificancia de los resultados.—Sin embargo, toda esta agitacion, todas estas quejas y todo este ruido, no tenia más que una insignificante importancia, á juzgarlas como hombres de Estado. La oligarquía estaba

vencida, y la democracia se había apoderado del timón. Una vez en tierra el enemigo, todos, grandes y pequeños, se aproximaban á él y le daban su puntapié; los demócratas volvían á apoderarse de su terreno, y volvían á levantar sus altares y sus dogmas: los doctrinarios del partido habían restablecido completamente los privilegios populares, y llevaban su principio hasta el ridículo, lo mismo que hacían en su situación los legitimistas. Todo esto es muy natural, y además importa poco. ¿pero qué podía resultar de esta agitación sin objeto? Ponia de manifiesto el embarazo de dos agitadores, que buscaban en vano á donde cojerse, porque no tenían en frente nada más que cuestiones vacías ó puramente secundarias.

Cilision próxima entre los demócratas y Pompeyo. Proyecto de establecimiento de una dictadura militar democrática.—La democracia había triunfado en su lucha contra los aristócratas: sin embargo, no había vencido por sí sola, y tenía que pasar todavía por la prueba del fuego. Quedábale por arreglar una cuenta, no con su enemigo, sino con su más poderoso aliado, con el hombre que les había dado la victoria, con el que había recibido de ella, sin que se hubiese atrevido á negárselo, un poder político y militar hasta entónces desconocido. En este momento, estaba el general en jefe de los ejércitos y escuadras de Oriente, ocupado en hacer y deshacer reyes; nadie, sino él, podía decir el tiempo que permanecería lejos de Roma, y la hora en que declararía terminadas las guerras entabladas por él: la época de su regreso y la decision última dependía de su voluntad, lo mismo que todo lo demás. Durante este tiempo, esperaban inmóviles los partidos. En cuanto á los optimates, no temían mucho su regreso: podían ganarlo todo y no tenían que perder nada en la ruptura visiblemente

próxima de Pompeyo y de la democracia. Los demócratas esperaban ansiosos, y queriendo evitar la explosión inminente, disponían sus contraminas durante el tiempo que les dejaba aún libre la ausencia del pro-cónsul. Avistáronse con Craso, á quien, para combatir á un rival aborrecido y envidiado, no quedaba otro medio que una estrecha alianza con ellos. Ya en tiempo de la primera coalición habían permanecido unidos César y Craso como los más débiles: en la actualidad, su interés común y un común peligro aumentó su intimidad: firmaron, pues, un estrecho pacto el hombre más opulento y el más atrapado de Roma afectando llamar á Pompeyo la cabeza y el orgullo de su partido, y no teniendo que combatir nada más que á los aristócratas, se armaban en silencio contra el ausente. Á los ojos del historiador, sus esfuerzos para librarse de la dictadura militar que era inminente, son mucho más significativos que la bulliciosa agitación promovida contra la nobleza, máscara hábil con que cubren sus designios. Es verdad que se movían como velados por una nube, y, ni las tradiciones ni las fuentes permiten ver más que algunos pálidos reflejos: la época posterior lo mismo que la que vamos historizando tenía sólidas razones para dejar en las tinieblas aquellos acontecimientos. En conjunto, son claros y evidentes, el objeto, las tendencias y la marcha de los acontecimientos. Al poder militar solo podía hacer frente una segunda dictadura militar. Los demócratas quisieron, por consiguiente, apoderarse del poder, como lo habían hecho Mario y Cina; quisieron dar á uno de sus jefes, y á la conquista de Egipto, ya la regencia de España ó cualquier otro mando ordinario ó extraordinario, y tener, en este nuevo general y en su ejército, un contrapeso que oponer á Pompeyo y á sus legiones. Mas para conseguirlo, necesitaban una revolución dirigida en apariencia con-

tra el gobierno nominal, pero en realidad contra Pompeyo, contra el *monarca* designado (1): todos trabajaron con ardor en esta revolucion, y desde el dia en que se votaron las leyes Gabinia y Manilia hasta el regreso de Pompeyo (de 688 á 692), fué permanente en Roma la conspiracion. La capital era presa de la fiebre: la cólera sorda de los hombres de dinero, la suspension de pagos, la infinidad de banca-rotas, todos estos signos precursores de la tempestad anunciaban el nuevo camino que habian emprendido los partidos. Yendo el complot democrático á buscar á Pompeyo por encima de la cabeza del Senado, traia forzosamente consigo la reconciliacion de ámbos. Pero al querer oponer á la dictadura pompeyana la de uno de sus favoritos, se arrojaban en realidad los demócratas en brazos del poder militar; para arrojar al demonio, se llamaba á Belcebú: los principios no eran ya en sus manos más que una cuestion de personas.

Alianza de los demócratas con los anarquistas. Catilina.—Esta revolucion así preparada por los agitadores del partido, y la destruccion del régimen actual tenian por preliminar necesario la explosion en Roma de

(1) Todo el que estudia y abarca la situacion política del momento, no necesita pruebas especiales y directas para convencerse de que el objeto final de las maquinaciones democráticas del año 688 y de los años siguientes no era tanto el de derribar al Senado como á Pompeyo. Además, no faltan estas pruebas. Las leyes Gabinia y Manilia habian dado un golpe mortal á la democracia, como lo atestigua Salustio (*Catil.* 39): está averiguado tambien que la conspiracion del año 688 á 89, y la rogacion de Servilio sólo se dirigian contra Pompeyo (*Cat.* 49, *Cic.*, de leg. agr. 2, 1746). Por último, el papel de Craso en la conjuracion, muestra claramente que ésta se dirigia al general en jefe de los ejércitos de Oriente.

la insurreccion de los conjurados. Triste es decirlo, pero la materia inflamable estaba acinada en todas partes, lo mismo en las más altas que en las más bajas capas sociales. Inútil fué reproducir el cuadro del proletariado libre ó esclavo. Ya se habia dejado oír aquella grave sentencia de que «solo el pobre puede representar al pobre:» ya se habia abierto su camino la máxima de que las masas pobres podian, lo mismo que la rica oligarquía, constituirse en poder independiente, y cesando de sufrir la tiranía, convertirse á su vez en tirano. Estas peligrosas opiniones hallaban eco hasta entre la juventud de las altas clases, la cual, al mismo tiempo que disipaba sus fortunas, habia matado las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu. En esta muchedumbre elegante, de cabellera perfumada, que gastaba barba y mangas plegadas de última moda, aficionada al baile y á la cítara, y vaciando copas desde por la mañana hasta la noche, habia un espantoso abismo de corrupcion moral y social, de desesperacion bien ó mal disimulada, y de proyectos hijos del delirio y del aturdimiento. Suspirábase por la vuelta de la era de las proscripciones, de las confiscaciones y de la anulacion de las deudas: encontrábase entre ellos hombres, muchos de los cuales eran nobles y de gran disposicion, que solo esperaban una señal para precipitarse, como ladrones, sobre la sociedad civil, y recobrar por el pillaje las riquezas devoradas en las orgías. Nunca falta jefe á los ladrones que se constituyen en cuadrilla; y éstos tuvieron inmediatamente sus capitanes. Distinguíanse entre, todos por lo elevado de su nacimiento y por su condicion, un ex-pretor, Lucio Catilina, y un cues or *Cneo Pison*. Estos habian cortado tras de sí los puentes: de tanto talento como depravacion, dominaban completamente á sus cómplices. Catilina, principalmente, fué uno de los más malva-

dos en este siglo fecundó en maldades. Los hechos de su juventud pertenecen á los tribunales más bien que á la historia: todo su exterior, su rostro pálido, su mirada extraviada, su andar entre perezoso y precipitado, revelaban un siniestro pasado. Poseía en alto grado las cualidades de jefe de cuadrilla: sufría lo mismo la abundancia que las privaciones; tenía valor, conocimiento de los hombres, la energía del crimen y era maestro en la horrible enseñanza del vicio, que impele á los débiles á caer en él, y despues de su caída los impele al crimen. Con tales elementos, era fácil á hombres que tenían dinero é influencia urdir un complot contra el actual orden de cosas. Catilina, Pison y sus secuaces se prestaban gustosos á secundar toda combinacion que les ofreciese en perspectiva las proscripciones y la abolicion de las deudas. Por otra parte, Catilina aborrecia á la aristocracia, que no habia apoyado su candidatura para el consulado por considerarlo corrompido y peligroso. Satélite de Sila, habia perseguido ántes á la cabeza de sus Galos á los proscritos, habia dado muerte con sus propias manos á un anciano que era cuñado suyo. Pasando ahora al otro campo, estaba dispuesto á hacer otro tanto con sus antiguos amigos. Concluyóse un pacto secreto. Entraban en él más de 400 conjurados, con numerosos afiliados en todas las regiones y en todas las ciudades de Italia. No hay que decir que escribiendo en la bandera de la insurreccion la idea capital de su programa, la supresion de las deudas, verian engrósarse sus filas con una multitud de reclutas suministrados por una juventud completamente deprabada.

Fracaso del primer complot.—Afirman los relatos de aquel tiempo, que, en Diciembre del año 688, creyeron los jefes de la conjuracion llegado el momento de que esta estallase. Los dos cónsules elegidos para el año 689,

Cornelio Sila y *Publio Antonio Peto*, acababan de ser convencidos, en justicia, del crimen de corrupcion electoral, y, con arreglo á los términos de la ley, habian incurrido en la nulidad de su eleccion. Ambos entraron en la conspiracion: los conjurados decidieron que estos hombres ocuparían de grado ó por fuerza, las sillas consulares, lo cual equivalía para los demócratas á apoderarse del poder supremo. De consiguiente, el día 1.º de Enero del año 689, día en que los nuevos cónsules habian de inaugurar su magistratura, debian asaltar la Curia con las armas en la mano, asesinar á los cónsules salientes y á todos los demás personajes designados para la hecatombe, y proclamar á Sila y á Peto, despues de anulada por el pueblo la sentencia que los condenaba. Craso debia ser elevado á la dictadura: César seria jefe de la caballeria, sin duda con la mision de crear una fuerza militar imponente, mientras que Pompeyo estaba léjos peleando en el Cáucaso. Capitanes y soldados, todos estaban comprados, todos tenian la consigna. Apostado Catilina, en el dia prefijado, en un lugar inmediato á la Curia, sólo esperaba la señal que César le habia de transmitir inmediatamente que Craso hiciese cierto movimiento. Esperó en vano: Craso no asistió á la sesion en donde debia decidirse todo, y abortó la insurreccion proyectada. Pactóse un nuevo plan de asesinato en más vasta escala para el 5 de Febrero, y tampoco pudo ejecutarse. Dícese que Catilina dió la señal ántes que hubiesen llegado todos los bandidos que habian de realizar los asesinatos. Transparentábase ya el complot, pero no osaba el gobierno atacar á los conjurados frente á frente, y se contentó con dar á los cónsules guardias personales y oponer al ejército revolucionario bandas pagadas por el Estado. Intentóse alejar á Pison, y se presentó una mocion para enviarle en calidad de cuestor con

poderes pretorianos á la España citerior. Craso apoyó este nombramiento, esperando ganar de este modo á la insurreccion una provincia importante y un utilísimo apoyo. Presentarónse otras proposiciones áun más enérgica, pero fracasaron ante la oposicion de los tribunos.

Tal es el relato tradicional que ha llegado hasta nosotros, el cual reproduce evidentemente la version que circulaba entre los hombres del gobierno. ¿Es verdadero y merece crédito hasta en sus detalles? No es posible decidirlo por falta de medios de comprobacion. El testimonio de los adversarios políticos de Craso y César sobre la cuestion capital de su participacion en el complot, es sin duda una prueba insuficiente. No puede negarse, sin embargo, que en sus actos ostensibles en aquel tiempo se encuentra una concordancia exacta con los manejos secretos que les imputan los aristócratas. ¿Consiste quizá esto en que no obraba ya Craso como revolucionario cuando, siendo censor en este año, intentó inscribir en las listas cívicas á los Transpadanos? ¿Qué pensar de él cuando se le vé dispuesto á inscribir á Chipre y á Egipto en los registros del dominio del pueblo Romano? (1) ¿Y no fué á instigacion de César, cómo en este mismo tiempo (de 689 á 690), llegaron muchos tribunos á pedir al pueblo que le enviase á Egipto para restablecer en el trono al rey Tolomeo, arrojado por los Alejan-

(1) Plut. *Cras.* 43. En este mismo año de 689, se coloca el discurso de Ciceron *de rege Alexandrino* que se refiere sin razon, en nuestro sentir al año 698. Ciceron combate en él, segun muestran los fragmentos que nos quedan, la opinion de Craso, que sostenia que por el testamento del rey Alejandro, el Egipto era una *propiedad* del pueblo Romano. En el año 689, pudo y debió discutirse la cuestion: en el año 698, no tenia ya interés; pues todo lo habia resuelto la ley Julia del año 695. Hay además otras razones que no creemos necesario aducir.

drinos? Estos manejos tienen un patente parentesco con las acusaciones del partido noble. No afirmo nada como cosa cierta; pero tengo por verosímil que habia inteligencias entre Craso y César; que durante la ausencia de Pompeyo, pretendian apoderarse de la dictadura militar; que el Egipto debia servir de pedestal á esta dictadura democrática; que la insurreccion abortada del año 689 debia tender á la realizacion de estos proyectos; y finalmente, que Catilina y Pison no eran más que instrumentos de César y de Craso.

Vuelve á comenzar la conspiracion.—El complot se detuvo por algun tiempo. Las elecciones para el año 690, se verificaron sin que Craso ni César renovasen su tentativa de apoderarse del consulado; pero su abstencion obedeceria sin duda á la candidatura de Lucio César, pariente del jefe de los demócratas, hombre débil y que se movia al antojo de este último. Entre tanto, las noticias llegadas de Oriente precipitaron los acontecimientos. Ya Pompeyo habia reorganizado por completo el Asia Menor y la Armenia. Los estrátegus de la democracia habian demostrado que no podia considerarse como terminada la guerra del Ponto hasta haberse apoderado de Mitrídates; que era necesario perseguirlo al rededor del Mar Negro, guardándose de comprometerse penetrando más hácia el interior de Siria. Pero Pompeyo, sordo á todas estas advertencias, habia abandonado la Armenia en la primavera del año 690, y habia penetrado en la Siria. Eligiendo por su cuartel general el Egipto, no tenian los demócratas un momento que perder: nada era más fácil para Pompeyo, que llegar al Nilo ántes que el César. Permaneciendo en pié la conspiracion del año 688, áun despues de las medidas flojas tomadas para reprimirla, volvió á agitarse en las elecciones consulares para el año 691. Los papeles debian ser

sin duda los mismos, y el plan no habia cambiado en lo más mínimo. Los agitadores se mantuvieron á retaguardia lo mismo que la primera vez. Los candidatos eran el mismo Catilina y *Cayo Antonio*, el hijo más jóven del orador del mismo nombre, y hermano del oficial que habia vuelto de Creta con tan mala fama. Se sabia que podia contarse con Catilina. En cuanto Antonio, silano como aquél en un principio, acusado tambien ante los tribunales por los demócratas, y expulsado del Senado (p. 131), careciendo de energia y de importancia, no teniendo cualidades de mando, agobiado de deudas é insolvente, se hizo de buena gana el más humilde servidor del partido, mediante la promesa de su eleccion para el consulado con todas las ventajas inherentes á esta magistratura. Mediante estos dos hombres, creian los jefes de la conjuracion lograr hacerse dueños del poder, y detener como rehenes á los hijos de Pompeyo que habian permanecido en la capital, y despues se armarian contra el pro-cónsul en Italia y en las provincias. A la primera nueva de haber dado el golpe en Roma, debia el pro-pretor Pison levantar en la España Citerior la bandera de la insurreccion. Si no era posible comunicarse por mar con él por ser Pompeyo dueño del Mediterráneo, se contaba con el concurso de los Transpadanos, esos antiguos clientes de la democracia, entónces en fermentacion violenta, y que serian naturalmente recompensados con el derecho de ciudadanía romana. Contábase además con otras tribus de Galos (1). La conspiracion estendia sus hilos hasta la Mauritania. Uno de los conjurados, un

(1) Los Ambranos (*Ambrani*) no son los *Ambrones* de Liguria, (Plut. *Mar.* 19), quizá hay en esto alguna errata y se trate de los Arvernos.

gran negociante, *Publio Sicio* de Nuceria, á quien el mal estado de sus negocios obligaba á permanecer léjos de Italia, habia reunido en este país y en España un ejército de perdidos, se habia convertido en jefe de partidas, y recorria el Africa Occidental, en donde su comercio le habia proporcionado algunas relaciones.

Eleccion de los cónsules. Es elegido Ciceron en lugar de Catilina.—En las elecciones consulares fué donde el partido desplegó todas sus fuerzas. Prodigando Craso y César el dinero, suyo ó prestado, y poniendo en movimiento á todos sus amigos, se esforzaron en sacar triunfante la candidatura de Antonio y de Catilina: los compañeros de éste hicieron, por su parte, los imposibles para llevar al timon de la República á aquel que todos se los prometia, los cargos públicos y los sacerdocios, los palacios y las quintas de los aristócratas, la abolicion de las deudas, sobre todo, y no dudaban que cumpliria lo prometido. La aristocracia estaba en grande apuro, pues no podia poner candidatos propios. Presentarlos, equivalia á jugarse la cabeza. En otro tiempo, el peligro hubiera atraido á los ciudadanos; pero en la actualidad, la ambicion callaba ante el temor. Los nobles recurrieron al expediente de los débiles, y quisieron combatir la eleccion por medio de una nueva ley contra la venalidad de los votos. La ley fracasó por la intercesion de un tribuno. Fatigados de luchar, reunieron y dieron todos sus votos á un ciudadano que, aunque no les agradaba, era hombre que no podia hacerles daño. Este candidato era Marco Tulio Ciceron, bien conocido por nadar siempre entre dos aguas (1), coqueteando, ya con los demócra-

(1) Nadie lo muestra mejor ni más sencillamente que su propio hermano *Quinto* (de *Petit. cónsul.*, 4, 543). Si se quiere una prueba más, puede leerse, sin perjuicio, el segundo discurso

tas, ya con Pompeyo; echando, aunque de léjos, tiernas miradas á la aristocracia; y poniendo su talento de abogado al servicio de todo acusado de alguna importancia sin distincion de partido ni de persona (¿no habia tenido un dia por cliente al mismo Catilina?): no perteneciendo en el fondo á ningun partido, ó lo que es lo mismo, fiel siempre al partido de los intereses materiales, que tenia vara alta en los pretorios, y concedia sus favores al artista de la palabra, al hombre espiritual (a). En Roma y fuera de Roma, le daban sus muchas relaciones grandes probabilidades frente al desgraciado candidato de los demócratas: votábanle los Pompeyanos y la nobleza, ésta quizá de mal humor. Fué, pues, elegido por una gran mayoría. Los dos candidatos democráticos obtuvieron un número de votos casi igual; pero Antonio obtuvo algunos más que su compañero, gracias á su familia. Los acontecimientos se declaraban contra Catilina, y libraban á Roma de la amenaza de un segundo Cina. Algun tiempo ántes habia sido Pison asesinado en España por su escolta de indígenas, á instigacion, segun se dijo, de Pompeyo, su enemigo político y personal. Con el cónsul Antonio solamente, era imposible emprender nada. Aun ántes de su entrada comun en el cargo, supo romper

contra la ley agraria de *Rulo*, y se verá en el, con interés, cómo el «primer cónsul demócrata» sabe conducir á su querido público y enseñarle «la verdadera democracia.»

(a) Aunque parece que Momsen trata con bastante severidad al príncipe de la elocuencia latina, nótese bien que habla de él como político; y bajo este aspecto, no puede negarse que es censurable la insegura conducta de Cideron, siempre haciendo equilibrios entre César y Pompeyo, entre la democracia y la aristocracia, prosternándose hoy ante el idolo que ayer insultaba. Esto no obstante, Ciceron fué un patriota sincero y murió por la libertad. Su fin le absuelve de sus faltas, y engrandece su vida.

Ciceron el débil lazo que unia al complot á su colega; y renunciando en su favor su derecho de sortear las provincias consulares, le permitió que eligiese por sí el rico y productivo gobierno de Macedonia, con lo que conseguiria pagar sus deudas. De este modo fracasó por segunda vez el golpe preparado por la táctica de los conjurados.

Nuevos proyectos de los conjurados. Moción agraria de Servilio Rulo.—Durante este tiempo, marchaban los acontecimientos en Oriente, y se acumulaba allí una tempestad amenazadora para la democracia. La reorganizacion de la Siria se verificaba con pasmosa rapidez; ya habian salido de Egipto numerosos enviados solicitando la intervencion de Pompeyo, y la incorporacion del país á los dominios de Roma. Todos los dias se esperaba la noticia de que el procónsul habia ido en persona á tomar posesion del valle del Nilo. Por esta razon es, sin duda, por lo que César habia intentado que le enviase allí directamente el pueblo romano, con la mision de prestar auxilio al rey egipcio contra sus súbditos sublevados: tambien él fracasó contra la repugnancia de todos, grandes y pequeños, á todo lo que tendiese á obrar contra el interés de Pompeyo. Este iba á llegar muy pronto, y con él la catástrofe probable; por muchas veces que se hubiera roto la cuerda, era necesario ponerla otra vez tirante. En la ciudad habia una fermentacion sorda: los agitadores tenian frecuentes conferencias, que indicaban alguna nueva trama. De repente se desenmascararon el 10 de Diciembre del año 690, dia de la entrada en el cargo de los tribunos del pueblo. Uno de éstos, *Publio Servilio Rulo*, propuso una ley agraria que debia colocar á los jefes del partido en una situacion tan elevada como aquella en que las leyes Gabinia y Manilia hobian colocado á Pompeyo. El objeto aparente de la rogacion era el siguiente:

fundar en Italia colonias cuyo territorio no fuese adquirido por vía de expropiación, quedando garantidos todos los derechos privados, y recibiendo las recientes ocupaciones ilegítimas el título de plena propiedad. Sólo el territorio arrendado en Campania debía ser dividido en parcelas y colonizado; y para el resto de las asignaciones compraría la República las tierras necesarias en la forma prescrita por el derecho comun. Mas para estas compras era necesario dinero, y debía allegarse vendiendo sucesivamente todos los dominios públicos que aún quedaban en Italia, y primeramente todos los terrenos comunales extra-italicos, es decir, las antiguas posesiones de la *mensa real* en Macedonia, en el Quersoneso de Tracia, en Bitinia, en el Ponto, en la Cirenaica y los territorios de las ciudades completamente incorporadas por derecho de guerra, en España, en Africa, en Sicilia, en Grecia y en Cilicia. Venderiase tambien todo lo que el Estado habia adquirido en bienes muebles é inmuebles, despues del año 666, y que aún estuviese disponible: esta mocion tenia por principal objeto á Chipre y Egipto. Todas las ciudades sujetas, á excepcion de las de derecho latino y algunas otras libres, serian recargadas con diezmos y pesados tributos, con este mismo fin. Por último, y siempre para atender á estas compras, se pondria en garantía el producto de las contribuciones impuestas á las nuevas provincias, á partir del año 692, y el de todo el botin que no estuviese legalmente empleado. En este articulo incluia Rulo todas las fuentes de impuesto abiertas en Oriente por las victorias de Pompeyo, y todos los fondos públicos que habian quedado en sus manos ó en las de los herederos de Sila. Para la ejecucion de este proyecto, se nombrarian *decemviro*s con jurisdiccion é imperium especial, los cuales permanecerian en el cargo durante cinco años, y tendrian á sus órdenes 200 oficiales toma-

dos del orden ecuestre: no podrian ser nombrados decemviro nada más que los candidatos que se presentasen personalmente; por último, en las elecciones sacerdotales, de las 35 tribus no votarian más que 17, designadas por la suerte. Sin necesidad de gran penetracion, se comprende que el futuro colegio decemviral era la copia del gran mando de Pompeyo, con un color ménos exclusivamente militar, á la vez que más democrático. Necesitaba el poder jurisdiccional, teniendo que decidir, entre otras, la cuestion de Egipto, y el poder militar, teniendo que armarse contra Pompeyo: excluyendo la candidatura de los ausentes, se excluia la del gran general: con la disminucion del número de las tribus votantes, sacadas á la suerte y manejadas diestramente, se ponía la eleccion en manos de la democracia.

Tal era la tentativa de Rulo; pero fracasó por completo. La muchedumbre veía que era más cómodo recibir á la sombra, bajo los pórticos de Roma, la annona sacada de los almacenes públicos, que ir á labrar la tierra y á fecundizarla con el sudor de su frente, y acogió friamente la rogacion. Comprendió en seguida que nunca aceptaria Pompeyo un plebiscito que le perjudicaria á todas luces, y que era quizá peligroso entregarse á un partido extremo que jugaba en tales ofertas el todo por el todo. Estando los ánimos en esta situacion no fué difícil al gobierno hacer que fracasara la mocion: Ciceron, el nuevo cónsul, aprovechó la ocasion é hizo valer su talento oratorio, penetrando á traves de las puertas abiertas; los demás tribunos no tuvieron necesidad de intervenir, pues el autor del proyecto lo retiró (1.º de Enero del año 691). En esta tercera campaña, no habia ganado la democracia nada más que el haber aprendido á sus espensas una leccion: por amor ó por miedo, las masas estaban por Pompeyo, y toda mocion que le fuese

hostil sucumbiría seguramente lo mismo que las anteriores.

Armamentos anárquicos en Etruria.—Fatigado de sus estériles candidaturas y del aborto de tantas conjuraciones, resolvió Catilina precipitar bruscamente los acontecimientos y marchar directamente á su fin. Durante el estío tomó todas sus medidas para comenzar la guerra civil. *Fésula*, plaza fuerte situada en medio de Etruria, plagada de hombres arruinados y de conspiradores, y que habia sido 15 años antes el foco de la sublevacion de Lépido, debia ser tambien ahora el cuartel general de la insurreccion. Enviáronse allí grandes sumas de dinero, gracias á la asistencia de muchas damas nobles de Roma afiliadas al complot: acomuláronse en ella soldados y armas, encargándose provisionalmente del mando un antiguo oficial de Sila, Cayo Manio, valiente y sordo á todo excrúpulo de conciencia, y soldado de fortuna si los hubo. Iguales preparativos se hicieron en otros puntos de la Península. Sobrescitados los Transpadanos, parecia que no esperaban más que la señal. En el Brutium, en la costa oriental de Italia, en Capua, en todas partes en donde se habian aglomerado rebaños de esclavos, parece que iba á desencadenarse de repente una rebelion análoga á la de Espartaco. En la misma Roma, se tramaba evidentemente alguna cosa. Al ver la arrogancia provocadora de los deudores, cuando, demandados en justicia, comparecian ante el pretor urbano, se recordaban con pavor las escenas que precedieron al asesinato de Aselion (t. V. p. 371). Apoderóse de los capitalistas un pánico terrible: hubo necesidad de prohibir enérgicamente la exportacion del oro y de la plata y ejercer gran vigilancia en los principales puertos. Los conjurados habian prometido que en las próximas elecciones para el año 692, en las que se presentaba otra vez

Catilina, asesinarían, sin ningún miramiento, al cónsul que dirigiese la votación y á todo competidor que les incomodase, y que conseguirían á toda costa el nombramiento de Catilina, siquiera se necesitase para ello traer á Roma las bandas reunidas en Fésula y en otros puntos, y vencer violentamente la resistencia.

Nuevo fracaso de la candidatura de Catilina.—Ciceron tenía agentes secretos, hombres y mujeres, que le tenían al corriente por momentos de todas las intenciones y movimientos de los conjurados. El día designado para la elección (20 de Octubre), los denunció en pleno Senado, en presencia del principal fautor de la conspiración. Catilina no lo negó, sino que respondió con altanería, que «si el voto del pueblo le era favorable, muy pronto daría él al gran partido de la República que carecía de cabeza, un jefe que destruiría la pequeña y débil facción con sus jefes enfermizos.» Sin embargo, como no había prueba de flagrante delito, no pudo el Senado hacer más que sancionar de antemano y en la forma usual, las medidas extraordinarias dictadas á los magistrados por las circunstancias (21 de Octubre). Iba á empeñarse la lucha electoral, verdadera batalla más bien que elección. Ciceron, por su parte, se había creado una fuerza armada de jóvenes pertenecientes al orden comercial, y cuando llegó el 28 de Octubre, día señalado para la votación, guarnecía aquella fuerza el campo de Marte y lo ocupaba militarmente. Los conjurados no pudieron asesinar al cónsul ni cambiar el éxito de la votación.

Estalla la insurrección en Etruria. Medidas represivas. Los conjurados en Roma. Catilina en Etruria.—Pero ya había estallado la guerra civil. El 27 de Octubre levantó Cayo Manlio sus águilas (llevaba una del tiempo de Mario y de la guerra de los Cimbrios), llamando á sí al ejército insurrecto y convocando á los

bandidos de la montaña y á los campesinos. En sus proclamas, fiel á las tradiciones del partido popular, reclamaba la abolicion de las agobiadoras deudas, y la modificacion de los procedimientos. Cuando el crédito superaba á la fortuna del deudor, llevaba consigo la ley, lo mismo que en otro tiempo, la pérdida de la libertad. Parecia que el vil populacho de Roma, constituyéndose en heredero legítimo de los antiguos plebeyos, y colocándose tumultuosamente en línea de batalla bajo las gloriosas águilas de las guerras cimblicas, queria manchar á la vez el presente y el pasado de la República. Nada resultó, sin embargo, de este alzamiento; y, no teniendo en los demás puntos la conjuracion los jefes que necesitaba, quedaron las cosas reducidas á la vana acumulacion de armas, y á preparativos y reuniones secretas. Esto fué para la República una suerte inesperada. Ante una guerra civil inminente hacia mucho tiempo y abiertamente anunciada, ya fuese por indecision de los gobernantes ó por pesadez de la mohosa máquina del poder, el hecho es que no se habia tomado ninguna disposicion militar. Decidióse, en fin, obrar: se llamaron las milicias á las armas: enviáronse oficiales superiores á todos los puntos importantes de Italia, con objeto de que esterminase la insurreccion naciente: fueron arrojados de Roma los gladiadores esclavos, y se establecieron muchas partidas volantes para impedir los incendios que se temian. Catilina se encontraba muy comprometido. Tenia proyectado que, en el dia de las elecciones, se verificaria la explosion á la vez en Roma y en Etruria: abortando en la ciudad y estallando en la provincia ponia su persona en gran peligro, al mismo tiempo que comprometia el éxito de toda la empresa. No le era posible permanecer en Roma, despues de haberse levantado en armas sus cómplices de Fésula; y sin

embargo, necesitaba, no solo decidir á una acción pronta á los conjurados de la capital, sino tambien ponerlos en movimiento ántes de su partida. Los conocia bastante bien para esperar que obrasen por si mismos. Los principales conjurados eran *Publio Léntulo Sura*, cónsul en 683, espulsado más tarde del Senado, y aspiraba de nuevo á entrar en él, por lo cual habia vuelto á ser pretor; los dos antiguos pretores *Publio Autronio* y *Lucio Casio*, hombres todos incapaces. Léntulo no era más que un aristócrata de lenguaje ampuloso y de grandes pretensiones, tardo para comprender é indeciso para obrar. Autronio se distinguia solo por sus poderosos pulmones y su voz atronadora. En cuanto á Lucio Casio, nadie sabia cómo un personaje tan simple y obtuso se habia mezclado en la conspiracion. Catilina tenia otros cómplices más vigorosos, un senador jóven, Cayo Cetego, y los dos caballeros Lucio Estatilio y Publio Gabinio Capiton; pero no se atrevia á ponerlos al frente de sus bandas, pues hasta en sus filas tenia todavia influencia la gerarquía tradicional: los mismos anarquistas no hubieran creído poder vencer sin ir mandados por un consular ó al ménos por un pretor. Por más apremiante que fuese el llamamiento hecho por el ejército de la insurreccion, y por peligroso que fuese para él permanecer por más tiempo en Roma, cuando ya la insurreccion habia estallado, resolvió, sin embargo, no partir todavia. Acostumbrado á imponerse á fuerza de audacia á sus cobardes adversarios, continuó dejándose ver en pleno Forum y en el Senado: oponiendo la amenaza á la amenaza, «procúrese no conducirme al último extremo, exclamaba; una vez prendido á la casa, habrá que extinguir el fuego bajolas ruinas.» De hecho, nadie, fuese magistrado ó simple ciudadano, osaba ya apoderarse del peligroso conspirador: poco importaba que fuese

acusado de violencias por algun jóven noble: ¿no se resolveria la catástrofe mucho ántes que se sustanciase el proceso? Pero sus proyectos abortarian siempre, porque los agentes del poder habian entrado en masa entre sus cómplices, y habian revelado sucesivamente todos los detalles del complot. Un dia se presentaron los conjurados delante de la fortaleza de Preneste, esperando apoderarse de ella por un golpe de mano; pero se estrellaron contra una guarnicion reforzada y vigilante. No tuvieron mejor éxito las demás tentativas. A pesar de su temeridad y de su audacia, vió Catilina que su partida no podia diferirse mucho; pero ántes, en una última reunion nocturna (del 6 al 7 de Noviembre), decidieron los conjurados á instancias suyas, asesinar á Ciceron, que era el cónsul que dirigia toda la contramina; y, para no ser vendidos, debia verificarse la ejecucion en el acto. En la mañana del 7 de Noviembre, llegaron los asesinos elegidos á llamar á su puerta; pero hallaron la guardia reforzada y se les despidió: los espías del Senado les habian tomado tambien ahora la delantera. Al dia siguiente convocó Ciceron á los senadores. Catilina osó presentarse: balbuceó algunas palabras de defensa en respuesta á las invectivas del cónsul, que reveló al Senado todos los preparativos revolucionarios de los dias precedentes: no se le quiso oir, y quedaron desocupados todos los bancos inmediatos al que él ocupaba. Abandonó en seguida la sesion y marchó á Etruria, como habia anunciado, lo cual hubiera hecho ántes sin la porcion de incidentes ocurridos en Roma. Proclamóse éste allí cónsul, y se puso en expectativa dispuesto á caer con los insurrectos sobre la ciudad á la primera nueva que recibiese de haber estallado la insurreccion esperada. El Senado habia acusado de alta traicion á Catilina y á Manlio, los dos jefes, y á todos aquellos que, en

un plazo determinado, no hubiesen depuesto las armas; y habia llamado nuevas milicias. Pero el ejército dirigido contra Catilina estaba bajo las órdenes del cónsul Cayo Antonio, notoriamente comprometido en la conspiración: ¿marcharía este personaje contra los insurrectos, ó iría, por el contrario, á engrosar sus filas con sus tropas? Todo marchaba al azar. Parece que se le habia querido erigir en un segundo Lépido. Sea como quiera, en Roma no se hizo nada ó se hizo muy poco contra los agitadores que Catilina habia dejado en pos de sí. Todo el mundo los señalaba con el dedo: sabíase que no se habia abandonado el complot, y hasta que habia éste arreglado ántes de su partida los detalles de la ejecucion. Un tribuno debia dar la señal, convocando los comicios: despues, en la noche siguiente, se encargaba Cetego de matar á Ciceron: Gabinio y Estatilio prenderian fuego en doce puntos á la vez; y llegando en este tiempo Catilina con su gente, se restablecerian inmediatamente las comunicaciones entre ellos. Si Cetego habia previsto todo lo necesario, si Léntulo, que se habia convertido en jefe del ejército y de los conspiradores de Roma en ausencia de Catilina, se habia decidido al ataque inmediato, aún podia salir bien la empresa. Pero todos estos hombres eran incapaces y aún más cobardes que sus adversarios, y pasaron los dias y las semanas sin hacer nada.

Pruebas obtenidas y arresto de los principales conjurados.—Dispúsose por último el Senado á tomar medidas decisivas. Lento y minucioso como siempre, y ocultando bajo la apariencia de proyectos de grandes concepciones ó lejanas perspectivas la ineptitud que deja pasar la hora oportuna de la crisis y de la accion, habia Léntulo reanudado sus inteligencias con los diputados de los Galos Alóbroges, que estaban entónces en Roma.

exforzándose en comprometer en el complot á estos representantes, (entrampados tambien hasta los ojos), de una nacion desorganizada. Habíase llegado, al abandonar estos la ciudad, hasta enviar con ellos algunos afiliados y darles cartas para los de fuera. Los Alobroges partieron; pero en la noche del 2 al 3 de Diciembre, fueron detenidos no léjos de las puertas, cogiéndoles todas las cartas y papeles. Vióse entónces que los enviados Galosse habian convertido en espías de la República, y solo habian entrado en la conspiracion para obtener de ella las pruebas tan deseadas por el cónsul y para entregar á sus jefes. Llegada la mañana, decretó Ciceron auto de prision contra los principales; siendo detenidos Léntulo, Cetego, Gabinio y Estatilio, y escapándose otros. Estaba, pues, probada la culpabilidad de todos. Inmediatamente despues del arresto de los primeros, se presentaron al Senado las cartas interceptadas. No era posible desconocer los sellos ni la letra: interrógose á los procesados y á los testigos: se confirmaron todos los cargos, las armas aglomeradas en las casas y las amenazas proferidas en todas partes. Habíase adquirido y comprobado jurídicamente el cuerpo del delito: Ciceron cuidó de que circulasen por el público los más importantes procesos verbales. La irritacion contra los conjurados era universal. Los oligarcas hubieran querido sacar ventajas de las revelaciones que tenian entre sus manos, y exigir estrecha cuenta á la democracia, y principalmente á César; pero divididos como estaban entre sí, no hubieran podido conseguir sus fines como en los tiempos de los dos Gracos y de Saturnino: para ellos no habia mucha distancia entre querer y poder. Por otra parte, los incendios convenidos entre los conjurados habian sublevado á la multitud; para el mercader, para todo hombre que prestase culto á los intereses materia-

les, la guerra entre el deudor y el acreedor degeneraba naturalmente en un duelo á muerte: toda la juventud del partido se apiñaba en derredor del Senado, rugiendo y exasperada, y amenazando, espada en mano, á los cómplices declarados ó encubiertos de Catilina. La conjuración estaba en este momento paralizada: si aún quedaban libres algunos de sus agitadores, todo el estado mayor, todos los encargados de la ejecución de los planes estaban presos ó habían huido; y el ejército reunido en Fesula no podía ya hacer nada, no estando apoyado por una insurrección en Roma.

Deliberaciones en el Senado. Ejecución de los partidarios de Catilina.—En toda República regular, cuando ha terminado la crisis política, todo lo que resta es cuestión del ejército y de los tribunales. Pero tal era el desarreglo del gobierno en Roma, que no se sentía con fuerzas para tener en los calabozos á dos ó tres hombres de la nobleza. Ya comenzaban á agitarse los esclavos, los emancipados de Léntulo y de sus cómplices, detenidos como él, todo se preparaba, según se decía, para arrancarlos por medio de la violencia de las casas en donde estaban detenidos con guardias de vista. Durante las agitaciones anárquicas de los últimos años, habían surgido en la ciudad verdaderos empresarios-destagistas de desórdenes y motines: advertido Catilina de lo que pasaba, estaba á las puertas, y podía á cada momento intentar con sus bandas un golpe de mano. Es imposible decir lo que había de cierto en estos rumores; pero había fundamento para temerlo todo, principalmente cuando, conforme á la ley constitucional, no tenían los cónsules en su poder ni tropas ni policía bastante. Roma pertenecía en realidad á la primera banda que callese sobre ella. Decíase en voz alta que, para impedir las tentativas en favor de los prisioneros, convenia

condenarlos á muerte sin forma de proceso. Pero, al hacer esto, se violaba la ley. Con arreglo á los términos del antiguo y sacrosanto derecho de apelacion al pueblo, para sentenciar á pena capital á un ciudadano, debia reunirse la asamblea popular; ningun magistrado podia suplirla en este oficio; y despues del establecimiento de los tribunales del jurado, habian caido en desuso los juicios públicos y no se habia oido pronunciar la pena de muerte. Ciceron hubiera, pues, preferido resistir á las temibles sugerencias de la opinion. Por excéptico que fuese en punto á derecho, no ignoraba como abogado las ventajas que trae consigo el renombre de liberalismo, miétras que el derramamiento de sangre le conducia á la eterna ruptura con la democracia. Pero todo lo que le rodeaba, y hasta su mujer (la cual pertenecia al buen mundo), le obligaba á coronar por un acto atrevido los servicios que acababa de hacer á la pátria. Entónces el cónsul, teniendo gran cuidado de no parecer débil (ésto es propio de los pusilánimes), y temblando en el fondo ante la temible tarea que se imponia, convocó al Senado; en su perplegidad, le dejó decidir de la vida ó de la muerte de los cuatro prisioneros (1). ¡Conducta verdaderamente inconsecuente! El Senado tenia ménos poderes legales de jurisdiccion que el magistrado supremo, y la responsabilidad legal del acto pertenecia completamente al cónsul: ¿pero desde cuándo la cobardía conoce la lógica? César echó el resto para salvar á los culpables; y su discurso lleno de amenazas disfrazadas

(1) Su alocucion al Senado forma la cuarta catilinaria.—Puede verse en Salustio el discurso de César, uno de los más admirables por su intencion y su elocuencia. El cómplice secreto de los conjurados tenía la ley de su parte. (V. también la *Vida de César*, 4, p. 324).

das y de alusiones á la inevitable y próxima venganza de la democracia, hizo una profunda impresion en todos los espíritus. Ya todos los consulares y la gran mayoría habian opinado por la ejecucion inmediata; y sin embargo hé aquí que la mayor parte, y Ciceron entre ellos, parece que querian volver á las antiguas formas legales. Pero estaba allí Caton, el del espíritu estrecho y arisco, tachando de complicidad á todo aquel que sostuviese un parecer más humano: mostró á sus colegas que estaba dispuesto el motin! para librar á los cautivos: llenó aquellas almas asustadas y vacilantes de un mayor terror; y por último, les arrancó la resolucion favorable á sus deseos. La ejecucion del senado-consulta correspondia al que lo habia puesto á la deliberacion, En la noche del 5 de Diciembre, á una hora avanzada, sacaron á los culpables de las casas en donde se los custodiaba. Atravesaron el Forum, que aún llenaba la multitud, y fueron colocados en la prision, en donde se encerraba ántes á los criminales condenados á muerte. Era éste un sombrío calabozo subterráneo, al pié del capitolio, y que ántes habia sido pozo ó taza de una fuente (*el tulianum*). El cónsul en persona condujo á Léntulo, y los pretores á los demás, todos con buena escolta: nadie intentó librarlos. Nadie sabia lo que se iba á hacer con ellos, si se los colocaba simplemente en un lugar seguro, ó los llevaban al suplicio. En la puerta de la prision fueron entregados á los triumviros que tenian á su cargo las ejecuciones capitales, y, en cuanto se los bajó á los calabozos, fueron inmediatamente degollados á la luz de las antorchas.

De pié cerca de la puerta, habia esperado el cónsul el fin del drama siniestro: al poco volvió á atravesar el Forum, dirigiendo, con su voz clara y bien conocida, á la muchedumbre muda y ansiosa esta simple expresion

«han vivido (*vixerunt*).» El pueblo circuló por las calles hasta media noche, aclamando á Ciceron, á quien se creia deudor de la salvacion de sus casas y de sus bienes. El Senado ordenó publicar una accion de gracias; y los principales de la nobleza, Caton y Quinto Catulo, saludaron con el nombre de «Padre de la pátria,» tributado por primera vez á un ciudadano, al autor de la sentencia ejecutada en el Tulianum. De cualquier modo, este fué un acto cruel, y tanto más cuanto que el pueblo lo estimaba grande y meritorio. Nunca gobierno alguno se mostró ménos á la altura de su mision que la República romana en esta noche fatal en que votando á sangre fria la mayoría del poder y con el asentimiento público, dispuso sin proceso de la vida de presos políticos, culpables sin duda de actos punibles, pero que, hasta entónces no habian incurrido aún en la pena capital; en que se les asesinó á toda prisa, por que no se osaba confiarlos á la prision, porque la policia regular era impotente. La tragedia tiene casi siempre en la historia su lado cómico, y aquí el rasgo que hay que notar es ver que se verifica la crueldad más tiránica por la mano del más inconsecuente y timorato de los hombres de Estado que tuvo Roma: es ver al «primer cósul popular» que tuvo la República; elegido, en cierto modo, para atacar el derecho de apelacion, el *paladium* de las antiguas libertades romanas.

Es vencida la insurreccion en Etruria.—Reprimida la conspiracion en la ciudad aún ántes de haber estallado, faltaba sólo vencer la insurreccion de Etruria. Catilina habia encontrado allí reunidos unos 2.000 hombres próximamente; pero se quintuplicó esta cifra al poco tiempo con los reclutas que llegaban en tropel: ya tenia casi dos legiones completas, de las que sólo una cuarta parte estaba suficientemente armada. Internose en la

montaña, evitando el choque con las tropas de Antonio, pues prefería concluir la organización de su pequeño ejército, y esperar la explosión de la insurrección en Roma. Supóse en estos intermedios el mal éxito de los sucesos, é inmediatamente se desbandaron sus tropas, volviendo á sus casas los ménos comprometidos. Los demás, gente más determinada ó impelida por la desesperación, intentó franquear los Apeninos y huir á la Galia; pero cuando llegaron al pié de la montaña, no léjos de *Pistoya*, se encontraron cogidos, por decirlo así, entre dos fuegos. Delante estaba apostada la división de Quinto Metelo, que había acudido de Ravena y de Ariminum, y defendía las vertientes septentrionales: detrás estaban las legiones de Antonio á quien sus oficiales habían decidido al fin marchar y á hacer la campaña en medio del invierno. Empeñóse la batalla entre los soldados de la República y los insurrectos, en el fondo de un valle estrecho, dominado por altas rocas: en cuanto al cónsul, no quiso ser el ejecutor de la vindicta pública contra su antiguo aliado; y bajo un pretexto cualquiera, había resignado el mando aquel día en *Marco Petreyo*, viejo capitán, encanecido en el ejercicio de las armas. El terreno no ofrecía ventajas al mayor número. Catilina, lo mismo que Petreyo, colocó á vanguardia á sus hombres más seguros: nadie daba ni recibía cuartel. El combate duró mucho tiempo, y por ámbas partes cayeron gran número de valientes. En el momento de venir á las manos había Catilina mandado retirar su caballo y los de todos sus oficiales; mostrando en este día que la naturaleza lo había hecho para un destino poco común, sabiendo mandar como general y combatir como soldado. Por último, Petreyo rompió con su guardia el centro enemigo, al que dispersó, y se volvió á la vez contra las dos alas: su movimiento decidió la vic-

toria. Los cadáveres de los soldados de Catilina cubrían el suelo en número de unos 3.000, perfectamente colocados en su línea de combate: respecto á su jefe y á los demás oficiales, se habian arrojado sobre los Romanos, cuando lo vieron todo perdido, buscando y encontrando allí la muerte (á principios del año 692). Victorioso Antonio, á pesar suyo, recibió del Senado el título de *imperator*, título afrentoso en realidad. Nuevas funciones de accion de gracias atestiguaron que todos, gobernantes y gobernados, se habian acostumbrado ya á la guerra civil.

Craso y César. Su posicion respecto de los anarquistas.—La conspiracion anárquica habia sido ahogada en torrentes de sangre así en Roma como en el resto de Italia: no quedaban de ella más restos que los procesos criminales que diezmaron en Roma y en las ciudades etruscas á los afiliados de la faccion destruida y en que aumentaron las numerosas cuadrillas de ladrones. En el año 694, por ejemplo, fué necesaria la fuerza militar para destruir en las inmediaciones de Turium una partida, formada con los restos de las hordas de Espartaco y del ejército de Catilina. Pero importa hacer constar que el golpe dado á los anarquistas, que maquinaban el incendio de la ciudad ó combatian en Pistoria (Pistoya), no habia alcanzado solo á éstos, sino que habia herido tambien al partido democrático. Por más que no estuviere jurídicamente probado el hecho, sobre todo en lo que concierne á Craso y á César, no es ménos cierto, á los ojos de la historia, que este partido habia entrado en las maquinaciones de la víspera lo mismo que en las del año 688. De que Catulo y los principales senadores hubiesen tratado á César de cómplice, y de que éste hubiera hablado en el Senado contra el asesinato judicial premeditado por la oligarquía, no se deduce en

manera alguna su manifiesta complicidad. Embrollo de partido jamás es prueba; pero vienen, sin embargo, otras circunstancias á pesar en la balanza. Testimonios explícitos é incontestables, muestran á César y á Craso en el primer rango entre los pretores de la candidatura consular de Catilina. Cuando en el año 690 mandó César comparecer ante su tribunal á los agentes de Sila, los condenó á todos, escepto á Catilina que era el más infame. El 3 de Diciembre, cuando Ciceron hacia sus revelaciones y manifestaba al Senado los nombres de los conjurados, no hizo mencion de estos dos personajes; y, sin embargo, es seguro que los denunciadores, además de los que fueron sometidos al interrogatorio, habian tambien hablado de «muchos inocentes» que el cónsul juzgó conveniente borrar de su lista de acusados. Más tarde, al cabo de muchos años, cuando ya no habia las mismas razones para ocultar la verdad, no vaciló en colocar á César entre los conjurados. Habia asimismo una acuscion indirecta, pero clara, en dar á César y á Craso, en su calidad de senadores, dos de los cuatro conjurados detenidos el día 3 de Diciembre, si bien fueron los menos peligrosos, Estacilio y Gabinio, para que los guardase. Si los dejaban escapar, se condenaban á sí mismos ante la opinion pública: reteniéndolos prisioneros, se separaban de sus cómplices, y se comprometian á los ojos de la faccion. Un incidente que ocurrió en el Senado, muestra lo embarazoso de su situacion. Acababa de ser arrestado Léntulo con sus consortes. Un agente de la conspiracion enviado á Catilina y Craso en el camino, fué conducido ante el Senado, en donde, bajo la promesa de impunidad, hizo una confesion circunstanciada. Cuando llegó á la parte más delicada, y ya estaba para nombrar á Craso, como el dador de la comision, le interrumpieron los senadores, y, á propuesta de Ciceron,

se anuló toda la acusación, sin querer llevar más léjos sus indagaciones: despues, á pesar de la amnistia prometida, encerraron al mensajero en una prision, hasta que se retractase, y declarara quién le habia incitado á semejante impostura. Es claro que todose sabia, testigo aquel Sicinio, que, invitado á habérselas con Craso, no se cuidó de «cojer al toro por los cuernos.» La mayoría de los senadores, y entre ellos Ciceron, no querian que la revelaciones pasasen de cierto límite. Fuera de la Curia, no se tenia tantos miramientos: los jóvenes llamados á las armas contra los incendiarios, le tenian más ganas á César que á todos los demás. El 5 de Diciembre, á su salida del Senado, le rodearon, poniéndole en el pecho las puntas de sus espadas, y faltó poco para que perdiese entónces la vida, en el mismo lugar en donde caerá 16 años despues bajo los golpes de otros asesinos: á partir de este dia, no volvió á presentarse en la Curia. Concluyamos: siguiendo y estudiando la marcha de toda la conspiracion, no es posible desecher la sospecha de que detrás de Catilina habia hombres de mucha valía. Fuertes con la falta de pruebas jurídicas y completas, con la tibieza ó la cobardía de un Senado que medio ignoraba el estado de las cosas, y siempre dispuesto á aprovechar la ocasion para no hacer nada, habian impedido estos hombres que el magistrado obrase con vigor, y proporcionado al jefe de los insurrectos los medios de una libre partida; y cuando se declaró la guerra, y se envió un ejército contra los rebeldes, se hizo todo lo posible para que se convirtiese en ejército auxiliar de la rebelion. Por fin, como si no fuese bastante el suceso del complot para mostrarnos que los hilos de la trama estaban en manos más diestras que las de Léntulo y Catilina, no podemos pasar en silencio la conducta ulterior de César. Mucho tiempo des-

pues, cuando se encuentre en la cima del poder, le veremos mantener estrecha alianza con los pocos partidarios de Catilina que aún vivían, con *Públio Sicio*, que era jefe de partida en Mauritania. Sus leyes sobre el crédito y las deudas llevaron el sello de la templanza que se pedía en las proclamas de Manlio. Hé aquí muchos indicios y muy claros; además, aunque éstos faltasen, se vé claramente que la democracia, agobiada y abatida ante el poder militar que había crecido á su lado y que era ahora más amenazador que nunca, debía ir á buscar su salvacion hasta en las maquinaciones subterráneas, hasta en la alianza con la anarquía. Habíase llegado á un estado de cosas muy parecido al de los tiempos de Cina. Miétras que Pompeyo, como ántes Sila, dominaba en Oriente, se esforzaban Craso y César en crear en Italia una fuerza que oponerle, pero decididos á servirse de ella mejor que aquéllos si era posible. ¿Era necesario, para conseguir este fin, pasar por el terrorismo y la anarquía? Pues Catilina era su hombre. Naturalmente, y por decencia, permanecían ellos en segunda fila, dejando el papel más feo á manos más súcías, pero contando con apoderarse más tarde del terreno político conquistado. La empresa fracasó, y todos los conspiradores nobles ocultaron por cuantos medios estuvieron á su alcance su juego de la vispera. Por último, cuando muchos años despues el conspirador de hoy será á su vez objeto de maquinaciones, se procurará hacer más denso el velo que cubre estos años sombríos de la vida del grande hombre: hasta tendrá apologistas que escribirán libros para él (1).

(1) Me refiero al *Catilina* de Salustio, escrito por un *cesariano* de profesion, y publicado en el año 708, ya durante la regencia de César, ya durante el triumvirato de sus hombres. Este libro

Completo abatimiento del partido democrático.—

Entre tanto, hacia ya cinco años que Pompeyo estaba en Oriente, á la cabeza del ejército y de la escuadra: hacia cinco años que la democracia conspiraba en Roma para derribarle: su mal éxito era suficiente para desanimarla. Despues de indecibles esfuerzos, no habia adelantado nada: léjos de esto habia perdido mucho moral y materialmente. Ya la coalicion del año 683 habia traído sus sinsabores para los verdaderos demócratas, por más que, en esta ocasion, habia la democracia pactado solo con dos de los principales del otro partido, y les habia impuesto su programa. En la actualidad, se habia aliado con una banda de asesinos y de tramposos, tráfugas casi todos del campo de la aristocracia; y habia tenido, siquiera fuese por poco tiempo, que aceptar su plan de operaciones, con el terrorismo de los tristes dias de Cina. Enagenóse inmediatamente el partido de los intereses materiales, ese elemento tan importante de la coalicion del año 683: viéndose perdido, se arrojó en los brazos de los optímates y de todos los que quisieran y pudieran defenderle contra la anarquía. Por poco hostil que se mostrase al motin la multitud de las calles, no le gustaba,

es toda una defensa política. En él habla el autor al honor del partido democrático, que era ya el fundamento de la monarquía romana: empéñase en lavar la memoria de César de una mancha negra, y en mostrar blanco como la nieve al tío del triumviro Marco Antonio, lo mismo que en *Yugurta* habia querido Salustio presentar á las claras las miserias del régimen oligárquico, y celebrar á Cayo Mario, el corifeo de la democracia. De que como escritor hábil supiese disimular sus tendencias apologéticas ó acusadoras, no se sigue en manera alguna que sus libros, por más que sean admirables, dejen de tener cierto espíritu de partido. Remitimos á nuestros lectores á los autores originales, á Salustio, á Ciceron, á Suetonio y á Plutarco. (Vidas de César, Ciceron, Craso y Caton el jóven).

sin embargo, que le quemaran las casas en que se albergaba, y se mostró tibia. Circunstancia notable: en este mismo año (691), se habia restablecido por completo, mediante un senado-consulta y á propuesta de Caton, la *annona semproniana*. La alianza de los jefes de los demócratas con la anarquía, habia separado de ellos la masa de los ciudadanos de Roma, y la oligarquía intentó, y con cierto éxito momentáneo, ensanchar el cisma, y atraer el pueblo á su causa. Iba á volver, por fin, Pompeyo medio advertido y medio irritado por todas estas maquinaciones: despues de todo lo que habia pasado, despues que los demócratas habian roto en realidad los lazos que con él los unian, no podian exigirle que no hiriese con su espada á aquel poder que él habia elevado tan alto, por más que se elevase, al propio tiempo, á sí mismo. De este modo se habia deshonrado y debilitado la causa de la democracia: descubierta por completo, sin direccion y sin energía, sucumbia bajo el ridículo. Miéntas no hubo más tarea que humillar al medio muerto régimen oligárquico, ó agitarse en frívolos manejos, fué grande y fuerte; pero cayó á su vez por tierra en el momento que quiso conseguir el objeto político tan codiciado. Sus relaciones con Pompeyo eran falsas: acumulando alabanzas y homerajes, urdia contra él intriga sobre intriga, que desaparecian una tras otra, y se desacian como burbujas de jabon. El capitán general de mar y tierra, lejos de defenderse, aparentaba desconocer estos manejos; y sus victorias sobre los demócratas recuerdan á Hércules aplastando con su maza á los Pigmeos. Intentaron un dia atizar el incendio de la guerra civil, pero no lo consiguieron: si la faccion anárquica hubiese desplegado más vigor, hubiera indudablemente la democracia pura tomado á sueldo sus bandas: pero no hubiera sabido conducir las ni salvarlas, ni morir con

ellas. De este modo fué como la vieja oligarquía, este cuerpo medio muerto, reanimado con las masas procedentes del otro campo, encontrándose con Pompeyo en el terreno de un interés manifiestamente comun, habia recobrado fuerzas, rechazado la tentativa revolucionaria y conseguido su última victoria. Durante este tiempo, habia muerto ya Mitrídates y se habia terminado la organizacion de Asia Menor y de Siria. Esperábase por momentos, en Italia, el regreso del procónsul. Estaba, pues, próxima la hora decisiva: pero entre el *imperator* que volvia radiante de gloria y más poderoso que nunca, y la democracia abatida, debilitada y casi disuelta, ¿qué partido habian de tomar sus jefes? Craso comenzó á preparar el embarco de su familia y sus riquezas, para ir á buscar un asilo en Oriente; el mismo César, esa naturaleza llena de energía y de soluciones, parece que tuvo por pérdida la partida. Este mismo año se presentó candidato al gran pontificado: cuando salió de su casa la mañana de la eleccion, se le oyó exclamar que, sino triunfaba, no volveria á pasar aquellos humbrales.

CAPITULO VI.

REGRESO DE POMPEYO. COALICION DE LOS PRETENDIENTES.—Pompeyo en Oriente.—Los adversarios del futuro monarca.—Mision de Népote en Roma.—Pompeyo frente á los partidos.—Ruptura de Pompeyo con la aristocracia.—Regreso de Pompeyo. Nueva anulacion de Pompeyo. Engrandecimiento de César.—Segunda coalicion entre Pompeyo, César y Craso.—Revolucion en la fortuna de César.—César, cónsul.—Ley agraria de César.—Oposicion de la aristocracia.—Votacion de la ley agraria.—Resistencia pasiva de los aristócratas. César nombrado prócnsul en las dos Galias.—Medidas de seguridad tomadas por los coaligados.—Situacion de la aristocracia.—Alejamiento de Caton y de Ciceron.

Pompeyo en Oriente.—Cuando, cumplida su mision en Oriente, volvió Pompeyo sus miradas hácia su pátria, vió que por segunda vez estaba en su mano la diadema. Hacia mucho tiempo que la marcha de la República la conducia á la catástrofe: era evidente para todo espectador imparcial, y se habia predicho muchas veces, que el dia en que cayese la aristocracia, vendria necesariamente la monarquía. El Senado estaba espirando, atacado á la vez por la oposicion liberal y por la dictadura de las armas; y, al comenzar el nuevo orden de cosas, solo se trataba ya de la consagracion de personas nuevas, da nombres y de formas. Exactamente indicados en el movimiento semi-democrático y semi-militar, habían

acabado los acontecimientos, en los cinco últimos años, el ya antiguo trabajo de la trasformacion política. En Asia, en estas provincias que se obstinaban en ver un rey en todo reorganizador procedente de Roma, que le veneraban lo mismo que á un sucesor de Alejandro, y trataban como príncipes á sus emancipados predilectos, habia asentado Pompeyo los fundamentos de su prepotencia: ejército, tesoro, aureola de gloria, todo lo que necesitaba el futuro monarca de Roma, lo habia encontrado allí el general; y hasta las maquinaciones anárquicas de la capital, duplicadas por la guerra civil, hacian sentir cruelmente á todo el que conocia los negocios públicos ó prestaba siquiera culto á los intereses materiales, cuán expuesto dejaba el Estado á la tiranía cruel y ridícula de los caballeros de industria de la política, un régimen sin autoridad, sin fuerza armada á sus inmediatas órdenes, el régimen senatorial, en una palabra, y cuán inevitable era entónces la revolucion constitucional que supiese asociar la espada al poder civil. Sin esto, no podia subsistir la sociedad. Mientras que en Oriente se habia constituido el poder, se levantaba el trono en Italia: segun todas las apariencias, el año 692 iba á ser el último de la República y el primero de la Monarquía.

Los adversarios del futuro monarca.—Era, sin embargo, necesario luchar en todas partes ántes de conseguir el fin. Una constitucion que contaba ya cinco siglos de antigüedad, habia convertido la pequeña y oscura ciudad de las orillas del Tíber, en una capital magnífica y prodigiosa; las raíces de esta constitucion habian penetrado hasta una profundidad desconocida, y no podia decirse hasta qué capas sociales tendria que profundizar la tentativa revolucionaria. En la liza abierta á los competidores, se habia adelantado á todos Pompe-

yo, aunque no los habia vencido por completo. Debia prever la coalicion de todos los elementos hostiles á su nuevo poder: iba á tener en frente á Quinto Catulo y Marco Caton, al lado de Marco Craso, Cayo César y Tito Labieno. Sea como quiera, por más que la lucha fuese inevitable y séria, no podia empeñarse bajo mejores auspicios. ¿No era completamente verosímil que, bajo la reciente impresion de la insurreccion de Catilina, se colocaria todo el partido del justo medio al lado de un poder que prometiese orden y seguridad, siquiera fuese á espensas de las libertades públicas, que la masa de los capitalistas, cuidadosos únicamente de sus intereses materiales, que una parte de la aristocracia, políticamente desorganizada, y sin esperanza para sí misma, aceptaria de buen grado toda transaccion oportuna, que les garantizara, por mano del príncipe, la riqueza, el rango y la influencia? Por último, rendida bajo el peso de los recientes golpes, se acomodaria una fraccion de la demagogia con un jefe militar, elevado hasta el trono, en cuanto pudiese conseguir la realizacion de una parte de sus deseos. Por lo demás, cualquiera que fuese el estado de los partidos en general, iba á depender todo de la actitud que éstos adoptasen en Italia, así respecto de las legiones victoriosas como de Pompeyo. Al volver Sila á Roma, veinte años ántes, despues de haber estipulado con Mitridates una paz que él juzgaba necesaria, se vió frente á una inmensa fraccion liberal, que estaba armándose hacia mucho tiempo, incluyendo en sí los aristócratas moderados, á los especuladores de opiniones avanzadas y á los anarquistas. Sin embargo, con sus cinco legiones solas habia sabido verificar una restauracion contraria al curso natural de las cosas. Mucho ménos difícil era la tarea para Pompeyo. Este volvia despues de haber cumplido á conciencia las diversas misio-

nes de que se habia encargado. No podia temer ninguna oposicion seria á no ser del lado de los partidos extremos, impotentes aisladamente, y que, si se unian, no resultaria más que una coalicion de facciones, que se harian una guerra encarnizada, ó que estarian á lo ménos separadas por un abismo. Esta oposicion no tenia armas, ejército ni cabeza: no tenia ninguna organizacion en Italia, ni en provincias apoyo alguno, y tenia que buscar todavía su general. ¿Dónde hallar en sus filas un capitán de renombre, un oficial bastante osado para llamar á los ciudadanos á las armas contra Pompeyo? Además, no se olvide que hacia sesenta años estaba arrojando lava y llamas el volcan de la Revolucion. Se habia, pues, agotado su foco é iba á extinguirse. Era más que dudoso que se pudiera hoy conseguir sublevar á los Itálicos por una causa y por determinados intereses, que fueron otras veces una palanca poderosa en manos de Cina y de Carbon. Si Pompeyo ponía empeño en ello, se asistiría pronto á un cambio de régimen, que la marcha de la política señalaba como un acontecimiento natural y, en cierto modo, necesario.

Mision de Nepote en Roma.—Pompeyo habia elegido una ocasion oportuna cuando habia hecho que lo mandaran á Oriente, y parecia querer seguir su camino. En el Otoño del año 691, salió *Quinto Metelo Nepote* del campamento del procónsul, y vino á Roma á solicitar el tribunado, diciendo en alta voz que, una vez nombrado, prepararia la candidatura de su general para consulado del año 693, y que despues haria que le encomendasen por un plebiscito expreso, el mando de la guerra contra Catilina. La agitacion era grande en Roma. No podia dudarse que Nepote obraba por instrucciones directas ó indirectas de su general. Al querer entrar aquél en Italia á la cabeza de sus legiones de Asia, revestido del impe-

rium, y ejerciendo el poder supremo en lo civil y en lo militar, daba éste manifiestamente un paso más en el camino del trono. El envío de Nepote era el anuncio oficial de la monarquía.

Pompeyo frente á los partidos.—¿Qué conducta iban á seguir los dos grandes partidos políticos en semejantes circunstancias? De esto dependía su posición en el porvenir y la suerte del pueblo romano. Por otra parte, la acogida que encontrase en Nepote, dependería de las relaciones que hubiese entre los partidos y Pompeyo, relaciones de una naturaleza enteramente particular. Al partir para Oriente, era Pompeyo el general de la democracia. Por más que tubiese muchos motivos de disgusto contra César y sus amigos, aún no habían roto por completo. Creo probable que, lejos de los lugares, fija su atención en otros cuidados, y no muy hábil en los asuntos políticos, no había, hasta este momento, medido en toda su extensión las tramas urdidas contra él por los demócratas: quizá, en fin, desde lo alto de su soberbia de cortos alcances, quería ignorar los trabajos que se hacían para minarle el terreno. Agréguese á esto, que la democracia prodigaba á cada momento al grande héroe testimonios exteriores de admiración y respeto: adulación irresistible para un hombre de carácter, que la víspera misma, en el año 691, le había colmado, espontáneamente y mediante un plebiscito, de honores é insignias gloriosas. Pero, aunque no hubiese mediado todo esto, aún estaba en su interés bien entendido el continuar siendo amigo del partido popular. Entre la democracia y la monarquía hay cierta estrecha afinidad; y en el momento en que el general quería apoderarse de la corona, necesitaba erigirse en campeón de las libertades. Luego concurrían motivos personales y políticos á mantener la alianza entre Pompeyo y los jefes de la democracia. Por

otra parte, no se habia hecho nada para colmar el abismo que, desde su entrada en el campo democrático, le separaba de los Silanos, sus antiguos amigos. Su querrela con Metelo y con Lúculo, habian sublevado sus respectivas pandillas, á la vez numerosas é influyentes. La oposicion mezquina del Senado, tanto más irritante cuanto que se dirigia á un hombre en el que todo eran pequeñeces, le habia seguido en todo el curso de sus campañas. Este sufría cruelmente, porque el Senado no habia hecho nada para honrar en él dignamente al hombre de génio extraordinario, ó mejor dicho, para recompensarle extraordinariamente. No olvidemos tampoco que la aristocracia se enorgullecia con su victoria de la víspera; que la democracia se sentía humillada, y que, teniendo la primera por guia á Caton, el más testarudo de los hombres, la democracia, por el contrario, obedecía á Cesar, el más astuto que se ha conocido para dirigir una intriga.

Ruptura de Pompeyo y de la aristocracia.—Estábase en esto, cuando llegó á Roma el enviado de Pompeyo. La aristocracia no solo vió una declacion de guerra contra el órden establecido, en las proposiciones de que aquél era portador, sino que las recibió abiertamente como tales y no disimuló sus inquietudes ni su mal humor. Con el fin expreso de combatirlas, hizose elegir Marco Caton tribuno del pueblo con Nepote, y rechazó brutalmente los esfuerzos de Pompeyo que queria atraerselo. Nepote entónces se mostró, como puede suponerse poco dispuesto á guardar miramientos á los aristócratas; y se separó del lado de sus adversarios tanto más fácilmente, cuanto que éstos, dóciles como siempre, aceptaron lo que no podian impedir, y ántes que vérselos arrebatar por las armas, le concedieron amigablemente el generalato de Italia y el consulado. Manifestóse muy

pronto una cordial inteligencia. De acuerdo Nepote con los demócratas (Diciembre del año 691), censuró las ejecuciones recientes votadas por el Senado, y los asesinatos judiciales atentatorios á la ley constitucional; y lo mismo pensaba Pompeyo, su señor y su maestro, Pompeyo, que, á la extensa apologia que le envió Ciceron, solo respondió por un silencio significativo. En este mismo tiempo, comenzando César su pretura pedia á Catulo cuentas de las sumas malversadas con motivo de la reconstrucción del templo Capitolino, y confiaba su terminación á Pompeyo. Este primer acto era un golpe de partido. Dirigiendo Catulo estos trabajos hacia ya 16 años, parecia querer perpetuarse en este cargo durante toda su vida: apoyándose en abusos cometidos en el ejercicio de un mandato público y único que protegía la importancia del personaje oficial, entabló César una acusacion completamente fundada, al mismo tiempo que muy popular. Sugeríase á Pompeyo la ambicion de borrar el nombre de Catulo de aquellos muros, monumento el más noble de la más noble ciudad del mundo, é inscribir el suyo en su lugar: cosa en extremo codiciada y que en nada perjudicaba á la democracia, pues si bien los honores que se le concedian estaban excesivos, eran sin embargo vanos. Por último, indisponíasele con la aristocracia, que no toleraría en manera alguna la humillacion de su mejor capitán.

Nepote presentó ante el pueblo las mociones concebidas en interés de su general; pero el día de la votacion opusieron su *veto* Caton y su amigo y colega *Quinto Minucio*. Nepote no hizo caso y continuó su lectura: prodújose entónces una verdadera pelea. Caton y Minucio se arrojaron sobre su colega, obligándole á detenerse; pero acudió en seguida una porcion de gente armada que le libró y arrojó á los aristócratas del Forum. Caton

y Municio volvieron entónces á la carga acompañados tambien de hombres con armas, y quedaron dueños del campo de batalla. Alentado por esta victoria de sus partidarios sobre la faccion contraria, suspendió el Senado de sus cargos al tribuno Nepote y al pretor César (este habia apoyado la mocion con todas sus fuerzas), y hasta se propuso su destitucion; pero Caton se opuso á tal medida, no tanto por anticonstitucional, quanto por inoportuna: por otra parte, sin preocuparse César de la suspension pronunciada, continuaba ejerciendo su cargo, esperando que el Senado emplease contra él la fuerza. En el momento que las masas supieron lo que pasaba, se aglomeraron delante de su casa, ofreciéndole sus servicios; solo dependia de él el comenzar inmediatamente la lucha en las calles, ó por lo ménos, sostener las proposiciones de Nepote, y hacer que se diese á Pompeyo el mando militar de Italia que tanto deseaba. Pero como nada de esto favorecia sus planes, invitó á los grupos á que se disolviesen, despues de lo cual retiró el Senado su sentencia. En cuanto á Nepote, habiéndosele suspendido en su cargo, habia abandonado á Roma, y, embarcándose para Asia, fué á dar cuenta á Pompeyo de los tristes resultados de su embajada.

Regreso de Pompeyo.—Las cosas marchaban á medida del deseo del general de Asia. Si el camino del trono pasaba necesariamente por la guerra civil, en cambio la incurable tonteria de Caton suministraba los mejores pretextos para comenzarla. Despues de la ilegal condenacion de los partidarios de Catilina, despues de las inauditas violencias cometidas contra un tribuno del pueblo, contra un Metelo Nepote, podia desenvainar la espada contra la aristocrácia, erigirse en defensor del derecho de apelacion al pueblo y de la inviolabilidad del tribuno, esos dos escudos de las libertades de la República

romana, y al mismo tiempo, como amigo de la causa del orden, marchar contra las bandas de los partidarios de Catilina. Parecía imposible que no aprovecharse la ocasion, ó que fuese segunda vez, con los ojos abiertos, ó arrojarse en la red en que le habian cogido en el año 684 licenciando su ejército, y de la que le habia sacado al fin la ley Gabinia. Pues bien, cuando no tenia que hacer más que coger la corona real y colocarla en su cabeza, cuando la codiciaba con toda su alma, le faltó el valor y la fuerza en el momento oportuno. Hombre ordinario en todo, excepto en sus ambiciones, soñaba por encima de la ley; pero á condicion de que se realizase su sueño sin salirse él del terreno legal. Ya sus vacilaciones, áun estando en Asia, hacian presentir su conducta. Nada más fácil, si él hubiera querido, que entrar, en Enero del año 692, con una escuadra y un ejército en el puerto de Brindis, y recibir allí á Nepote; pero se mantuvo en Asia durante todo el invierno: retraso funesto y de que se aprovechó la aristocracia. Utilizólo hasta donde pudo, precipitó la guerra contra Catilina y destruyó sus bandas; y ¿á qué razones podria apelar ahora para mantener en pié de guerra las legiones al volver á Italia? Para un hombre de tal carácter, que no tenia fé en sí mismo ni en su estrella, que, en su vida pública completamente unida al formalismo legal, necesitaba, para obrar, un pretesto casi más bien que un derecho, la destruccion de Catilina le hubiera servido á las mil maravillas. Además contaba Pompeyo con que, áun licenciados sus soldados, permanecerian en cierto modo bajo su mando; en caso de necesidad, sabia, antes que todo otro jefe de partido, poner un nuevo ejército en campaña; parecíale además que la democracia prosternada no esperaba más que su señal para obedecerle, y que para desacerse de un Senado intratable, no

necesitaba emplear la espada. Estas razones que tenían algo de verdaderas, con otras muchas del mismo género, debían parecer plausibles á quien buscaba un pretexto para engañarse á sí mismo. Sobrepúsose además, en último caso, su naturaleza tímida. Era de esos hombres que son capaces de un crimen pero que no osan aparecer insubordinados: y, por otra parte, no era más que un soldado, en el bueno y en el mal sentido de la palabra. A los espíritus grandes se imponen la ley como una necesidad moral: para los espíritus medianos, no es más que la regla tradicional y cotidiana: por esto es por lo que la disciplina militar, en la que se convierte la ley en hábito, más que en cualquier otra cosa, liga á los indecisos con un lazo mágico. ¿Cuántas veces no hemos visto al soldado, premeditando la insubordinación contra su jefe, entrar por sí mismo sumiso en las filas y obedecer la voz de mando? Este sentimiento experimentaron *Lafallet* y *Dumouriez* cuando vacilaron á última hora en hacer traición, y por lo que no consiguieron el triunfo. Tampoco supo Pompeyo sustraerse á ella.

Sea como quiera, en el otoño del año 692, se hizo á la vela para Italia; y mientras que todo se preparaba en Roma, para recibir al nuevo monarca, hé aquí que llega la nueva de que, apénas ha desembarcado en Brindis, ha licenciado el general sus legiones, y que, seguido sólo de algunos hombres, se había puesto en camino para la capital. Si hay dicha en poder ceñir sin trabajo una corona, es necesario confesar que nunca hizo el destino tanto por un mortal, como había hecho en esta ocasión por Pompeyo; pero á quien no tiene valor, prodigan en vano los dioses sus dones y sus favores.

Nueva anulacion de Pompeyo.—Los partidos respiraron. Pompeyo abdicaba por segunda vez, y libres sus contrincantes podían volver á entrar en la liza, en don-

de, cosa singular, iba él mismo á mostrarse de nuevo. Volvió á vérsese en Roma en Enero del año 693. Su posición era falsa y vacilante entre los partidos, hasta el punto de que por irrisión se le llamaba *Cneo Ciceron*. Habia tenido la habilidad de malquistarse con todos. Los anarquistas veían en él un adversario, los demócratas un amigo incómodo, Marco Craso un rival, la clase rica un protector dudoso, los aristócratas un enemigo declarado (1). Era más que nunca omnipotente: su clientela militar se extendía por toda Italia. Su influencia en las provincias, sobre todo en las del Este, su renombre de capitán y sus inmensas riquezas, le daban una importancia que nadie podía igualar. Sin embargo, en lugar del entusiasmo que esperaba, no halló más que una recepción fría, siéndolo aún más la acogida hecha á sus exigencias. Reclamaba para sí, como habia anunciado por boca de Nepote, un segundo consulado, y naturalmente, la confirmación de todo lo hecho por él en Oriente, y por último, el cumplimiento de las promesas que habia hecho á sus soldados, á saber, las asignaciones de tierras. A todo esto, contestó el Senado por una oposición sistemática, fomentada principalmente por los rencores personales de Lúculo y de Metelo el Crético, por la antigua rivalidad de Craso y por los absurdos escrúpulos de Catón. Negósele secamente el segundo consulado. Estando ya en camino, le habia negado el Senado su primera pretensión á la elección consular para el año 693 hasta que llegase á la ciudad: ménos podía esperar que le dispensasen del cumplimiento de la ley

(1) Cicerón refiere la impresión producida en Roma por su primer discurso (*Ad Attic. 1, 14*): «Prima contio Pompei non jucunda miseris, inanis improbis (demócratas), beatis (ricos): non grata. bonis (aristócratas) non gravis: itaque frigabet.»

Silana, que prohibia las segundas candidaturas. Por lo que á la organizacion provincial respecta, deseaba pura y simplemente una aprobacion general: Lúculo hizo decidir que se deliberaría y votaria especialmente sobre cada una de las medidas adoptadas. Esto era abrir el campo á una infinidad de cuestiones, y prepararle mil derrotas. El Senado ratificó en conjunto la promesa de asignaciones para los soldados del ejército de Asia; pero extendió el beneficio á las legiones cretenses de Metelo; y lo que es peor, estando vacías las cajas de la República, y no queriendo los senadores echar mano para tales larguezas á los dominios disponibles, no se llevó á cabo inmediatamente la ejecucion. Pompeyo desesperó de vencer jamás la tenaz y maligna oposicion de la Curia, y se volvió hácia el pueblo. Pero tambien aquí fracasó. Sin marchar abiertamente contra él, tenían los jefes del partido democrático otros asuntos en que pensar, que en exponer sus intereses, y se mantuvieron á la expectativa. En cuanto á sus instrumentos y á sus hechuras, como los cónsules *Marco Papio Pison*, elegido para el año 693, y Lucio Afranio para el año 694 que debian su nombramiento á su influencia ó á su dinero, fueron tan torpes como inútiles. Por último, habiendo propuesto un dia un tribuno del pueblo, la mocion no apoyada por los demócratas y combatida públicamente por los aristócratas, sólo reunió una escasa minoría de votos (á principios del año 694). Entre tanto, echábala Pompeyo de demagogo, pero sin habilidad y sin éxito: perdía en consideracion sin conseguir sus fines. Pompeyo se habia suicidado. Uno de sus adversarios pintaba en una sola frase su situacion política: «Pompeyo, exclama, no ha cuidado más que de guardar silenciosamente su pobre toga bordada» (la toga triunfal). No le quedaba más recurso que irritarse.

Elevacion de César.—Presentóse entónces otra combinacion. El jefe de los demócratas habia sabido obrar y aprovechar los dias de calma política que siguieron á la llegada del hasta entónces omnipotente general. En los momentos en que éste abandonaba el Asia, no superaba en mucho la importancia de César á la que la vispera tenia Catilina: no era más que el jefe de una faccion que degeneraba en un club de conspiradores; no era más que un hombre agobiado por las deudas. Al salir de la pretura, fué promovido al gobierno de la España Ulterior: gracias á su nueva posicion, pudo pagar á sus acreedores, y preparar los fundamentos de su gloria y de su influencia militar. Habiale ayudado su antiguo amigo y aliado Craso, esperando hallar en él contra Pompeyo el punto de apoyo que habia perdido en la persona de Pison, y áun ántes de que partiese para su provincia, le habia descargado de sus más pesadas deudas. Por último, durante su corta permanencia en España, trabajó César enérgicamente en su futura fortuna. En el año 694, volvió con sus cofres bien preparados, y fué saludado *Imperator*, con bastantes títulos para aspirar á los honores del triunfo, y solicitando el consulado para el año siguiente: mas como el Senado le prohibiese presentar su candidatura estando ausente, renunció al triunfo sin vacilar. Hacia muchos años que la democracia luchaba por elevar uno de los suyos á la funcion suprema: de aquí á apoderarse del poder militar, no habia más que un paso. Hacia tambien muchos años que los hombres ilustrados de todos los partidos comprendian que no era dado á la agitacion civil terminar la lucha, y que solo la espada podia arreglarlo todo. Por otra parte, aunque la coalicion de los demócratas y de los principales jefes del ejército hubiese puesto término á la supremacia del Senado, no podia tener nunca nada más que una sa-

lida, la subordinacion completa del elemento popular al militar. Si el partido queria dominar, necesitaba, no aliarse con generales pertenecientes al otro campo y hostiles á él por consiguiente, sino hacer generales á sus propios jefes. Las tentativas abortadas de Catilina no habian tenido otro objeto: tampoco habian sido más afortunadas las que se habian hecho para buscar una posicion militar en España ó en Egipto. Por último, en la actualidad se ofrecia la ocasion de asegurar por medios pacíficos y constitucionales el consulado al hombre más notable del partido, de fundar, propiamente hablando, la dinastia democrática y emanciparse de Pompeyo, aliado equívoco y peligroso.

Segunda coalicion entre Pompeyo, César y Craso.— Pero, cuanto más importaba al partido entrar en este camino (que era la única aunque no la mejor salida) con serias probabilidades de éxito, tanto más habia que esperar en la encarnizada resistencia de sus adversarios. ¿Qué enemigos tenia delante de sí? Esta era toda la cuestion. Abandonada á sus fuerzas, no era temible la aristocracia, pero en la caida de Catilina se habia visto lo que aún podia hacer, desde el momento en que tenia el apoyo más ó ménos declarado del partido de los intereses materiales, y de los partidarios de Pompeyo. Habia derrotado muchas veces la candidatura de Catilina, y podia asegurarse que intentaba hacerlo mismo en la de César; por más que este triunfara, aún no estaba ganada la partida. Necesitaba por lo ménos muchos años de un mando activo ejercido sin obstáculo fuera de Italia, para crearse una buena posicion militar; pero durante estos tiempos preparatorios, recurria la nobleza á todos los medios para contrarestar sus planes. ¿Qué hacer, pues, para aislar la aristocracia como se habia hecho en los años 683 y 684? Ofrecíase naturalmente una idea: la

de una nueva alianza, sólidamente fundada en el interés de todos, entre los demócratas con Craso su aliado, por una parte, y Pompeyo con la alta banca, por otra. Mas para Pompeyo, era un suicidio semejante alianza. Su ascendiente político consistía en que era el único de los jefes de partido que disponían, hasta cierto punto, de las legiones aún después de licenciadas. La democracia tendía á quitarle la preponderancia, á crearle un rival, elevando su jefe á su misma altura. Nunca, pues, podía prestarse á la combinacion, y mucho ménos cuando se trataba de elevar al generalato á César, que, siendo un simple agitador del pueblo, le habia suscitado tantos obstáculos, y habia dado en España recientes pruebas de su gran capacidad militar. Y sin embargo, siendo el objeto constante de la oposicion del Senado, colocado en frente de la multitud á quien era indiferente, se veia Pompeyo en la situacion más difícil y humillante, sobre todo respecto de sus antiguos soldados. Dado su carácter, sacarlo de aquel estado era seguramente ganarlo á la coalicion. En cuanto al llamado partido de los caballeros, se le encontraba siempre en donde quiera que estaba el poder; era natural que no se hiciese esperar mucho tiempo, en cuanto se verificase la nueva alianza entre Pompeyo y la democracia. Agréguese á esto que los rigores, loables por otra parte, de Caton contra los publicanos, habian separado nuevamente del Senado á las clases ricas.

Revolucion en la fortuna de César.—Verificóse, pues, en el estio del año 694, la coalicion que aseguraba á César el consulado para el año siguiente y en seguida el pro-consulado. Pompeyo obtendria la ratificacion de sus arreglos en Oriente, y la realizacion de las asignaciones de tierras prometidas al ejército de Asia; comprometíanse los caballeros á dar á César, mediante

el voto popular, lo que á él le habia negado el Senado: por último, Craso, el inevitable Craso, tomaba parte en la alianza, sin provecho especial por una adhesion que, de cualquier modo, no podia negar. Así pues, los mismos elementos, y casi las mismas personas que habian pactado en el año 683, volvian á pactar en el año 694: pero ¡qué diferencia en la posicion respectiva de los aliados! Antes, no era la democracia nada más que un partido político, y los aliados estaban cada cual al frente de su ejército victorioso: ahora tiene por jefe á un hombre coronado por la victoria, aclamado tambien *imperator*, y que abriga en su cerebro los más vastos proyectos de conquista: los aliados no son, por el contrario, nada más que generales sin ejército. Antes, se sobrepuso la democracia en la cuestion de principios, pero á costa de las funciones supremas que encomendaba á los aliados: en la actualidad, era ya más práctica, guardaba para sí misma los poderes civiles y militares, y nos hacia á los generales sino concesiones secundarias. Cosa notable: Pompeyo quiso ser cónsul por segunda vez, y no se tomó en cuenta su deseo. Antes se entregó la democracia á sus aliados: ahora dependen los aliados de la democracia. Cambiaron por completo las situaciones todas, y por ende la democracia misma. Desde el dia en que nació habia comprendido que llevaba en su seno el gérmen de la monarquía; pero el ideal de la constitucion entrevisto por los hombres más capaces del partido en una imágen más ó mén/s distinta, era siempre la república puramente civil, el sistema político á la manera de Pericles, en donde el poder del príncipe debia tener su base en el pueblo, de quien seria la más noble y perfecta representacion, reconociéndole el pueblo á su vez, en sus más nobles y completos elementos, como el depositario de toda su confianza; pero todo lo que puede el

ideal en tales casos es obrar sobre la realidad, sin llegar á ser jamás la realidad misma. Ni el poder popular puro, tal como Cayo Graco lo habia poseido un momento, ni la democracia armada insuficientemente por Cina, habian podido sostenerse ni asentarse de un modo duradero en el seno de la República romana. Muy pronto el ejército, esa máquina de combate que obedece á un general y no á un partido, y con él la tiranía brutal de los *condottieri*, despues de haber entrado en escena al servicio de la restauracion, se sobrepusieron á todas las situaciones. El mismo César se convenció de ello en cuanto entró en la vida práctica; tomó su decision, y maduró en el fondo de su pensamiento el terrible proyecto de hacer de la máquina del ejército el instrumento de sus ideas políticas. Una vez convertido en jefe supremo, procederia este afortunado oficial á la reconstruccion del Estado. Tales eran ya sus miras cuando, en el año 683, habia concluido con los generales del otro partido un pacto de alianza que, imponiéndoles el programa democrático, debia conducir, sin embargo, al borde del abismo á César y á los demócratas. Tales fueron sus miras cuando, 11 años despues, quiso hacerse á su vez *condottieri*. En ambas ocasiones, mostró una especie de sencillez: tuvo plena fé en la posibilidad de fundar un Estado libre, no en el poder de una espada extraña, sino en el de la suya propia. Confianza engañosa, que, tomando á su servicio el espiritu del mal, se hace, quiéralo ó no, su esclava. Pero no son los hombres más grandes los que se engañan ménos. Si despues de veinte siglos nos inclinamos todavía respetuosos ante el pensamiento y la obra de César, no es ciertamente porque haya ambicionado y conseguido la corona: la empresa no valdria más de lo que vale la corona misma, muy poca cosa: nos inclinamos, porque ha llevado en sí hasta el fin el poderoso

ideal de un gobierno libre con un príncipe á la cabeza, porque ha conservado en el trono este mismo pensamiento y no ha caído en el defecto comun á todos los reyes.

César cónsul.—Coaligados los partidos, hicieron que triunfase, sin trabajo, su candidatura al consulado para el año 695. En cuanto á la aristocracia, á pesar de sus prácticas escandalosas, áun en este tiempo de corrupcion profunda, comprando los votos y poniendo á contribucion, para pagarlos, á todo el órden noble, no consiguió más que dar á César, en la persona de *Marco Bibulo*, un colega tenido por un conservador enérgico, cuando no era, en realidad, más que un testarudo.

Ley agraria de César.—Al entrar César en el cargo, quiso satisfacer inmediatamente los deseos de sus asociados. La exigencia más importante era, sin duda, la relativa á las asignaciones de tierras para los veteranos del ejército de Asia. Redactóse un proyecto de ley muy semejante en el fondo al proyecto de Pompeyo, proyecto desechado en el año precedente. Las asignaciones sólo debian hacerse en el dominio itálico, es decir, casi exclusivamente en el territorio de Cápua, y despues, en caso de insuficiencia, sobre otros terrenos situados en la Península, y que debian adquirirse con fondos procedentes de las nuevas provincias orientales, con arreglo al valor que tuviesen en las listas de los censores; por lo demás, no se atacaba, notémoslo bien, ningun derecho adquirido de propiedad ó de posesion á título hereditario. Las parcelas eran de una extension insignificante. Los beneficiarios de la ley debian ser ciudadanos pobres. Siendo peligroso el principio, se callaba la ley sobre el derecho conferido á los veteranos para venir á participar de estas distribuciones; pero como estaba en el espíritu de la ley y se habia practicado en todo tiempo, los

comisarios repartidores debían favorecer muy especialmente á los viejos soldados y á los arrendatarios temporales de los terrenos. Estos comisarios eran en número de 20: César habia declarado que no queria ser elegido.

Oposicion de la aristocracia.—Era difícil que las oposiciones luchasen contra la rogacion: negariase lo evidente, sosteniendo que, despues del establecimiento de las provincias del Ponto y de Siria, no podia el tesoro público renunciar á las rentas de Campania: hubiérase sido culpable de mantener fuera del comercio á uno de los más bellos cantones de Italia, y el más propio para el cultivo en pequeño. Además, cuando toda la Península habia obtenido ya el derecho de ciudadanía, ¿no era injusto y ridículo negar á Cápua los derechos municipales? el proyecto de César daba hábilmente á la idea democrática un sello de moderacion, de honradez y de solidez laudables; íbase á parar principalmente al restablecimiento de la colonia de Cápua, fundada en tiempo de Mario y suprimida por Sila. César guardó en esto todas las formas; y, tendiendo su ley agraria y su mocion á la ratificacion en globo de todas ordenanzas Pompeyonas en Oriente, y la peticion de los publicanos á la rebaja de la tercera parte de los arrendamientos, sometiólo todo á la autorizacion senatorial, declarando que estaba dispuesto á aceptar y discutir las enmiendas que se propusiesen. No podia comprender el Senado la locura cometida al rechazar las exigencias de Pompeyo y obligar á los caballeros á que se echasen en brazos de su adversario. Quizá tuviesen los nobles conciencia secreta de ellos, y por esto sucedería que, en su despecho, gritaran muy alto, formando su cólera un triste contraste con la calma y la prudencia de César. Rechazaron, sin discutir-la siquiera, la ley agraria, y ni siquiera aceptaron la mo-

cion sobre el gobierno de Pompeyo en Asia. En cuanto á la peticion de los publicanos, hizo Caton cuanto pudo para enterrarla parlamentariamente por los malos medios de las oposiciones romanas, hablando sin cesar hasta el término legal de la sesion: César amenazó con arrestar al intratable orador, pero la medida fué rechazada. César llevó entónces todas sus mociones ante los comicios. Sin alejarse mucho de la verdad, pudo probar allí que el Senado habia desechado desdeñosamente las proposiciones más justas y necesarias, sólo porque procedian del cónsul popular. Añadió que los aristócratas se habian puesto de acuerdo para desecharlas definitivamente en el Forum, y conjuró al pueblo, al mismo Pompeyo y á sus veteranos, á que viniesen en su ayuda contra la astucia y la violencia. No eran éstas vanas palabras. La aristocracia, con Bíbulo y Caton á su cabeza, Bíbulo, espíritu débil y tenaz; Caton, el hombre de los principios, inflexible hasta la locura, habia tomado su partido de luchar hasta por medio de la violencia. Pompeyo, á quien César invitaba á hablar y á tomar un partido en el debate pendiente, declaró, sin rodeos, cosa contraria á todos sus precedentes, que si alguno osaba tirar de la espada, él desnudaria tambien la suya y saldria á la calle con el escudo al brazo. Este mismo lenguaje usó Craso. Los veteranos de Pompeyo, interesados más que nadie en la votacion, recibieron aviso de reunirse en el Forum el dia de los comicios, y de que llevasen las armas debajo de los vestidos.

Votacion de la ley agraria. Resistencia pasiva de los aristócratas. Es nombrado César procónsul en las dos Galias.—Entre tanto lo intentaba todo la nobleza para hacer que fracasasen las rogaciones. César queria atraerse al pueblo, y Bíbulo se puso á observar el cielo; medio político bien conocido para detener las deliberaciones.

Pero César, sin preocuparse del estado del cielo, continuaba en la tierra y obraba con diligencia. Opúsosele la intervencion tribunicia, pero no hizo caso de ella. Entónces Bíbulo y Caton se lanzaron á la tribuna, arregando á las masas, é intentando promover un motin: César mandó á sus lictores que los arrojasen del Forum, cuidando, sin embargo, de que no les hiciesen ningun daño. ¿No era él el más interesado en que no fuese más léjos esta comedia? A pesar de los ardides y de los arrebatos de los nobles, votó el pueblo la ley agraria, la ratificacion de las medidas tomadas en Asia y la reduccion de los tributos de los publicanos, y fueron elegidos é instalados los diez comisarios con Pompeyo y Craso á la cabeza. Como término de tantos esfuerzos la aristocracia, culpable de una oposicion ciega y rencorosa no consiguió más que contribuir á que se estrechase más el lazo de la coalicion y agotar en cuestiones indiferentes la energía que le hará falta muy pronto en gravísimas circunstancias. Entre tanto, los héroes del dia se cumplimentaban mútuamente por sus altos hechos: ¡qué valor tan grande y patriótico habia mostrado Bíbulo, exclamando que moriria ántes que ceder, y Caton continuando su discurso cuando ya estaba en poder de los lictores! Despues de todo, hubo que sufrir la fatalidad del momento. Bíbulo se encerró en su casa por el resto del año, é hizo saber por medio de carteles, que se consagraba piadosamente, durante los dias de los comicios, á la observacion de los fenómenos celestes. Los senadores admiraban á aquel grande hombre que, semejante al antiguo Fabio de Ennio, «salvaba la ciudad contemporizando,» y lo imitaron. La mayor parte, y Caton entre ellos, no volvieron al Senado, y se mantuvieron encerrados entre cuatro paredes, lamentándose, con su cónsul, de las cosas de aquí bajo, á pesar de

todos los pronósticos de su astronomía política. Para el público, la actitud pasiva de Bíbulo y la aristocracia, parecía una verdadera abdicacion; y la coalicion se regocijó mucho de que se la dejase hacer sin necesidad de luchar. El más importante de sus actos fué sin contradiccion el arreglo, cuyo objeto era César. Se sabe que, constitucionalmente hablando, pertenecia al Senado el arreglar los poderes, para el segundo año de cargo consular (el proconsulado), y esto ántes de la decision de los futuros cónsules: los senadores, en la prevision del triunfo de la candidatura de César para el año 695, habian designado á los procónsules del año 696 dos provincias enteramente insignificantes, en donde no pudieran ejecutar nada á no ser trabajos de caminos ú otras cosas secundarias. Los coaligados no podian conformarse con esto: habíase, pues, convenido entre ellos que César tendria un mando extraordinario, conferido por plebiscito, á la manera de las leyes *Gabinia* y *Manilia*: pero habiendo dicho públicamente el cónsul que no presentaria ninguna rogacion que fuese en su interés propio, fué *Vatinio*, un tribuno del pueblo, quien tomó la iniciativa en los comicios: éstos se prestaron á todo lo que se exigió de ellos. César obtuvo, pues, el proconsulado de la Galia Cisalpina, con el mando de tres legiones que allí se hallaban bajo las órdenes de Lucio Afranio, légiones aguerridas ya en las luchas que habia que sostener constantemente en las fronteras: sus lugartenientes gozaban, como ántes los de Pompeyo, del rango y la consideracion de *propretores*; y por último, se le prorogó su funcion por cinco años, el término más largo que se habia concebido jamás á los poderes militares segun la regla usual muy limitada en cuanto al tiempo. Los Transpodanos eran los que formaban el núcleo de su gobierno: codiciando la ciudadanía romana, hacia

muchos años, eran los clientes naturales del partido democrático, y especialmente de César (p. 223). Su provincia llegaba por el Sur hasta el Arno y el Rubicon, comprendiendo á *Luca* y *Rávena*. César recibió, además, la provincia de Narbona, con la legion que habia allí de guarnicion; en este caso, apoyó el Senado la mocion expresa de Pompeyo, á fin de que no votase el pueblo esta union extraordinaria de poderes en manos de su favorito. Los conjurados habian, pues, conseguido cuanto deseaban. No permitiendo la ley que hubiese un ejército permanente en la Italia propia, se seguia que disponiendo por espacio de cinco años de las legiones de la Italia del Norte y de la Galia, se mandaba en toda la península, incluso Roma: ahora bien, el que es dueño por cinco años es dueño vitalicio. No hay que decir que los nuevos regentes de Roma no escatimaron á las masas, á las que les convenia tener contentas, ni los juegos ni las fiestas de toda especie, suministrándole además recursos siempre que la ocasion se presentaba. El Rey de Egipto, por ejemplo, obtuvo, solo mediante dinero, el plebiscito que le reconocia como soberano legítimo; y lo mismo sucedió con las franquicias ó privilegios comprados tambien por otras ciudades ó dinastas.

Medidas de seguridad tomadas por los coaligados.— En cuanto á la duracion, parecian bastante sólidos los arreglos hechos. El consulado del año siguiente, estaba confiado á manos seguras. El público habia señalado de antemano á Craso y á Pompeyo para este cargo: los regentes prefirieron elegir dos de sus subordinados, adictos á toda prueba, Aulo Gabinio, el mejor de los lugartenientes de Pompeyo, y *Lucio Pison*, personaje ménos importante, pero suegro de César. Pompeyo prometió vigilar personalmente á Italia. Colocado á la cabeza de los repartidores, procedió á la ejecucion de la ley agra-

ria, é instaló en las parcelas, en las inmediaciones de Cápuá, á 20.000 ciudadanos, la mayor parte veteranos de su ejército: las legiones de César, en el norte de la península, eran para él un poderoso apoyo contra las oposiciones en Roma. No podía esperarse por entónces que los efes coaligados viniesen á una ruptura. Las leyes consulares de César, en cuyo mantenimiento tenia Pompeyo tanto interés, por lo ménos, como su mismo autor, eran una garantía de su alejamiento del campo de los aristócratas: entre éstos, continuaban los agitadores considerándolos como nulos, contribuyendo con esto á estrechar cada vez más el lazo de la coalicion, que no tardó en llegar á su máximun. César habia sostenido leal y fielmente su palabra, sin enredos ni segunda intencion: habia luchado en favor de la ley agraria pedida por Pompeyo, con toda su habilidad y su energía, como si se tratase de una cosa propia. Sensible Pompeyo á este comportamiento recto y sincero, se mostraba á su vez animado de buen deseo hácia un hombre que, en un momento, le habia sacado del papel de solicitador que con tan poca fortuna venia desempeñando hacia ya tres años. Sus frecuentes y más familiares contactos con su asociado, y la amabilidad de éste, hicieron lo demás: la alianza de intereses se convirtió en alianza de amistad, manifestándose á la vez por sus efectos y por prendas cambiadas. El matrimonio de Pompeyo con la hija única de César, de edad de 23 años, anunció públicamente el advenimiento del absoluto poder de la nueva fundacion. *Julia* habia heredado los atractivos de su padre, y vivió en el más feliz consorcio con un esposo que tenia doble edad que ella; los ciudadanos, ansiosos de tranquilidad y de órden, despues de tantos males y de tan violentas sacudidas, habian visto en sus nupcias la promesa y la garantía de un porvenir de paz y de prosperidad.

Situación de la aristocracia. Retraimiento de Catón y de Cicerón.—Mientras que César y Pompeyo se unían de este modo por lazos cada vez más sólidos y estrechos, la causa de la aristocracia iba decayendo sin esperanza. Los aristócratas veían suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles: conocían perfectamente á César y no dudaban que su brazo heriría sin vacilar, en caso de necesidad: «estamos cogidos por todas partes, exclama uno de ellos, y no hacemos por sacudir la servidumbre: la muerte y el destierro, que son males mucho menores, nos parecen los mayores: no tenemos más que palabras para quejarnos del presente; pero ninguno se atreve á hablar para poner remedio.» No se hacía más que lo que querían los *Triumviros*. Pero cualquiera que fuese la decadencia del mayor número, aún quedaban muchos de pie en el partido, los cuales se obstinaban en aguijonear á los demás. Apenas salió César del consulado, cuando algunos de los más fogosos aristócratas, Lucio Domicio, Cayo Memio y otros, se empeñaron en pedir en pleno Senado la casación de las leyes Julias. Acto de locura, que solo podía ser provechoso á la coalición. Por toda respuesta sometió César á la Curia, el exámen de la legalidad de sus actos, y la Curia no pudo hacer más que reconocerla. Pero había en esto una nueva advertencia para los regentes: era necesario hacer un escaermiento entre los más notables y alborotadores de sus adversarios: exterminados éstos, el resto se callarían ó gemirían en secreto que era lo que se deseaba. Creyóse en un principio, que caerían en la red los opositores, por una disposición expresa de la ley agraria, la cual obligaba como de costumbre, á todos los senadores, al juramento de obediencia, bajo la pena de pérdida de los derechos políticos: creyóse que, á imitación de Metelo el Numídico, se negarían á ello y partirían al

destierro. Pero no hicieron este gusto á los Triumviros; juró el austero Caton, y con él todos los *Sunchos*. Recurrióse entonces á otro medio no muy honroso. Imputóse un dia á los jefes de la aristocracia un complot de asesinato tramado contra Pompeyo. El destierro era el término de la acusacion; pero esta fracasó por insuficiencia de sus instrumentos. El denunciador, *Vettio*, lo echó todo á perder á fuerza de exageraciones y de contradicciones; y el tribuno *Vatinio*, que era el que habia puesto manos en el asunto, se vendió por sus manifiestas inteligencias con *Vettio*. Salióse del apuro estrangulando á este último en la prision y abandonando el proceso. Habíase, sin embargo, manifestado hasta la saciedad el estado de profunda disolucion entre el partido aristocrático, y los inmensos terrores de los nobles: habíase visto á los más grandes personajes, á Lucio Lúculo, por ejemplo, caer de rodillas delante de César, y declarar en voz alta que por razon de edad se retiraba de la escena política. Pareció conveniente circunscribir el número de las víctimas á algunos personajes determinados. El primero que habia que alejar, era Caton, que, habiendo opinado francamente por la anulacion de las leyes Julias, era hombre capaz de obrar como hablaba. No podia decirse otro tanto de Marco Ciceron, que no merecia ser temido. Sin embargo, la faccion democrática, que jugaba en la coalicion el principal papel, no podia amnistiar, al dia siguiente de su victoria, al asesino judicial del 5 de Diciembre del año 691, objeto de su justa censura expresada en voz alta. De querer perseguir á los autores de la fatal sentencia, no era al pusilánime cónsul á quien debian dirigirse, sino á aquella rígida faccion aristocrática que le habia puesto la espada en la mano con gran pesar suyo. Sin embargo, segun el derecho estricto, no eran los

responsables los que habian emitido este parecer, y sólo el cónsul era el que debia pagar por todos. Por otra parte, aconsejaba la moderacion dejar quieto al Senado. Asi pues, la mocion dirigida contra Ciceron, consideraba como falso y supuesto el senado-consulta en virtud del cual habian sido ejecutados los partidarios de Catilina. Los triumviros hubiesen deseado evitar todo rigor escandaloso: pero Ciceron no podia comprometerse á dar á los triumviros las prendas que ellos deseaban, la de alejarse de Roma bajo un pretesto que ellos mismos le ofrecian, ó la de callarse. Tenia especial empeño en no contradecirse; confesaba sencillamente sus angustias, pero no sabia contenerse ni ser prudente, abriendo la boca en el momento en que venia á sus labios una palabra oportuna ó una frase maliciosa: su pecho se henchía de orgullo al oirse alabar por todos nobles; y perdiendo la cabeza, se ponía el antiguo abogado plebeyo á recitar sus cadenciosos períodos. Decidióse, pues, á atacar á Caton y á Ciceron: encargóse de la ejecucion *Publio Clodio*, hombre ligero y disoluto, pero hábil y audaz, y encarnizado enemigo de Ciceron hacia ya muchos años. Para saciar mejor su ódio, y poder desempeñar un papel en la demagogia durante el consulado de César, habia pasado, por vía de adopcion, de las filas del patriciado á las de los plebeyos; despues habia hecho que lo eligiesen tribuno del pueblo para el año 696. Apoyando sus manejos, permaneció el nuevo pro-cónsul en las inmediaciones de Roma, esperando el éxito del golpe preparado. Siguiendo Clodio al pié de la letra sus instrucciones, propuso al pueblo que encargase á Caton la mision de arreglar en Bizancio los embrollados asuntos de la localidad, y proceder enseguida á la incorporacion del reino de Chipre á la República. Recordarás que Chipre habia sido legada á Roma, lo mismo que Egipto, por el

testamento de Alejandro II: pero no se habia rescatado como éste; y además habia su rey hecho á Clodio algunas injurias personales. Por lo que respecta á Ciceron, propuso el tribuno una ley, castigando con el destierro á todo aquel que hubiese condenado á muerte sin derecho y sin prévia formacion de causa á un ciudadano romano. Por estas medidas, se alejaba á Caton so color de una mision honorifica, y se deshacian de Ciceron, cuyo nombre no se declaraba, imponiéndole la pena más dura que era posible. Al mismo tiempo que se heria por su energía de un momento al conservador notoriamente cobarde, y señalado con razon entre los veletas políticos, se tenia un maligno placer en confiar por un plebiscito expreso una mision y un mando extraordinario al enemigo encarnizado de todas las usurpaciones populares en la alta administracion. Glorificábanse además las virtudes excepcionales de aquel hombre: parecia que era el único digno de una funcion tan delicada; sólo él podia verificar, sin fraude ni robo, la entrada de los tesoros de la corona de Chipre en las arcas públicas de Roma. Ambas mociones pasaron sin resistencia. En vano la mayor parte de los senadores se presentaron en público vestidos de luto en señal de una protesta contra la mancha arrojada sobre su conducta en el asunto de Catilina: en vano Ciceron pidió de rodillas que le perdonase Pompeyo: fuéle necesario emprender el camino del destierro, áun ántes que se votase la ley que le expulsaba de su patria (Abril del año 696). Caton se guardó por su parte de atraer sobre sí, por una negativa inoportuna, medidas más severas; aceptó la mision que se le ofrecia, y se hizo á la vela hácia Oriente. Habíase provisto ya á lo más apremiante, y César pudo al fin abandonar á Italia y consagrarse á una obra más grande, que la hasta entonces proseguida.

CAPITULO VII.

CONQUISTA DEL OCCIDENTE. GUERRA DE LAS GALIAS.—El Occidente romanizado. Historia de las expediciones de César.—César en España.—El país de los Celtas.—La provincia romana.—Guerras é insurrecciones.—Las fronteras de la provincia. Relaciones con Roma. Principio de la civilizacion romana en las Galias.—La Galia independiente.—Poblacion.—Agricultura y cria de ganado.—Las ciudades.—Relaciones interiores.—Comercio. Industria. Las minas.—El arte y la ciencia.—Estado político. La tribu. Progreso de los caballeros. Decadencia de la antigua constitucion de las tribus. Supresion de la monarquía.—Tendencias hácia la unidad nacional.—Union religiosa. Los Druidas.—Falta de centralizacion política. Ligas de tribus. Liga belga. Ligas de la Galia Central. Su carácter.—Sistema militar.—La infantería.—Resúmen del cuadro de la civilizacion de los Galos.—Relaciones exteriores. Celtas é Iberos.—Celtas y Romanos.—Galos y Germanos.—Los Celtas pierden la orilla derecha del Rhin. Tribus germanas de la orilla izquierda.—Política de los Romanos respecto de la invasion germánica.—Ariovisto en el Rhin medio. Inmovilidad de los Romanos.—Ariovisto funda un reino germano en la Galia.—Los Germanos en el Rhin inferior y en el superior. Preparativos de una invasion helvética en la Galia.—César en la Galia. Su ejército.—Rechaza á los Helvecios.—Los Helvecios en la Galia. Guerra con los Helvecios.—Batalla de Bibracta. Vuelta de los Helvecios á su país.—César y Ariovisto. Negociaciones.—César ataca á Ariovisto.—Derrota de Ariovisto.—La emigracion germánica de la orilla izquierda.—La frontera del Rhin.—Conquista de la Galia.—Campaña contra los Belgas. Combates sobre el Aisne. Sumision de las tribus occidentales. Batalla en el país de los Nervianos.—Sumision de los Belgas.—Expediciones contra las tribus de las costas. Guerra veneta. Batalla naval.—Sumision de las tribus marítimas.—Expediciones al país de los Morinos y los Menapios.—Comunicaciones con Italia por el Valais y con España por la Aquitania. Nuevas incursiones germánicas sobre el Rhin. César en la orilla derecha del Rhin.—

Expediciones á la isla de Bretaña.—Casibelaum.—Conspiración patriótica en las Galias.—Insurrección.—Es á su vez atacado Ciceron. Libértale César.—Es dominada la insurrección. Venganza de César sobre los Eburones.—Segunda insurrección. Los Carnutos. Los Arvernos. Vercingetorix.—Propagación de la insurrección. Presencia de César. Plan militar de la insurrección.—Terreno de la guerra. César delante de Avaricum. Toma de esta ciudad. César divide su ejército.—Labieno delante de Lutecia.—César delante de Gergovia. Bloqueo de Vercingetorix. Amenazan los Eduos.—Derrota de César en Gergovia.—Vuelve á comenzar la insurrección.—Sublevación de los Eduos y de los Belgas.—Plan de César. Unión de César y Labieno. Batalla junto á Lutecia. Batalla de caballería. Sitio de Lesia. Llegada del ejército auxiliar.—Combate junto de Alesia. Capitulación. Suplicio de Vercingetorix.—Ultimos combates. Lucha con los Biturigos, los Carnutos y los Bellouacos.—Combates junto al Loira.—Sitio de Uxelodunum. Sumisión de la Galia.—Su organización. Consérvase la organización anterior. Fin de la nacionalidad gálica.—Principios de la romanización.—Regiones danubianas.—Los pueblos alpestres.—Iliria.—Macedonia.—Nuevo reino de los Dacios.

El Occidente romanizado. Importancia histórica de las expediciones de César.—Salgamos, en fin, de las monótonas y estrechas esferas del egoísmo político, que solo ha librado sus combates en la Curia ó en las calles de la capital. En su marcha condúcenos la historia hacia un mundo en donde se agitan otras y más importantes cuestiones que la de saber si el primer monarca de Roma se ha de llamar Cneo, Cayo ó Marco. Al comenzar el relato de los acontecimientos cuyas consecuencias pesan aún sobre los destinos del mundo, séanos permitido echar una mirada en derredor nuestro, y fijar, como en un cuadro, los elementos y las relaciones en medio de los cuales se colocan la conquista del territorio de la Francia actual por los Romanos, y sus primeros contactos con los habitantes de Alemania y de la Gran Bretaña.

En virtud de la ley que exige que todo pueblo políticamente constituido absorba un día los inmediatos que han quedado en el estado de minoría social, y que toda nación civilizada se asimile las que intelectualmente están colocadas bajo ella, en virtud de una ley universal y casi física como lo es la de la gravedad, los Italianos, el único pueblo de la antigüedad que supo aliar el progreso político y la civilización moral, y esta última, aunque exteriormente, en una medida perfecta, los Italianos, repito, estaban llamados á sujetar á todos los Estados Griegos orientales y á rechazar por sus colonos y emigrantes todas las tribus incultas del Oeste, Libios, Iberos, Celtas y Germanos. Del mismo modo y con derecho análogo ha avasallado en Asia Inglaterra una civilización hermana, pero políticamente impotente: de este mismo modo ha marcado y ennoblecido en América y en Australia inmensas regiones con el sello de su nacionalidad, y prosigue marcándolas y ennobliciéndolas constantemente. La unidad italiana, condición previa de la gran misión de Roma, había sido la obra de su aristocracia; pero ésta se había detenido ántes de llegar á la línea, no viendo en las conquistas extra-italicas nada más que, ó un mal necesario, ó posesiones tributarias del Estado, pero colocadas fuera de él. El haber visto con claridad los más altos destinos de Roma y el haberlos realizado poderosamente será una gloria imperecedera de la democracia, ó, si se quiere, de la monarquía romana (pues ámbas se confunden en una sola). Cayo Graco, el padre de la democracia, fué el primero que reconoció y quiso realizar, como hombre de Estado, con claridad y firmeza de miras todo aquello que la fuerza irresistible de las cosas había preparado, cuando, áun á pesar suyo, echaba el Senado las bases del futuro imperio de la República, así en Oriente como en Occidente, lo cual había

comprendido instintivamente la emigracion romana á las provincias, verdadera plaga de Egipto en donde quiera que se fijaba, pero que en Occidente fué la iniciadora de una mejor cultura. Dos grandes pensamientos presidieron á la nueva política: reunir bajo la dominacion de Roma todo lo que era helénico, y colonizar todo lo que no lo era. Desde el tiempo de los Gracos, se pusieron en práctica estos dos pensamientos con la incorporacion del reino de Atalo, y con las conquistas de Flacco al otro lado de los Alpes, pero los abandonó muy pronto la reaccion victoriosa. El Estado romano continuó siendo una masa confusa de territorios, sin ocupacion intensa ni límites fijos: España y las provincias greco-asiáticas estaban separadas de la Metrópoli por vastos países de los que apenas dominaban los Romanos la estrecha zona de las costas: Cartago y Cirene formaban como una especie de islotes en las playas septentrionales de Africa: las vastas regiones de España que se decian sometidas, no lo estaban más que de nombre. Sin embargo, la República no hacia nada por redondearse y concentrarse; y por último, la decadencia del sistema naval hizo que se rompiese el último lazo de los establecimientos lejanos. En cuanto pudo volver á levantar la cabeza, quiso seguir la democracia las ideas de Graco y su política exterior. Mario fué abiertamente adicto á ella; pero el timon de la República estuvo poco tiempo en manos de este partido, y todo quedó reducido á simples proyectos. Solo en el año 684, despues de la caida de Sila, fué cuando se vió á los demócratas decididamente dueños del poder, y se verificó inmediatamente un gran cambio en la política. Restablecióse la dominacion de Roma en el Mediterráneo, que era cuestion de vida ó muerte para un Estado tal como el Estado romano. La anexion de los territorios pόνicos y sirios aseguró por Oriente la fron-

tera del Eufrates. Al Oeste y al Norte, al otro lado de los Alpes, aún no se habia fijado por completo su dominacion ni su territorio: habia allí regiones nuevas y vírgenes que ganar á la civilizacion helénica, á la todavía viva influencia de la raza italiana. Cometeríase más de un error, seríase culpable contra el santo y poderoso espíritu de la historia, no viendo en las Galias nada más que un campo de operaciones en donde César hubiera estado ejercitando sus legiones ante la expectativa de la primera guerra civil. Sometiendo el Occidente, no niego que conquistaba César los medios para conseguir su fin; y sus guerras transalpinas fueron el fundamento de su poder ulterior, pues es un privilegio de los grandes génios de la política, que los medios sean en ellos á su vez un fin. Para que venciéase su partido, necesitaba César el poder militar, pero no fué como hombre de partido como conquistó las Galias. Era para Roma una necesidad política, al marchar sin demora allende los Alpes, adelantarse á la amenaza constante de la invasion de los Germanos, y poner allí un dique para asegurar la paz del mundo. Motivo de accion grande y glorioso, pero que no fué el más grande ni decisivo de los que condugeron á César á las Galias. Ya ántes, cuando la vieja pátria habia llegado á ser estrecha para los Romanos y corrido el riesgo de perecer, habia el Senado salvado la República estendiendo á toda Italia su política de conquististas.

En la actualidad, era á su vez estrecha la pátria italiana, y el Estado sufría la misma enfermedad social, en fermedad cien veces mayor si se tiene en cuenta la extension del imperio. Una inspiracion del génio y una grandiosa esperanza fueron pues los que impulsaron á César á pasar los Alpes, el pensamiento y la esperanza de que ganaria para sus conciudadanos una nueva pá-

tria sin límites, y que regeneraría además el Estado, dándole una más amplia base.

César en España.—Si hemos de ser justos, es necesario colocar ya entre las empresas que tendían á someter el Occidente, la campaña de César en la España ulterior, en el año 693. Hacia ya mucho tiempo que la Península obedecía á Roma; sin embargo, áun despues de la expedición de Décimo Bruto contra los Galáicos (t. V, p. 30). permanecía, en realidad, independiente casi toda la costa occidental: los Romanos no habían puesto el pié tampoco en las costas del Norte, y por último los países sometidos estaban expuestos á las diarias incursiones que de estas regiones procedían, y que tenían como en jaque la civilización romana. La expedición de César á las costas del Oeste tuvo por objeto poner fin á esta situación. Pasando la cadena de los montes *Herminios* (*Sierra de la Estrella*), que limita por el Norte la cuenca del Tajo, había batido á los indígenas, los había obligado á establecerse en la llanura, y subyugado el país en las dos orillas del *Duero*: llegando despues al extremo occidental de la Península, y auxiliado por la escuadra que hacia venir de Gades, tomó la ciudad de *Brigantium* (la Coruña). Los Ribereños del Océano Atlántico, Lusitanos y Galáicos, se vieron obligados á reconocer la supremacía de Roma: durante este tiempo cuidaba el vencedor de reducir el tributo que se pagaba á la República; y organizando los municipios en beneficio de sus intereses económicos, mejoraba también la condición de los súbditos. Desde el principio de su carrera militar y administrativa, desplegó el gran general y el grande hombre de Estado los grandiosos talentos y los vastos designios por los que brillará más tarde en un teatro más extenso. Sin embargo, su influencia en los destinos de España fué muy efímera y

pasajera: para marcar al país con un sello más durable, hubieran necesitado la acción larga, persistente y fuerte de un grande hombre sobre aquellos pueblos que tenían ya su nacionalidad y su naturaleza propias.

El país de los Celtas.—En el movimiento de la civilización romana, estaba reservado un papel más importante al país comprendido entre los Pirineos y el Rhin, el Mediterráneo y el Atlántico, y que, desde la era de Augusto, conservó el nombre de *Tierra de los Celtas*, ó mejor, de *Región de los Galos*, por más que, hablando con exactitud, se reduzca la Céltica unas veces á límites más estrechos y otras los traspase; y que, ántes de Augusto, no se haya constituido nunca en ella la unidad nacional ni la unidad política. No es fácil tampoco bosquejar claramente el cuadro de esta raza: tan heterogéneos eran los elementos cuando, en el año 696, penetró César en este país.

La provincia romana. Insurrecciones y guerras.—En la parte inmediata al Mediterráneo, que comprendía casi todo el actual *Languedoc*, al Oeste del Ródano, y al Este, el Delfinado y la Provenza, cuyas regiones habían constituido una provincia romana desde hacia ya sesenta años, no habían reposado un momento las armas de la República después del huracán de la guerra cimbria. En el año 664, había sostenido Cayo Celio sangrientas luchas con los *Salios* en las inmediaciones de *Aqua Sextia*: en el año 674, yendo Cayo Flacco de paso para España, tuvo que sostener reñidos combates con otras tribus. En tiempo de las guerras de Sertorio, el pro-cónsul Lucio Manlio, que había acudido en socorro de sus colegas del otro lado de los Pirineos, volvió, después del descalabro de Ilerda (*Lérida*), y en el camino sufrió una nueva derrota por parte de los *Aquitanos*, pueblo limítrofe de la provincia por la parte del Oeste. Este desas-

tre parece que trajo consigo una insurreccion general de la provincia misma, desde los Pirineos al Ródano, y quizá tambien desde el Ródano á los Alpes. Pompeyo tuvo así mismo que abrirse paso, espada en mano, por medio de los Galos levantados en armas. En castigo de su insurreccion, dió las marcas de los *Volsco-Arecómicos* y de los *Helvios* (departamentos del *Gard* y del *Ardeche*) á los fieles Masaliotas. El pretoriano *Manio Fonteyo* fué el ejecutor de la sentencia (de 678 á 680), y restituyó la tranquilidad al pais, subyugando á los *Voconces* (departamento del Droma), defendiendo á Masalia contra los insurrectos que la asaltaban, y librando á Narbona, la capital romana, atacada igualmente. Sin embargo, la paz no podia ser duradera. Estos pueblos se hallaban en el último trance, pues participaban de las miserias de la guerra de España y sufrían mil exacciones oficiales y no oficiales, pero efectivas, de parte de los Romanos; así es que la provincia estaba profundamente perturbada. Tambien fermentaba y se agitaba el canton de los Alóbroges, que era el más lejano de Narbona, como lo prueba la «paz» restablecida en él por Cayo Pison en el año 681, y la actitud de los enviados Alóbroges en Roma, en el asunto del complot de los anarquistas (pág. 247). No tardó en estallar la insurreccion general. *Catugnat*, jefe de los Alóbroges en esta lucha desesperada, peleó sin buen éxito, hasta que fué muerto un día cerca de *Solonium*, luchando gloriosamente por el propretor *Cayo Pomptino*.

Las fronteras de la provincia. Relaciones con Roma. Principio de la civilizacion romana en la Galia.—A pesar de tantos combates, aún no se habian extendido mucho las fronteras de la provincia: los puntos extremos de las posesiones romanas al Oeste y al Norte, eran todavía *Lugdunum* de los Convenes (*L. Convenarum*), en donde

Pompeyo habia establecido los restos del ejército de Sertorio, Tolosa, Vienne y Génova. Sea como quiera, la importancia de la provincia de las Galias iba siendo cada dia mayor para Roma. Un clima excelente, análogo al de los países cisalpinos; una tierra fecunda, precedida de un territorio grande y rico para el comercio, y que le abria seguras vias hasta la Gran Bretaña, y por último, la facilidad de las comunicaciones por mar y tierra con la Metrópoli, todo esto daba á la Galia meridional un valor económico inmenso con relacion á Italia, un valor que no alcanzaron jamás otros establecimientos fundados muchos siglos ántes, los de España, por ejemplo; y así como los náufragos políticos de estos tiempos iban con preferencia á buscar un asilo en Masalia, en donde volviañ á encontrar el lujo y la cultura italianos, así los emigrantes voluntarios iban, cada dia en mayor número, á establecerse en las orillas del Ródano y del Garona. «La provincia de la Galia, dice un autor que la describe diez años ántes de la llegada de César, rebosa de negociantes y de ciudadanos romanos. Ningun Galo se dedica á los negocios, á no ser por el intermedio de un Romano; y todo óbolo que pasa de una mano á otra, ha pasado ántes por las del negociante de Roma.» El mismo escritor añade en otro lugar que, además de los colonos de Narbona, se encontraban en la Galia muchos agricultores y ganaderos Italianos; pero no hay que olvidar que, la mayor parte de las tierras poseidas por los Romanos en la provincia, como recientemente la mayor parte de los dominios ingleses en la América del Norte, pertenecian á los nobles que vivian en la madre patria: estos labradores y estos ganaderos no eran, generalmente, nada más que capataces de esclavos ó emancipados. Sea como quiera, con tales contactos, se propagaban con rapidez las costumbres y la civilizacion romana entre los

indígenas. Para los Galos tenía la agricultura pocos atractivos: sus nuevos señores les obligaron á cambiar la espada por el arado; y es probable que la resistencia de los Alóbroges reconociese como causa, en parte, los nuevos reglamentos que se les habian impuesto. Ya en los tiempos antiguos habia penetrado el helenismo en la Galia: mejores elementos morales, el impulso dado al cultivo de la vid y del olivo, la práctica de la escultura y la fabricacion de las monedas procedian de Masalia. Los Romanos no ahogaron estos gérmenes procedentes de la Grecia. Léjos de perderla, adquirió por ellos Masalia mayor influencia; y despues, bajo la dominacion romana, se veian en los cantones galos médicos y profesores griegos pagados por el Estado. Por otra parte, en la Galia meridional recibió de los Romanos el helenismo el mismo carácter que en Italia: la civilizacion griega pura no cedió el paso á la cultura greco-latina, que contó muy pronto millares de discípulos. Si los *Galos bragados*, como se llamaban los pueblos transalpinos del Sur (en oposicion á los *Galos togados* de la Italia del Norte), no estaban aún completamente modelados á la romana, se distinguian, sin embargo, mucho de los *Galos cabelludos* que habian permanecido libres en las regiones septentrionales del pais de los celtas. Su rudeza y su latin bárbaro, se prestaban, sin duda, á la burla; y todo el que se sospechaba procedia de sangre gala, se le insultaba con frecuencia diciéndole que sus antepasados habian llevado *bragas*. Lo cierto es, que con la ayuda de su mal latin, sabian los Alóbroges procedentes del fondo de la provincia romana entrar en negociaciones con los magistrados de Italia y deponer como testigos, sin necesidad de intérprete, ante los tribunales de Roma. En resúmen, mientras que la poblacion céltica y liguria de estas regiones estaba en camino de desnacionalizarse;

mientras que se degradaba bajo una opresion política y económica intolerable, como lo acreditan sus desesperadas insurrecciones, avanzaba paralelamente á la degradacion de los indígenas, la alta y fecunda civilizacion de la Italia contemporánea. *Aque Sextæ* y más aún, Narbona. Eran ciudades que podian citarse al lado de Cápua y de Benevento; y Masalia, la ciudad bien ordenada, libre, guerrera y poderosa entre todas las ciudades griegas, que estaban en la dependencia de Roma, florecia bajo su constitucion exstrictamente aristocrática, modelo ensalzado muchas veces en Roma hasta por los conservadores. Poseedoras de un vasto territorio, aumentado muchas veces por los Romanos, y de un extenso comercio, ocupaba al lado de las ciudades latinas de la Transalpina el rango que Regium y Nápoles al lado de Cápua y de Benevento.

La Galia independiente.—Pasada la frontera romana, se presentaba un cuadro enteramente distinto. Allí, al Norte de los *Cevennes*, la gran nacion celta, medio ahogada en el Sur por las inmigraciones italianas, se movia inviolable en su libertad, no es esta la primera vez que la encontramos: ya en el Tíber y en el Pó, en las montañas de Castilla y de Carintia, y hasta en el fondo del Asia Menor habian chocado los Italianos contra las avanzadas de este gran pueblo: pero al Norte de los *Cevennes* es donde los Romanos se encontraron con el núcleo principal. Al establecerse en la Europa central, se habian esparcido los Celtas por los ricos valles y las alegres colinas de la Francia actual, incluso las regiones occidentales de la Suiza y de la Alemania. Desde aquí habian ocupado toda la parte Sur de Inglaterra y quizá toda la gran Bretaña y la Irlanda (1). En estas regiones continenta-

(1) Hay que creer en una inmigracion continuada por mu-

les é insulares es donde habian extendido principalmente la red vasta y espesa de sus cien pueblos. A pesar de las diversidades de lengua y costumbres que no podian ménos de existir en un territorio tan extenso, las relaciones mútuas y el sentimiento innato de la comunidad nacional enlazaban entre sí todas las tribus, desde el Ródano y el Garona hasta el Rhin y el Támesis. Los Celtas de España y los del Austria actual, se enlazaban tambien á la madre pátria; pero las poderosas cordilleras de los Pirineos y de los Alpes y los repetidos ataques en estos puntos de los Romanos y de los Germanos, interrumpian el comercio y los recuerdos de afinidad de razas, mucho más que el estrecho brazo de mar que separaba los Galos del continente de los de la isla de Bretaña. No nos es dado, por desgracia, ver este notable pueblo recorrer sobre el terreno de su principal establecimiento los diversos escalones del progreso histórico, y tenemos que contentarnos con un simple bosquejo de su estado político y de su civilizacion, tales como aparecen en globo en tiempo de César.

Poblacion.—Segun los antiguos, tenia la Galia una poblacion relativamente densa. Algunas indicaciones aisladas nos permiten concluir que en los distritos belgas podian contarse unos 900 habitantes por cada milla cuadrada (alemana); esta es precisamente la relacion

chos años de parte de los Celto-belgae en la Gran Bretaña, como acreditan los nombres tomados de los cantones belgas y dados á las aldeas inglesas de las dos orillas del Támesis. Encuéntranse allí los *Atrebatas*, los *Belgas*, y hasta los *Bretones*. Esta última denominacion, que parece copiada de los *Britones* de las orillas del Soma, más abajo de Amiens, se extendió más tarde á toda la isla. Las monedas son tambien una imitacion de las belgas: hay pues identidad hasta en el origen.

que existe en nuestros días en la Livonia y el Valais: en los cantones helvéticos se elevaba la cifra á 1.100 habitantes por milla (1). Probablemente sería más elevada en otras regiones mejor cultivadas que la Galia Belga, ó ménos montañosas que la Helvecia, entre los *Biturigos*, los *Arvernos* y los *Eduos*, por ejemplo.

Agricultura y cria de ganados.—La agricultura habia hecho bastantes progresos entre los Galos: admirábanse los contemporáneos de César viendo abonar las tierras en las inmediaciones del Rhin(2); y la fabricacion

(1) El contingente de la primera insurreccion de los cantones belgas, no comprendidos los *Remos*, ó si se quiere, de los países entre el Sena y el Escalda, y llegando por el Este hasta *Reims* y hasta *Andernach* (ó sean 2.000 á 2.200 millas alemanas), se elevaba por lo ménos á 300.000 hombres; y si se admite por término medio de comparacion, la relacion suministrada por los Vellovacos, del contingente de la primera leva, á la cifra total de la poblacion en estado de llevar las armas, se llega para los Belgas á 500.000 hombres por lo ménos, y á una poblacion total de dos millones de habitantes. Los Helvecios y los pueblos inmediatos contaban ántes de su éxodo, 336.000 habitantes, y teniendo en cuenta que ya habian perdido la orilla derecha del Rhin, puede evaluarse su territorio en unas 300 millas cuadradas. No podemos asegurar si estaban incluidos en este número los esclavos y los criados, tanto ménos, cuanto que ignoramos la forma de la esclavitud entre los Galos. Lo que dice César de los *esclavos clientes* y *deudores* de Orgetorix, parece resolver la cuestion en sentido afirmativo. No necesitamos recordar la carencia de datos estadísticos entre los antiguos historiadores; y todo lo que puede hacerse, aunque con gran reserva y precaucion extrema, es intentar suplirlos, mediante algunas combinaciones. Sin embargo, no rechazaremos en absoluto todos estos cálculos. (Véase tambien la *vida de César* t. II, p. 48 y sig.)

(2) «En la Galia Transalpina interior, no léjos del Rhin, dice Scrofa (Var. de *re rust.* I, 7, 8), he atravesado durante mi mando ciertas regiones en donde no se encuentran la vid ni el olivo, ni

de la cerveza (*cervesia*), usada entre los Celtas desde tiempo inmemorial, acredita que practicaron desde muy antiguo en grande escala el cultivo de los cereales: pero no tenían al labrador en alta estima, y hasta en el Sur, que era el país más civilizado, un Galo libre hubiera creído deshonorarse poniendo mano en el arado. La cria de animales domésticos era entre ellos una ocupacion más honrosa; y los grandes agricultores romanos de esta época preferían las razas de animales de los Galos y los esclavos celtas, bravos, buenos ginetes y buenos pastores (1): en las regiones del Norte es donde principalmente predominaba la cria de ganados. Por este mismo tiempo, era pobre en cereales la Bretaña (Armórica). Hacia el Noreste, los espesos bosques de las montañas de los Ardenas continuaban casi sin interrupcion desde el Rin al mar del Norte; y el pastor *menapiano* ó *trevireño* conducía sus puercos medio montaraces en impenetrables encinares, á los que han sucedido las fértiles

árboles frutales; en donde abonon las tierras con una especie de arcilla blanca extraída del suelo, y en donde á falta de sal mineral ó marina, se emplea el carbon y las cenizas saliníferas procedentes de ciertas maderas.» Esta reseña se refiere, sin duda, á los tiempos anteriores á César, y á la antigua provincia Transalpina, al país de los Alóbroges, por ejemplo. Plinio describió más tarde extensamente los procedimientos usados para abonar las tierras en la Galia y en la Bretaña. (*Hist. nat.*, 17, 6).

(1) «Las buenas razas de bueyes son en Italia las razas galas, sobre todo, para el cultivo de los campos, miéntras que los bueyes ligurios no hacen nada de provecho.» (Varr. l. c. 2, 5). Es verdad que Barron no habla aquí más que de la Cisalpina; pero es evidente que en este país la cria de animales se remonta á los tiempos célticos. «La cria del ganado no se extiende á todas las tribus: ni los *Bástulos* ni los *Túrdulos* (en Andalucía) la practican: los Galos ocupan en esto el primer puesto, sobre todo, en las bestias de carga (*jumenta*).» Varr. 2, 40.

campiñas de Flandes y de Lorena. Así como en las riberas del Pó habían sustituido los Romanos la producción de la lana y de los cereales á la de las carnes y la bellota, así también introdujeron en las llanuras del Mosa y del Escalda la cría de los ganados lanares y el cultivo de los campos. En la Bretaña, no se sabía trillar el trigo: más al Norte, no se conocía la labor y solo se utilizaba la tierra para pastos. Al otro lado de los Cevennes no se cultivaba el olivo ni la vid, esta fuente inagotable de riqueza entre los Masaliotas.

Las ciudades.—Los Galos fueron siempre amantes de la vida social; así es que en todas partes se veían aldeas abiertas. Solo el canton helvético contaba (en el año 696) cuatrocientas, además de una multitud de alquerías aisladas. Tampoco faltaban ciudades cerradas. Las murallas construidas con maderas admiraban á los Romanos por la excelente y hábil agrupación de su armazón de vigas y piedras entrelazadas; pero en las ciudades de los Alóbroges solo se edificaba con madera. Los Helvecios contaban doce ciudades, y otras tantas tenían los *Suesiones*: por el contrario, en los distritos del Norte, entre los *Nervianos*, por ejemplo, aunque se encontraban algunas, debemos decir que los habitantes, en caso de guerra, se atrincheraban en las marismas y en los bosques más bien que detrás de los muros: al otro lado del Támesis, servían los bosques para la defensiva más bien que las ciudades, y los hombres y los rebaños buscaban en ellos su asilo.

Relaciones interiores.—Al mismo tiempo que la vida civil hacía progresos relativamente considerables, iba creciendo el comercio por mar y tierra. Por todas partes se hallaban caminos y puentes. La navegación fluvial, cómoda para todos en el Ródano, el Garona, el Loira y el Sena, era importante y productiva. Florecía también el

movimiento marítimo, que debía ser aún más notable: según todas las apariencias fueron los Galos los primeros navegantes que surcaron con regularidad el Océano Atlántico: eran también buenos constructores de naves, y excelentes pilotos. Los pueblos que navegaban en el Mediterráneo usaban solo el remo como exigían estos parajes: las escuadras de guerra de los Fenicios, de los Griegos y de los Romanos, se componían siempre de galeras de remos en donde solo se usaba de la vela en ocasiones y de un modo accesorio: solo en las épocas progresivas de la civilización antigua marchaban á la vela los buques de comercio (1). Al contrario, mientras que los Galos del canal construían, en tiempo de César y aún mucho después, una especie de embarcación portátil de cuero, que parece no haber sido más que una frágil canoa de remos, los Santones, los Pictos, y sobre todo, los Venetos de la costa occidental tenían grandes navíos, pesados y anchos, sin remos provistos de velas de cuero con sus áncoras de hierro, de las que usaban, ya para su comercio con la isla de Bretaña, ya para el combate. Aquí es donde encontramos la navegación en pleno Océano, y donde el remo ha desaparecido ya por completo ante el velamen. Cosa extraña: el mundo antiguo no supo utilizar este adelanto, y solo en la era más reciente de la civilización universal

(1) Pueden deducirse estas conclusiones del nombre dado al buque de comercio, «nave redonda,» en oposición al «buque largo» ó de guerra: asimismo se llama este por excelencia el «buque de remos,» mientras el otro es solo una nave de carga. Por otra parte, la tripulación del buque mercante era mucho menor, pues apenas llegaba á 200 hombres en los más grandes: en las galeras ordinarias de tres puentes, por el contrario, solo los remeros arrojaban una cifra de 170 hombres. Dion. de Hal. 3, 44; 2, 3, 467 y sig.

es cuando ha sido dado sacar de él poco á poco inconmesurables resultados.

Comercio. Industria. Las Minas.—Las relaciones regulares establecidas entre las costas de la Galia y la Bretaña nos explican suficientemente los estrechos lazos políticos que unian á los habitantes de ámbas orillas del canal, en donde tambien florecian el comercio marítimo y la pesca. Los Celtas de la Bretaña Armórica iban á buscar en la isla el estaño extraido de las minas de *Cornouailles*, y lo trasportaban por las vías terrestres ó por los rios á Narbona y á Masalia. Refiérese que algunas tribus inmediatas á la desembocadura del Rhin vivian, en tiempo de César, de pescados y de huevos de ave; pero lo cierto es, que en estas regiones se hacia en grande escala la pesca y la recoleccion de huevos, como sucede aún en nuestros dias. Considerando en su conjunto las indicaciones aisladas y raras que han llegado hasta nosotros acerca del comercio de las Galias, sabemos con seguridad que las rentas de las aduanas de los puertos fluviales y marítimos desempeñaban un papel considerable en el presupuesto de los diversos cantones, sobre todo, entre los Eduos y los Venetos, y que la principal divinidad nacional era el dios protector de los caminos y del comercio y el inventor de los officios. La industria tenia, efectivamente, en la Galia bastante extension. César ensalza la habilidad manufacturera de los Galos, su talento para imitar los modelos, y para trabajar con arreglo á las indicaciones que se les suministraban. Sin embargo, en la mayor parte de los ramos de la industria, no habian superado las prácticas usuales: los Romanos fueron los que vivificaron la fabricacion de las telas de lino y de lana, tan floreciente despues en la Galia Central y Septentrional. No hay más excepcion, hasta donde nosotros alcanzamos, que la

preparacion de los metales. Los utensilios de bronce que se encuentran en los *tumuli*, notables muchas veces por el trabajo técnico, y la flexibilidad persistente todavía en nuestros días; las monedas arvernas de oro, de una singular exactitud, vienen á atestiguar la habilidad de los obreros para trabajar el cobre y el oro, y puede creerse á los antiguos cuando dicen que los Biturigos enseñaron á los Romanos el secreto del *estañado*, y los habitantes de Alisa, el del *plateado*. Estos dos procedimientos eran ya sin duda empleados en tiempo de la independencia de los Galos; y en cuanto al primero, se enlazaba naturalmente al comercio del estaño que ya antes hemos mencionado. Con la industria ejercida sobre los metales se enlazaba al arte de extraerlos. Las galerías de la minas de la cuenca del Loira habian sido dirigidas con gran inteligencia, y los mineros desempeñaban un papel importante hasta en los sitios. Entre los Romanos de aquel tiempo era opinion corriente que existian en la Galia los países más auríferos del mundo, opinion exagerada sin duda, y contradicha á la vez por el exacto conocimiento del suelo, y por los hallazgos verificados en las tumbas célticas, en las que es el oro mucho más raro que en los *tumuli* abiertos en otros lugares en las verdaderas regiones de este metal precioso. En este renombre dado á la Galia hay que ver la consecuencia de los relatos, sin duda exagerados, de los viajeros griegos y de los soldados romanos, ensalzando á sus compatriotas las magnificencias de los reyes Arvernos, y los tesoros del templo de Tolosa. Estas afirmaciones no eran, sin embargo, cuentos fantásticos. Es probable que en aquellos tiempos de atraso, y bajo el régimen de la esclavitud, los rios y las orillas de los torrentes que bajaban de los Pirineos ó de los Alpes, ofreciesen á los labadores y rebuscadores, entónces nu-

merosos, un terreno mejor y más productivo que en la actualidad, que no recompensa el trabajo que hoy tiene ya su valor propio; y por otra parte, es posible que las relaciones comerciales de la Galia, como sucede en los pueblos semicivilizados, hayan favorecido la acumulación de un capital muerto ó de metales preciosos.

El arte y la ciencia.—Las artes plásticas se hallaban allí en un estado rudimentario, cosa que admira al lado de la singular habilidad de los Galos para trabajar los metales. Amaban apasionadamente los adornos abigarrados, de brillantes colores, y carecían, al parecer, del exacto sentimiento de la belleza: teníase de ello una prueba, aún más palpable, en sus monedas de figuras ya sumamente sencillas, ya bizarra, de líneas siempre extravagantes y las más veces toscas en extremo. No hay quizá ejemplo de otro país, en que, durante todo un siglo, reproduzcan sus monedas, fabricadas con cierta habilidad técnica y desfigurándolos cada vez más, dos ó tres tipos copiados de los Griegos. En cambio la poesía, muy estimada entre los Galos, se unía con vínculos estrechos á las instituciones nacionales, así religiosas como políticas: los poetas piadosos, los poetas cortesanos y los mendicantes florecían á competencia (t. V, pág. 243). Por lo demás, envueltas las ciencias naturales y la filosofía en el lenguaje y las formas de la teología local, no estaban, sin embargo, abandonadas, y los sistemas *humanitarios* del helenismo hallaban buena acogida por do quiera que se producían. La escritura estaba muy generalizada, por lo ménos entre los sacerdotes. En la época de César y en la Galia independiente, en particular entre los Helvecios, estaba en uso el alfabeto griego: pero en los países inmediatos del Sur habían conquistado la preponderancia para el alfabeto latino las diarias relaciones seguidas con los Galos, ya ro-

manizados; así es que hallamos los caracteres latinos en las medallas arvernas contemporáneas.

Estado político. La tribu. Progreso de la caballería. Decadencia de la antigua constitucion de las tribus. Sucesion de la monarquía.—Bajo la relacion política, ofrece á nuestros ojos la civilizacion de los Galos fenómenos notables. La constitucion política tenia entre ellos, como en todas partes, su base en la *tribu*, con su jefe ó príncipe, su consejo de ancianos, y su asamblea de hombres libres y armados: pero es notable que nunca se elevó la Galia sobre esta forma primitiva. Entre los Griegos y entre los Romanos substituyó pronto á la tribu la unidad política del recinto amurallado de la ciudad: en cuanto se encontraban encerrados en las mismas murallas dos grupos de familias, se verificaba inmediatamente la fusion: el pueblo asignaba á una parte de los ciudadanos un nuevo recinto y se formaba enseguida una ciudad nueva sin lazos con la metrópoli, á no ser por la piedad ó cuando más por la clientela: Entre los Celtas, el pueblo fué en todo tiempo la tribu: rigen á ésta el consejo y el príncipe, pero nunca tal ó cual ciudad; y la asamblea general del canton era quien decidia en última instancia. La ciudad no tiene, lo mismo que en Oriente, nada más que una importancia mercantil ó estratégica, pero no política: así pues, las ciudades de los Galos, aún las que estaban muradas y eran más considerables, como Génova y Vienne, no eran más que *aldeas* á los ojos de los Romanos. En tiempo de César aún se mantenía la constitucion primitiva casi sin cambios entre los Celtas insulares y en los cantones septentrionales del continente: la Asamblea general era la suprema autoridad: en todas las cuestiones graves decidia por sí misma y obligaba al príncipe: la asamblea de la tribu era numerosa (en algunas contaba

hasta 600 miembros), aunque parece que no desempeñó nunca más que un papel análogo al del Senado bajo los reyes de Roma. En cambio, en los cantones más meridionales, se había verificado una gran revolución, una ó dos generaciones ántes de César (éste vió todavía vivos á los hijos de los últimos reyes): las grandes tribus, ó por lo ménos, los Arvernos, los Eduos, los Secuaneses y los Helvecios habian suprimido la monarquía, pasando el poder entre ellos á manos de la nobleza. Careciendo del régimen de las ciudades y de las asociaciones urbanas, segun acabamos de decir, seguíase de aquí, como el reverso de la medalla, que los caballeros que estaban en el polo opuesto del progreso político dominaban absolutamente en las tribus Celtas. Esta aristocracia de los Galos se componia segun todas las apariencias, de una alta nobleza compuesta quizá en su mayor parte de los miembros de las familias reales ó de sus descendientes; vemos, sin embargo, que en ciertas tribus pertenecian á la misma raza los jefes de las facciones hostiles entre sí. Estas grandes familias concentraban en sus manos la preponderancia económica, militar y política; monopolizaban los arrendamientos de las regalías del Estado, y obligaban á contraer deudas á los simples hombres libres, agobiados por el impuesto. Deudores de hecho y dependientes de derecho, durábales muy poco su libertad. Los nobles se habian conquistado una clientela, ó mejor dicho, el privilegio de agregarse cierto número de escuderos montados y asalariados (denominábanseles *ambactas*) (1). Con su pequeño ejército, formaban un

(1) Esta expresion parece que estuvo muy en uso, desde el siglo VI, entre los Galos circumpadanos: Ennio la conocia y sólo por la Galia inmediata al Pó, pudo, en aquella época tan remota, llegar á oídos de los Italianos. Pero no pertenece sólo á la

Estado del Estado, desafiaban la autoridad legítima, estaban exentos del contingente local, y hollaban la constitucion. Cuando en una tribu, contando algunas hasta 80.000 hombres capaces de tomar las armas, se veía venir á la asamblea un hombre seguido de 10.000 escuderos, sin contar sus clientes y deudores, podia verse en él seguramente un dinasta independiente más

lengua celta, es tambien germánica y se enlaza con la radical alemana *ante*: el cortejo noble era una práctica común á los Celtas y á los Germanos. De mayor interés histórico sería el averiguar si la palabra y la cosa han ido de los Celtas á los Germanos ó de los Germanos á los Celtas. Si, segun la opinion más seguida, la palabra *ambacta* ha sido germánica en su origen, y ha designado el criado que seguía á su señor en el combate, y se mantiene «detrás de él», no hay aquí un hecho irreconciliables, con el uso de la palabra entre los Galos, uso que se remonta á una época antiquísima. Segun las analogias probables, el derecho que poseian los nobles de tener *ambactas* que los exaltasen no es una institucion primitiva de los Galos; sino que ha nacido y se ha formado poco á poco en oposicion con la antigua monarquía y el derecho de igualdad de los hombres libres. No es en realidad nacional, pues es relativamente más moderna que la nacion; y creo posible, y hasta muy [verosímil, que á consecuencia de los prolongados contactos con los Germanos, contactos de que hemos de hablar despues, los Celtas, así en Italia como en las Galias, habian sido escoltados en un principio por un ejército de Germanos mercenarios. Bajo esta relacion se vé que los «suizos» son algunos millares de años más antiguos de lo que se cree. Si la denominacion de *germanos*, dada por los Romanos á los Alemanes en cuanto nacion, y quizá á manera de apelativo usado entre los Galos, si esta denominacion, repito, es realmente de origen céltico, (t. III, página 402). Solo nuestras conjeturas serán perfectamente ciertas; pero habria que habandonarlas si la palabra *ambacta* puede referirse á una raiz céltica. Jeuss, por ejemplo, la refiere á los radicales *ambi* (*circum*), y *aig* (*agere*), «el que se mueve en derredor, servidor, hombre de séquito.»

bien que un simple miembro de la comunidad. Agréguese á esto que en el interior de la tribu estaban estrechamente ligadas entre sí las principales familias por medio de matrimonios ó por pactos recíprocos, y que ningun poder era bastante fuerte para ponerse frente á ellos. Así pues, no habia autoridad central que mantuviese la paz pública, y por todas partes reinaba el derecho de la fuerza. El cliente no podia ayudar nada más que al Señor; y éste tenia que vengar necesariamente, por deber ó por interés la injuria hecha á los suyos. No sabiendo el Estado proteger á los hombres libres, iban éstos á ampararse al lado del poderoso. La asamblea del pueblo habia perdido todo su valor político; y el príncipe á quien incumbia la represion de los excesos de la nobleza, caia vencido por ésta, entre los Galos como otras veces entre los Latinos. En lugar del rey, habia surgido el «justiciero» (*Vergobret*), nombrado por un año, como el cónsul de Roma. Allí donde aún subsistia la antigua tribu en sus principales elementos, dirigia los negocios el consejo del canton; pero la aristocracia atraia hácia sí el gobierno. En esta situacion estaban las tribus en fermentacion permanente, como el Lacio durante los siglos inmediatos á la expulsion de los reyes: por una parte, se unian los caballeros en una liga separada, hostil al poder central de la tribu: por otra no cesaba el pueblo de reclamar una restauracion monárquica; y vióse con frecuencia á algun noble que sobresalia en su casta, abordar la empresa ensayada ántes en Roma por Espurio Casio, apoyarse sobre el ejército de sus clientes, y, pretendiendo destruir el poder de sus iguales, querer reconquistar en provecho propio la corona y los derechos de los reyes.

Tendencias hácia la unidad nacional.—Este era el mal incurable que sufrían las tribus, y sin embargo, se

manifestaba fuerte en el seno del pueblo el sentimiento de la unidad, y tendia, de mil maneras, á ir tomando cuerpo. En el momento mismo en que la coalicion de los nobles galos contra las asociaciones de las tribus preparaba la ruina del antiguo órden de cosas, se despertaba y alimentaba la idea de la cohesion nacional. Los ataques procedentes del exterior y las sucesivas disminuciones del territorio comun por las guerras con los pueblos vecinos, contribuian tambien á este mismo resultado. Así como los Helenos luchando con los Persas, y los Itálicos luchando con los Celtas, así tambien, combatiendo contra Roma, habian adquirido por primera vez los Galos transalpinos la conciencia del poder y de la energía defensora de la unidad nacional. En medio de las rivalidades de las tribus y del tumulto de las luchas feudales, se dejaban oír otras voces que reclamaban la independendencia de la nacion, siquiera fuese á costa de la independendencia individual de los diversos cantones de la Galia, ó del soberbio aislamiento de los caballeros. Las guerras de César atestiguan cuán popular era la resistencia contra el extranjero. El partido de los patriotas se sostuvo contra César, como los patriotas alemanes se sostuvieron contra Napoleon: entre otras pruebas de su fuerza, de su extension y de su organizacion, citaremos la telegrafia ingeniosa de que se servian para la rápida transmision de las noticias.

Union religiosa. Los Druidas.—Pero general y poderosa como era, no podia comprenderse la idea nacional de los Galos en medio de una division política excesiva, si al mismo tiempo no hubiesen obedecido durante muchos años á la centralizacion religiosa y teológica. Los sacerdotes Galos ó la *cofradía* de los *Druidas* abrazaba seguramente en su lazo nacional y religioso las islas británicas y toda la Galia, y quizá tambien otros países

célticos. Tenia su jefe propio elegido por los sacerdotes: tenia sus escuelas en donde se perpetuaba una tradicion antiquisima: sus privilegios, la inmunidad del impuesto y del servicio militar; sus concilios anuales, que se reunian cerca de Chartres, en el «centro del país celtico;» tenia, en fin, su iglesia de creyentes, en los que la piedad supersticiosa y la ciega obediencia hácia el sacerdocio no cederia en nada á las de los actuales irlandeses. Compréndese que la corporacion de los Druidas intentara apoderarse del gobierno temporal, consiguiéndolo en parte. Allí donde se habia establecido la monarquía anual del *Vergobret*, dirigia las votaciones en caso de interregno: afectó el derecho, y no sin éxito, de poner el veto religioso á los individuos y á todas las comunidades, y por consiguiente, excluirlas de la sociedad civil; supo tambien incautarse del derecho de entender en los negocios civiles más importantes, en las cuestiones de *deslindes* y de *herencias*: fundándose, al parecer, en este derecho de intervencion, y en la costumbre que designaba preferentemente á los culpables como víctimas en los sacrificios humanos, habia conquistado y aun aumentado su jurisdiccion teocrática en materias criminales, é hizo una gran concurrencia á la justicia de los reyes y del *Vergobret*; y por último, llegó hasta decidir de la paz y de la guerra. No estaba la Galia ya léjos de las formas de un Estado teocrático con sus Papas y concilios, con sus inmunidades, sus excomuniones y sus tribunales espirituales. Sólo que, á diferencia del Estado teocrático moderno, léjos de meterse en asuntos exteriores, permaneció la constitucion druídica siendo profundamente nacional (1).

(1) Sobre la constitucion druídica y las doctrinas religiosas de la Galia (vease el artículo *Druidismo*, de J. Reinaud, en la En-

Falta de centralizacion politica. Liga de las tribus-Liga belga. Las tribus maritimas. Ligas de la Galia central. Su carácter.—Sea como quiera, y por más que se hubiese despertado entre las razas célticas, el vivo sentimiento de su mútua dependencia, no supieron conseguir la centralizacion política, como no fué dado encontrarla, ni á los Itálicos en la ciudad romana, ni á los Helenos y Germanos en las monarquías Macedónica y Franca. La cofradía sacerdotal y la nobleza, que, bajo una relacion, eran la representacion y el lazo nacional, esclavas de sus intereses exclusivos de casta, fueron incapaces de fundar la unidad; y, por otra parte, eran demasiado poderosas para permitir que la constituyese un rey y una tribu. Y no es porque faltasen los gérmenes: la constitucion central de las tribus abria el camino; y bajaba por la pendiente del sistema de la heguemonía. Un canton poderoso abligaba á los más débiles á subordinársele, y á partir de esta fecha, los representaba en el exterior y estipulaba por ellos en los tratados: entre tanto la tribu cliente estaba obligada á seguir á la otra en sus guerras, y muchas veces hasta le pagaba tributo. De este modo es como habian surgido muchas ligas distintas; por lo demás, ninguna tribu directora habia para toda la Galia, ninguna asociacion comun á toda la nacion. Ya hemos dicho (t. V, pág. 242) cómo los Romanos, en los primeros tiempos de sus conquistas en la Transalpina, habian encontrado en el Norte la confederacion brito-belga, sometida á los Suesiones, al Mediodía y al Sur de la Confederacion de los Arvernos, con la que rivalizaban los Eduos, apoyados en una más débil clien-

ciclopedia nueva, y el libro II de la Historia de Francia. de monsieur Henri Martin.

tela. En tiempo de César, vemos en el Nor-este, entre el Sena y el Rhin, á los Belgas unidos en una liga análoga, pero que no se extiende hasta la Gran Bretaña: al lado de éstos permanecen asociados los Galos de la Normandía y de la actual Bretaña; éstas, si se quiere, eran tribus marítimas. En la Galia central ó propia, luchaban dos partidos por la heguemonia: por una parte estaban los Eduos, y por otra los *Secuaneses*: debilitados por sus guerras con los Romanos, habian ya cedido el puesto á los Arvernos. Estas diversas ligas eran independientes unas de otras: los Estados-jefes del centro no habian conquistado la clientela en el Nor-este, y por la parte del Nor-oeste no habian tampoco avanzado mucho. Pero las asociaciones de las tribus, por más que diesen alguna satisfaccion al sentimiento nacional unitario, eran, por otra parte, insuficientes en todos los puntos. Flotaban, sin cohexion sólida, entre la alianza y la heguemonia; los intereses comunes no tenian más que una representacion insuficiente en tiempo de paz, en la Dieta federal; en tiempo de guerra, en el jefe del ejército. Sólo la liga de los Belgas estaba constituida con alguna solidez. Allí el movimiento nacional, de donde salió en otro tiempo la afortunada resistencia opuesta á los Cimbrios (t. V, pág. 273), habia dado sus frutos. En resúmen, las contiendas por la heguemonia, abrian en cada liga un cisma, que no borraba el tiempo, sino que, por el contrario, iba anmentando: despues de la victoria de un pretendiente, continuaba viviendo el vencido, y por más que estuviese bajo clientela, érale permitido volver á comenzar algun dia el combate. La lucha no era sólo entre los cantones más poderosos, sino que se 'producia en cada tribu, en cada aldea, y áun en cada casa, no teniendo nadie en cuenta nada ántes que sus intereses personales. Así como en Grecia no era la gran lucha

entre Esparta y Atenas la que habia arruinado el país, sino las guerras intestinas entre las facciones lacedemonias y atenienses en cada ciudad, y en Atenas la primera; así la rivalidad de los Arvernos y de los Eduos dió un golpe de muerte á la Galia, repitiéndose en pequeño y hasta el infinito en el seno de la nacion céltica.

Sistema militar.—El estado social y político del país se reproducia necesariamente en su sistema militar. El alma principal era la de caballeria: á su lado, se veia entre los Belgas, y principalmente entre los insulares de la Gran Bretaña, los antiguos y nacionales carros de combate muy numerosos y perfeccionados. En los vigorosos escuadrones, y en las apiñadas filas de carros, se veia la nobleza y sus escuderos: era propio de los caballeros amar los caballos y los perros, montar animales buenos de raza extranjera y de gran precio. Sábese el ardor y el modo de combatir de estos nobles: en cuanto se hacia el llamamiento, todo el que tenia un caballo lo montaba, aunque fuese un anciano agobiado por los años, y cuando llegaba el momento del combate contra el enemigo, á quien generalmente despreciaban, juraban todos, uno por uno, no volver á su casa, miéntras su escuadron no hubiese atravesado, dos veces por lo ménos, las filas de sus contrarios. Sus mercenarios eran verdaderos *lansquenets*, sin moralidad y sin sentimientos, y despreciaban su propia vida tanto como la de los demás. Hánse hecho muchos relatos subidos de color y casi rayando en la anécdota, de aquellos banquetes galos en donde se ejercitaban en la esgrima, degenerando siempre en duelos á muerte: en donde, segun un uso que aún superaba las luchas de gladiadores en Roma, se vendian para el combate singular, á precio de oro, ó por algunos barriles de vino, apostándose á morir tendidos sobre su escudo y á la vista de la muchedumbre.

La infantería.—Después de los caballeros venía la infantería. En el fondo eran siempre aquellas mismas bandas guerreras con quien los Romanos se las habían en Italia y en España. Como arma defensiva, llevaban casi siempre, un ancho escudo: en vez de espada usaban para el ataque la lanza como arma principal. En donde se unían muchas tribus para la guerra, se acampaba y combatía tribu contra tribu: no tenían los contingentes ninguna organización militar: tampoco tenían táctica alguna ni hacían de las masas divisiones y subdivisiones regulares. Llevaban los bagages del ejército en extensas filas de carros; y, en lugar del campamento atrincherado construido todas las noches por las legiones de Roma, suplían éste con un medio pobre, con el de formar el recinto con dichos carros (Wagenburg, material rodante). Ciertos pueblos, y entre otros los Nervianos, eran muy ensalzados por su excelente infantería; pero es también notable que no tuviesen caballería, de donde se deduce que no eran de raza céltica, sino que tal vez fuesen procedentes de alguna emigración germánica. En resumen, la infantería de los Galos en aquel tiempo, parecía sólo una muchedumbre tumultuosa sin valor militar y poco manejable, sobre todo en el Sur, en donde con la rudeza de las costumbres había desaparecido también la bravura. «Los Galos, dice César, no se atreven á mirar frente á frente á un germano: y, cosa que atestigua más la cobardía y la inutilidad de la infantería celta, en cuanto el general Romano tuvo ocasión de conocerla en su primera campaña, no la colocó nunca al lado de las legiones.

Resumen del cuadro de la civilización de los Galos.—En el conjunto no pueden confirmarse los progresos reales de la civilización de los Galos de las regiones transalpinas, en el momento de la llegada de César,

sobre todo cuando se la compara con la condicion de los Galos que siglo y medio ántes nos ha presentado la historia establecidos en las orillas del Pó. En esta época, la fuerza principal de sus ejércitos consistia en la *Landwehr*, excelente en su género (t. II, ps. 24): en la actualidad, la caballería habia sustituido á la infantería. Antes, habitaban los Galos en aldeas abiertas: ahora se rodean de buenas murallas. Las escavaciones de los *tumuli* no han descubierto en la Lombardia nada más que objetos muy inferiores á los de la Galia del Norte, particularmente en utensilios de cobre y de vidriado. El signo y la medida exacta de la civilizacion de un pais, es quizá el estado de la fortuna de un pueblo; y tampoco como se habia manifestado, durante el periodo de las guerras de los Galos en la region Lombarda, tanto más viva se muestra durante la lucha contra César. Pero segun todas las apariencias, cuando este general llegó á la Galia, habia alcanzado ésta el apogeo de cultura á que podia aspirar, y aún comenzaba ya la decadencia. Por último, en tiempo de César, nos ofrece la civilizacion de los Transalpinos, por poco conocida que nos sea, una multitud de aspectos estimables é interesantes: y se enlaza, bajo muchas relaciones á la era moderna más bien que á la heleno-romana, por el uso de los buques de vela, por su caballería, por sus instituciones religiosas y por sus esfuerzos, por más que sean imperfectos para constituir el Estado, no sobre la ciudad sino sobre la raza, y para elevar la nacionalidad á su más alto poderío. Desgraciadamente, por lo mismo que encontramos á los Galos en el punto culminante de su progreso, vemos mejor los vacios de sus dotes morales, ó lo que es lo mismo, de su capacidad para la cultura. No supieron crear arte ni Estado, y llegaron á lo más á fundar una especie de teología y una nobleza propia. Ya no existia

su bravura sencilla y primitiva, y, en cuanto al valor militar engendrado ó por las altas ideas morales ó por las sábias instituciones, tal como surgia en los países de una civilizacion avanzada, se habia refugiado, aunque ¡ya semi-extinguido, en las filas de los caballeros. La barbarie estaba en realidad vencida: ya habian pasado los tiempos en que los Galos servian el bocado mejor y más sabroso al convidado más valiente; en que los demás convidados á quienes ofendia tal preferencia, disputaban su honor en un combate singular; en que los más adictos de un jefe que moria se arrojaban á la pira en donde se verificaba la incineracion del cadáver. Pero aún duraban los sacrificios humanos; y si bien no estaba ya en uso la tortura contra el hombre libre, se la autorizaba contra los esclavos y aún contra la mujer libre: este hecho ilumina con una triste luz la condicion en que se hallaba el sexo débil en las Galias, aún en la época de su civilizacion más avanzada. Resumamos: los Galos habian perdido las rudas ventajas de los pueblos primitivos, y no habian conquistado los privilegios reservados á los pueblos en que la idea moral ha penetrado y domina todos los espíritus.

Relaciones exteriores. Celtas é Iberos.—Tales eran los Galos en el interior. Réstanos darlos á conocer en sus relaciones exteriores ó con sus vecinos, y mostrar el papel que desempeñaban en esta época, en esa gran liza abierta á todas las naciones. El durar y defenderse es en todas las cosas más difícil que vencer. Por la parte de los Piríneos, reinaba la paz entre las tribus hacia mucho tiempo: habian trascurrido ya siglos desde que los Galos habian rechazado y desposeido en parte á los Ibéros ó á la poblacion vasca primitiva. Los valles de la cadena las montañas del Bearnés y de la Gascuña y las estepas de la costa, al Sur del Garona, pertenecian á los

Aquitanos, agregacion de pequeños pueblos de origen ibérico, mal unidos entre sí y sin recursos en el exterior: solo las bocas del Garona, con el importante puerto de *Burdígala* (Burdeos), estaban en poder de la poblacion céltica de los *Biturigo-Viviscos*.

Celtas y Romanos.—Mucho más importantes fueron los contactos entre la nacion celta y el pueblo romano por un lado y los Germanos por otro. No repetiremos aquí lo que hemos dicho anteriormente acerca del modo como los Romanos, avanzado siempre, rechazaron lentamente á los Galos. Ocuparon la zona de las costas desde los Alpes hasta los Pirineos, separando á los Celtas de la Italia, de la España y del mar Mediterráneo. Ya hacia muchos siglos que habia preparado este gran resultado la fundacion de la ciudadela focense en la desembocadura del Ródano. Hagamos notar una vez más, que los Galos no han cedido solo al ascendiente de las armas romanas, sino que se han doblegado tambien ante la civilizacion latina, que tenia por auxiliares los elementos fecundos traídos á esta nueva tierra por los trabajadores griegos. El comercio y las relaciones internacionales hicieron, como sucede con frecuencia, tanto como la conquista, pues iban abriendo el camino. Como hombre del Norte, gustaban al Galo las bebidas fuertes: como excita, bebia los buenos vinos hasta la embriaguez, existiendo el disgusto de los sobrios habitantes del Sur; y al ver estas cosas no repugnaba sacar de ellas provecho. Muy pronto se convirtió el comercio de vinos en rica mina de oro para el mercader italiano, y á veces le sucedió cambiar una cántara de vino por un esclavo. Tambien se colocaban con gran ventaja en las Galias otros artículos de lujo, como los caballos italianos, por ejemplo. Ya se veia tambien al ciudadano romano comprar tierras más allá de la frontera: desde el año 673, se hace men-

cion de los dominios romanos situados en el canton de los *Segusiavos* (cerca de Lyon); por consecuencia, no era ya desconocida la lengua latina en la Galia independiente, y particularmente entre los Arvernos, desde mucho ántes de los tiempos de la conquista; pero solo algunos tenian de ella una ligera tintura, y áun se necesitaba intérprete para conversar con los notables del pueblo aliado de los Eduos; y así como los *squatters* y los traficantes de aguardiente han abierto la ruta á los inmigrantes en la América del Norte, los mercaderes de vinos y los propietarios romanos atraieron á los invasores de las Galias. No habia pasado esto desapercibido para los Galos: testigo la prohibicion vigente en uno de sus pueblos más enérgicos, en el de los Nervianos, que, imitando á algunas hordas germánicas, cerró su territorio al comercio con los Romanos.

Galos y Germanos. Los Celtas pierden la orilla derecha del Rhin. Tribus germánicas de la orilla izquierda.—Mientras que éstos afluan á las playas del Mediterráneo, otra raza, procedente tambien de la cuna de los pueblos orientales, salia de las costas del Báltico y del mar del Norte, y venia, más jóven, más ruda y más fuerte, á conquistarse un puesto entre otros pueblos sus hermanos mayores. Ya las tribus llegadas del Rhin, Usipetos, Tencteros, Sigambros (sicambros), y Ubianos se dejaban dominar por la civilizacion, ó por lo ménos abandonaban poco á poco sus costumbres caprichosamente nómadas. Mas todas las indicaciones de las fuentes nos muestran que, en el interior, habia ido desapareciendo lentamente la agricultura y que las hordas germánicas no se fijaban ya en el suelo. Cosa notable, apenas si entre sus vecinos occidentales se conocia una sola de las tribus del Centro por su nombre patronímico. Colocábaselas á todas bajo la denominacion comun de

Suevos, esto es, «los errantes» ó de *Marcomanos*, es decir, «hombres de landwehr» (1). Repito que estas denominaciones no pertececian, en tiempo de César, á naciones distintas, por más que lo hayan creido así los Romanos, y aunque más tarde hayan tomado este carácter. Cuando la Gran Nacion se puso en movimiento, los Celtas fueron los primeros que recibieron el choque. Sin embargo, las luchas entre los Germanos y los Galos por la posesion de las tierras al Este del Rhin están completamente fuera del alcance de nuestras miradas. Lo único que nos es dado averiguar es que, á fines del siglo VII de Roma, todos los países de la orilla derecha del Rhin habian sido conquistados á los Celtas: los Boyos, asentados tiempo há, segun parece, en lo que hoy es la Baviera y la Bohemia (t. V, p. 250), andaban ya errantes y sin pátria, y hasta la *Selva negra*, que los Helvecios habian tambien ocupado, aunque aún no habia caido por completo bajo el poder de las tribus germanas limítrofes, estaba convertida en frontera talada y disputada diariamente: ya se habia convertido, sin duda, en lo que

(1) Así, pues, es muy verosímil que los Suevos de César sean los mismos *Cattos*; pero esta denominacion de Suevos, así en tiempo de César como despues, fué dada á toda tribu germánica á que podia aplicarse la calificacion de nómada. Si el «rey de los Suevos» de que hablan Pomponio y Plinio (Hist. Nat. 2, 67), y no hay lugar á duda, es el mismo Ariovisto, no habria sin embargo, razon para concluir de aquí que este jefe era Catto de nacion. Antes de *Marbod*, no se vé en ninguna parte á los Marcomanos, como pueblo distinto: es muy posible que la expresion no haya tenido hasta ahora otra significacion que la que su etimologia indica. Cuando César (I, 51), nombra á los Marcomanos entre las dos tribus reunidas en el ejército de Ariovisto, creo que ha padecido un error, y adoptado una designacion simplemente calificativa y general, como habia sucedido con los Suevos.

indica el nombre de «desierto helvético» que le dieron más tarde. Sábese la bárbara extrategia de los Germanos: para librarse de toda sorpresa por parte del enemigo, talaban la region que les separaba en una extension de muchas leguas; y aquí parece que la practicaron en grande escala. Pronto no los contuvo ya ni siquiera la barrera del Rhin. Cincuenta años ántes, habian pasado los Cimbrios y los Teutones, cuyo núcleo principal lo formaban las hordas germánicas, como un torrente devastador, por la Panonia, Italia, las Galias y España. Esto no habia sido, sin embargo, más que un poderoso reconocimiento; pero al Oeste del rio y en su curso inferior, se veian ya establecidos algunos pueblos germánicos: llegados como conquistadores, trataban á los Galos sus vecinos como pueblo sujeto, exigiéndole rehenes y tributo. Esto hacian los *Aduatucos*, restos rezagados del ejército de los Cimbrios, y convertidos en una tribu poderosa: otra multitud de tribus fué más tarde comprendida bajo la denominacion de *Tongrios* y habitaban en las orillas del Mosa, en el país de Lieja. En pós de estos venian los *Treverinos* (en las inmediaciones de Treveris), y los *Nervianos* (en el Hainaut), las dos tribus más grandes y poderosas de todas. Sérías autoridades los enlazan al gran tronco germánico. Nosotros nos guardaremos de resolver definitivamente esta cuestion de los orígenes, haciendo notar, sin embargo, con Tácito, que más tarde se tuvo entre estos dos últimos pueblos, como un honor el descender de sangre germánica y no de la ménos estimada de los Galos. Sea como quiera las poblaciones de los países del Escalda, el Mosa y el Mosela nos parece que están muy impregnados de elemententos germánicos, en contacto con las influencias procedentes del otro lado del Rhin. Puede ser que los establecimientos germanos fuesen todavía raros; pero

no carecian de importancia, porque en medio de el caos sombrío en que se agitaban entónces las hordas alemanas de la orilla derecha, las vemos siguiendo la huella de las abanzadas que habian pasado el rio, y disponiéndose á su vez á pasarlos todos en masa. Amenazadas así por ámbos lados por el extranjero, y destrozadas entre sí en el interior, no podian los desgraciados Celtas reponerse y conquistar su independenciam con sus solas fuerzas. Su historia no habia sido hasta entónces nada más que division y ruina. No contaba con batallas como las de Maraton y Salamina, las de Aricia y de los campos Raúdicos; en sus más viriles años no habia ni siquiera intentado destruir á Masalia; ¿cómo, al declinar su vida, habia de poder defenderse contra sus terribles invasores?

Politica de los Romanos respecto de la invasion germánica. Ariovisto en el Rhin medio. Estacionamiento de los Romanos.—No pudiendo los Galos sólo luchar contra los Germanos, era para Roma de un interés capital el vigilar atentamente sobre los incidentes de la lucha entre ámbos pueblos. Por más que no se comprometiese directamente en los sucesos, no dejaba de sentir las graves consecuencias que entrañaban. No hay que decir que la situacion interior de las Galias se reflejaba en el exterior á cada momento. Así como en Grecia el partido lacedemonio se habia aliado con los Persas contra Atenas, así tambien los Romanos, encontrándose á su primer descenso al otro lado de los Alpes, con los Arvernos, que eran entónces el pueblo más poderoso de los Celtas del Sur, habian tomado su punto de apoyo en los Eduos que disputaban á la otra tribu la hegemonía de las Galias, y ayudándose de éstos «nuevos hermanos del pueblo romano,» habia no solo sometido á los Alóbroges y á la mayor parte del territorio inmediato Arverno, sino que tambien, pesando con toda

su influencia, habian puesto en manos [de sus aliados la direccion de la Galia independiente. Sea como quiera, miéntras, que los Griegos no tenian que acudir al peligro más que por un lado, se veian los Galos atacados por dos enemigos, y les pareció el expediente mas sencillo pedir ayuda al uno contra el otro, estando una de las facciones por los Romanos y aliándose la otra con los Germanos. A este último partido se sentian arrastrados los Belgas principalmente: su vecindad y la mezcla de sus razas los aproximaban á los Transrhenanos: como eran más rudos y ménos civilizados que los demás Galos, sus compatriotas Alóbroges ó Helvecios les eran casi más extraños que las hordas de los Suevos. Entre los Galos del Sur, entre los Secuaneses, por ejemplo, cuya gran tribu (no léjos de Besanson) estaba al frente del partido hostil á Roma, ante la amenaza de las armas de la República, se creia tambien tener un motivo justo para llamar á los Germanos. La administracion romana estaba en decadencia: la revolucion italiana se anunciaba por signos precursores que no pasaban desapercibidos ni áun á los ojos de los Galos, y parecia llegada una ocasion propicia para rechazar la influencia de Roma y humillar á los Eduos sus clientes. Habiendo estallado la ruptura en el año 683, en la region del Saona que separaba ámbos territorios, *Ariovisto*, un jefe germano, pasó el Rhin con 1500 hombres armados. Era el *condotieri* de los Secuaneses. La guerra se prolongó durante muchos años con diversas vicisitudes; pero no terminó bien para los Eduos. Al fin, *Eporedorix* su jefe levantó en masa su clientela y marchó contra los Germanos: ahora tenia una gran superioridad numérica; pero obstinándose el enemigo en rehusar el combate, se mantuvo á cubierto detrás de las marismas y de los bosques. Despues, fatigadas un dia las

tribus de los Galos por tanto esperar, comenzaron á disolverse y á abandonar el ejército. Inmediatamente aparecieron los Germanos en campo raso, consiguiendo Ariovisto una fácil victoria cerca de *Admagetóbriga* (hácia Pontarlier), quedando tendidos en el campo de batalla la flor de los caballeros eduos. Abatidos éstos, tuvieron que sufrir las condiciones del vencedor. Para hacer la paz, fué necesario que abdicasen su heguemonía y entrasen con todos sus partidarios en la clientela de los Secuaneses, prometiesen un tributo á éstos, ó mejor dicho, á Ariovisto, diesen en rehenes los hijos de los principales nobles, y se comprometiesen, bajo juramento, á no reclamarlos jamás y á no solicitar la intervencion de los Romanos. Concluyóse este tratado, segun parece, hácia el año 693 (1). Todo incitaba á los Romanos á obrar, lo mismo su honor que su interés. *Divitiac*, un noble Eduo, jefe del partido romano en su tribu, y desterrado por los suyos por esta sóla causa, habia venido en persona á Roma, pidiendo que la República fuese en ayuda de su pátria. Además, la insurreccion de los Alóbroges, vecinos de los Secuaneses, insurreccion que coincidia sin duda con estos acontecimientos, hubiera debido ser para aquélla una séria advertencia. Dióse órden á los pretores de la Galia para que fuesen en auxilio de los Eduos; se habló de enviar los cónsules y los ejércitos consulares al otro lado de los Alpes; pero el resultado de todas estas palabras vanas fué, que el Senado, á quien competia la dicision en estos graves asuntos, no hizo casi nada; pues una vez dominada la insurreccion de los Alóbroges, no volvió á pensarse en

(1) Segun César (4, 36), entró Ariovisto en las Galias en el año 683: la batalla de Admagetobriga tuvo lugar en el 693 segun César y Ciceron (Ad Atiq. I, 49).

los Eudos, ántes por el contrario, en el año 695, se vió el nombre de Ariovisto inscrito en las listas de los reyes amigos de Roma (1).

Ariovisto funda un reino germánico en la Galia.— El jefe guerrero vió en todo ésto una renuncia pura y simple, por parte de la República, á todos los territorios galos que no habia jamás ocupado. y tomando posiciones en el país conquistado, se dedicó á fundar un imperio germano en medio del país galo. Hizo allí asiento con las numerosas hordas que le habian seguido, y llamó á otras más numerosas que acudieron á su voz desde el fondo de Germania. Cuando llegó el año 696, habian pasado ya el Rhin 120.000 Germanos. Esto era un *éxodo* poderoso de la nacion que se extendia á torrentes por esta ancha presa abierta hácia las bellas regiones de Occidente. Durante este tiempo, prosiguió el rey su establecimiento, fundamento de su futura dominacion en la orilla izquierda del rio. Es imposible determinar la importancia de las colonias germánicas creadas por él: extendianse muy léjos, aunque ménos que sus proyectos de conquista. En cuanto á los Galos, no los consideró más que como una nacion sujeta en masa, y cuyas diversas tribus no tenian para él una existencia distinta. Aun hay más, hasta los Secuaneses, de quienes él habia sido un *condotieri* mercenario, y á los que debia el haber pasado el Rhin, se vieron obligados á entregar á

(1) Parecerá increíble semejante negligencia, y se intentará hallar otros motivos más sérios que la ignorancia ó la torpeza política; pero nos contentamos con remitir á nuestros lectores á las cartas de Ciceron, en las que se verá la ligereza con que trata de esto el ilustre senador, cuando, en su correspondencia familiar, hace alusion á los asuntos de los Alóbroges.

los Germanos, lo mismo que á los enemigos á quienes habian dominado, la tercera parte de su territorio: trátase aquí, sin duda, de la Alsacia alta, habitada mástarde por los *Triboccos*, y en donde se estableció con su ejército; y como si esto no fuese bastante, cuando llegaron en pos de él los *Harudos*, exigió la entrega de otra tercera parte: parece que queria hacer en las Galias el papel de un Filipo de Macedonia; y se condujo como señor, lo mismo respecto de los Galos del partido germánico, que de los del partido de Roma.

Los Germanos en el Rhin inferior. Idem en el Rhin superior. Preparativos de una invasion helvética en la Galia.—El poderoso jefe era un vecino peligroso para Roma. Solo él bastaba para excitar las más vivas inquietudes; pero era mucho más grave el peligro para todo aquel que comprendia que el movimiento de la conquista arrastraria en pos de sí otros invasores. Fatigados por las incesantes rapiñas de las insolentes bandas de los Suevos, habian abandonado sus antiguas moradas los *Usipetas* y los *Téncteros* de la orilla derecha, en el año que precedió á la llegada de César á la Galia (695), y buscaron un asilo en la desembocadura del rio. Encontrándose allí con los *Menapianos* acantonados en la orilla derecha, les habian arrebatado aquella porcion de su territorio: era de preveer que quisieran tambien establecerse en la orilla Occidental. Otras hordas de Suevos se reunian cerca de Colonia y de Mayenza, y amenazaban invadir el territorio de la tribu de los Trevireños. Por último, la tribu más oriental de los Celtas, la de la poblada y belicosa Helvecia, atacada todos los días por incursiones cada vez más peligrosas, sobrecargada por sus colonos arrojados de sus campiñas al Norte del rio, amenazada de un completo aislamiento con el resto de Galia por el establecimiento de Ariovisto en el país de

los Secuaneses, se resolvió en su desesperacion á ceder el puesto á los Germanos; y fué á buscar en el Oeste un espacio más vasto y tierras más fértiles, aspirando tal vez, al mismo tiempo, á conquistar la supremacia en las Galias. Ya en la época de la invasion cimbria habia impelido esta ambicion á algunas de sus tribus: recuérdese sino la tentativa de division. Tambien los Roracos (país de Basilea y de Alsacia) expuestos á los ataques de los Germanos, los restos de los Boios, expulsados hacia mucho tiempo de su pátria, y errantes por todas partes sin encontrar un asilo, y algunos otros pequeños pueblos hicieron causa comun con los Helvecios. Desde el año 693 aparecieron sus avanzadas al otro lado del Jura y hasta en la Provenza: era inminente la avalancha, y detrás de ella iban á precipitarse inevitablemente las hordas germanas, y á esparcirse en la importante region entre los lagos de Costanza y de Génova. Los pueblos germánicos estaban en movimiento desde las fuentes del Rhin hasta el Océano Atlántico, y se mostraban en toda la línea del gran río. ¿Habia sonado la hora de una invasion de los Bárbaros, semejante á la de los *Franco*s y *Alemanes* que destruirá un dia el vacilante imperio de los Césares? ¿Va á acumularse acaso sobre las Galias la tormenta que cinco siglos despues caerá sobre Roma?

César en la Galia. Su ejército.—En tales circunstancias fué cuando Cayo César, gobernador nombrado recientemente, descendió á la Galia Narbonense (en la primavera del año 696). El senado-consulta habia agregado ésta á su provincia originaria, la Cisalpina, con la Istria y la Dalmacia. Respecto de su cargo, conferido primero por cinco años (hasta fines del año 700), y prorogado despues por otros cinco (hasta fines del 705), tenia derecho á llevar consigo seis lugar-

tenientes con rango de *propretores* (1); además, por lo ménos segun él, estaba autorizado para completar los cuadros de sus legiones y hasta para formar otras nuevas con los muchos ciudadanos que poblaban su circunscripción Císalpina. El ejército, á cuya cabeza se puso en las dos provincias, comprendia la infantería regular de cuatro legiones aguerridas, la sétima, octava, novena y décima, 24.000 hombres á lo sumo, á los que se agregaban, como de costumbre, los contingentes de los súbditos locales. Respecto de caballería y tropas ligeras, llevaba algunos escuadrones españoles y númidas, y arqueros y honderos de Creta ó de las Baleares. En su estado mayor, formado de la flor de la democracia, entre gran número de brillantes nulidades, se veian algunos oficiales capaces, entre otros *Publio Craso*, hijo de su antiguo asociado político; *Tito Labieno*, su fiel auxiliar en las campañas populares del Forum, y que le seguia hoy á los campos de batalla. Por lo demás, iba sin instrucciones precisas, dejando las circunstancias guiar su valor y su inteligencia; y á su pericia, el que reparase el mal que habia causado la incuria del Senado, y el cerrar el paso á la invasion de los Germanos.

César rechaza á los Helvecios—En este momento comenzaba la invasion helvética, tiempo há preparada, y cuyo lazo íntimo con la invasion germánica hemos mostrado anteriormente. A fin de no dejar sus cabañas vacías para que las utilizasen los Germanos, y para cortarse ellos mismos la retirada, habian quemado los Helvecios sus ciudades y aldeas, y cargando en las ex-

(1) Elevados á diez en el año 698. Napoleon en su *Hist. de César*, 77, Apéndice D, hace un estudio interesante bajo el punto de vista militar acerca de los lugar-tenientes que auxiliaron á César en las Galias.

tensas líneas de sus carros, sus mujeres, sus hijos y sus mejores muebles llegaron al Leman, á la altura de *Genava* (*Génova*), en donde se habian citado con sus compañeros de emigracion para el 28 de Marzo (1) del año 696. Segun ellos, reunian un contingente de 368.000 individuos, una cuarta parte, de los cuáles eran hombres capaces de llevar las armas. El monte Jura que va desde el Rhin al Ródano, forma una barrera casi continua entre la Helvecia y los países de Occidente. Sus estrechos desfiladeros eran muy difíciles de atravesar, por lo que se prestaban á la defensa. Así pues, los jefes de los Helvecios habian dado la vuelta por el Sur, á fin de penetrar en el Oeste por el punto en que, rompiendo el Ródano las montañas, se ha abierto el camino entre las crestas jurásicas del Sud-oeste, las más difíciles de la cadena, y los Alpes de Saboya á la altura del *fuerte de Eclusa*. Flanqueando el rio más á la derecha, rocas y precipicios enormes, no quedaba más que un sendero estrecho, que podia cerrarse en un momento. Nada más fácil para los Secuaneses, dueños de esta orilla, que impedir el paso, y los Helvecios se decidieron á seguir por la izquierda que pertenecia á los Alóbroges hasta más arriba del paso del rio, contando con pasarlo de nuevo por más abajo, por donde entra ya en la llanura, y dirigirse desde allí á los cantones del Oeste: el país de los *Santones* (*saintonge*), no léjos de las costas del Atlántico era el lugar elegido por ellos para su futura morada. Pero al pasar á la orilla izquierda, habian entrado en territorio romano; y César, que por otra parte, no veia con gusto su establecimiento en la Galia occidental, estaba decidido á cerrarles el paso. Por desgracia,

(1) Segun el calendario rectificado, debió ser el 16 de Abril.

de sus cuatro legiones, tres estaban muy distantes, por el lado Aquilea; y aunque hubiese mandado precipitadamente las milicias de la provincia Transalpina, parecia imposible hacer frente con este puñado de hombres al inmenso torrente de pueblos que desembocaban en el Ródano, y cerrarles el desfiladero á la salida del Lemán, más abajo de Génova, en un espacio de más de cuatro leguas. Quiso, sin embargo, ganar tiempo. El enemigo creia efectuar en paz la travesía del país y de los pueblos alobrógicos. Negocióse, pues, y, aprovechándose César de un respiro de 15 dias, rompió el puente de Génova, y cerró la orilla izquierda con una línea fortificada de cerca de cuatro millas (alemanas) de longitud.

Los Helvecios en la Galia. Guerra con los Helvecios.

—Este fué el primer ensayo de esas cadenas de reductos, unidos por muros y fosos, que los Romanos aplicaron despues en proporciones colosales á la defensa del Imperio. En vano intentaron los Helvecios pasar el rio por diferentes puntos, ya á nado ya con canoas: en todas partes fueron rechazados por los Romanos atrincherados, y tuvieron que renunciar á pasar á la orilla izquierda. Pusiéronse entónces de acuerdo con la faccion de los Galos hostil á los Romanos, que esperaba hallar en ellos un poderoso refuerzo. El Eduo *Dumnoriás*, hermano de Divitiac, estaba en su tribu á la cabeza del partido nacional, como Divitiac al frente del partido del extranjero, y facilitó á los Helvecios el paso por el país de los Secuaneses. Los Romanos no tenian ningun derecho á impedirlo; pero la invasion Helvética en la Galia era para ellos un suceso de capital interés; tratábase en esto de una cosa muy diferente que del respeto á sus fronteras. Sólo podian ponerse á salvo sus intereses imitando á los grandes lugar-tenientes del Senado y al mismo Mario. No era bastante limitarse á la modesta defensa de su

frontera: era necesario atravesarla audazmente á la cabeza de un poderoso ejército. César, por otra parte, no era el general del Senado, sino el de la República, y no vaciló. Habia venido desde Génova á Italia, y conducia á marchas forzadas sus tres legiones que tenia acantonadas, y además otras dos nuevamente reclutadas. No tardó en verificar su union con el cuerpo de ejército que habia dejado apostado junto á Génova, y pasó el Ródano á la cabeza de todas sus tropas. A su aparicion inesperada en las fronteras de los Eduos, subió naturalmente al poder la faccion romana, cuyo feliz incidente aseguró los víveres al ejército invasor. Los Helvecios pasaban en estos momentos el Saona, y abandonando el pais de los Secuaneses penetraban en el de los Eduos: una de sus tribus, los *Tigorinos*, permanecieron aún sobre la orilla izquierda. César cayó sobre ellos, los sorprendió y los destruyó por completo. Pero el grueso de la caravana se habia establecido ya en la otra orilla; persiguiólos el Romano, pasó el rio en veinticuatro horas, en cuya operacion habian empleado los Helvecios veinte dias, y aún no habian terminado. A la vista del ejército romano colocado á su espalda, se vieron aquellos obligados á cambiar de direccion, y cesando de caminar hácia el Oeste, volvieron hácia el Norte, creyendo, sin duda que César no se atreveria á seguirlos hasta el centro de las Galias, y que, una vez abandonados á sí mismos, les seria fácil volver á seguir su direccion. Durante quince dias los siguieron las legiones á muy corta distancia, pisándole los talones, por decirlo así, y acechando la ocasion de atacarlos y destruirlos. Pero la ocasion no se presentó: por lenta y penosa que fuese su marcha supieron los Helvecios guardarse: tenian víveres en abundancia y sus espías los tenian al tanto de lo que pasaba en el campamento romano. Las legiones, por el contra-

rio, comenzaban ya á sufrir: carecian de lo necesario, sobre todo cuando apartándose los Helvecios de las orillas del Saona, les habian faltado los convoyes que por éste recibian. La escasez era indudablemente causada por los Eduos, que habian prometido provisiones á César, y moviéndose todavía dentro de su territorio los dos ejércitos, no era posible dejar de sospechar su mala fé; por último, á pesar de ser numerosa (contaba lo ménos 4.000 caballos), no le inspiraba confianza la caballería romana, y nos daremos cuenta de ello al saber que estaba formada casi toda por los contingentes Galos, Eduos en su mayor parte, mandados éstos por Dumnoris, el enemigo notorio de Roma. César los consideraba como rehenes más bien que como soldados. Creia que se habian dejado vencer á caso hecho en un encuentro reciente con la caballería ménos fuerte de los Helvecios, y que por ellos era por quien el enemigo sabia todo lo que pasaba en el campamento romano. La situacion tenia, pues, sus peligros: ya se veia bien á las claras la poderosa influencia que ejercia el partido de los Galos patriotas, áun entre los Eduos, aliados oficiales de Roma, y no obstante los grandes intereses que los unian á la República. ¿Cuánto más se habia de sentir esta influencia, cuando se penetrase audazmente en el corazon de un país en completa efervescencia y se careciese de todas las comunicaciones, áun de las más necesarias? Los ejércitos pasaron á corta distancia de *Bibracta* (cerca de Antina), la capital edua. César quiso apoderarse por fuerza de este puesto importante, ántes de pensar en pasar adelante: hasta quizá pensaba en fortificarse en ella, y hacer allí alto en su persecucion. Apartóse, pues, un poco de su camino; pero los Helvecios vieron un principio de huida en su movimiento hácia la ciudad, y le atacaron.

Batalla de Bibractra. Los Helvecios enviados de nuevo á su país.—No deseaba César otra cosa. Ambos ejércitos se colocaron en orden de batalla en dos cadenas de colinas paralelas. Los galos fueron los primeros en comenzar el combate, rechazando y dispersando en la llanura á la caballería Romana enviada á su encuentro; despues se precipitaron contra las legiones colocadas en la pendiente de los cerros; pero fueron rechazados por los veteranos de César. Mas cuando, prosiguiendo su ventaja descendieron los Romanos á la llanura, efectuaron los Galos un nuevo movimiento ofensivo, al mismo tiempo que un cuerpo que tenian á retaguardia se arrojó sobre el flanco de las legiones. César opuso al enemigo por esta parte las reservas de sus columnas de ataque; los separó del grueso de su ejército, arrojándolo sobre sus carros y bagajes, en donde fué completamente exterminado. Por último, cedieron las masas de las ordas helvéticas, sin quedarles más retirada que la ruta del Este, direccion completamente opuesta á la seguida en un principio; y en este dia fué cuando fracasó el plan de la emigracion, en busca de nueva morada en las costas del Atlántico. La jornada fué sangrienta hasta para el vencedor. César, que desconfiaba, y no sin razon, de sus oficiales, habia mandado retirar los caballos desde el momento en que comenzó el combate, para demostrar mejor á los suyos que no habia que volver pié atras. Y en verdad, si los Romanos hubiesen perdido la batalla, su ejército hubiera perecido por completo. Cansadas como estaban, no pudieron las legiones perseguir activamente á los vencidos; pero habiendo César manifestado que todo el que prestase auxilio á los Helvecios, seria tratado como enemigo del pueblo romano, por donde quiera que éstos pasaron, y sobre todo entre los *Lingones*, se le negó asistencia y víveres: perdieron todos sus bagajes,

y embarazados al fin en su marcha por aquella muchedumbre inerme que llevaban consigo, tuvieron que rendirse á discrecion. César no los trató con dureza. A los Boios, que no tenían patria, mandó que les asignasen los Eduos moradas en su propio territorio; estableciendo en medio de la tribu más poderosa de las Galias á estos enemigos, vencidos de la vispera, hicieron á Roma casi todos los servicios de una colonia. Los restos de los Helvecios y de los Roracos, una tercera parte próximamente de la poblacion viril que salió de Helvecia, los mandó César á su país, en donde, colocados bajo la soberanía de Roma, tuvieron la mision de defender la frontera del Rhin superior, contra las agresiones de los Germanos. Roma sólo se apoderó del extremo Sud-oeste del territorio helvético, en donde transformó más tarde en fortaleza fronteriza la antigua ciudad céltica de *Noviodunum* (*Nyon*), situada en las bellas riberas del Lemán, y que recibió el nombre de «*Colonia Julia equestris*.»

César y Ariovisto. Negociaciones.—Habíase, pues, contenido, de este modo, la invasion alemana en el alto Rhin, y se habia humillado al mismo tiempo la faccion gálica hostil á los Romanos. Pero en el Rhin medio, que los Germanos habian pasado hacia ya algunos años, el poder creciente de Ariovisto rivalizaba con la influencia romana en las Galias. Habia, pues, que venir á las manos, y se presentó naturalmente el pretexto para la ruptura. El yugo que Ariovisto imponia á los Galos ó aquél con que los amenazaba, no podia ménos de parecerles muy pesado, comparado con la supremacía romana; y en cuanto á la pequeña faccion que se obstinaba en su ódio contra Roma, permanecía muda. Los Romanos provocaron una gran Dieta de tribus de la Galia media, la cual decidió que se invitase á César, en nombre de la nacion, á venir en su ayuda contra los Germanos. César se los

prometió. Por orden suya suspendieron los Eduos el tributo que se habian comprometido á pagar á Ariovisto, y le pidieron sus rehenes. Furioso éste por la ruptura, atacó á los clientes de Roma, suministrando á César el motivo deseado para una intervencion directa. César reivindicó tambien los rehenes; y exigió que Ariovisto prometiera mantener la paz con los Eduos, y se comprometiera, sobre todo, á no llamar á los Germanos del otro lado del Rhin. El jefe bárbaro le respondió con altivez, y como su igual en poder y en derecho: «que las leyes de la guerra le han hecho dueño de la Galia septentrional, lo mismo que han dado el Sur á los Romanos. El no impide que éstos exijan tributo á los Alóbroges, y de conigüente, que no estorben los Romanos que él se lo haga pagar á sus súbditos.» Despues, en comunicaciones muy secretas, haciendo ver que estaba completamente al corriente de los asuntos interiores de la República, habló de las incitaciones que se les hacian por algunos Romanos: «queriendo que acabase con César; pero que, por su parte, si César consiente en abandonar el Norte de las Galias, él le ayudará, por el contrario, á hacerse dueño del poder en Italia. Las disensiones de los Galos le han abierto las puertas de la Galia, y espera que las disensiones de Italia le permitan consolidar sus recientes conquistas.» Hacia muchos siglos que Roma no habia oido semejante lenguaje, proclamando el derecho de igualdad, la independenciam absoluta y altanera de un general que la trataba de potencia á potencia: en suma, se negó á comparecer cuando el general romano lo citó á venir personalmente, segun la forma usada con los príncipes clientes.

César ataca á Ariovisto.—No era posible vacilar, y César marchó en seguida contra el rey. Pero hé aquí que de repente se apoderó el pánico de sus soldados, y

de sus oficiales los primeros, ante la idea de venir á las manos con aquellas terribles bandas germánicas, que hacia 14 años no habian dormido debajo de techado. Hasta en su campamento vió César señales de indisciplina y desmoralizacion de los ejércitos romanos: eran inminentes la desercion y la insurreccion. Por su parte declaró que, si era necesario, iria á buscar al enemigo con la décima legion solamente. Arrebató á ésta con un llamamiento al honor, y arrastró á los demás tras de sus águilas por el sentimiento de una emulacion belicosa: su aliento y su energía se trasladaron al pecho de sus soldados. Sin dejarles tiempo de volver sobre sí, los condujo á marchas forzadas, y, adelantándose á Ariovisto, ocupó á *Vesontio* (*Besanson*), capital de los Secuaneses. Verificose una entrevista entre los dos jefes. á petición del Germano, que parece no tenia más objeto que una tentativa criminal contra la persona de César. Sólo las armas podian decidir entre los dos dominadores de las Galias. No se vino, sin embargo, inmediatamente á las manos: ámbos ejércitos permanecieron acampados en el país de *Mulhouse* (alta Alsacia), á poca distancia uno de otro y á una milla del Rhin; pero Ariovisto, con sus fuerzas muy superiores, consiguió desfilar por delante de los Romanos, y, colocándose á sus espaldas, cortarles las provisiones (1).

(1) Gæler (*Gall. Krieg.* p. 45) coloca la batalla de que vamos á hablar, no léjos de Mulhouse, de acuerdo en esto con Napoleon III (*Proc.* p. 35), que le asigna la region de Belfort. No quiere decir esto que haya completa exactitud, pero todas las circunstancias la hacen verosímil: si César necesitó siete dias de marcha para llegar á la alta Alsacia, es que dió una vuelta de muchas leguas para evitar las montañas del Doubs; respecto de la batalla se dió á 5, no á 50, millas romanas del Rhin,

Derrota de Ariovisto.—Para desembarazarse, quiso César dar la batalla, pero la rehusó el Germano. Entonces el general de la República, á pesar de su inferioridad numérica (era el único medio que le quedaba), intentó á su vez la operacion que habia salido bien al enemigo. Para restablecer sus comunicaciones, hizo pasar por delante de éste dos legiones que fueron á tomar posiciones más allá del campamento germano, permaneciendo en el suyo con las otras cuatro legiones. Cuando Ariovisto vió dividido á su enemigo, marchó á atacar el primer cuerpo, pero fué rechazado. Animado por este triunfo, marchó al combate todo el ejército romano: los Germanos se colocaron en una larga línea de batalla, formando cada tribu una division, y colocando tras de sí los bagajes y las mujeres para hacer la huida imposible. El ala derecha del ejército de César, mandada por él mismo, rompió las líneas del enemigo; en el ala izquierda obtuvieron los Germanos igual éxito. Se hallaban pues en igualdad de circunstancias; pero la práctica prudente de las reservas, tan fatal para los Bárbaros, aseguró tambien ahora la victoria á los Romanos. Lanzando Publio Craso la tercera línea en auxilio del ala que se replegaba, restableció el combate. La batalla estaba ganada, y se persiguió al enemigo hasta el Rhin:

lo cual demuestran con igual autoridad la tradicion y todo el relato de la persecucion de los vencidos que llegó hasta dicho rio, la cual *no duró más que un sólo dia y no muchos*. Rustow ha cometido un grave error, colocando el campo de batalla sobre el Alto Sarra. No fué durante la persecucion contra Ariovisto, cuando los Romanos recibieron víveres de los Secuaneses y otros pueblos, sino que los habian recibido ántes de salir de Besanson y los llevaban consigo: esto es lo que se deduce de las palabras de César (I, 40).

algunos, y entre ellos el rey, consiguieron refugiarse en la otra orilla.

La emigración germánica de la orilla izquierda.—De este modo saludaba la República despues de una brillante victoria el gran rio germano, que veian por primera vez los soldados de Italia. En una sola batalla habia conquistado Roma la linea del Rhin: la suerte de los emigrantes germánicos de la orilla izquierda estaba en manos de César; podia aniquilarlos, pero no hizo nada. Los pueblos Galos inmediatos, Secuaneses, Leucos, y Mediomatricos, no eran bastante fuertes para defenderse, ni bastante seguros para Roma: los Germanos prometian ser fuertes defensores de la frontera, y mejores súbditos, separados como estaban de los Galos por su nacionalidad, y de sus compatriotas por su interés en conservar sus nuevas moradas: ¿podian hacer otra cosa desde su aislamiento, que adherirse estrechamente al poder central de Roma? Segun su regla invariable, prefirió César el enemigo vencido al amigo dudoso, y dejando á los Germanos establecidos por Ariovisto al Oeste del Rhin, donde tenian su asiento los *Trivocos* cerca de *Estrasburgo*, los *Nemetas* en el país de *Espira*, los *Bacgiones* en el de *Worms*, les encargó la defensa de la frontera del Rhin contra sus compatriotas del Este (1). En cuanto á los Suevos, que, en el Rhin medio, amenazaban el país de Tréveris, inmediatamente que supieron el desastre de Ariovisto, retrocedieron al interior de Alemania; pero al pasar recibieron rudos ataques de las poblaciones vecinas,

(1) Tal es la version más sencilla y tal vez la más verdadera, sobre los orígenes de estos establecimientos germánicos. Que Ariovisto habia llamado ya estos pueblos á la orilla izquierda cosa es que no puede dudarse, puesto que los vemos com-

La frontera del Rhin.—Esta primera campaña tuvo incommensurables consecuencias que se han dejado sentir por espacio de diez siglos. El Rhin va á ser la frontera del imperio Romano por la parte de Germanía. En la Galia, en donde la nacion no sabia gobernarse ni manejar los destinos, no habia dominado Roma nada más que en la costa del Sur, mientras que en el Norte intentaban los Germanos establecerse hacia algunos años. Pero la reciente guerra habia decidido que toda la Galia, no sólo una parte de ella, cayese bajo la supremacia de Roma y viniese á ser frontera política la frontera natural del gran rio. En otros mejores tiempos, no habia descansado el Senado hasta que no llevó el dominio de la República hasta las fronteras naturales de Italia, hasta los Alpes, el mar Mediterráneo y las islas vecinas. Ampliado el imperio, necesitaba tambien, bajo el punto de vista militar, una extension análoga; pero el gobierno de entónces lo dejaba todo al acaso, inquietándose poco de la defensa de las fronteras, y cuidando sólo de no tener él que defenderlas. Todos comprendian que, en adelante, se necesitaba otro génio y otro brazo para dirigir los destinos de Roma.

Conquista de la Galia.—Estaban pues echados los cimientos del edificio y construidos sus primeros muros; pero aún faltaba mucho para concluirlo, faltaba que los Galos reconociesen la dominacion de Roma, que la fron-

batir á su lado (*Bell. Gall.*, 1, 51) y que ántes de él no se los conocia: que César los dejó en donde se hallaban, se deduce de la promesa que habia hecho á Ariovisto de tolerarlos en las Galias (*ibid.*, 1, 35). y de que más tarde se los encuentra en el mismo país. Despues de la batalla no dice nada César de las medidas y disposiciones tomadas, porque guarda el más absoluto silencio sobre todos los detalles de la organizacion á que dirigió sus cuidados en las Galias.

tera del Rhin fuese establecida y aceptada por las tribus germánicas. Toda la Galia central, desde la provincia Romana hasta Chartres y Tréveris, se sometió sin dificultad: en el Rhin alto y medio, no habia por entónces nada que temer de los Bárbaros de la otra orilla. En el Norte, las tribus de la Armórica (Bretaña y Normandía), y las de la confederacion de los Belgas, que era aún más poderosa, no habian sentido los golpes asestados en el centro, y no querian en manera alguna inclinarse ante el vencedor de Ariovisto. Ya hemos dicho anteriormente que entre los Belgas y los Germanos de allende el Rhin, existian estrechas afinidades, y que, en las bocas del rio, las tribus germánicas se disponian á pasarlo.

Campana contra los Belgas. Combates sobre el Aisne. Sumision de las tribus occidentales.—Comenzaba la primavera del año 697, y César marchó sin tardanza hácia el país Belga con todo su ejército engrosado y elevado á ocho legiones. La liga de los Belgas conservaba el recuerdo de la intrépida y eficaz resistencia que habia opuesto cincuenta años ántes á la invasion de su territorio por los Cimbrios, y estaba enardecida por las frases de numerosos patriotas fugitivos de la Galia central. Envió, pues, su primer ejército, en número de 300.000 hombres, segun se dice, conducidos por *Galba*, rey de los *Suesiones*, á la frontera del Sur, donde debian esperar á César. Solo una tribu poderosa, la de los *Remes (Reims)*, viendo en la llegada de los Romanos la ocasion de la supremacia de los Suesiones, se disponia á desempeñar en el Norte el papel que los Eduos en la Galia central. Casi al mismo tiempo entraron en su territorio los Romanos y los Belgas. César no quiso presentar la batalla á un enemigo seis veces más numeroso: situóse al Norte del Aisne (no léjos de *Pontavert*, entre

Reims y Laon): tomó posiciones en una meseta inatacable, y allí, rodeado de fosos y reductos por un lado y del río y las marismas por otro, se limitó á rechazar las tentativas de los Belgas, empeñados en pasar el río y cortar las comunicaciones. Si César habia contado con ver disolverse pronto la inmensa coalicion y derrumbarse por su propio peso, los acontecimientos vinieron á justificar sus previsiones. Galba, el rey de los Suesiones, era un hombre leal y universalmente estimado; pero era una tarea muy superior á sus fuerzas la de gobernar un ejército de 300.000 hombres, frente al enemigo. Los Galos no pudieron continuar por más tiempo: las provisiones disminuian, y el descontento y la desunion aumentaban en el campamento de los coaligados. Los Bellovacos, sobre todo, rivales de los Suesiones en poder, irritados porque no tenian la heguemonía de la liga, no quisieron continuar, sobre todo, cuando supieron que los Ednos, aliados de la República, se disponian á invadir su territorio. Convinieron, pues, en separarse volviendo cada cual á su país, y solo por salvar las apariencias se dijo que todos acudirian en masa en auxilio de cualquiera que fuese atacado: estipulacion imposible de ejecutar, y que no podia escusar tal desbandada. Esto fué un verdadero desastre, y hace recordar otra derrota que se verificó casi en los mismos lugares en 1792; como la retirada del ejército prusiano, despues de su marcha sobre la Champagne, la retirada de los coaligados equivalia á una derrota, y tanto más decisiva, cuanto que se habia sufrido sin pelear. Marchando sin órden ni método, fueron vigorosamente perseguidos por César los contingentes belgas: fué la huida de un ejército derrotado: los Romanos destruyeron todos los cuerpos ó divisiones que quedaron rezagados. Mas no pararon aquí las consecuencias de la victoria. A medida que

César ponía los piés en los cantones belgas del Oeste, se tenían éstos por perdidos unos en pos de otros: los Suesiones, tan poderosos la víspera; los Bellovacos, sus rivales; los *Ambianos* (los de *Amiens*), se sometieron sin intentar defenderse. Las ciudades abrían sus puertas á la vista de las extrañas máquinas de sitio de los Romanos, á la vista de aquellas torres movibles y que superaban la altura de los muros: los que no quisieron entregarse huyeron al otro lado del mar, á la Gran Bretaña.

Batalla en el país de los Nervianos.—No sucedió lo mismo en los cantones del Este, donde se mostró más enérgico el sentimiento nacional. Los *Viromanduos*, los Atrebatas, y sobre todo, los Nervianos, que con su numerosa clientela, eran casi tan poderosos como los Suesiones y los Bellovacos, pero muy superiores por su bravura y exaltación patriótica, concluyeron entre sí una segunda y más estrecha alianza, y reunieron sus contingentes en el alto Sambra. Los espías celtas los ponían al corriente de todos los movimientos del ejército romano: su conocimiento exacto del terreno, los altos setos que cortaban el país é impedían el paso á los batidores que intentaban frecuentes correrías, todo les facilitaba el ocultar á los Romanos la mayor parte de sus movimientos. Llegaron éstos sobre el Sambra, no léjos de *Bavay*, en donde las legiones creyeron deber levantar su campamento en un punto escarpado de la orilla izquierda, mientras que la caballería y la infantería lijera recorrían como exploradores el lado opuesto. De repente se precipitaron sobre ella desde las alturas las masas enemigas y las rechazan hasta el valle. Cruzaron inmediatamente éste, y desafiando heroicamente la muerte, llegaron como el rayo á la otra meseta. Apénas si las legiones, ocupadas en los atrincheramientos, tuvieron tiem-

po de cambiar el azadon por la espada. Los soldados, con la cabeza desnuda la mayor parte, combaten en donde quiera que se encuentran, sin órden, sin plan y sin mando que los guíe: ante este ataque repentino, en aquel terreno cortado por setos, no tenian los diversos cuerpos union ni apoyo. En lugar de una batalla, se libran una multitud de combates aislados. Labieno rechaza con el ala izquierda á los Atrebates, y los persigue hasta pasar el rio. En el centro fueron tambien rechazados los Viromanduos la pendiente abajo. Pero el ala derecha, que mandaba César en persona, fué atacada por fuerzas superiores de los Nervianos que arrollaron fácilmente á los Romanos: trasportada por su triunfo la division del centro, dejóles libre su puesto, y los Galos penetraron en el campamento medio construido: aglomeradas en una masa confusa, atacadas de frente y por los flancos, privadas ya de sus más bravos soldados y de sus mejores oficiales, corrieron las dos legiones del procónsul riesgo de ser divididas y hechas pedazos. Ven que emprenden la huida por todos lados los hombres del séquito y los aliados Galos: cuerpos enteros de caballería céltica, el de los Treverinos, por ejemplo, se salvan á rienda suelta, y, abandonando el campo de batalla, van á esparcir la nueva, agradable para ellos, de la derrota del procónsul. El momento era crítico. Entónces fué cuando César cogió un escudo y se colocó en la primera línea de combate: su ejemplo y su voz todavía omnipotente estimulan y animan á los más vacilantes, que hacen frente al enemigo, y no tardaron en abrirse paso y reunirse las dos legiones ayudándose mutuamente: por último, llegaron socorros, así de la meseta superior, por donde apareció la retaguardia romana que marchaba con los bagajes, como del otro lado del rio desde donde Labieno que ha llegado hasta el campamento de los

Belgas y se ha apoderado de él, vió al fin en el peligro en que se hallaba el ala derecha, envió inmediatamente la décima legion en auxilio de su general. La fortuna cambió por completo: separados de los suyos y atacados por todas partes á la vez, lucharon los Nervianos con la misma bravura que en los momentos en que se creían vencedores: de pié sobre los amontonados cadáveres de sus compañeros, se dejaron acuchillar hasta el último. Segun ellos, de 600 que eran sus senadores, solo tres sobrevivieron.

Sumision de los Belgas.—Al dia siguiente de este desastre, reconocieron la supremacia de Roma los Nervianos, los Atrebates y los Viromanduos. Sin embargo, los *Aduatucos*, que se habian puesto en marcha demasiado tarde para tomar parte en la batalla del Sambra, se concentraron en su plaza más fuerte (en la colina de Faliza, á orillas del Mosa, no léjos de *Huy*), pero no pudieron sostenerse y se sometieron. Mas en la noche que siguió á la capitulacion, se arrojaron por sorpresa sobre el campamento romano y fueron rechazados: su perfidia atrajo sobre ellos los más terribles rigores. Toda su clientela, compuesta de dos Eburones entre el Rhin y el Mosa y otros pequeños pueblos, fué inmediatamente mancipada: en cuanto á ellos, fueron reducidos todos á la esclavitud y vendidos á pública subasta en beneficio del Tesoro. Cupo á este último resto de los Cimbrios la misma suerte que habia cabido anteriormente á éstos. Respecto de las tribus que se sometian, se contentó César con imponerles un desarme general y la entrega de rehenes. En adelante se concedió á los Remes la heguemonía en Bélgica, como habian obtenido los Eduos la de la Galia central: pero en ésta, por ódio á estos mismos Eduos, se colocaron muchas tribus bajo la clientela de los Remes. Solo algunos cantones marítimos lejanos, los de los *Mo-*

rinos (Artois), los de los *Menapianos (Flandes y Brabante)*, y los países entre el escalda y el Rhin, poblados en gran parte por Germanos permanecian intactos ante la invasion romana, y en posesion de la libertad heredada de los antepasados.

Expediciones contra las tribus de las costas. Guerra veneta. Batalla naval.—Llegaba la vez á las tribus de los Armoricos. Ya en otoño del año 697, habia sido enviado Publio Craso hácia esta parte al frente de una division. Consiguió primeramente la sumision de los *Vénetos*, que, dueños de los puertos del *Morbihan*, y poseyendo una escuadra numerosa, ocupaban el primer rango entre todos los Galos, y sobre todo entre los pueblos de la costa, entre el *Sena* y el *Loira*, bajo la relacion comercial y marítima: entregaron rehenes, pero se arrepintieron muy pronto, y durante el invierno (de 697 á 698) retuvieron á su vez prisioneros á los oficiales romanos enviados allí para recoger los víveres prometidos. Todos los Armonicos siguieron su ejemplo, así como todos los Belgas de las costas que aún permanecian libres: en ciertas tribus de Normandía, cuando los hombres del Gran Consejo opinaron contra la insurreccion, los asesinó la multitud furiosa, y tomó parte con doble ardor en aquel movimiento nacional. Toda la costa, desde las bocas del Loira hasta las del Rhin, se declaró en abierta insurreccion contra Roma: los patriotas más atrevidos acudian de todas partes para cooperar á la grande obra de la independenciam: ya se contaba con una nueva insurreccion de la liga de los Belgas, con el auxilio de los Bretones insulares, y con el concurso de los Germanos de ayende el Rhin.

César envió hácia este rio á Labieno, encargado de tener á raya á los Belgas, que estaban en completa fermentacion, y cerrar, si es que era necesario, el paso del

rio á los Germanos. Otro de sus lugar-tenientes *Quinto Tiberio Sabino*, fué con tres legiones á Normandía, en donde se concentraban los insurrectos. Pero el núcleo de la insurrección estaba entre los Vénetos, poderosos é inteligentes entre todos: contra ellos se dirigió, puesó, el ataque principal, así por mar como por tierra. Reunióse la escuadra de César, en la que se veían todas las embarcaciones de las tribus que habían permanecido sometidas, así como las numerosas galeras romanas construidas á toda prisa en el Loira, y provistas de remeros procedentes de la Narbonense: mandábala el lugar-teniente *Décimo Bruto*. César en persona entró en el país de los Vénetos con el grueso de su infantería; habíanse éstos preparado para recibirle, aprovechando con habilidad y decisión los recursos defensivos que proporciona la naturaleza del terreno de Bretaña, y la posesion de una gran marina. El país es quebrado y pobre en cereales: construidas casi todas sus ciudades en lo alto de rocas ó promontorios, sólo se comunicaban con la tierra firme por estrechas gargantas y largos desfiladeros. El aprovisionamiento del ejército invasor y las operaciones del ataque, eran en extremo difíciles; mientras que los Galos, por el contrario, llevaban en sus buques lo necesario para sus ciudadelas, y en un apuro, les ayudaban á evacuarlos con rapidez. Las legiones empleaban con frecuencia el tiempo en sitios de algunas plazas vénetas; y cuando vencían, veían desaparecer los frutos de la victoria arrebatados por las naves del enemigo. Apareció por fin la escuadra romana. Detenida largo tiempo por la tempestad en la desembocadura del Loira, en cuanto supo su llegada á las costas bretonas, quiso César que diese inmediatamente la batalla de la que iba á depender el éxito de aquella campaña. Confiados los Celtas en su superioridad por mar, se lanzaron inmediatamente al encuentro

de las naves de Bruto. Contaban con 220 buques de guerra, muchos más de los que habian podido reunir los Romanos. Además, estos buques con sus altos bordos, su fondo llano y sólido y sus velas navegaban mejor y sostenian las grandes olas del Atlántico más bien que las Galeras romanas, sencillas, bajas y de quilla aguda. No las balistas ni los puentes de garfios, no podian arrojarse sobre el combes de los venetos, y las proas armadas de espolones de hierro, eran impotentes contra el sólido bordaje de sus buques. Para salir del paso, habian preparado los Romanos dos especies de hoces puntiaguadas y cortantes colocadas en palos largos, con las cuales cortaban las cuerdas que unian las vergas á los mástiles; y cayendo las vergas y las velas, necesitaba el enemigo mucho tiempo para reparar la avería, en este intervalo, privado el buque de su velamen, no era más que un casco inerte, y atacándole á la vez muchos de los Romanos, se apoderaban fácilmente de él al abordaje. Cuando los Galos vieron el efecto de esta operacion, quisieron abandonar la costa, en donde habian aceptado la batalla, y ganar la alta mar, á donde las galeras no se atreverian á seguirlos; mas para colmo de desgracia sobrevino una gran calma. La inmensa escuadra reunida por el esfuerzo de todas las tribus marítimas, estaba completamente perdida. Los Romanos la destruyeron casi toda. Los marinos de la República, obligados por la necesidad, lo mismo que dos siglos ántes en Mila, inventaron un arma nueva con la que, á pesar de las más desfavorables condiciones, habian sabido conquistar la victoria en este combate, el más antiguo de cuantos menciona la Historia librados en el océano Atlántico.

Sumision de las tribus marítimas.—Esta victoria tuvo por consecuencia inmediata la sumision de los Venetos y toda la Bretaña armoricana. Despues de tantas

muestras de indulgencia con los vencidos, juzgó César que era útil un ejemplar castigo; y queriendo aterrar á los rebeldes é impedir en lo sucesivo todas estas tenaces resistencias, más bien que por castigar la violacion del derecho de gentes y el arresto de sus oficiales, hizo pasar por las armas á todo el Gran Consejo de los Vénetos, y vender como esclavos á los ciudadanos. Por su inteligencia, su patriotismo y su triste destino, ha merecido este pueblo, más que ningun otro entre los Galos, los recuerdos y la simpatía de la Historia.

Durante esta guerra naval, enviado Sabino contra los pueblos levantados en armas en las orillas del canal (Vénelos, Aulercos, Eburovicos, etc.) empleaba la táctica que, en el año precedente, habia asegurado á César la victoria en la campaña contra los Belgas en las orillas del Aisne. Manteniéndose á la defensiva, hasta que la impaciencia y la escasez disminuyesen las filas del enemigo, supo engañarle acerca del número y la moral de sus soldados. No pudiendo contenerse ya cierto dia, se arrojaron locamente contra los muros del campamento romano, en donde se dejaron hacer pedazos. Dispersáronse sus milicias y se sometió todo el país hasta el Sena.

Expediciones contra los Morinos y los Menapianos.—Quedaban al Norte los *Morinos* y los *Menapianos*, que se obstinaban en no reconocer la dominacion de Roma. Para obligarles á ello, apareció César en sus fronteras, pero advertidos por los desastres de sus vecinos, no quisieron librar batalla á la entrada del país, y se internaron en los bosques, que, en esta época, se extendian casi sin interrupcion, desde los *Ardenas* hasta las playas del mar del Norte. Los Romanos se abrieron camino con el hacha en la mano, hacinando á derecha é izquierda los árboles cortados, y haciendo de ellos una especie de ba-

luarte contra las agresiones del enemigo. Por audáz que fuese César, juzgó conveniente retroceder, despues de algunos días de penosas marchas. Aproximábase tambien el invierno. No habia dominado más que una pequeña parte de los Morinos; pero respecto de los Menapios, que eran más fuertes que éstos, no habian siquiera tocado á su territorio. El año siguiente (699), mientras que el procónsul peleaba en Bretaña, envió contra ellos el grueso de su ejército: esta expedicion no tuvo tampoco resultados directos y decisivos. De cualquier modo, las legiones habian conseguido la sumision de casi toda la Galia. En el centro se habian sometido, en realidad, sin romper una lanza; en la campaña del año 697, habia César vencido á los Belgas; en la del 698, habia reducido con las armas á todos los pueblos situados en las costas. Por brillantes que hubieran sido en el principio de la guerra, habian decaido por todas partes las esperanzas de los patriotas. Ni los Germanos ni los Bretones habian venido en su auxilio, y habia bastado la presencia de Labieno en Bélgica, para ahogar todo pensamiento de renovar la lucha.

Comunicaciones con Italia por el Valcáis y con España por la Aquitania.—Mientras que César modelaba con la espada en la Galia Occidental un nuevo territorio Romano compacto, no habia tampoco descuidado los países recientemente conquistados, y destinados á llenar el vacío entre Italia y España, y quiso asegurar las comunicaciones así con su madre pátria como con la Península ibérica. Ya en el año 677, habia unido Pompeyo la Transalpina con Italia mediante la construccion de la calzada del *Mont-Genèvre* (t. VII, p. 43); pero en la actualidad que las Galias estaban sujetas, se necesitaba otro camino que, partiendo del Pó, pasase los Alpes, no por el Oeste, sino por el Norte de la cordillera, condu-

ciendo así, por el camino más corto, desde la Cisalpina á la Galia Central. Los mercaderes de esta época frecuentaban el *Gran San Bernardo*, que, por el Valais, conduce al lago Lemán. Para hacerse dueño de aquél, durante el otoño del año 696, había hecho César ocupar á *Octodurum (Martigny)* por Servio Galba. Los habitantes del Valais, (*Nantuatas y Veragros*) no se sometieron; pero, como puede suporse, no les sirvió de nada su resistencia, y toda su bravura no pudo hacer más que retrasar un momento su derrota (1). Por último, para establecer su línea de comunicaciones con España, envió César el año siguiente (698) á la Aquitania á Publio Craso, con la mision de reducir á la obediencia las tribus ibéricas que la habitaban, mision que no carecia de dificultades. Los Iberos coaligados se resistieron más que los Celtas, y aprovecharon mejor que éstos el ejemplo y las enseñanzas de los Romanos. Los Transpirenáicos, y sobre todo los valerosos *Cántabros*, enviaron sus contingentes á sus compatriotas, mandándoles además oficiales experimentados, que se habian educado en la escuela de Sertorio. Reuniendo las milicias aquitanas considerables por su número y su valor, les enseñaron los principios de la táctica romana y el arte de construir los campamentos. Sin embargo, el lugar-teniente de César, que era á su vez un excelente capitán, pudo triunfar de todas estas dificultades: necesitó muchos y muy reñidos combates, pero consiguió en todos ellos la victoria. Todos los pueblos entre el Garona y los Pirineos sufrieron el yugo de los nuevos señores.

Nuevas incursiones germánicas sobre el Rin. César en la orilla derecha de este rio.—Parecia que se habia

(1) Para más detalle, véase la Historia de César, II, 119.

terminado la conquista de la Galia, y que César había conseguido, con pocas excepciones, el fin que se había propuesto, hasta donde es posible conseguirlo con la fuerza de las armas; pero aún quedaba otra parte de la tarea emprendida. Era de suma necesidad dominar á los Germanos, y que reconociesen y respetasen en todas partes la línea fronteriza del Rhin. Durante el invierno del año 698 á 699, pasaron de nuevo el rio por su curso inferior á donde todavía no habían penetrado las armas romanas. Burlando con una retirada falsa las tribus de los *Usipetas* y de los *Téncteros*, (de cuyas tentativas de emigracion al territorio menapiano hemos hecho mencion anteriormente), la vigilancia de sus enemigos, habían pasado á la orilla izquierda en las canoas mismas de estos últimos. Su gran caravana se elevaba, segun se dice, á 430.000 personas, incluyendo en este número las mujeres y los niños, y se habían acampado en las llanuras de *Nimega y Cleves*, amenazando penetrar más adelante llamados y auxiliados por los patriotas galos, y daba mayor verosimilitud á estos rumores, el hecho de que sus escuadrones talaban toda la campiña hasta el territorio de los Treverinos. Púsose César en marcha con sus legiones, pero cuando llegó frente á ellos, lejos de mostrarse los recién venidos deseosos de empeñar una batalla con los fatigados legionarios, pidieron tierras que cultivarian bajo el dominio de la República. Durante las negociaciones, surgió en el ánimo de César la sospecha de que los Germanos sólo querian ganar tiempo para dar lugar á la vuelta de sus escuadrones que estaban merodeando. Se ignora si esta sospecha era ó no fundada; ello es que, á pesar de la tregua que reinaba de hecho, vino un dia una banda de enemigos á chocar con la vanguardia romana la cual experimentó algunas pérdidas, é irritado César, se cre-

yó dispensado de la observancia de las prescripciones del derecho de gentes; y, cuando á la mañana siguiente llegaron á su campamento los príncipes y ancianos de las tribus pidiendo que perdonase aquel arrebató imprevisto, fueron inmediatamente arrestados, y el ejército romano se arrojó sobre aquellas masas sin jefes y desordenadas. Aquello, en vez de un combate, fué una carnicería: los que no sucumbieron al filo de la espada perecieron ahogados en el Rhin. Solo se libraron los destacamentos que aún estaban léjos, los cuales pudieron repasar el río. Recogióronles los Sicambros y les dieron un campamento de asilo, segun se cree, no léjos de las orillas del *Lipa*, en su propio territorio. César incurrió, en esto ocasion, en una justa y severa censura del Senado (1). Por injustificado que fuese, el hecho es que aterrizó á los Germanos, que permanecieron tranquilos algun tiempo; pero no se detuvo aquí el pro-cónsul, sino que estimó conveniente pasar el Rhin al frente de sus legiones. Hasta entre los Germanos pudo reanudar algunas inteligencias. En su estado de civilizacion rudimentaria, carecian éstos de todo espíritu de union y de nacionalidad, y no cedian en nada á los Galos en lo que respecta á su aislamiento político, por más que fuese otra la causa. Los Ubienos (Sobre el *Sieg* y *Lahn*) que era entre ellos el pueblo más avanzado, habian sido vencidos pocos años ántes por una poderosa tribu sueva del interior y obligados á pagarle tributo. Ya en el año 697 habian pedido á César que viniese á libertarlos. El pro-cónsul no pensó seriamente ni un momento en emprender semejante tarea, pues esto equivalia á empeñarse en

(1) Caton pedia que César fuese entregado á los bárbaros, para apartar de Roma la venganza de los dioses (Plut., *Cas.* 22).

una interminable série de aventuras, pero juzgó útil, para quitar á los Germanos el deseo de volver á aparecer á este lado del Rhin, mostrar por lo ménos las águilas romanas en la orilla oriental, y tomó pretexto de que los Sicambros hubiesen prestado auxilio á los fugitivos de los Usípetas y Téncteros. Echó sobre el rio un puente apoyado sobre pilotis, entre *Audernado* y *Coblenza* segun se cree, pasando las legiones desde el país de los Treverinos al de los Ubienos. Sometiéronse muchas pequeñas tribus, pero los Sicambros, que eran el principal objetivo de la expedicion, se retiraron al presentarse el ejército romano y penetraron en el interior con toda su clientela. La gran tribu sueva que oprimia á los Ubienos, la que, segun todas las apariencias, tomó despues el nombre de *Chattos* ó *Cattos*, no vaciló en seguir el ejemplo de los Sicambros, evacuó la region inmediata al territorio ubieno, y colocó en lugar seguro la poblacion inválida, mientras que se daban cita para el interior todos los hombres capaces de tomar las armas. César no tenia motivo ni deseo de recojer el guante; al pasar el rio, no se habia propuesto más que imponer, si era posible, á los Germanos, y sobre todo á los Galos y á los Celto-Germanos. Conseguido su objeto, se volvió á los diez y ocho dias, rompiendo trás si su puente.

Expedicion á la isla de Bretaña.—En seguida dirigió César sus miradas á los Celtas insulares: teniendo éstos estrechas relaciones con sus hermanos del continente, sobre todo con los Galos de la costa, se comprende que tuviesen por lo ménos simpatias por la causa de la independencia nacional, y que, aunque no habian prestado á los patriotas un auxilio armado, habian dado en su isla, protegida por las olas, un honroso asilo á todo el que huia de una pátria en donde no habia seguridad. Esto era un peligro para los Bretones, si es que no presente,

por lo ménos futuro. Aun suponiendo que no quisiese conquistar su isla, estaba obligada la República á llevar hasta allí su ofensiva en vez de defenderse en la Galia, y verificando un desembarco en sus costas, mostrar á los insulares que el brazo de Roma alcanzaba al otro lado del canal. Ya Publio Craso, el primer capitán romano que pisó el suelo de la Gran Bretaña, había ido desde las orillas del estrecho hasta las «islas del estaño» las *Casitérides*, islas *Scilly* en el año 697. Pero, durante el estío del año 699, pasó César en persona el canal con dos legiones por el punto en que aquel es más estrecho (1). Viendo la playa cubierta de masas enem-

(1) La naturaleza de los lugares y las expresiones de que se sirve César, demuestran que, para desembarcar en la isla, salió de uno de los puertos de la costa entre *Boulogne* y *Calais*. Se ha intentado muchas veces precisarlo más, pero sin llegar al resultado apetecido. Todo lo que las fuentes nos dicen es que, en la primera expedición, se embarcó la infantería en un puerto y la caballería en otro, distante ocho millas al Este del primero: en su segunda expedición partieron los Romanos del puerto que á César le pareció el más cómodo de los dos, el *portus Nius*, del que no se conoce más que el nombre, á treinta millas segun los manuscritos de César y á cuarenta segun Estrabon, que copió seguramente su reseña de César. Este dice además, que había elegido el camino más corto para ir á Bretaña. Puede inducirse de aquí con razon que pasó el canal, no por un punto cualquiera, sino por el mismo *Paso de Calais*, sin fijarse, por otra parte, el punto preciso de la línea matemática más corta. Las dificultades no han detenido en esta ocasión á los aficionados á la topografía local. No teniendo á la mano nada más que datos inciertos, el mejor de los cuales varia mucho como se vé por las cifras, han intentado señalar el lugar exacto del *Paso*: por lo que á mí toca, entre las numerosas indicaciones más ó ménos plausibles, me inclinaria más por el puerto *Nius* que designa Estrabon con gran apariencia de verosimilitud, cómo siendo aquél el que se embarcó la infantería en su primera expedición. Yo colocaria este puerto en *Amble-*

gas, hizo rumbo hácia otro punto; pero los carros de guerra de los Bretones corrian tanto por tierra como las galeras romanas vogaban por mar. Protegidos los legionarios por sus buques desde los que las máquinas de arrojar y los venablos limpiaban la costa, no pudieron sin embargo arribar sino despues de mil trabajos, ya marchando por mar á la vista de los Bretones, ya conducidos á tierra en canoas. Bajo el impulso del primer terror, se habian sometido los lugares y aldeas vecinas. Pero los insulares conocieron muy pronto la debilidad del invasor y la imposibilidad en que se hallaba éste de alejarse mucho de la costa. Se internaron en la isla, y no volvieron sino para amenazar el campamento; y la escuadra que estaba anclada en una rada abierta, sufrió graves averias en la primera marejada que se presentó. Tuviéronse por muy felices con poder contener á los Bárbaros, miéntras que los buques se reparaban de la mejor manera posible, volviéndose á las costas de la Galia ántes de que llegase la mala estacion.

Casivelaum.—Quedó César tan poco satisfecho del resultado de este reconocimiento, emprendido ligeramente y sin bas antes medios, que, en el invierno siguiente, reunió una nueva escuadra de trasporte que contaba 800 velas, y al comenzar la primavera del año 700, se reembarcó con cinco legiones y 2.000 caballos, dirigiendo su rumbo hácia la costa de *Kent*. Ante esta poderosa armada no se atrevieron las hordas bretona. reunidas como el año anterior, arriesgar un combates César se dirigió inmediatamente al interior, y despues

teuse, al Oeste del cabo *Gris-Nez*. La caballería debió embarcarse en *Ecale*, al Este del mismo promontorio; y debió desembarcar cerca de *Walner-Castle*. Napoleón III coloca el puerto *Ilius* en la misma *Boulogne*.

de algunas escaramuzas afortunadas, pasó el *Estour*. Pero al llegar aquí tuvo que detenerse; pues su flota, azotada por las tormentas del canal en aquellos parages abiertos, estaba medio destruida. Perdióse un tiempo precioso en sacar las embarcaciones á la playa, á fin de proveer á las reparaciones consiguientes; cuyos dias supieron aprovechar los Celtas. La defensa la dirigia entre éstos un principe bravo y prudente, *Casivelaum*, que reinaba sobre los *Midleses* y países inmediatos, y que era el terror de las tribus del Sur del *Támesis*, y hoy salvador y campeón nacional. Habia éste comprendido al momento que la infantería celta no podia nada contra la de los Romanos; y que la multitud informe de las milicias de la isla, tan difícil de alimentar como poco gobernable, no era más que un estorbo para la próxima lucha: licencióla no conservando más que los carros en número de 4.000, y los hombres necesarios para dirigirlos. Estos saltaban á tierra combatiendo á pié en caso necesario, haciendo un doble servicio, como los soldados ciudadanos de la antigua Roma. Cuando César pudo emprender de nuevo la marcha, no encontró ningun obstáculo; pero los carros iban siempre delante de las legiones ó por los flancos, talando la campiña, cosa fácil en un país donde no habia ciudades, impidiendo que se separase ningun destacamento, é interceptando todas las comunicaciones. Los Romanos pasaron el Támesis por entre *Kingston* y *Brentford*, segun parece; pero no pasaron mucho más adelante. No habia ninguna victoria para su general ni botin alguno para el soldado, y el único resultado obtenido fué la sumision de los *Tri-nobantes* (*Essex*), debida, ménos al temor inspirado por las armas romanas, que al ódio profundo de aquel pueblo hácia *Casivelaum*. A cada paso que se daba aumentaba el peligro. Por órden del general Breton fueron

los jefes del país de *Kent* á atacar el campamento naval; y aunque su asalto fué rechazado, fué, sin embargo, para los Romanos la señal de la retirada. Acababan éstos de apoderarse de un lugar fortificado en los bosques, en donde hallaron ganado en abundancia. Este fué el único botin de esta expedicion sin objeto y lo que sirvió de honroso pretexto para volverse. Casivellaum era muy prudente para poner en duro trance á su peligroso enemigo: por exigencia de César prometió no molestar más á los Trinobantes, pagar un tributo y entregar rehenes. Sobre la entrega de las armas no hubo siquiera cuestion, ni mucho ménos de dejar los Romanos guarnicion en la isla; y áun la promesa de pagar un tributo en el porvenir, no se habia hecho ni aceptado seriamente. César llevó consigo los rehenes á su campamento naval, volviéndose despues á las Galias. Si es cierto, como parece, que llevaba intencion de conquistar la isla, fracasaron sus designios, ya ante la prudente defensiva de Casivellaum, ya por la mala calidad de sus naves de remos, absolutamente impropia para la navegacion en las aguas del mar del Norte. Respecto de tributo estipulado, jamás llegó á hacerse efectivo; pero César habia querido además otra cosa. Quitando á los insulares la presuntuosa ilusion de su seguridad, y mostrándoles á cuantos peligros se exponian al recibir en Bretaña á los tráfugas del continente, habia calculado bien; pues no volveremos á ver que los Bretones den motivo á semejantes reproches.

Conspiracion patriótica en las Galias.—Una vez rechazada la invasion germánica y sometidos los celtas continentales, parecia que todo habia concluido en las Galias. Pero es casi siempre cosa más fácil vencer á una nacion que, una vez vencida, mantenerla en la obediencia. Al dia siguiente de la conquista, y una vez

que el vencedor se habia apoderado de la heguemonia, se desvanecieron las rivalidades que habian sido causa de la ruina de los Galos más bien que el peso de las armas romanas. Callaron los intereses aislados, y bajo la opresion comun, volvió sobre sí misma la nacion; ahora que ya era demasiado tarde se comprendia el precio infinito de aquellos bienes tan alegremente jugados y perdidos cuando se los poseia, la libertad y el sentimiento de la pátria, y se los deseaba con ardor indecible. ¿Pero era ya acaso demasiado tarde? Este pueblo solo confesaba su derrota con el rubor en la frente: contábanse por lo ménos *un millon* de hombres en estado de llevar las armas: ¿podrian, descartándose de su antigua gloria guerrera, sufrir el yugo impuesto por unos 50.000 Romanos escasamente? La liga de la Galia central estaba abatida sin haber siquiera desenvainado la espada y dominada la de los Belgas sin haber hecho otra cosa que pensar en la lucha: por otra parte, la caída heroica de los Nervianos y de los Venetos, la hábil y afortunada defensa de los Morinos, la sábia resistencia de los Bretones de *Casivellaum*; todas las faltas y todos los actos de valor, todas las derrotas y todos los triunfos obtenidos, eran otros tantos aguijones para el alma de los patriotas, que aspiraban todavía á probar fortuna, unidos todos y con la fuerza que da la union. La nobleza, sobre todo, se agitaba rugiendo de cólera, y parecia que á cada momento iba á estallar la insurreccion general.

La insurreccion.—Ya en su segunda expedicion á la isla de Bretaña, en la primavera del año 700, habia tenido César que ir en persona al país de los Treverinos que, despues de la batalla del Sambra contra los Nervianos, en donde ellos tanto se habian comprometido, no habian vuelto á aparecer en las asambleas genera-

les, y conservaban con los Germanos de allende el Rhin relaciones más que sospechosas: en tal coyuntura, se había contentado César con llevar consigo á Bretaña á los jefes principales de los patriotas, á *Indutronar* entre otros, y alistarlos entre los caballeros treverinos auxiliares. Hizo todo lo posible por no ver la conspiracion que se tramaba, por más que, bien vista la cosa, las medidas de rigor hubieran precipitado la explosion. Pero el Eduo Dumnorix, que seguia tambien el ejército, al parecer en calidad de oficial de caballería, pero que, en realidad, iba en rehenes, se negó á embarcarse, y montando á caballo, tomó el camino hácia el interior. César se vió obligado á mandar perseguir al desertor. Los escuadrones destacados en su persecucion le alcanzaron al fin, y como hiciese armas contra ellos, tuvieron que matarlo (año 700). La muerte sangrienta del más ilustre, del más poderoso caballero de los cantones galos de una tribu que permanecia casi independiente por privilegio, retumbó, como el trueno, por todo el país en las filas de la nobleza. Todo el que pensaba como él, y era la inmensa mayoría, veia en esta catástrofe la imágen de la suerte que le esperaba. El patriotismo y la desesperacion habian impelido á la conspiracion á los jefes de la nobleza: el temor y la necesidad de defender su vida hicieron que estallase la conjuracion. Durante el invierno del año 700 á 701, á excepcion de una legion destacada en la Bretaña Armoricana, y de otra acantonada entre los Carnutos, todo el ejército romano, ó sean seis legiones, habian establecido sus cuarteles de invierno entre los Belgas. La escasez de viveres habia obligado á César á separar más que de costumbre los diversos cuerpos: habíanse establecido en seis campamentos en el país de los Bellovacos, de los Ambianos, Morinos, de Nervianos, Remes y Eburones. Los cuarteles estableci-

dos más al Este, entre estos últimos, estaban situados no léjos de la futura ciudad de *Aduatuca* (*Tongres*). Era la guarnición más fuerte, pues costaba de una legion mandada por uno de los mejores lugar-tenientes de César, por *Quinto Titurio Sabino*. Y con ella un cierto número de destacamentos que formaban una media legion á las órdenes del baliente *Lucio Arunculeyo Cotta*. Un dia se vió de repente atacado el campamento por los Eburones, guiados por los reyes *Ambiorix* y *Catwolt*. El ataque fué tan inesperado que no hubo tiempo de llamar á los soldados enviados fuera del campamento, y fueron hechos prisioneros por el enemigo. Por lo demás, el peligro no era grande ni inminente: tenían bastantes víveres, y el asalto que intentaban los Eburones se estrellaban ante las trincheras del campamento. Pero hé aquí que *Ambiorix* hizo saber á los lugar-tenientes de César (1) «que en aquel mismo dia habian sido asaltados por los Galos todos los campamentos de los Romanos, y que las legiones estaban infaliblemente perdidas, á no ser que, abandonando sus puestos separados, consiguiesen reunirse. Que *Sabino* debia apresurarse tanto más cuanto que los Germanos habian pasado el Rhin y avanzan á marchas forzadas; y por último, que él, *Ambiorix*, el amigo de los Romanos, les promete libre y segura retirada hasta el campamento inmediato, que distaba solo dos jornadas.» Parecia que habia algo

(1) *Cotta* no era subordinado de *Sabino*. Pero á pesar de ser lugar-teniente del procónsul, era más jóven y debia tener ménos autoridad, y, en caso de divergencia de opiniones, debia ceder la suya ante la de *Sabino*, lo cual puede inducirse de la antigüedad de los servicios de éste, y de que, cuando se nombran juntos, va *Sabino* generalmente el primero. Esto mismo corroboran las circunstancias de su comun desastre.

verdadero en este discurso: como creer en un ataque aislado por parte de los Eburones, pueblo insignificante, y que la víspera había sido objeto de los favores de César. ¿No era cierto que las legiones estaban esparcidas, y que, en caso de un ataque las ponía en grave peligro la dificultad de reunirse? ¿Aisladas unas de otras, no estaban expuestas á perecer bajo los golpes del innumerable ejército de los insurrectos?

Pero la prudencia y el honor mandaban indudablemente rechazar una capitulación vergonzosa, y mantenerse firmes y fieles en su puesto. En el consejo celebrado entre los oficiales, se levantaron muchas voces en este sentido, particularmente la voz influyente de Arunculeyo Cotta. Sabino, sin embargo, resolvió aceptar las condiciones ofrecidas. Al día siguiente por la mañana evacuaron los Romanos su campamento. Aun no habían caminado una legua cuando se vieron rodeados por los Eburones en el fondo de un estrecho valle. Estábales cerrada toda salida. Intentaron abrirse paso con las armas en la mano; pero los Bárbaros rehusaban el combate cuerpo á cuerpo, y desde lo alto de sus inespugnables posiciones arrojaban una horrible granizada de dardos sobre los legionarios confusamente aglomerados. Entre tanto, Sabino que ha perdido la cabeza, va á buscar al lado del traidor auxilio contra la traición, y solicita una entrevista que Ambiorix le concedió inmediatamente: apenas llegó á su presencia lo desarmaron á él y á todos sus oficiales, asesinándole en seguida. Muerto éste, se arrojaron por todos lados los Eburones sobre los Romanos fatigados y desanimados por completo: rompieron sus filas pereciendo la mayor parte en este último ataque, y con ellos Cotta que estaba ya gravemente herido. Un corto número que consiguió huir y volver á entrar en el campamento abandonado se mataron unos

á otros durante la noche. La division de Sabino habia sido completamente destruida.

Es á su vez atacado Quinto Ciceron.—El éxito habia superado las esperanzas. La exaltacion entre todos los patriotas fué irresistible, hasta el punto de que los Romanos no podian contar con ningun pueblo de la Gallia, á no ser con los Eduos y los Remes, y estalló la insurreccion en todas partes. Los Eburones prosiguieron su victoria, reforzados por el contingente de los Aduaticos, que aprovecharon con júbilo la ocasion de vengarse de César y del mal que les habia ocasionado; reforzados, además, por los Menapianos, tribu poderosa y no vencida hasta ahora, entraron en el país de los Nervianos. Uniéronsele, éstos, y toda esta masa elevada á la cifra de 60.000 hombres, marchó contra los acantonamientos de los Romanos en el país Nerviano. Mandaba á estos Quinto Ciceron. Sus pocas fuerzas hacian que corriese grave riesgo. Aprovechando los sitiadores las lecciones recibidas, abrieron fosos, construyeron un *ager*, aproximaron arrietes y tores movibles como las de los legionarios, y arrojaron sobre el campamento y sus tiendas cubiertas de paja, balas y dardos incendiarios. Ciceron no tenia más esperanza que en César, que estaba interviniendo con tres de sus legiones entre los Amienenses, region poco distante; pero durante algun tiempo, prueba característica de las disposiciones hostiles de los ánimos, no llegó á conocimiento de César, ni el desastre de Sabino ni la situacion critica en que se hallaba su lugar-teniente. Por último, un caballero galo, mandado desde el campamento de Ciceron, consiguió burlar la vigilancia del enemigo y llegar hasta donde se hallaba el pro-cónsul. Apenas recibió éste la terrible nueva, se lanzó con dos legiones incompletas, unos 7.000 hombres en juto y 400 caballos. Por insignificante que fuese

este ejército, al saber que se acercaba el pro-cónsul, levantaron el sitio los insurrectos. Ya era tiempo; apenas si le quedaban á Ciceron la décima parte de sus soldados que no estuviesen heridos.

César contiene y domina la insurreccion.—Pero César, contra quien marcharon los insurrectos, los engañó como ya habia hecho tantas veces, y siempre con éxito, acerca del número de sus soldados: intentaron el asalto de su campamento en las más desfavorables condiciones y fueron derrotados. Cosa extraordinaria, y que revela perfectamente el carácter nacional; un sólo combate desgraciado, ó mejor dicho, la sólo presencia de César en el teatro de la guerra, bastó para contener la insurreccion. A pesar de la brillante victoria conseguida en un principio, y de las grandes proporciones que habia tomado, se suspendió vergonzosamente la lucha. Nervianos, Menapianos, Aduatucos y Eburones, todos se marcharon cada cual por su lado. Tambien desaparecieron las tribus marítimas despues de haber amenazado atacar á la legion que invernaba en Bretaña. Los Treverinos, con su jefe *Indutiomar*, el principal instigador de la repentina insurreccion de los Eburones, clientes de su poderosa tribu, habian tomado tambien las armas, y, al saber la nueva de la victoria de Aduatuca, habian penetrado en el país de los Remes, y marchaban contra la legion acantonada en el país, bajo las órdenes de Labieno; pero se contuvieron como habian hecho todos los otros. César se decidió, aunque con gran pena, á dilatar hasta la próxima primavera las medidas que debia tomar contra la insurreccion: hubiera sido poco prudente exponer á los rigores del invierno en la Galia Septentrional sus tropas tan rudamente experimentadas, y además, no queria reaparecer en el país enemigo sino con fuerzas imponentes aumentadas con las tres nuevas legiones con

que iba á sustituir las quince cohortes aniquiladas en Aduatuca. Pero en este intervalo, ó mejor dicho, durante esta tregua, no cesó la insurreccion de propagarse por el corazon del país. En la Galia central, tenia su asiento entre los Carnutos y los Senones, sus vecinos, los cuales habian arrojado al rey que César les habia impuesto. En el Norte, no cesaban los Treverinos de llamar á todos los tráfingas Galos y á los Germanos transrhenanos á tomar parte en la próxima guerra de la independendencia: reunieron toda su gente y se prepararon para volver á entrar, al comenzar la primavera, en el territorio de los Remes: una vez que Labieno habia levantado su campamento, contaban tambien con poder verificar su union con los insurrectos del Loira y del Sena. Los enviados de estos tres pueblos no asistieron á la asamblea general convocada por César en la Galia central, y no tardaron en denunciar de nuevo la guerra por un repentino ataque, como lo habian hecho pocos meses ántes una parte de ellos, arrojándose sobre los campamentos de Sabino y Ciceron. El invierno tocaba á su fin. César se puso en camino con su ejército aumentado con algunos refuerzos el empeño de Treverinos para concentrar las tropas insurrectas debia fracasar. En los países que se agitaban, se calmó todo con la aparicion de los Romanos, y todos los pueblos en que la insurreccion habia ya estallado, tuvieron que luchar aislados. Los primeros ataques de César recayeron sobre los Nervianos. Despues llegó su turno á los Carnutos y á los Senones. Los mismos Menapios, que eran los únicos que aún no se habian sometido, fueron atacados por tres puntos á la vez y se vieron obligados á renunciar á esa libertad que por tanto tiempo habian defendido. La misma suerte preparaba en aquel momento Labieno á los Treverinos. El primer esfuerzo de éstos, durante el invierno,

no habia dado ningun resultado, habiéndose negado, por una parte, los Germanos establecidos en las inmediaciones á mandarles soldados auxiliares, y habiendo muerto, por otra, en una escaramuza con la caballería de Labieno, Indutiomar, que era el alma del movimiento. A pesar de sus pérdidas, continuaron las hostilidades, presentándose poco despues con todo su ejército. Además, esperaban un refuerzo de los Germanos. Sus reclutadores habian hallado ahora en los belicosos pueblos del interior, y particularmente entre los Cattos, mejor acogida que entre los ribereños del Rhin. Labieno amagó entónces batirse en una retirada precipitada, y los Treverinos se arrojaron inmediatamente sobre los Romanos sin esperar la llegada de sus auxiliares y á pesar de la desventaja de los lugares; pero fueron completamente derrotados. Cuando llegaron los Germanos, no tuvieron más remedio que volverse. Los Treverinos se sometieron de buena ó mala gana y la faccion romana que tenia por jefe á *Cingetorix*, yerno de Indutiomar, se puso al frente de los negocios públicos. Despues de los triunfos de César sobre los Menapios y de los de Labieno sobre los Treverinos, se concentró todo el ejército romano en el país de estos últimos. Era empero necesario quitar á los Germanos las ganas de volver, y, si era posible, dar una ruda leccion á estos vecinos incómodos. César pasó por segunda vez el Rhin: sin embargo, los Cattos, fieles á una táctica cuya excelencia conocian, se internaron léjos de la frotera, en regiones desconocidas (por la parte de *Harz*, segun parece), en donde se propusieron defenderse, César volvió sobre sus pasos, y se contentó con establecer en el rio una fuerte guarnicion, que dominara los bados.

Toma César venganza de los Eburones.—A todos los pueblos cómplices de la insurreccion iba llegando su

turno: faltabánle los Eburones, principales autores del crimen. No los había César echado en olvido. Desde el día en que supo el desastre de Aduatuca, se había vestido de luto y jurado no quitárselo hasta haber vengado la muerte de sus soldados pérfidamente asesinados haciendo al enemigo una guerra leal. Los Eburones se mantenían en sus chozas, paralizados, indecisos y asistiendo á la sumisión de todas las tribus unas despues de otros: de repente abandonando la caballería romana el país de los Treverinos y atravesando los Ardenas, llegó á su territorio. No esperaban ellos tan pronto su ataque, hasta el punto de haber faltado poco para cojer á Ambiorix en su propia casa: los suyos se sacrificaron, y él pudo ganar con mucho trabajo la selva vecina. Inmediatamente despues de la caballería invadieron el país diez legiones, incitando á los pueblos circunvecinos á arrojar-se con ellos sobre los Eburones, colocados fuera de la ley, y á tomar parte en el saqueo. Muchos acudieron al llamamiento; y hasta se vieron llegar del otro lado del Rhin una banda de atrevidos Sicambros, para quienes todos, Galos ó Romanos eran una misma cosa. Un golpe de mano temerario los hizo dueños del campamento de Aduatuca casi por sorpresa. El castigo de los Eburones fué terrible. A donde quiera que se ocultasen en los bosques ó en las marismas, encontraban que en todas partes eran los cazadores más numerosos que la caza. Muchos se suicidaron siguiendo el ejemplo del viejo *Catuvolic*: muy pocos se libraron de la espada del enemigo ó del sello de la esclavitud. Pero Ambiorix, á quien César perseguía principalmente, no cayó en sus manos, y pasó el Rhin, acompañado de cuatro caballeros. Despues de la ejecucion de los Eburones, que eran los más culpables, procesó tambien César á los hombres de otras tribus comprometidos tambien en la causa de la independendencia nacional.

Habia pasado el tiempo de la indulgencia. En virtud de la sentencia dictada por el pro cónsul de Roma, decapitaron los lictores á *Accon*, uno de los principales caballeros Carnutos (año 701): las varas y el hacha estaban á la orden del día. Cesó pues toda oposicion, y reinó la tranquilidad en todas partes. Siguiendo su costumbre, pasó César los Alpes al terminar el año: pues los asuntos se embrollaban cada vez más en Roma, y quería observarlos más de cerca.

Segunda insurreccion. Los Carnutos. Los Arvernos. Vercingetorix.—Engañábase, sin embargo, en sus hábiles cálculos. No estaba extinguido el fuego, sino oculto bajo las cenizas. Cuando rodó la cabeza de *Accon*, sintió el golpe toda la nobleza de las Galias, y se abrieron perspectivas más favorables para las conspiraciones. Durante el invierno precedente, solo había sucumbido la insurreccion porque había aparecido en el teatro de la guerra el mismo pro-cónsul en persona. En la actualidad, se hallaba léjos; y la guerra civil, que era inminente en Italia, lo retenia la Cispadana. Concentrado en el alto Sena el ejército de las Galias, y separado de su temible jefe, si estallaba la insurreccion en la Galia central, se hallarian inmediatamente envueltas las legiones, la inundacion se extenderia á la provincia romana casi desguarnecida, y todo esto ántes que César apareciera en la Transalpina, áun suponiendo que las complicaciones de los asuntos de Italia no le impidiesen volver su vista hácia las Galias. De todas las tribus del centro llegaban en tropel los conjurados: los Carnutos, heridos los primeros por el suplicio de *Accon*, se ofrecieron á marchar á vanguardia. En el día fijado (en el invierno de 701 á 702) dieron sus jefes, *Gutruat* y *Conconetodum*, la señal de la insurreccion en *Genabum* (*Orleans*): los Romanos que allí se encontra

ban fueron muertos. En toda la extensa tierra de los Celtas se notaba una efervescencia inmensa: por todas partes se agitaban los patriotas. Pero la sacudida fué irresistible cuando los Arvernos se levantaron tambien en armas. Este pueblo que era ántes el principal de la Galia Meridional bajo la direccion de sus reyes, rico todavía, civilizado y poderoso entre todos, despues de la guerra desgraciada de Bituito contra Roma, y de la revolucion que derribó la monarquía, este pueblo y sus gobernantes habian dado hasta entónces á la República pruebas de una imperturbable fidelidad. En el Gran Consejo, estaba en minoría la faccion de los patriotas: en vano intentaron éstos arrastrar á su Senado á que hiciese causa comun con la insurreccion. Entónces se volvieron contra el Senado mismo y contra la constitucion. Esta constitucion reformada lo habia colocado en lugar del rey, al dia siguiente de dos victorias de los Romanos, y probablemente por su influencia. El jefe de estos patriotas, *Vercingetorix* (*jefe de cien jefes*), uno de esos nobles que se encontraban con frecuencia entre los Celtas, casi con los mismos honores de los reyes en la tribu y fuera de ella, rico, bravo y prudente, abandonó de repente la capital arverna, y sublevando los campesinos tan hostiles á los oligarcas impuestos al país, como á los mismos Romanos, los escitó á la restauracion de la antigua monarquía y á la guerra contra Roma. Las masas acudieron á restablecer el trono de Luern y de Bituito; y restablecerle, era levantar al mismo tiempo la bandera de la guerra de la independendencia. Hasta entónces habia faltado la unidad á los esfuerzos de la nacion, que, queriendo sacudir el yugo extranjero, se habia estrellado contra fuerzas mayores: esta unidad se daba al fin el nuevo rey que salia de en medio de los Arvernos. Entre los Celtas continentales iba éste á desempeñar el papel

de Casivellaum entre los Celtas insulares; las masas entusiasmadas sentian que solo á este hombre era dado salvar la Galia.

Propagacion de la insurreccion. Aparicion de César. Plan militar de los insurrectos.—La tea de la insurreccion corrió rápidamente desde las bocas del Garona hasta las del Sena, aceptando todos los pueblos á *Vercingetorix* como jefe supremo. Algunas asambleas de tribus opusieron dificultades, pero la muchedumbre las obligó á secundar el movimiento, siendo además muy pocas estas tribus, y en algunas de ellas, como entre los *Biturigos*, no fué quizá la resistencia nada más que aparente. Al Este del alto Loira, encontró la insurreccion un terreno ménos favorable. Todo dependia aquí de los Eduos que se mostraban indecisos: la facion de los patriotas era todavia entre ellos muy poderosa, pero pesaba mucho en la balanza su antiguo antagonismo contra la eguemonia arverna, y perjudicaba mucho á la causa nacional. La actitud de los Eduos determinaba la de los Secuaneses, Helvecios y todos los demás pueblos de la Galia oriental. Puede decirse que su defeccion hubiera sido un golpe decisivo contra Roma. De repente, miétras que los insurrectos trabajaban por arrastrar á todos los que vacilaban, y particularmente á estos mismos Eduos; miétras que por otra parte operan por el lado de Narbona y la amenazan (pues uno de sus jefes, el audaz *Lucler*, habia pasado ya las fronteras de la provincia por el lado del *Tarn*), hé aquí que en medio del invierno, y con gran sorpresa de todos, amigos y enemigos, apareció el pro-cónsul romano en la Transalpina. Tomó inmediatamente las medidas de mayor urgencia para poner á cubierto la provincia, y mandó una division al país de los Arvernos por los Cevennes cubiertos á la sazón de nieve. Pero él no podia permanecer donde estaba,

porque si los Eduos se pasaban á la liga de los Galos, lo separaban de sus legiones acampadas en los países de Seus y de Longres. Corrió sin ruido á *Vienna*, desde donde, con una pequeña escolta de caballería, atravesó el canton eduo y fué á unirse á los suyos. Los insurrectos habian salido á campaña fundados en falsas esperanzas: la paz reinaba en Italia, y César estaba de nuevo á la cabeza de sus legiones. ¿Qué hacer? ¿Por dónde comenzar? Fiarlo todo á la suerte de la armas, hubiera sido una locura, en tales circunstancias, pues las armas habian dado ya antes su inapelable fallo. Mandar las bandas de los Galos contra las legiones, valia tanto como arrojar piedras contra las rocas de los Alpes: ya fuesen unidas ó unas en pós de otras serian sacrificadas todas las tribus. Vercingetorix renunció á atacar formalmente á los Romanos, y adoptó el plan de campaña con que Casivelaum habia salvado á los Bretones insulares. La infantería de César era invencible; pero su caballería, reclutada casi por completo entre la nobleza de los Galos, se habia fundido, por decirlo así, ante la insurreccion. Como los nobles formaban tambien el núcleo de ésta, iba á pertenecer á ellos la inmensa superioridad del arma; pues podia, sin que César le opusiese sérios obstáculos, talar á derecha é izquierda los países por donde hubiera de pasar el pro-cónsul, quemar las ciudades y las aldeas, destruir los almacenes, y amenazar los aprovisionamientos del enemigo. A ésto dirigió Vercingetorix todos sus esfuerzos: aumentando su caballería y sus arqueros de á pié, ejercitados, segun la táctica de entónces, en el combate en medio de los escuadrones. Respecto á las masas desordenadas de las milicias que no sabian más que estorbarse reciprocamente, no las licenció; pero, en vez de conducir las contra el enemigo, las enseñó á dividirse, á marchar ordenadamente y otras

maniobras. Enseñoles que el soldado no sirve sólo para batirse. Tomaba las lecciones y los ejemplos del enemigo adoptando el sistema de los campamentos, ese gran secreto de la táctica de los Romanos, por el que éstos eran siempre superiores á sus adversarios, y por el que la legion, á las ventajas defensivas de la fortaleza, reunia las ofensivas de un ejército de ataque (1). Pero todos estos medios, si bien eran buenos en la isla de Bretaña, en donde las ciudades eran raras, y la poblacion era ruda y euérgica y estaba concentrada en una sola mano, eran un remedio casi intolerable para los ricos países de la orilla del Loira, y sus afeminados habitantes, en completa disgregacion política. Vercingetorix obtuvo al ménos que no se intentase defender todas las ciudades, lo cual era su perdicion. Convínose en destruirlas ántes que el enemigo se presentase delante de sus muros, si es que no podian defenderse: en cuanto á las plazas fuertes, debian, por el contrario, ser defendidas por todo el ejército. En esto hizo el rey arverno cuanto podia hacer; ligando á la causa de la pátria á los cobardes y flojos por su inflexible severidad, á los avaros por sus larguezas, y á los adversarios declarados por la fuerza, usando de ésta y de la astucia, y atizando el fuego del patriotismo lo mismo en las altas que en las bajas clases sociales.

*Terreno de la guerra. César delante de Avaricum. Toma de esta ciudad. César divide su ejército.—*Ántes

(1) Esto era posible miéntras las armas ofensivas fueron la espada y la pica; pero en el sistema moderuo no es aplicable la táctica romana como lo ha mostrado Napoleon I: con nuestras armas ofencivas y que hieren á tan larga distancia es preferible el sistema de fraccionamiento á apiñar el ejército en grandes masas. Lo contrario sucedía en tiempo de César.

que terminase el invierno, se arrojó el Galo sobre el territorio Eduo, en donde César había establecido á los Boios: como éstos eran los únicos aliados seguros de Roma, importaba mucho destruirlos ántes de la llegada del procónsul. A esta nueva, dejando el Romano sus bagajes y dos legiones en los cuarteles de invierno de *Agedincum* (*Sens*), tomó inmediatamente su partido, y marchó contra la insurreccion ántes de la época que había fijado. Para reparar la grave desventaja de la falta de caballería y de infantería lijera, alistó cuantos mercenarios germanos pudo; y en vez de sus cabalgaduras pequeñas y débiles, los montó en los magníficos caballos de Italia y de España comprados unos, y adquiridos otros por medio de requisas entre sus oficiales; y poniéndose en marcha incendió y entregó al saqueo la ciudad principal de los Carnutos, á *Cenabum*, que era la que había dado la señal de la defeccion, y despues pasó el Loira y entró en el país de los Biturigos. El plan de guerra del jefe de los Galos sufría su primera prueba. Por órden suya fueron reducidas á cenizas más de veinte ciudades y aldeas biturigas: igual suerte esperaba á las tribus vecinas, en el momento en que los batidores ó los forrajeadores romanos pusieran el pié en ellas. Entraban los proyectos de Vercingetorix destruir tambien la rica y fuerte plaza de Avaricum (*Bourges*), capital de los Biturigos; pero, en el consejo de guerra, la mayoría se compadeció de sus magistrados que pedian gracia de rodillas: decidióse, pues, defenderla á todo trance, y se concentró la guerra en derredor de sus muros. Vercingetorix había colocado su gente en medio de las marismas vecinas, en un punto inaccesible, en donde, aún sin hacer uso de su caballería, creía no tener nada que temer del enemigo; además, la caballería cubria é interceptaba todos los caminos. La

ciudad estaba bien fortificada, y tenia aseguradas sus comunicaciones con el ejército. La posicion de César era difícil. En vano intentó excitar á la infantería de los Galos á que le presentase la batalla: aquélla no se movió de sus fuertes posiciones. Por más que sus soldados se portasen con bravura, las gentes de Avaricum rivalizaban con ellos en valor y en génio inventivo: poco faltó un dia para que les quemasen todo el material de sitio. El embarazo crecia por momentos. ¿Cómo alimentar un ejército de 60.000 hombres en un país talado y recorrido por fuertes escuadrones de caballería? Los pocos víveres suministrados por los Boios se habian ya agotado, y no llegaban los prometidos por los Eduos: no habia ya trigo en el campamento, y el soldado estaba reducido á la racion de carne traída de léjos. Sin embargo, por más que la ciudad estuviese heróicamente defendida no podia sostenerse por más tiempo; pero aún era posible sacar de ella las tropas con el silencio de la noche y destruirla ántes que el enemigo la ocupase. Vercingetorix hizo sus preparativos con este objeto; pero á los gritos de las mujeres y de los niños abandonados, se pusieron en guardia los Romanos: no era posible la retirada. A la mañana siguiente, dia de niebla y de lluvia escalaron los legionarios el muro y tomaron la plaza. Irritados por su tenaz resistencia, no perdonan edad ni sexo, y se arrojan hambrientos sobre los víveres aglomerados por los Galos. La toma de Avaricum (en la primavera del año 702) era un primer triunfo conseguido contra la insurreccion; la experiencia de los últimos años hizo creer á César que los insurrectos vencidos iban á disolverse, y que pronto no tendria más que batirlos en detalle. Apareció con todo su ejército en el país de los Eduos, con cuya manifestacion imponente apaciguó la agitacion de los patriotas, tranquilizán-

dolos por el momento. Dividió sus tropas, é hizo que se volviese Labieno á Agedincum, con objeto de ponerse al frente de la division que allí habia quedado, y que con sus cuatro legiones hiciese frente al movimiento en la region de los Carnutos y de los Senones, que tambien esta vez se habian sublevado los primeros. César se volvió con las otras seis legiones hácia el Sur, con el fin de llevar la guerra á las montañas de los Arvernos, donde Vercingetorix estaba, por decirlo así, en su casa.

Labieno delante de Lutecia.—Labieno dejó, pues, á Agedincum, y descendió por la orilla izquierda del Sena, para apoderarse de Lutecia, construida en una isla en medio del rio. Establecido allí, como en un fuerte, en el corazon del país enemigo habia de serle fácil dominar la insurreccion. Pero hé aquí que un poco más abajo de *Melodunum (Melum)* le cerró el paso el ejército galo, á las órdenes del viejo Camulogenes, atrincherado en medio de marismas impenetrables. El lugar-teniente volvió atrás enseguida, pasó el Sena, por cerca de Melum, y llegó sin obstáculo á Lutecia por la orilla derecha; pero acababa de quemarla Camulogenes, habia roto además los puentes que la unian á la orilla meridional del rio, y tomó posiciones frente al Romano que no pudo obligarle á batirse, ni repasar el rio á la vista de los insurrectos.

César delante de Gergovia.—Durante este tiempo, subian por el *Elaver (Alier)* y penetraban en la Arvernia. Vercingetorix hizo cuanto pudo para impedirles pasar á la orilla izquierda; pero le engañó el procónsul por una astucia de guerra, y á los pocos dias de esto se hallaba delante de *Gergovia*, la capital del país (1). Mas

(1) Colócase á Gergovia en una montaña al Sur de Nemetum (*Clermont.—Ferrand*) que fué despues capital de los Arvernos

cuando Vercingetorix acampaba frente á César en el Alier, habia ya sin duda reunido en la plaza grandes provisiones. La ciudad ocupaba la cima de una montaña alta y escarpada. Una muralla de piedra defendia el campamento del ejército galo colocado al pié del muro de la ciudad. Aprovechando la delantera que tenia sobre los Romanos, llegó el Rey galo á Gergovia ántes que éstos, y tomando posiciones más abajo de la ciudad, esperó que atacasen sus líneas. César no podia pensar en un sitio regular, ni en un bloqueo riguroso, pues era insuficiente para ello su ejército. Estableció su campamento en la llanura, al pié de las alturas que ocupaba Vercingetorix, y no moviéndose el enemigo en algun tiempo, permaneció él tambien inactivo. Era una victoria para la insurreccion el haber detenido, sobre el Alier y sobre el Sena, la marcha triunfal del ejército de César. La detencion tuvo sus consecuencias inmediatas casi equivalentes á una derrota. Hemos visto que los Eduos se habian mostrado en un principio vacilantes; pero hé aquí que amenazan pasarse al partido patriota. El cuerpo auxiliar que César habia dispuesto que le enviasen á Gergovia se habia pasado al partido de la insurreccion, y en el mismo país Eduo se habian arrojado los Galos sobre los residentes romanos, para robarlos y matarlos. César tuvo que abandonar el sitio con las dos terceras partes de su ejército, marchar sobre la division Edua, y cayendo sobre ella como el rayo, reducirla por lo ménos á la obediencia aparente: éxito insignificante, y sumision falsa, comprados muy caros por el peligro que

y cuya montaña se denomina todavia *Gergoia*. En las escavaciones hechas se han encontrado restos de una muralla tosca fortificada. El nombre que se ha perpetuado hasta el siglo X, no deja duda alguna sobre la exactitud de la designacion local.

corrieron las dos legiones que habia dejado delante de Gergovia. Aprovechando Vercingetorix la ocasion de la partida de César, se habia arrojado sobre su campamento y estuvo en muy poco que lo tomara por asalto. Solo la incomparable rapidez de César, que llegó á marchas forzadas, impidió que se reprodujese el desastre de Aduatuca. Los Eduos daban buenas palabras; pero podia preverse que, si el bloqueo se prolongaba sin resultado, se pasarian abiertamente al enemigo y obligarian á César á levantar el sitio. Interrumpiendo con su defeccion las comunicaciones con Labieno, se veria éste aislado distante y expuesto á grandes peligros. César quiso evitar á toda costa que las cosas llegasen á este extremo, y por dificil y peligrosa que fuese para él su decision, no vaciló en abandonar una expedicion intentada sin fruto; y puesto que habia necesidad de hacerlo tarde ó temprano, más valia verificarlo inmediatamente: lo urgente era entrar sin demora en el territorio de los Eduos, é impedir á cualquier precio que tomasen parte en la insurreccion. Pero semejante retirada no se avenia con su temperamento fogoso y su confianza en sí mismo: quiso, pues, intentar un último esfuerzo. Tal vez un buen éxito le sacaria del apuro. Miéntas que todos los defensores de Gergovia se lanzan hácia el lado por donde parece se preparaba el asalto, aprovechó el procónsul el momento oportuno para atacar por otro punto, de más dificil acceso, pero que los Galos habian dejado desguarnecido. Las columnas romanas pasaron en efecto el muro del campamento, y ocuparon sus más próximos cuarteles. Pero ya habia cundido la alarma, y, presentándose el enemigo á corta distancia, no juzgó prudente César intentar un segundo asalto contra el cuerpo de la plaza, y mandó tocar á retirada. Con el entusiasmo de su fácil victoria, habian avanzado mucho las legio-

nes y no lo oyeron ó no quisieron oirlo, y se lanzaron como un torrente contra el muro de circunvalacion, llegando algunos soldados hasta penetrar en la ciudad; pero chocaron allí con densas masas de enemigos que iban engrosando por momentos: sucumbieron los más temerarios, detuviéronse las columnas, y en vano los centuriones y los legionarios se sacrificaron luchando heroicamente; los sitiadores fueron rechazados con bastantes pérdidas y arrojados y perseguidos hasta el pié de la montaña. Acogieronlos las tropas apostadas por César en la llanura, impidiendo así un mayor desastre. Habíase creído sorprender á Gergovia, y la esperanza se habia convertido en una derrota. Los heridos y los muertos eran numerosos (se dice que habian sufrido hasta 700 bajas, contándose entre éstas 46 centuriones) (1). Pero semejante pérdida era lo de ménos en aquella derrota.

Comienzo de nuevo la insurreccion. Sublevacion de los Eduos y de los Belgas.—Coronado con la aureola de la victoria, tenia César en las Galias una preponderancia irresistible; pero iba eclipsándose su estrella. La lucha delante de Avaricum, los infructuosos esfuerzos de los Romanos para obligar á Vercingetorix á aceptar la batalla, la defensa tenaz de la ciudad, su asalto debido casi á la casualidad, todos estos acontecimientos no llevaban el sello de las hazañas de las primeras guerras contra los Galos: los Celtas habian ganado más bien que perdido en la confianza en sí mismos y en sus jefes. Su nuevo sistema de resistencia en un campamento atrincherado, protegido por una fortaleza, tenia en su abo-

(1) Para más detalles sobre esta importante campaña puede consultarse al mismo César. (Bel. Gal., 7, 35, 52), y á Napoleon III. (Hist. de César, t. II, págs. 264 á 282).

no la experiencia, pues habia tenido buen éxito en Lutecia y en Gergovia; y por último, la reciente derrota, la primera que habian causado á César, vino á completar su triunfo y fué como la señal de una segunda explosion de la insurreccion. Rompiendo decididamente los Eduos con el pro-cónsul, se pusieron en iuteligencia con Vercingetorix. Su contingente que marchaba con las legiones hizo defeccion, y, aprovechando la ocasion, se apoderó en Noviodunum (*Nevers*) de los depósitos del ejercito de César, es decir, de su caja, de sus almacenes, de una multitud de caballos y de todos los rehenes que tenia allí encerrados. Al mismo tiempo, los Belgas que hasta entonces habian permanecido ajenos al movimiento, arrastrados por las nuevas que les llegan comenzaron tambien á agitarse. La poderosa tribu de los Bellovacos se puso al fin en marcha para colocarse á retaguardia de Labieno, ocupado en Lutecia en rechazar el ataque de los pueblos de esta region de la Galia central. Comienzan los armamentos por todas partes, cundiendo y aumentando el entusiasmo patriótico hasta el punto que los partidarios más firmes y más favorecidos de Roma se volvieron contra ella. Testigo, *Commo*, rey de los Atrebates, enriquecidos él y los suyos con los grandes privilegios que se les habian otorgado á consecuencia de sus antiguos servicios, y que habia sido dotado por César de la heguemonia sobre los Morinos. La insurreccion extendió sus hilos hasta el centro de la antigua provincia: esperábase, y quizá no sin fundamento, sublevar hasta los mismos Alóbroges. A excepcion de los Remes y de los pueblos que de ellos proceden, Suesiones, Leucos y Lingones, cuyas tendencias particularistas no dan cabida al entusiasmo comun, toda la raza céltica se levantó por primera y última vez en favor de su libertad y de su nacionalidad, desde los

Pirineos hasta el Rhin. Es tambien cosa notable que los pueblos de raza germánica, que siempre habian estado en primera línea en las guerras anteriores, se mantuviesen hoy desviados; los Treverinos y, segun se cree, los Menapianos, ocupados en luchar contra los otros Germanos, no tomaron parte activa en el movimiento belicoso de los Galos.

Plan de César. Union de éste y de Labieno. Batalla de Lutecia.—Fué un momento solemne aquel en que César, al dia siguiente de la retirada de Gergovia y del desastre del cuartel general de Noviodunum, reunió su consejo de guerra para deliberar sobre las necesidades más urgentes. Muchos opinaron por la evacuacion total cruzando los Cevennes, pues, segun ellos, convenia entrar de nuevo en la provincia, abierta en adelante por todos lados á los insurrectos, y á la que hacian falta las legiones para poder defenderse. César rechazó esta cobarde estrategia, conforme quizá con las instrucciones senatoriales y con los consejos de una responsabilidad timorata, que no estaba justificada por la situacion de las cosas. Contentóse el pro-cónsul con poner sobre las armas á las milicias de los Romanos que habitaban la provincia encargándolas de guardar sus fronteras como mejor pudiesen. En cuanto á él, eligió el camino opuesto, y, dirigiéndose á marchas forzadas sobre Agedincum, ordenó á Labieno que viniese á unírsele lo ántes posible. Los Galos intentaron, como es natural, impedir la concentracion de las legiones. Labieno podia atravesar el Marne en algunas jornadas, subir por la orilla derecha del Sena, y llegar á Agedincum en donde tenia sus reservas y bagajes, pero esto hubiera sido dar por segunda vez á los Galos el espectáculo de un ejército romano batiéndose en retirada: en lugar de pasar el Marne, prefirió atravesar el Sena á la vista del enemigo, sor-

prendido por una estratagema, y dar la batalla en la orilla izquierda del rio. La victoria coronó sus esfuerzos. Los Galos perdieron mucha gente, quedando tendido en el campo el viejo Camulogenes. No eran más afortunados en otro lugar los insurrectos. Léjos de detener á César en el Loira, no les habia éste dejado tiempo de reunirse y, no hallando en el rio nada más que las milicias éduas, las habia derrotado y dispersado sin trabajo. Los dos ejércitos verificaron felizmente su reunion al poco tiempo.

Durante este tiempo, habian los insurrectos deliberado en Bibracta cerca de Autum, capital de los Eduos, sobre los intereses y la direccion de la guerra. Vercingetorix fué el alma de la Asamblea. Su victoria de Gergovia, habia hecho de éste el ídolo de la nacion. Empero todavia luchaba el egoismo separatista; y se vió á los Eduos, que, en este duelo á muerte en que se habian comprometido los Galos, volvian á reproducir sus antiguas pretensiones á la hegemonia, y á proponer en plena asamblea la sustitucion del héroe arverno por uno de sus generales. Los representantes de la nacion se negaron á ello, y al mismo tiempo que confirmaban á Vercingetorix en el mando supremo, adoptaban su plan de campaña sin variarlo en lo más mínimo. Este fué siempre el sistema practicado en Avaricum y en Gervovia. La llave de las nuevas posiciones de los Galos era *Alexia*, lugar de los *Mandubios* (hoy Alisa, cerca de Semur). Habian construido al pié de sus muros un gran campamento atrincherado. Acumularónse allí inmensas provisiones para el ejército de Gergovia, cuya caballería, por orden expresa de la Asamblea nacional, contaba entónces 15,000 hombres montados. César, con todas sus fuerzas concentradas en Agedincum, habia tomado la direccion de *Vesoncio* (*Be-*

sanon'. Que iba aproximarse á la antigua provincia amenazada por las incursiones del enemigo, y defenderla contra sus devastaciones. Ya habian aparecido en efecto entre los Helvios, al Sur de los Cevennes, algunas bandas enemigas.

Combate de caballería. Sitio de Alesia. Llegada del ejército auxiliar.—Alesia se encontraba casi en el camino que debian seguir los Romanos, y vinieron á encontrarse con la caballería de Vercingetorix, única arma con que éste podia atacar. Pero con gran admiracion de todos, fueron derrotados los escuadrones Galos por los del enemigo, á los que apoyaba una reserva de infantería. Vercingetorix corrió inmediatamente á encerrarse en Alesia; á no renunciar absolutamente á la ofensiva, se veia César obligado por tercera vez en el curso de esta misma campaña, á ir con su ejército, mucho más débil en cuanto al número, á buscar el ejército de su adversario atrincherado con su numerosa caballería bajo los muros de su gran ciudadela llena de tropas y de provisiones; pero mientras que los Galos sólo habian tenido que habérselas, en otros puntos, con una parte de las legiones romanas, se reunian ahora delante de esta ciudad todas las huestes del César, y Vercingetorix no iba á poder ya, como ántes en Avaricun, y en Gergovia, colocar á su vez su infantería bajo la proteccion de la plaza, y teniendo libres sus comunicaciones con el exterior con ayuda de sus veloces escuadrones interceptar los del enemigo. Desanimada ya por una primera derrota, no hacia frente la caballería de los Galos á la de los Germanos de César, á la que tanto habian despreciado. La circunvalacion romana encerró dentro de sus líneas las cuatro millas (alemanas) de extension, que comprendia la fortaleza y el campamento apoyado en ella. Vercingetorix habia contado sólo con batirse bajo sus mu-

ros; pero no creyó nunca verse sitiado: en caso de ataque, por grandes que fueran los almacenes de víveres que habia en Alesia, no podian ser suficientes para alimentar por mucho tiempo su ejército de 80.000 hombres de infantería y 15.000 caballos, además de la numerosa poblacion de la ciudad. Inmediatamente comprendió que su plan de guerra seria ahora su ruina, á no ser que, acudiendo á su llamamiento toda la nacion, libertase á su general, que estaba, por decirlo así, cautivo. Pasó más de un mes, y la linea de ataque se iba estrechando cada vez más. Durante este tiempo, pudo mantener á su gente; pero al fin, estando aún abierto el paso para la caballería, lanzóla toda fuera y los mandó á los principales de la nacion, pidiendo que verificasen un levantamiento en masa y le enviasen un ejército auxiliar. Respecto de él, considerándose como responsable del plan de guerra que habia concebido, y que se volvia ahora contra su patria, permaneció en Alesia, queriendo compartir con los suyos la buena ó mala fortuna que les cupiese. Entre tanto, se preparaba César activamente para desempeñar su papel de sitiador y sitiado. Rodeóse por el exterior de una doble linea de circunvalacion defensiva, y se aprovisionó para mucho tiempo. Trascurrieron muchos días, y no quedaba ya en la ciudad ni un saco de trigo: ya los sitiados habian hecho salir deaquella á todos los habitantes incapaces para tomar las armas, los cuales, rechazados despiadadamente por los suyos y por los Romanos, morian en masa de una manera miserable entre la linea y las fortalezas. De repente y á última hora, aparecieron á gran distancia, por la reteguardia de César, las inmensas columnas de un numeroso ejército celta y belga: 250.000 infantes y 8.000 caballos venian en auxilio de Vercingetorix. Desde el canal de Bretaña hasta los Cevennes, habian hecho todos los pueblos

un esfuerzo inmenso. Quieren á toda costa salvar la flor de los patriotas y á su general. Sólo los Bellovacos fueron los únicos que respondieron, que ellos sabian pelear contra los Romanos, pero era en su propia frontera.

Combates en derredor de Alesia. Capitulacion. Suplicio de Vercingetorix.—Fracasó el primer asalto dado á las dobles líneas de César por los sitiados y por el ejército auxiliar, renovándose despues de un dia de reposo; pero ahora, habiendo elegido mejor su punto de ataque, se arrojaron los Galos sobre los atrincheramientos dominados por este lado por las alturas inmediatas. Llenaron los fosos y arrojaron del *agger* á los Romanos. Enviado entonces Labieno por César, reunió precipitadamente las cohortes que halló á su paso, y se arrojó con cuatro legiones contra el enemigo. Empeñóse una lucha desesperada cuerpo á cuerpo y á la vista de César, que acudió en persona en el momento más crítico: despues se precipitaron detrás de él sus caballeros, cogieron por la espalda á los Galos que retrocedian en completa derrota, terminando de este modo la jornada. La victoria habia sido grande y decidido de la suerte de Alesia y de toda la nacion. El ejército auxiliar se desalentó por completo y se dispersó inmediatamente, volviendo cada cual á su tribu. Vercingetorix hubiera podido huir y salvarse por este medio supremo: pero prefirió declarar en pleno Consejo que, no habiendo podido destruir la dominación-extranjera, estaba dispuesto á entregarse él solo como víctima designada, é intentar atraer sobre su cabeza el rayo que amenazaba á todo su pueblo. Hizolo como lo habia dicho. Los oficiales Galos dejaron que se dirigiese hácia el campamento del enemigo del país, al general solemnemente elegido por la nacion, al héroe que corria á una muerte cierta. Montado en su caballo, y adornado con su brillante armadura, apareció el rey Arverno ante

el tribunal del procónsul; se apeó, entregó su caballo, dejó sus armas y se sentó en silencio á los piés de César, en las gradas (año 702). Cinco años más tarde era llevado en triunfo por las calles de Roma: despues, citado como «traidor al pueblo romano» cuando el vencedor subia al capitolio á dar gracias á los dioses, rodaba su cabeza delante del futuro monarca. Como en la tarde de los dias sombríos suele aparecer un rayo de sol á través de las nubes, así la fortuna suele dar un grande hombre á los pueblos próximos á perecer. En los últimos momentos de la historia de los Fenicios, fué cuando apareció Anníbal y Vercingetorix en la última hora de la Galia. No les fué dado á uno ni á otro arrancar su patria á la conquista extranjera; pero ambos le evitaron la vergüenza de haber muerto sin gloria. A semejanza del gran cartaginés, no tuvo Vercingetorix que combatir solo al enemigo nacional, sino que se levantó tambien contra él la oposicion anti-nacional de los egoistas y de los cobardes, plaga que acompaña siempre á la decadencia de las civilizaciones: tambien él tiene asegurado un puesto en la historia, no tanto por sus sitios y batallas, cuanto por lo que hizo, dando en su persona un centro y un apoyo á toda una nacion hasta entónces dividida y enervada por el aislamiento de sus pueblos. Y sin embargo, ¿en dónde hallar un contraste más marcado que entre la calma meditada del general de los comerciantes fenicios, avanzando durante cincuenta años, con la vista fija en su objeto, prosiguiendo sus designios con la más invariable energía, y el audaz valor del príncipe de los Celtas, cuyas hazañas y generoso sacrificio no duraron más que un estío? La demasiada caballeridad sienta mal al hombre, sobre todo al hombre de Estado. Hubo caballeridad, pero no heroismo en el rey Arverno, al desdenar huir de Alisa, cuando toda la nacion aún creia

en él, y cuando éste valia para ella más que 100.000 buenos soldados. Fué el caballero, no el héroe, el que se entregó como víctima, cuando el sacrificio era estéril, cuando, aceptando la nacion su deshonor, inconsecuente y cobarde en el momento en que arrojaba su último aliento, calificaba de alta traicion hácia sus tiranos aquel terrible duelo á muerte, cuyas consecuencias han influido en los destinos del mundo. Muy diferente fué el papel de Annibal bajo la influencia de estos mismos [infortunios. Ni como hombre ni como historiador, puedo separarme sin emocion de esta noble figura del rey Arverno; éste es como el rasgo característico de la nacion celta: su hombre más grande no fué más que un valiente.

Ultimos combates. Lucha en el país de los Biturigos, de los Carnutos y los Bellovacos.—La caída de Alesia, y la capitulacion del ejército encerrado al pié de sus muros, dieron un golpe terrible á la insurreccion; pero la nacion habia ya sufrido otras veces golpes no ménos graves, y habia vuelto sin embargo á comenzar de nuevo el combate. La pérdida irreparable era la de Vercingetorix, pues con él habia nacido y con él sucumbia la unidad nacional. La insurreccion no intentó siquiera continuar la lucha en grande escala, y no eligió otros capitanes. Disolvióse la liga de los patriotas, y cada tribu peleó ó hizo la paz por separado con los Romanos. En todas partes se suspiraba despues del reposo. César por su parte, comprendió que importaba acabar á la mayor brevedad. De los diez años de su mando, habian trascurrido siete, y ya sus adversarios políticos le disputaban en Roma el último año de su pro-consulado, no pudiendo contar por consiguiente nada más que dos campañas. Si tenia interés y hacia cuestion de honor el entregar á su sucesor en un estado de órden y de paz

los países nuevamente conquistados, le quedaba muy poco tiempo para conseguir sus fines. En tales circunstancias, la indulgencia era para él una necesidad lo mismo que lo era para los vencidos: debió además á su buena estrella el ver que los Galos, siempre dispuestos á dividirse, y de un carácter veleidoso, le evitaban la mitad del camino. En los dos cantones más grandes del centro, en ellos Eduos y los Arvernos, existia todavía un numeroso partido romano: aquí, desde el dia siguiente á la capitulacion de Alesia, restableció las cosas absolutamente bajo el mismo pié que estaban ántes respecto de Roma: dió libertad sin rescate á sus cautivos que no bajaban de 20.000. En cuanto á los de las otras tribus, los entregó á sus legionarios victoriosos, y sufrieron la más dura esclavitud. Lo mismo que los Eduos y los Arvernos, se sometieron á su suerte casi todos los demás pueblos Galos, y dejaron que se cumpliesen las inevitables sentencias del pro-cónsul, sin oponer la más leve resistencia. Sin embargo, hubo muchos que, en su loca temeridad ó en su sombría desesperacion, se aferraron á una causa ya perdida, hasta el dia en que los soldados ejecutores de la venganza romana aparecieron en sus fronteras: de este modo fué como, durante el invierno del año 702 á 703, visitaron á los Biturigos y á los Carnutos algunas expediciones de legionarios. Mayor fué la resistencia que hicieron los Bellovacos, que, en el año precedente, se habian negado á ir en socorro de Alesia. ¿Es que quisieron mostrar que, en aquella jornada decisiva, no era el valor ni el amor á la libertad lo que les habia faltado? Tomaron parte en esta lucha local los Atrebatas, los Ambianos, los Caletas y otros muchos pueblos Belgas: *Commio* (*Commius*), el valeroso rey de los Atrebatas, á quien los Romanos perdonaban su defeccion ménos que á ningun otro, y de

quien poco ántes habia intentado Labieno dehacerse por un pérfido asesinato, llevó á los Bellovacos 500 cobaleros germanos estimados en gran manera despues de la reciente campaña. El jefe de los Bellovacos era Correo (*Correus*) guerrero dotado de talento y osadia. Encargósele la direccion suprema de la guerra; y, siguiendo el plan de Vercingetorix, peleó con buen éxito. César reunió contra él la mayor parte de su ejército. sin poder obligarle á comprometer su infantería, y sin poder impedirle que ocupase frente á las legiones posiciones defensivas inexpugnables. Durante este tiempo, la caballería de los Bellovacos y particularmente los auxiliares germanos de Commio sostuvieron algunos felices encuentros, é hicieron experimentar á los Romanos pérdidas sensibles. Sin embargo, habiendo muerto Correo un dia en una escaramuza contra los forrageadores de César, concluyó toda resistencia, é imponiendo el vencedor condiciones moderadas, se sometieron los Bellovacos, así como tambien sus confederados. Los Treverinos fueron reducidos á su vez á la obediencia por Labieno: en sus marchas y contramarchas atravesó y taló de nuevo el ejército romano el país de los Eburones. condenados por segunda vez. Tal fué el resultado de los últimos esfuerzos de la liga de los Belgas.

Combates en el Loira.—Entre tanto intentaron algunos cantones marítimos con sus vecinos de las orillas del Loira, rechazar el yugo de los Romanos. Reuniéronse en el bajo Loira las bandas insurrectas de los *Andos*, Carnutos y otros pueblos circunvecinos, y fueron á sitiar en *Lemonum* (*Poitiers*.) al jefe de los *Pictones*, que era adicto á los Romanos. Pero no tardaron éstos en llegar con algunas fuerzas: los insurrectos levantaron entónces el sitio, y quisieron poner el rio entre ellos y el euemigo; más, alcanzados en el camino, fueron der-

rotados; y los Carnutos, así como las demás tribus insurrectas, verificaron su sumision.

En ninguna parte encontraron ya los Romanos una formal resistencia, y apenas si alguna que otra partida aparece acá ó acullá atreviéndose á levantar la bandera de la insurreccion.

Sitio de Uxelodunum.—El valiente Drapeto (*Drapetes*) y *Lucter*, el fiel compañero de armas de Vercingetorix, despues de disueltas las bandas reunidas en el Loira, se habian puesto al frente de los pocos hombres atrevidos que áun quedaban. Serviales de abrigo la fuerte plaza de Uxelodunum (sobre el Lot), especie de nido de águila en lo alto de una montaña. Luchando constantemente, y á fuerza de derramar sangre, habian conseguido aprovisionarse. Pero habiendo caido prisionero uno de ellos, Drapeto, no pudo el otro volver á entrar en la fortaleza y desapareció, siendo despues hecho prisionero en el país de los Arvernos, y entregado á César que mandó que lo decapitasen. Los sitiados se defendieron sin embargo, hasta el último extremo. En cuanto llegó César, dió orden para construir una larga galeria y cortar las aguas de la única fuente de que disponia la guarnicion, cayendo así en manos del vencedor la última ciudadela de la nacion de los Galos. A fin de que sirvieran de ejemplo á todos, entregó el Romano al verdugo los mártires de la causa de la libertad: cortáronles las manos, y los mandaron á su país mutilados de este modo. El rey Commió sostuvo todavía la lucha con sus Atrebates, y durante todo el invierno del año 703 á 704, haciendo frente á los Romanos en muchos puntos: pero importaba mucho á César concluir con la guerra de las Galias, y le ofreció la paz. Desconfiando con razon, y el rey de los Galos, se negó á venir á buscarla en persona al campamento romano. Probablemente debió el

pro-cónsul obrar del mismo modo respecto de los países del Noroeste y del Noreste: era difícil el acceso á éstos y convenia contentarse con una sumision nominal ó con una simple tregua de hecho (1).

Sumision de la Galia.—Así pues, la Galia, ó [si se quiere, la region aquende el Rhin y al Norte de los Pirineos, habia quedado sujeta á Roma despues de una guerra de ocho años. Apénas si trascurrirá uno sin que comience la guerra civil en Italia. Entónces volverán á pasar los Alpes las legiones romanas, sin dejar entre los Celtas nada más que algunos insignificantes destacamentos compuestos muchos de ellos de reclutas. Los Celtas, sin embargo, no se sublevaron contra la dominacion extranjera; y miéntras que César tuvo enemigos que combatir en todas las antiguas provincias, sólo la region sometida la víspera continuó obediente á su vencedor. Durante esta época decisiva, no renovaron tampoco los Germanos sus tentativas de conquista y de inmigracion con residencia fija sobre la orilla izquierda del Rhin. De modo que, cuando llega la gran crisis de la República, á pesar de una ocasion tan favorable, no hubo ni insurreccion nacional en las Galias, ni invasion por parte de los Trans-rhenanos. Si por acaso sobrevino alguna explosion local, como la del año 708 entre los Bellovacos, el movimiento quedó aislado, sin ningun lazo con los trastornos interiores de Italia, y los lugartenientes de Roma los sofocaron fácilmente. Tal estado de paz, semejante al que hubo en España durante siglos, se obtuvo sin [duda á costa de grandes concesiones: en

(1) Como puede suponerse los comentarios no dicen esto claramente; pero Salustio, por más cesariano que sea, lo confiesa implícitamente (*Frag. Hist.*, 1, 9: «omnis Gallia eis Rhenum atque inter mare nostrum et Oceanum..... indomita»). Las monedas nos dan de ello una prueba más que suficiente.

las regiones lejanas y en las que se mantenía más vivo el espíritu nacional, como en Bretaña, en las orillas del Escalda, y al pié de los Piríneos, dejó Roma provisionalmente á los pueblos esquivar más ó menos completamente la supremacía real de la República. Sea como quiera, el edificio de las conquistas de César permaneció en pié; y teniendo tiempo escaso y necesitándolo para otros trabajos más urgentes, no había podido dejar bien acabada su obra; pero ésta se mantuvo durante la prueba suprema, tanto respecto de los Germanos rechazados por él, cuanto de los Galos por él dominados.

Su organizacion. Los impuestos.—Digamos dos palabras sobre la organizacion del país. En el primer momento, todos los territorios conquistados por el pro-cónsul de la Galia Narbonense permanecieron unidos á la antigua provincia: mas cuando concluyeron las funciones de César (año 710), se dividió la Galia cesariana en dos provincias nuevas, llamadas *Galia propria* y *Galia Belga*. No hay que decir que las diversas tribus perdieron su independencia política y quedaron sujetas al impuesto de la República romana. El sistema aplicado no podía ser naturalmente el régimen asiático, herigido solo en provecho de la aristocracia de sangre ó del dinero; sino que cada tribu ó cada ciudad pagaba, lo mismo que en España, una suma anual invariable, quedando en libertad para repartirla y recaudarla. El impuesto produjo 40 millones de sestercios anuales, que pasaron de la Galia á las cajas del fisco romano. Roma tomaba en cambio á su cargo la defensa de la frontera del Rin. Inútil es enumerar los inmensos tesoros acumulados ántes en los templos de los dioses y en las cajas de los nobles de la Galia, y que, despues de la guerra, tomaron tambien el camino de Roma. Cuando se ve á César distribuyendo su «oro galo» por todo el imperio, y

lanzando al mercado tal cantidad que le hizo bajar en su relacion con la plata un 25 por 100, puede formarse una idea de las inmensas riquezas que arrebató la guerra al pueblo subyugado.

Consérvese la organizacion interior.—Las instituciones generales de las diversas tribus, ya fuesen monarquías hereditarias, ó soberanías semi-oligárquicas, subsistieron en realidad despues de la conquista, lo mismo que habian sido ántes. Quedó en pié el sistema de las clientelas que colocaba á ciertos cantones bajo la dependencia de otros más poderosos, aunque decapitado, por decirlo así, á consecuencia de la perdida de su independencia política. Manteniendo César aquel estado de cosas, quiso en un principio sacar partido, en interés de Roma, de las cuestiones dinásticas y feudales y de las aspiraciones á la heguemonía que dividian los pueblos de la Galia, y cuidó de poner en todas partes el poder en manos de los hombres afectos á la nueva dominacion. No se perdonó medio alguno para crear en la Galia un partido romano: á los que á él se afiliaban, prodigábanseles las recompensas en dinero ó en tierras procedentes de las confiscaciones: la influencia del pro-cónsul les abria la entrada en la asamblea y los colocaba en las primeras dignidades. A los Remos, los Lingones, los Eduos y á las demás tribus en donde predominaba la faccion romana, se les otorgaron las más amplias franquicias constitucionales, bajo el nombre de «derecho de alianza (*jus fœderis*), que llevaban además consigo los privilegios de la heguemonía sobre los pueblos vecinos. Respecto del culto y de los sacerdotes nacionales parece que César les guardó en un principio las mayores consideraciones que le fueron posibles. No se encuentra bajo su pro-consulado huella alguna de las medidas tomadas despues por los emperadores contra los

Druidas. No hay nada en la guerra de las Galias que se parezca á una guerra de religion, como la que se hará un dia en la Bretaña.

Pero áun usando de indulgencia con el vencido, áun respetando sus instituciones nacionales políticas y religiosas en cuanto eran compatibles con la soberanía de la República, no renunciaba César al pensamiento fundamental de la conquista, á la introduccion de la civilizacion romana en las Galias, sino que quiso implantarla por la persuasion y por la dulzura. No contento con dejar obrar en el Norte á los poderosos elementos, á los que se debia ya la transformacion casi total de la antigua provincia del Sur, como verdadero hombre de Estado, puso personalmente manos á la obra, y, provocando un movimiento elevado, se aplicó á hacer la trasformacion lo más pronto y ménos difícil que fuese posible. Sin hablar ahora de los Galos notables admitidos en gran número en las filas del Senado, creo además que fué César el que sustituyó en el interior de las tribus el latin al idioma celtico, á título de lengua oficial, y con ciertas restricciones. Tambien fué él quien sustituyó la moneda nacional por la moneda romana, acuñando con este objeto oro y *díneros* de plata pertenecientes en adelante á los magistrados de la República, dejando la moneda fracionaria á los diversos pueblos, con curso legal sólo en los límites de sus fronteras; pero conformándose á la base y el título usados en Roma. Es verdad, que causaba risa oír el grotesco latin que valbuceaban los habitantes del Sena y del Loira segun nos lo muestran algunas monedas; pero estaba reservado á esta gerga plagada de barbarismos un porvenir más grande que á la correcta lengua de la capital.

Quizá fué la Galia deudora tambien á César de ese sistema de instituciones cantonales que llegará á pare-

cerse un día á las ciudades itálicas, y en donde se manifestará, mejor sin duda que en los tiempos célticos primitivos, la preeminencia de las capitales y de sus asambleas locales. ¿Quién podía, en efecto, comprender mejor que el heredero de Cayo Graco y de Mario, cuán de desear hubiera sido asentar la nueva dominacion de Roma y la civilizacion latina de las Galias, así bajo el punto de vista político como del militar, sobre el sólido fundamento de las colonias procedentes del otro lado de los Alpes? Estableció en Noviodunum una seccion de aquellos caballeros Galos y Germanos: habia establecido tambien á los Boios en el territorio de los Eduos; y ya hemos visto que en la campaña contra Vercingetorix, le hicieron los Boios todos los servicios que hubiera podido exigir á una colonia romana. Si no fué más léjos en este camino, es por que, para llevar á feliz término sus vastos proyectos, no le era permitido quitar á sus soldados la espada para que empuñasen la mancera. Ya diremos oportunamente lo que hizo en este sentido en la antigua provincia, y tengo para mí que solo le faltó el tiempo, sin lo cual hubiese hecho lo mismo en los países nuevamente conquistados.

Fin de la nacionalidad de los Galos.—Sea como quiera, el hecho es que estaba próxima á desaparecer la nacionalidad de los Galos. Por manos de César habia sido aniquilada políticamente, y habia comenzado su aniquilamiento nacional, que progresaba á pasos regulares. No fué esta gran catástrofe producto de la casualidad. Si muchas veces la prepara respecto de los pueblos susceptibles de una gran cultura, aquí, hay que confesarlo, se produjo por la propia falta de los Galos. Su ruina era, en cierto modo, históricamente necesaria, como lo prueba esta última guerra, ya se estudie su marcha en su conjunto ó en sus detalles. En el momento en que comenza-

ba la dominacion extranjera, no se encontró una resistencia enérgica, sino entre algunas tribus aisladas, y éstas germanas ó medio germanas en su mayor parte. Si despues de fundada la dominacion extranjera, se intentó sacudir el yugo, ó la empresa fué completamente insensata, ó era obra de algun hombre de casta noble, que terminaba muy pronto con la muerte ó el cautiverio de un Inductiomar, de un Camulogeres, de un Vercingetorix ó de un Correo. La guerra de los sitios y de partidas, esa lucha suprema y popular en donde se afirma el sentimiento profundo de la nacionalidad, como había tenido tristes principios, conservó hasta el fin este mismo carácter lamentable entre los Galos. A cada hoja que se vuelve en el libro de su historia, se ve confirmada la expresion de uno de esos hombres, raros en los pueblos, que supieron no despreciar ciegamente aquellos á quienes se les daba con cierta complacencia el nombre de Bárbaros: «dos Galos, dice, provocan animosos los peligros futuros; pero se acobardan [ante los presentes.» En el irresistible torbellino de la Historia, que destroza y devora sin compasion las naciones, cuando no tienen la dureza del acero y su elasticidad, ¿cómo habian de poder resistirse mucho tiempo los Galos? Los Celtas continentales sufrieron, por justodecreto de Dios, frente á los Romanos, la misma suerte reservada hasta nuestros dias á sus hermanos de la isla de Irlanda, en su contacto con los *Sajones*: absorbidos en el seno de un pueblo políticamente superior, recibieron de él la levadura de su futuro progreso. En el momento en que nos separamos de este pueblo notable, cuando ponemos de relieve las líneas del boceto que nos han legado los antiguos respecto de los Celtas del Sena y del Loira, ¿no puede afirmarse con verdad que está completamente representado en la figura del *Paddy*, del Irlandés?

Los Galos tenían, como aquéllos, horror al trabajo de los campos: eran muy inclinados á la taberna y á las pendencias, y todo se volvía en ellos vanidad y jactancia. No hay más que recordar la historia de la espada de César que los Arvernos habían colocado en uno de sus templos despues de la batalla de Gergovia. Al verla allí un día el gran capitán, no hizo más que reirse y mandó que nadie la tocara. Como el Paddy, tenía el Galo palabra redundante en metáforas é hipérboles, siendo aficionado á las alusiones y á los rodeos. De su humor voluble nacían costumbres singulares. Testigo ésta: si un alborotador interrumpía en público al orador, se le propinaba, como medida de policía, un tremendo latigazo en las espaldas, y salía de allí con una gran bronchera en su túnica. Poseían el don de la poesía y de la elocuencia: gustábalos en extremo referir las hazañas legendarias de los antiguos tiempos: curiosos ante todo, no dejaban retirarse al mercader extranjero, hasta que no contaba, en medio de la calle, todas las nuevas que sabía y las que no sabía también. Eran crédulos y papanatas hasta el punto de que, aún en las tribus mejor gobernadas, se prohibía al viajero, bajo severas penas, comunicar á otros antes que á los magistrados locales sus narraciones aún no comprobadas. Eran piadosos como el niño que vé en el sacerdote un padre, y le pide consejo en todo: alimentando en su corazón juntamente con todas estas cosas el sentimiento inextinguible de la nacionalidad entre compatriotas y en el extranjero; considerándose como miembros de una sólo y misma familia; siempre dispuestos á levantarse en partidas á la voz del primer jefe de nombre ilustre que llegaba; absolutamente incapaces por otra parte de abrigar el valor sólido, que no conoce la temeridad ni la debilidad, no sabían ni esperar la hora propicia ni aprovechar la ocasión. Tales eran

los Galos del siglo de César: no tenían ni poderosa organización militar, ni disciplina política: no pudieron alcanzarla ni hubieran podido tampoco soportarla. En todos los tiempos y lugares, los vereis siempre los mismos, políticos, movedizos como la arena, veleidosos de sentimiento profundo, ávidos de novedades y crédulos, amables é inteligentes, pero desprovistos de génio político: sus destinos no variaron jamás: tales como fueron en los tiempos primitivos, así son en nuestros días.

Principios de su romanización.—No se crea, sin embargo, que la caída de esta poderosa nación bajo los golpes de la espada de César, no fué el principal resultado de su gigantesca empresa. César ha fundado más bien que destruido. Si con su sombra de gobierno hubiera podido durar el Senado todavía algunas generaciones, ¿quién puede dudar que se hubiera adelantado cuatro siglos la irrupción de los pueblos bárbaros? Hubiera adelantado su hora, cuando la civilización italiana aún no había echado raíces en las Galias ni sobre el Danubio, en Africa ni en España. Sólo fué dado al capitán y hombre de Estado más grande que produjo Roma el reconocer claramente en los pueblos germanos, los enemigos natos y los iguales de los pueblos del mundo greco-romano. Inventa inmediatamente y construye con su mano poderosa todo el aparato de una defensiva nueva en el interior: cubre las fronteras con líneas de ríos y atrincheramientos artificiales: desde estas mismas fronteras practica la colonización de las tribus bárbaras vecinas, centinelas avanzados contra las tribus más lejanas; enseña al ejército romano á reclutarse por medio de alistamientos en países extranjeros, y asegura á la civilización grego-latina el respiro que necesita para terminar la conquista del Occidente, como había ya conquistado el Oriente. Los hombres ordinarios ven surgir

el fruto de sus actos: mientras que á las emilla arrojada por el hombre de génio, germinó sólo á la larga. Fueron necesarios algunos siglos para llegar á comprender que no era una obra efímera la fundacion del imperio de Oriente por Alejandro, y que el gran Macedonio habia en realidad implantado el helenismo em el fondo de Asia: fueron necesarios muchos siglos para ver que, como conquistador de las Galias, no habia César agregado solamente una provincia al imperio de Roma, sino que habia fundado la latinidad en Occidente. Sólo la posteridad ha podido apreciar tambien la trascendencia de sus expediciones militares á Alemania é Inglaterra, emprendidas, al parecer, con ligereza y sin resultado inmediato, pues abrieron á los Greco-romanos un inmenso campo de naciones, cuya existencia y estado sólo habian podido revelar el mercader y el navegante, mezclando en su relato un poco de verdad con una gran dosis de ficcion: «Todos los dias, exclama un Romano (en Mayo del año 688), nos revelan las cartas y los correos procedentes de la Galia, nombres de pueblos, de cantones y de paises desconocidos hasta ahora.» Las guerras transalpinas de César han extendido mucho el horizonte de la historia, y constituyen uno de esos grandes hechos universales, iguales en importancia al reconocimiento de América, verificado por algunos soldados españoles. En adelante van á entrar en el circulo de los Estados Mediterráneos, todos los pueblos de la Europa Central y Septentrional, los ribereños del mar Báltico y del mar del Norte: únese al viejo mundo otro mundo nuevo, que vivirá su vida y reobrará sobre él. Poco faltó para que Ariovisto realizase en el año 683 lo que la fortuna reservó al *Godó Teodorico*. Si hubiera vencido Ariovisto, pregunto yo, ¿qué hubiera sido nuestra civilizacion moderna? ¿A dónde habria ido á parar, siendo completa-

mente extraño á la cultura greco-romana, casi como el Indio ó la Siria? Si la Hólada y la Italia han echado un puente que enlaza las magnificencias de su pasado con las soberbias construcciones del nuevo mundo histórico; si la Europa Occidental lleva grabado el sello de Roma; si la Europa germánica viste clásica librea, si los nombres de Temístocles y de Escipion resuenan en nuestro oído de un modo muy diferente que los de *Asoka* y *Samanasar*, si Homero y Sófocles florecen en nuestro jardín poético, mientras que los *Vedas* y los libros de *Kalidasa*, sólo llaman la atención de los curiosos y aficionados á la botánica literaria, á César y sólo á César es á quien lo debemos. Y mientras que en Oriente desapareció casi por completo, bajo las grandes revoluciones y trastornos de la Edad Media, la obra creada por su gran precursor, el edificio cesariano ha desafiado y vencido la corriente de los siglos. La Religión y los Estados han cambiado entre las razas humanas: hasta la civilización ha variado de centro: pero el edificio del gran pro-cónsul permanece todavía en pié; y tiene, como suele decirse, el don de la eternidad.

Las regiones Danubianas.—El cuadro de las relaciones de Roma en este siglo con las poblaciones del Norte no sería completo si no volviéramos nuestras miradas hácia los países que se extienden desde las fuentes del Rin hasta el mar Negro, al otro lado de las fronteras septentrionales de Italia y de la península griega. Es en realidad imposible que la antorcha de la Historia ilumine el inmenso torbellino de pueblos que allí se estaban formando; y si penetran en él algunos resplandores como una débil llamarada en la profunda oscuridad de la noche, parece que contribuye á aumentar las tinieblas en vez de desterrarlos. Es, sin embargo, un deber del historiador el mostrar por lo ménos los vacíos del libro de los

anales de las naciones. Despues de haber expuesto el vasto y poderoso sistema defensivo inaugurado por César, no se desdeñará en narrar en algunas líneas los esfuerzos hechos en estas regiones por algunos senadores generosos, con el fin de proteger las fronteras del imperio.

Los pueblos Alpestres.—La Italia del Norte habia quedado expuesta, como en otro tiempo, á las incursiones de los pueblos alpestres. En el año 695, vemos un gran ejército romano estacionado en Aquilea. Concedióse el triunfo á *Lucio Afranio* procónsul de la Galia Cisalpina, de donde puede concluirse que acababa de verificarse una expedicion á la gran cadena: poco tiempo despues entraron los Romanos en relaciones constantes con el rey de los *Noricos*. Sin embargo, no por esto habia mejorado la seguridad de Italia, como lo prueba el saqueo de la floreciente ciudad de *Tergeste (Trieste)*, por los bárbaros de los Alpes, en el año 702, en el momento mismo en que la insurreccion transalpina habia obligado á César á desguarneóer de tropas toda la alta Italia.

Iliria.—En cuanto á los inquietos pueblos escalonados á lo largo de las costas ilirias, daban constantemente ocupacion á sus señores los Romanos. Los Dálmatas, la tribu más considerable de estas regiones acababa de aumentar su confederacion mediante la anexion de sus vecinos, hasta el punto de contar ahora ochenta ciudades, en vez de veinte que ántes poseia. Habian arrebatado á los *Liburnios* la ciudad de *Promona* (no léjos de *Karhá*), la cual se negaron á restituir; y de aquí una cuestion con los Romanos. César envio contra ellos las milicias locales; pero las batieron, y la explosion de la guerra civil impidió castigarlos. Esto explica, en parte, la razon por qué durante la gran lucha entre César y Pom-

peyo, halló este último en Dalmacia un seguro punto de apoyo: los habitantes se mantuvieron en constante inteligencia con los pompeyanos, y opusieron una enérgica resistencia á los lugar-tenientes de su adversario.

Macedonia.—Macedonia con Epiro y la Península helénica, ofrecia al expectador un cuadro de desolacion y ruina más grande que la de ninguna otra provincia del imperio: en Dirrachium, Tesalónica y Vizancio, se encontraba todavía algun movimiento comercial: Atenas conservaba su nombre y sus escuelas de filosofía, que atraian la corriente de los viajeros: pero en los demás puntos de Grecia; en aquellas ciudades tan populosas en otro tiempo, y en aquellos puertos en donde se agitaban las muchedumbres, reinaba en la actualidad el silencio de la tumba. Pero, miéntras que los Griegos habian cesado ya de moverse, en las inaccesibles montañas de Macedonia continuaban su antigua tradicion de guerras intestinas y de *razzias* en el país vecino. Por el año 697 á 698, saquearon los *Agreos* y los *Dolopes* las ciudades etolias; en el año 700, devastaron los *Pirustas* del valle del *Drina* la Iliria merional. No era mejor la actitud de los pueblos locales. Los Dardanos en la frontera del Norte y los Tracios en la del Este, se habian por fin sometido á la dominacion de la República, despues de ocho años de incesantes combates (de 676 á 683). El más poderoso príncipe tracio, el señor del antiguo reino de Cotys habia entrado tambien bajo la clientela romana. Sin embargo, el país pacificado continuó sufriendo, lo mismo que antes, las incursiones procedentes del Norte y del Este. El pro-cónsul *Cayo Antonio* se vió un dia muy apurado por los Dardanos y por otras tribus inmediatas, que, llamando en su ayuda á los terribles bastarnas de la orilla izquierda del Danuvio le hicieron sufrir una gran derrota en Istrópolis

(*Isterea*). Más dichoso fué Cayo Octavio contra los Besos y los Tracios, en 694; pero llegó *Marco Pison*, y los asuntos fueron de mal en peor, de lo cual no hay que admirarse; amigos ó enemigos, todos compraban á fuerza de dinero el derecho de hacer su santa voluntad. Siendo él cónsul, saquearon por todas partes la Macedonia los *Denteletas* de Tracia (sobre el *Estrimon*); y colocaron sus avanzadas hasta en la gran vía romana que iba de Dirrachium á Tesalónica, y en esta última ciudad, se esperaba un ataque á cada momento, miéntras que el flamante ejército romano acantonado en la provincia parecía estar allí solo para asistir inmóvil á las devastaciones que los montañeses y los pueblos vecinos verificaban en el país de los pacientes súbditos de Roma.

— *El nuevo reino de los Dacios*.—Por más que semejantes hostilidades no fueran un peligro para el poder de la República, eran sin embargo una vergüenza. Pero hé aquí que, en este mismo tiempo, comenzó un pueblo á tomar asiento y á organizarse en Estado en las inmensas estepas de la Dacia al otro lado del Danubio, pueblo que parece llamado á desempeñar en la historia un papel muy diferente al de los Besos y los Denteletas. En tiempos lejanos, habia salido un dia al encuentro del rey, entre los *Getas* ó *Dacios*, un santo hombre llamado Zamolxis. En sus largos viajes en el extranjero, habia aprendido á conocer los caminos de los dioses y sus milagros.

Poseia á fondo la sabiduría de los sacerdotes egipcios, y los secretos de los discípulos griegos de Pitágoras, y volvía á su país natal para concluir allí sus días, como piadoso solitario en una caberna de la «montaña sagrada.»

Solo comunicaban con él el rey y los oficiales, re-

cibiendo de su boca, en todas las ocasiones importantes, los oráculos y sus consejos útiles al pueblo. De simple servidor del Dios supremo, pasa muy pronto á ser el mismo Dios, como sucedió á *Moises* y á *Aaron*, á quienes el señor de los Judíos había designado, á Aaron para ser el «profeta.» y á Moises para ser «el Dios del profeta» (1).

Aquí tuvo su origen una institucion durable; y á partir de esta fecha, todo rey de los Getas tuvo á su lado un *hombre-Dios*, que hablaba y revelaba al príncipe las órdenes que éste trasmitia al pueblo. Institucion singular, en donde la idea teocrática se puso al servicio del poder absoluto del rey. Los príncipes getas hicieron respecto de sus súbditos el papel que los Kalifas entre en los Arbes. En la época que vamos historiando, verificaba la nacion de los Dacios una admirable evolucion religiosa y política, guiada por su rey *Berebistas* y por su Dios de *Keneos*. Degradados ántes por el vicio brutal de la embriaguez, sin ideas morales ni políticas, se transformaren de repente estos Bárbaros, á impulso de un nuevo evangelio de templaça y de valor, y al frente de estas bandas *puritanas*, si se me permite la expresion, tan disciplinadas como entusiastas, habia fundado Berebistas, en pocos años, un poderoso imperio, que ocupaba ámbas orillas del Danubio, y penetraba por el Sur hasta el país de los Tracios, de los Ilirios y de los Noricos. Aun no habia chocado contra los Romanos, y nadie podia decir lo que sucederia con este singular Estado, cuyos principios recuerdan los primeros tiempos del *Islam*. Lo que podia por lo ménos afirmarse, es que para luchar con los dioses Getas se necesitaban otros hombres que los pro-consules Antonio y Pison.

CAPITULO VIII,

REGENCIA DE POMPEYO Y DE CÉSAR.—Pompeyo y César como regentes.—Pompeyo en Roma. La anarquía. Los Anarquistas. Clodio.—Malquistase Pompeyo con Clodio.—Pompeyo frente al vencedor de las Galias.—La oposicion republicana en el público. Tentativas de los regentes para poner remedio en esto. Vuelve el Senado á adquirir su influencia.—Solicita Pompeyo un nuevo mando. La cuestion de los cereales Expedicion á Egipto.—Tentativa de restauracion aristocrática. Ataque contra las leyes Julias.—Conferencia de los Triumviros en Luca.—Miras de César.—Sumision de la aristocracia.—Establecimiento del nuevo régimen monárquico.—El Senado ante la monarquía. Ciceron y la mayoría.—Caton y la mayoría.—La oposicion persiste en las elecciones y en los tribunales.—La oposicion en la literature.—Nuevas medidas de excepciones. Milon.—Asesinato de Clodio.—Anarquía.—Pompeyo dictador.—Cambios en el orden de las magistraturas y en los jurados.—Humillacion de los republicanos.

Pompeyo y César como regentes.—Al dia siguiente del consulado de César, ocupaba indudablemente Pompeyo, segun la opinion pública, el primer lugar entre los jefes demócratas oficialmente reconocidos como dueños de la República, entre los «Triumviros.» A Pompeyo era á quien los Optimates llamaban «su dictador:» en vano se habia prosternado Ciceron en su presencia: sobre él recaian los más acerados sarcasmos de los pasquines pegados por Bibulo en las paredes, y las más envenenadas flechas de los círculos de la oposicion. No podia suceder otra cosa. A juzgar por los hechos ante-

riores, marchaba Pompeyo sin rival á la cabeza de todos los generales del siglo. Respecto de César, orador elocuente y hábil general de partido, no obstante su indisputable talento, léjos de haber adquirido un nombre ilustre como militar, pasaba por un hombre afeminado. Tal era el juicio que de él se tenia tiempo há en la ciudad: no podia esperarse razonablemente que los *populares* importantes llegasen más al fondo de las cosas, y cambiasen repentinamente, ante algunas oscuras hazañas realizadas en las orillas del Tajo, la direccion habitual de sus bajas adulaciones. En apariencia, no desempeñaba César en la coalicion nada más que un papel de ayudante, bueno á lo sumo para llenar, por cuenta del jefe, tales ó cuales misiones confiadas ántes á los Flavios, á los Afranios y á medianias por el estilo, y que abortaban con frecuencia en sus manos. Cuando fué elegido procónsul, no pareció que se hubiese verificado ningun cambio. Tambien Afranio habia obtenido poco ántes el proconsulado de la Cisalpina, sin aumentar por esto su importancia. En estos últimos tiempos, se habian dado con frecuencia muchas provincias á uno solo, y se habian puesto bajo una misma mano más de cuatro legiones. ¿No se habia restablecido la tranquilidad al otro lado de los Alpes? ¿No se habia proclamado á Ario-visto amigo y vecino del pueblo romano? ¿Cómo habia de preverse por esta parte una ruda y pesada guerra? Habia grande analogía entre la situacion creada á César por la ley Vatinia, y la formada ántes á Pompeyo por la Gabinia y Manilia; pero al comparar la situacion de ambos personajes, quedaba la de César muy por bajo de la de Pompeyo.

El mando de éste se habia extendido á casi todo el imperio: César solamente dominaba sobre dos provincias. El uno habia tenido á sus órdenes todos los solda-

dos y todos los fondos del Estado, casi sin reserva; el otro no disponia más que de algunos recursos limitados y de 24.000 hombres. Pompeyo había sido árbitro de fijar la época de su regreso; el *imperium* de César, por largo que fuese el tiempo porque se le había confiado, tenia sin embargo un plazo fatal. Por último, Pompeyo había tenido á su cargo la direccion de las más importantes expediciones por mar y tierra: César había sido enviado al Norte, vigilando á Roma desde la alta Italia, y ayudando á Pompeyo á reinar allí sin obstáculos.

Pompeyo y Roma. La anarquía. Los anárquicos. Clodio.—Sea como quiera, al tomar en Roma el poder de manos de la coalicion, intentaba Pompeyo una empresa muy superior á sus fuerzas. No sabia nada respecto al manejo de los negocios públicos, y para él estaba resumido todo en la palabra y las exterioridades del mando. En Roma se apercibia aún el grueso oleaje resto de las pasadas borrascas y anuncio de las futuras. Gobernar sin fuerza armada una ciudad, comparable, bajo todos aspectos con el París del siglo XIX, era cosa sumamente difícil; y era para Pompeyo ménos posible que para cualquier otro la solucion de tal problema. Llegóse muy pronto al punto de que todos, amigos y enemigos, hiciesen lo que se les antojase. Despues de la partida de César, por más que la coalicion dominase aún sobre las masas, no sucedia lo mismo en las calles de la capital. El mismo Senado no tenia más que un poder nominal, y dejaba, á su vez, marchar las cosas por su propio impulso, que era lo único que podia y debia hacerse, ya sea porque los Triunviros no hubiesen dado sus instrucciones á la fraccion de los Senadores sujetos á sus órdenes, ya porque la oposicion se mantuviese desviada por su indiferencia ó sus convicciones pesimistas, ya, en fin, porque toda la clase noble tuviese plena

conciencia, si es que no la convicción, de su total impotencia. Por el momento, cualquiera que fuese el gobierno, se hubiera buscado en vano en Roma un centro de resistencia, una autoridad efectiva. Se vivía como en tiempos de interregno, entre las ruínas del régimen aristocrático y los crecientes progresos del régimen militar; y si puede con verdad decirse que fué dado un día á la República romana, más bien que á cualquier otra en la antigüedad ó en la historia moderna, reunir en su sistema político los órganos y las instituciones más diversas, moviéndose en su pureza y en su regularidad primitiva, es necesario convenir también en que ofrecía actualmente el cuadro de la desorganización más funesta y de la más terrible anarquía. ¡Extraña concordancia! En el momento en que César trabajaba al otro lado de los Alpes por la inmortalidad, se está representando en Roma, en la escena política, una de las farsas más grotescas y desdichadas de que hace mención la historia. En vez de gobernar, se hacía el enojado y permanecía quedo en un rincón de su casa. El antiguo gobierno senatorial, desposeído en sus tres cuartas partes, permanece también inerte: se dan profundos suspiros lo mismo en los círculos privados que en la Curia. Respecto de los buenos ciudadanos, en cuanto á los amigos del orden y de la libertad, por fatigados que estuviesen de la deplorable marcha de los negocios, esperan sin una persona que les guíe ó les aconseje. Pasivas é inútiles, no ejecutan ningún acto político; se alejan, cuando pueden, de la Sodoma romana. En cuanto á la muchedumbre, no ha gozado jamás mejores días ni más alegres holgorios. Está en todo su apojeó la democracia con su imprescindible cortejo: capas raidas, barbas desaliñadas, largos cabellos flotantes.... Para las ruidosas reuniones cotidianas eran

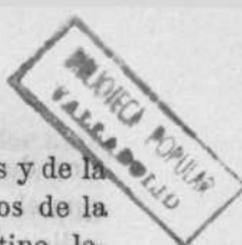
cosa corriente que ejercitasen sus sólidas gargantas los histriones del teatro (1): Griegos y Judíos, emancipados y esclavos, formaban el núcleo de los asistentes y eran los que chillaban con más fuerza en las asambleas públicas; y cuando llegaba el acto de la votacion, eran, entre los votantes, los ménos los que, con arreglo á las leyes y á la constitucion, podian votar. «Dentro de poco, dice Ciceron en una de sus cartas, veremos á nuestros esclavos votar la anulacion de la tasa sobre las emancipaciones. Los verdaderos poderes de aquel tiempo eran las bandas armadas y regimentadas, verdaderos batallones de la anarquía, levantados por capitanes aventureros entre los esclavos gladiadores y los pillos de toda especie. La mayor parte de sus jefes habian militado siempre en las filas de los *populares*; pero despues de la partida de César, que era el único que sabia conducirlos é imponérseles, estaban completamente indisciplinados, y cada agitador obedecia solo á la política de su capricho. Quizá todos estos hombres hubieran luchado todavía preferentemente bajo la bandera de la libertad; pero, en realidad, no eran demócratas ni anti-demócratas, y en su bandera (necesitaban una, cualquiera que ésta fuese) inscribian, unas veces el nombre del pueblo, y otras el del Senado ó el de un jefe de partido. Así pues, Clodio, por ejemplo, habia sido sucesivamente campeón de la democracia soberana, luégo del Senado, y por último de Craso; y sólo variaban los colores con objeto de hacer á sus enemigos personales una guerra á muerte, Clodio á Ciceron, Milon á Clodio; ocultando sus querellas privadas tras el nombre del partido á que se habian afiliado.

(1) A esto es á lo que llama Ciceron *cantorum conventio con-*
liones celebrare (*pro Sest.*, 55).

Intentar hacer la historia de esta algazara política, valdria tanto como querer fijar en notas musicales los gritos y el confuso ruido de una cencerrada. No se encontraría más que relatos de homicidios, asaltos de casas, incendios y otros muchos actos vandálicos, consumados en la capital del mundo. Despues de los silbidos y los gritos, se escupian al rostro, se pisoteaban: despues de las pedradas, se echaba mano á la espada. El protagonista de las turbas callegeras, era aquel *Publio Clodio*, á quién los regentes habian destacado contra Caton y Ciceron (pág. 287). Influyente, dotado de algun talento y de energía, habia llegado á ser jefe en el oficio de faccioso. Abandonado á sus inclinaciones durante su tribunado (696), habia seguido una línea de conducta ultra democrática; habia distribuido la *annona* gratuitamente á los ciudadanos y atacado el antiguo derecho de los censores de poner una nota desfavorable á los ciudadanos de malas costumbres; habia prohibido á los magistrados la *obnuntiatio* y la formalidad religiosa que ataba corto la máquina de los comicios; habia, en fin, destruido las barreras que, levantadas recientemente contra el derecho de asociacion de las clases bajas, impedian la formacion de bandas de botin, y restablecido los *clubs de las encrucijadas* (*collegia compitalicia*) suprimidos á un mismo tiempo, verdadero ejército del proletariado libre ó servil, organizado militarmente en cierto modo en la capital, y distribuido por calles y cuarteles. Fué más léjos áun, pues proyectando una ley cuya mocion pensaba presentar durante su pretura (año 702), quiso dar, al igual de los ingénuos, los derechos políticos á todos los emancipados y á los esclavos en posesion de la libertad de hecho; y si el éxito hubiese coronado tal empresa, hubiera podido vanagloriarse con razon del feliz término de su obra de atrevida

reforma, y cual nuevo numa de las franquicias y de la igualdad civiles, invitar á sus queridos amigos de la plebe á subir en masa al templo nuevo del Palatino, levantado y dedicado por él á la *diosa libertad* sobre el lugar que habia existido un edificio destruido por sus incendios, y celebrar allí el advenimiento y las fiestas del *Millenium* democrático. Estas tendencias radicales no excluian naturalmente el tráfico impudente de los votos de los comicios, y remedando á César hasta el extremo, queria tambien Clodio convertir como aquél, los gobiernos de provincias, en puestos grandes y pequeños para sus compañeros, y vendia á subido precio la soberanía local á los reyes tributarios y á las ciudades sujetas.

Indispónese Pompeyo con Clodio.—Pompeyo presenciaba todo esto sin moverse; pero si éste no comprendia hasta que punto se comprometia, Clodio lo veia perfectamente. En su descaro, osó un dia chocar de frente con el regente de Roma en una cuestion insignificante, por haber dado libertad á un príncipe Armenio cautivo. La cuestion se enconó y tomó proporciones, poniendo de manifiesto la completa derrota del triumviro. El llamado jefe del Estado no pudo hacer, para luchar contra el faccioso, nada más que valerse de las mismas armas, pero sin saber manejarlas con la destreza de éste. Clodio habia buscado la camorra con Pompeyo por la cuestion del príncipe Armenio: Pompeyo se vengó facilitando á Ciceron, que era el hombre á quien más aborrecia Clodio, la vuelta del destierro á donde éste lo habia enviado. Con esto, consiguió convertir su adversario del momento en un irreconciliable enemigo. Puesto á la cabeza de sus bandas, hizo Clodio que no estuviesen seguras las calles, y el ilustré general alistó á su vez los esclavos y los gladiadores. Fácil es preveer que en cues-



tion de motines habia de ser el demagogo más fuerte que el soldado: Pompeyo fué batido en la guerra de las calles; y los esbirros de Clodio tenian casi constantemente bloqueado en su jardin á Cayo Caton. Peripecias extrañas en el drama raro que se estaba representando: vióse al regente y al caballero de industria, ponerse en su ódio mútuo, al lado del gobierno caido y demandar sus favores. Por agradar al Senado es por lo que Pompeyo permitió en parte que se levantase el destierro de Ciceron: Clodio declara á su vez nulas y como no existentes las leyes Julias; invoca á Marco Bíbulo y le exige que confirme solemnemente su inconstitucionalidad. ¿Qué resultado sério podia esperarse de este tumultuoso conflicto de bajas pasiones?

La nulidad de fin, la ridiculez y la vergüenza; hé aquí lo que lo caracteriza. El mismo César, por más que fuese un gran génio, hubiera tenido que aprender á sus espensas, que la panacea democrática estaba ya gastada, y que para llegar al trono no convenia pasar por la demagogia. En el interregno actual entre la República y la monarquía, era desempeñar un pobre papel el adornarse néciamente con el manto y el baston del profeta, ó el traer á la escena cierta parodia desfigurando los grandes pensamientos de Cayo Graco. El pretendido ejército que intentó la renovacion de la agitacion democrática, distaba tanto de ser un partido, que en la hora de la batalla decisiva no se le reservó lugar ninguno. Un error parecido seria el sostener que la anarquía, al ménos, habria podido reobrar sobre las convicciones de los indiferentes y despertar en ellos la aspiracion á entronizar un poder militar estable y fuerte. Recordemos que la mayor parte de los ciudadanos que habian permanecido neutrales, estaban fuera de Roma y no les perjudicaban directamente los alborotos. Además, todos los

hombres cuya opinion hubiera podido retroceder ante semejantes motivos, despues de hecha la prueba de la conspiracion de Catilina, se habian convertido de antemano á la doctrina de la autoridad. Sin embargo, los cobardes políticos temian, ante todo, la terrible crisis, inseparable de la catástrofe final, y sufrían preferentemente la perpétua anarquía de Roma, anarquía que, por lo demás, permanecía en la superficie. Esta no tenia, en efecto, más consecuencias que crear á Pompeyo, cada día más expuesto á los ataques de los Clodianos, una posicion casi insostenible, impeliendole así, de grado ó por fuerza, hácia el camino en que vamos á seguirle.

Pompeyo frente al vencedor de las Galias.—Por poco dispuesto que estuviese el regente á tomar la iniciativa, ya fuese por falta de carácter ó de inteligencia, llegó, sin embargo, un día en que tuvo que salir de su letargo. ¿Qué otra cosa habia de suceder habiendo cambiado completamente las cosas, tanto respecto de Clodio como respecto de César? Los embarazos y las afrentas que le habia causado el primero, habian despertado al fin el ódio y la cólera en su perezosa naturaleza. Pero la alteracion era mucho más seria en lo tocante á César. Mientras que el triumviro que habia permanecido en Roma decaía completamente en el terreno reservado á su actividad, habia sabido el otro sacar del lote de sus atribuciones un partido prodigioso y que superaba á todas las esperanzas y á todos los temores. Sin pedir previamente autorizacion, habia duplicado su ejército por las levás verificadas en la provincia meridional de las Galias, poblada en gran parte de ciudadanos: despues, en vez de limitarse á la custodia de la Italia del Norte y á vigilar á Roma, habia pasado los Alpes, ahogando en su gérmen una nueva invasion cimbérica, y llevado en dos años hasta el Rhin y hasta el canal de Bretaña las

victoriosas armas romanas. Ante semejantes hazañas caía por su base la táctica ordinaria de los aristócratas. No era ya posible ignorarlas ni desvirtuarlas. Este hombre afeminado á quien ántes se desdeñaba, era hoy el Dios del ejército, el héroe famoso coronado por la victoria: sus frescos laureles arrojaban, á la oscuridad las smacchitas hojas de los de Pompeyo; y ya en el año 697, al terminar una gloriosa campaña, le habia concedido el Senado honores públicos, tales como no los habia ordenado jamás, ni aun para el mismo Pompeyo. Al lado de su antiguo ayudante político, ocupaba ya el segundo rango, el rango que César ocupaba al dia siguiente de las leyes Gabinia y Monilia.

César era el héroe del dia: tenia en su mano el más poderoso de los ejércitos romanos. Pompeyo no era ya más que un general de antiguo renombre. Pero aún no podia temerse el conflicto entre el yerno y el suegro, las relaciones eran buenas en apariencia; mas no habia terminado toda alianza política, en el momento en que la balanza de las fuerzas se cargaba hácia una de las partes interesadas? La cuestion con Clodio no era más que un embarazo: la nueva y grande importancia de César era un peligro sério. Al ir al ejército habia César y los suyos tomado precauciones respecto de Pompeyo, y éste se veia á su vez obligado á recurrir á los mismos medios: necesitaba contra César un apoyo militar. Así, pues, saliendo de su nulidad oficial, reclamó á su vez una mision extraordinaria, cualquiera que ésta fuese, en donde pudiera disponer de un poder igual ó superior al del prócónsul de las Galias, y llegar de este modo á colocarse á su nivel si es que no más alto. Su posicion actual y la táctica á que iba á recurrir no era más que repetir punto por punto lo que César habia hecho mientras él guerreaba contra Mitridates. Mas para obtener un mando análogo

go al de pro-cónsul, y llegar á pasar tanto como este adversario más fuerte, aunque alejado por fortuna, necesitaba Pompeyo de la antigua máquina del gobierno. Dos años antes, estaba todo á su disposicion. Los regentes mandaban entónces, así en los comicios, que estaban en manos de los agitadores demagógicos, como en el Senado, á quien habia aterrado la energía de César. Habiéndole dejado en Roma la coalicion á titulo de representante y jefe reconocido, lo hubiese Pompeyo obtenido todo en esta época, así del Senado como del pueblo, aunque hubiesen ido sus mociones contra los intereses de César. Su torpeza respecto de Clodio le habia hecho perder el imperio de las calles, y le era imposible contar en adelante con el asentimiento de los comicios populares. No iban tan mal las cosas para él en el Senado; pero podia dudarse que, habiendo dejado por tanto tiempo flotar las riendas, pudiese fácilmente recobrar sobre la mayoría su antiguo ascendiente, é imponerle que votase lo que convenia á sus proyectos.

La oposicion republicana en el público. Tentativas de los regentes para remediar esto. El Senado recobra su influencia.—Habíase modificado notablemente en este intervalo la situacion del Senado y la de la nobleza. La coalicion del año 694 habia producido sus frutos, por más que aún no estuviesen maduros. El alejamiento de Caton, el destierro de Ciceron, que, con su infalible tacto, atribuia la opinion pública á sus verdaderos autores, por más cuidado que pusiesen los Triumviros en aparecer extraños á él y hasta mostrarse compungidos, el matrimonio de César con la hija de Pompeyo, y otros muchos sucesos tienen una significacion triste pero evidente, la aparicion de la monarquía con sus órdenes de destierro y sus alianzas de familia. En cuanto al público, por más que estuviese alejado de los sucesos, veia

tambien con inquietud, fijar los jalones que conducian al futuro régimen. Desde el dia en que se vió que César no aspiraba solo á una reforma constitucional y que era una cuestion de vida ó muerte para la República, gran número de ciudadanos honrados, afiliados hasta entónces al partido popular y adictos á César, se pasaron inmediatamente al campo opuesto: no fué ya solo en los salones ó en las quintas de la nobleza, ántes dueña del poder, en donde se oyó murmurar contra los «tres dinastas,» contra el «mónstruo de tres cabezas.» La muchedumbre acudia presurosa á oír los discursos consulares de César, y permanecia muda sin dar la señal más leve de asentimiento. Nadie aplaudia cuando el cónsul demócrata entraba en el teatro. Si uno de los sostenedores de los triumviros aparecia en la calle, era recibido á silbidos, y los espectadores, áun los que estaban sentados, aplaudian toda frase anti-monárquica, toda alusion que contra Pompeyo se hacia en la escena. Cuando Ciceron tuvo que abandonar á Roma, gran número de ciudanos (se dice que llegaron á 20.000, pertenecientes la mayor parte á la clase media) imitaron al Senado y se vistieron de luto. «En la actualidad, dice un escritor contemporáneo (a), nada era es tan popular como el ódio á los populares.» Los regentes hicieron entónces comprender que, si los caballeros les hacian oposicion, podian perder sus puestos en el teatro, y la plebe perderia su parte en la annona. La malevolencia guardó un prudente silencio, pero el espíritu público continuó siendo

(a) Respetando el superior criterio del ilustre historiador, no nos parece el citado un testimonio de gran peso ni apropósito para probar lo que se propone, puesto que las que aquí reproduce son palabras del mismo Ciceron en su Ep. ad Attic. 2, 20.
—*Populare nunc nihil tam est quam odium popularium.*

lo que ántes. Entónces se puso en juego con más éxito que ántes la palanca de los intereses materiales. César derramó torrentes de oro. Los ricos en apariencia con la bolsa medio vacía, las mujeres influyentes que necesitaban mucho dinero, la entrapada juventud noble, los comerciantes y banqueros que llevaban mal sus negocios, todos corrieron á las Galias para beber en la fuente, ó llamaron á la puerta de los agentes de César en Roma. Aquí como allí, todo hombre de honradas apariencias—César descartaba á los perdidos y callejeros—estaba seguro de obtener una buena acogida. Agréguese á esto las enormes construcciones llevadas á cabo, en Roma, de su bolsillo particular, en donde hallaban trabajo infinidad de necesitados, desde el consular hasta el simple bracero, y las inmensas profusiones consagradas á los juegos públicos. Esto mismo hacia Pompeyo, aunque en menor escala: á éste es á quien debió Roma su primer teatro edificado de piedra, cuya apertura se celebró con inusitada magnificencia. Compréndese que estas larguezas corruptoras reconciasen, hasta cierto punto, á muchos miembros de la oposicion con el nuevo orden de cosas: no hay que decir, sin embargo, que el núcleo de aquélla no se dejada seducir por tales medios. Cada día mostraba más á las claras cuán profundas raíces habian echado en el seno del pueblo las instituciones republicanas, y cuán poco atraídos hácia la monarquía se sentian principalmente los hombres que vivian alejados de la agitacion de los partidos, así como las ciudades del interior. Si Roma hubiese conocido el sistema representativo, el descontento del pueblo hubiera hallado en las elecciones un medio natural de manifestarse y hasta de fortalecerse; pero en el estado á que habian llegado las cosas, no quedaba á los constitucionales más recurso que ligarse con el Senado, que,

áun en su decadencia, continuaba siendo, á sus ojos, el representante y defensor nato de la legalidad republicana. De repente, este cuerpo que estaba humillado hasta la tierra, vió que llegaba en su auxilio un ejército á la vez más fuerte é incomparablemente más fiel que el día en que, por el hecho de su gran poder, había podido exterminar á los Gracos, ó que aquél en que, protegido por la espada de Sila, había restaurado el antiguo régimen. La aristocracia comprendió sus ventajas y se puso inmediatamente en movimiento. Entónces fué cuando Marco Tulio Ciceron obtuvo permiso para volver á Roma. Prometió marchar con el grupo de los dóciles en la Curia, guardarse de toda veleidad oposicionista, y hasta trabajar con todas sus fuerzas en interés de los triunviros. Al llamarlo, no había querido Pompeyo nada más que hacer á la oligarquía una concesion temporal, vengarse de Clodio, y atraer á su causa, si es que era posible, en la persona del elocuente consular, un instrumento amaestrado ya por tantas pruebas. Pero así como su destierro había sido una manifestacion contra el Senado, su regreso sirvió tambien de pretexto para hacer demostraciones republicanas. Protegidos contra los Clodianos por la faccion de Tito Annio Milon, presentaron los dos cónsules al pueblo, de la manera más solemne, la mocion del llamamiento préviamente autorizada por un senado-consulta expreso. El Senado había invitado á todos los ciudadanos amigos de la constitucion á que no faltasen á la votacion. Y efectivamente, el día fijado para ésta, (4 de Agosto del año 697), se reunieron en los comicios una multitud de ciudadanos notables, muchos de los cuales venian de provincias. El viaje del consular, desde Brundisium á Roma, no fué más que una série de manifestaciones análogas. En esta ocasion, se selló públicamente el pacto de la nueva alianza entre el Senado

y los conservadores: pasóse á éstos revista, por decirlo así, y su excelente actitud contribuyó mucho á que levantase la cabeza la aristocracia admirada de semejante cambio de fortuna. Pompeyo asistia derrotado á este desafio de la opinion. Su pasada inmovilidad y lo indigno y lo ridículo de su actual posicion respecto de Claudio, habia dado el golpe de gracia al crédito de la coaliccion; y la fraccion que en el Senado se mantenía fiel á aquélla, desmoralizada ahora por tantas torpezas cometidas, fatigada y desprovista de consejo, no podia impedir á los republicanos y á los aristócratas unidos que adquiriesen en todas partes una gran supremacia. Si en este momento (697), hubiesen jugado con destreza la partida, no era esta desesperada. Tenian en el pueblo el firme apoyo que les habia faltado hacia un siglo: tener fé en él y en ellos mismos era el más corto y honroso medio para llegar al fin. ¿Por qué no atacar de frente á los triumviros? ¿Por qué, si habia algun noble de valor, no se ponía á la cabeza de los senadores? ¿Por qué no anular las medidas excepcionales y violentas de los triumviros, y no llamar á las armas contra la faccion de los tiranos á todos los republicanos de Italia? Quizá era todavía tiempo de restablecer al Senado en su antigua soberanía. Los republicanos corrian quizá gran riesgo: ¿pero quién sabe? ¿No era ahora, como acontece muchas veces, la audacia sinónimo de sabiduría? Por desgracia carecia la aristocracia de energia, y apenas si era capaz de tal decision fuerte á la vez que sencilla. Aún quedaba otro camino, tal vez más seguro, al alcance de los constitucionales dado su carácter y costumbres. Pensaron en separar los dos triumviros principales, y aprovechándose de la division que iban á producir, apoderarse por sí mismos del timon de la República. Cuando César se habia sobrepuesto á Pompeyo,

obligándole á ambicionar nuevos poderes, se habia refriado la intimidad entre los dos hombres que dominaban en el Senado: si Pompeyo conseguia el objeto codiciado, debian venir muy pronto, de un modo ó de otro, á una ruptura y á una lucha abierta. Si Pompeyo entraba solo en campaña era segura su derrota, pero con su caida no ganaba nada el partido constitucional, pasando á someterse á uno solo en vez de obedecer á dos señores. Pero si los nobles sabian usar contra César de los medios que hasta entónces les habian asegurado la victoria, si entraban en alianza con su rival más débil, disponiendo entónces de un capitán como Pompeyo y de un ejército sólido de constitucionales, podia esperar el triunfo. Después, no teniendo que habérselas ya nada más que con Pompeyo y su notoria incapacidad política, podian concluir con él pronto y fácilmente.

Pompeyo solicita un nuevo mando. La cuestion de los cereales. Expedicion á Egipto.—Las cosas volvian, pues, á unir á Pompeyo y al partido republicano, que se aprestaban á una inteligencia: ¿se verificaría ésta? ¿Cuáles serian en adelante las relaciones entre los dos triunviros por una parte y la aristocracia por la otra, relaciones confusas y en extremo indecisas en aquel momento? Esto es lo que iba á decidir la mocion presentada al Senado por Pompeyo en otoño del año 697, en la que se solicitaba formalmente un mando extraordinario. Por exigencia suya se tomaron, en un principio, las medidas que, once años ántes habian contribuido á fundar su poder: creia remediar la carestía del pan, que se habia subido en Roma de una manera desconsoladora, absolutamente lo mismo que ántes de la ley Gabinia. No es posible decir si los precios habian subido por efecto de ciertos manejos, como Clodio acusaba ya á Pompeyo, ya á Ciceron, devolviéndole éstos á su vez la acusacion.

La piratería siempre activa, la pobreza del tesoro, y la negligencia ó desórden administrativo en la vigilancia de los aprovisionamientos eran más que suficientes, sin necesidad de acaparadores que obrasen con miras políticas, para producir la escasez en aquella gran capital, que subsistia casi exclusivamente con las importaciones de Ultramar. El plan de Pompeyo era el siguiente: que el Senado le diese la administracion de los cereales en toda la extension del imperio, y por consiguiente, el derecho ilimitado de disponer de las cajas del Estado, al mismo tiempo que tendría un ejército y una escuadra, y que su mando, igualmente estendido sobre todas las regiones pertenecientes á la República, estaria, en cada provincia, sobre el *imperium* del pro-cónsul ó del pretor local. En suma, no aspiraba nada ménos que á una nueva edicion, corregida y aumentada, de la ley Gabinia, con la perspectiva de la direccion de la guerra que entonces amenazaba en Egipto (p. 215), y que se enlazaba, como ántes la guerra contra Mitridates, con una expedicion contra los Piratas. Cualesquiera que fuesen los progresos que la oposicion hubiese hecho contra los nuevos dinastas durante éstos últimos años, hay que convenir en que, cuando se abrió la discusion de esta mocion (Setiembre del año 697), estaba todavía la mayoría del Senado bajo la influencia del terror imprimido por César. Admitió dócilmente la mocion en principio, y esto, por una proposicion del mismo Ciceron que, en esta primera ocasion, debia dar, y dió en efecto, una prueba de la sumision que le habia enseñado el destierro. Pero cuando se llegó á la discusion por artículos, sufrió el proyecto primitivo, salido de manos del tribuno del pueblo, *Cayo Mesio*, modificaciones esenciales. Pompeyo no tenia ni la libre disposicion de los fondos del Tesoro, ni un ejército y una escuadra, ni el *imperium*

sobre los comandantes provinciales; y no se hizo más que entregarle sumas considerables para el aprovisionamiento de Roma. Diéronsele quince lugar-tenientes: tenía el pleno poder en todo el imperio pro-consular en materia de administracion de cereales, y ésto durante los cinco años siguientes. Tal era el tenor del plebiscito propuesto y sometido á la votacion de los comicios. Estas enmiendas al proyecto primitivo casi equivalian á rechazarlo, y se explican por causas diversas y numerosas. El nombre de César pesaba mucho en las deliberaciones; y aunque ausente é internado en las Galias, retrocedian los tímidos ante la idea de colocar á Pompeyo, no á su lado, sino por encima de él. Craso á su vez, el enemigo hereditario de Pompeyo, le perseguia con una sorda oposicion, y más tarde no dejó éste de acusarle, sinceramente ó no, del fracaso de la mocion. Unase á esto la antipatía de la faccion republicana en el Senado, contra toda medida que aumentase, siquiera fuese de nombre, los poderes de los triumviros; por último, y sobre todo la incapacidad personal de Pompeyo que, aún despues de llegada la hora de la accion, no pudo decidirse á obrar, prefiriendo, segun su costumbre, ocultarse detrás del *incognito*, lanzando por delante á sus amigos encargados de revelar su pensamiento, miéntras que afectaba modestia, como siempre, y aparentaba contentarse aún con ménos, si ménos se le daba; y como es natural, se le cogió la palabra. Sea como quiera, era una suerte encontrar al fin algo que hacer, y sobre todo tener un pretexto honroso para abandonar á Roma. Pompeyo consiguió inmediatamente, aunque resintiéndose de ello gravemente las provincias, hacer que llegase trigo en abundancia y barato. No habia alcanzado, sin embargo, su principal objeto, y el título pro-consular que tenia derecho á usar en todas las pro-

vincias, no era más que un nombre vano, mientras que el pro-cónsul no tuviese soldados. Así pues, no tardó en presentar al Senado una mocion, segun la cual debia reinstalar en su trono, aunque fuera por la fuerza, al rey de Egipto expulsado por una insurreccion. Pero cuanto más patente se hacia que necesitaba del Senado y que no podia nada sin él, se le mostraban ménos tratables los senadores. Descubrióse primero en los libros sibilinos un oráculo que prohibia, como cosa impía, todo envio de tropas romanas á Egipto; y poseido el Senado de un santo error, votó inmediatamente por unanimidad contra toda intervencion armada. En cuanto á Pompeyo, era tan grande su humildad, que hubiera aceptado la mision, aun usando de medios pacíficos; pero, á escondidas como siempre, jugó y mientras que hacia hablar en favor suyo á sus amigos, él habló y votó por otro senador. El Senado rechazó naturalmente su proposicion: seria un crimen exponer una cabeza tan preciosa para la pátria; y por último, despues de todos estos largos debates, se decidió (en Enero del año 698) que Roma no intervendria en aquella cuestion.

Tentativa de restauracion aristocrática.—Todas estas repulsas de parte del Senado, repulsas que Pompeyo sufrió y, lo que es peor, que tuvo que sufrir sin represalias, eran para el público, procediesen aquellas de donde quisiera, otras tantas victorias para los republicanos, y derrotas para el triumvirato. La oposicion republicana iba engrosando por momentos; y ya en las elecciones del año 698 habian obtenido el triunfo solo en parte los dinastas. Si por un lado habian podido pasar *Publio Vatinio* y *Cayo Alfo*, candidatos cesarianos para la pretura, habia elegido en cambio el pueblo dos partidarios decididos del antiguo régimen: Cneo Léntulo Marcelino y Cneo Domicio Calvino habian sido nom-

brados el uno cónsul, y el otro pretor. Mas para el año 699, se presentó candidato al consulado *Lucio Domicio Ahenobarbo*: era difícil impedir su eleccion, tanto á causa de su influencia en Roma, como por su colossal fortuna; y no podia dudarse que fuesen sus actos los de una oposicion declarada. Así pues, los comicios se revelaban con pleno asentimiento del Senado. El cielo mismo daba á conocer que, en medio de las querellas de los altos órdenes, corrían peligro de caer en manos de un señor el poder militar y las arcas del Tesoro, y que también corría peligro la libertad. Hasta los dioses mostraban claramente con el dedo la mocion de Cayo Mesio.

Ataque contra las leyes Julias.—Pero abandonando el cielo, volvieron pronto los demócratas á la tierra. Siempre habian sostenido la nulidad de las leyes consulares de César, tanto la relativa al territorio de Cápua como todas las demás; y desde el mes de Diciembre del año 697, habian pedido con urgencia en pleno Senado su casacion por un vicio de forma. El 6 de Abril del año 698, propuso solemnemente el consular Ciceron que se pusiese á la órden del dia, en el 15 de Mayo, el decreto de distribucion de las tierras de Campania. Esto equivalia á declarar la guerra. La mocion procedia de uno de los hombres que solo muestran sus colores cuando creen que pueden hacerlo con toda seguridad. Es evidente que la aristocracia juzgaba que habia llegado el momento oportuno de empeñar la batalla, no solo contra César, con la ayuda de Pompeyo, sino contra la tiranía, cualquiera que ésta fuese y de donde quiera que viniese. Era fácil preveer lo que iba á sobrevenir. Domicio hablaba en alta voz, y decia que estaba dispuesto á pedir al pueblo que llamase inmediatamente al vencedor de las Galias. La restauracion aristocrática trabajaba con

todas sus fuerzas: atacando la colonia de Cápua, arrojaba el guante la nobleza.

Conferencia de los triumviros en Lucca.—César recibía diariamente noticia circunstanciada de todo lo que sucedía en Roma. Hasta donde se lo permitían sus ocupaciones militares, seguía con la vista el curso de los acontecimientos desde el fondo de la provincia del Sur, pero evitando cuidadosamente mezclarse en ellos en lo más mínimo. Mas hé aquí que se declara la guerra, no solo á su colega sino á él mismo. Había llegado la hora de obrar, y obró con gran diligencia. Casualmente no le cogía léjos: los aristócratas habían cometido la imprudencia de no esperar á que repasase los Alpes. A primeros de Abril del año 698, salió Craso de Roma y fué al encuentro de su colega más poderoso, para convenir en las medidas que su interés les aconsejaba: hallóle en Rávena. De allí, marcharon ambos á *Luca*, en donde se les reunió Pompeyo que había también abandonado á Roma pocos días después que Craso (11 de Abril), diciendo que iba á apresurar las remesas del trigo de Cerdeña y de África. Asistieron á la cita sus principales partidarios, *Metelo Nepote*, procónsul de la España citerior, *Apio Claudio*, propretor en Cerdeña, y otros muchos: contábase allí más de 120 lictores, y asistieron más de 200 senadores á estas famosas conferencias, en donde la monarquía oponía un nuevo Senado á la Asamblea de los Padres Conscriptos de la República. Bajo todos los puntos de vista, pertenecía á César la suprema decisión. Aprovechándose de su predominante influencia, restableció y fortificó la regencia comun de los triunviros sobre las nuevas bases de una más equitativa distribución de poderes. Dió á sus colegas las provincias más importantes, militarmente hablando, que quedaban libres fuera de las dos Galias: Pompeyo obtu-

vo ámbas Españas, y Craso la Siria. En virtud de un plebiscito expreso, debian obtener por cinco años (de 700 á 704 inclusive), la administracion militar y financiera de aquellas. Por lo que á él tocaba, propuso César una prorrogacion de su mando, que, espirado con el año 700, deberia continuar hasta fines de, 705: seriale lícito elevar á diez sus legiones, y las tropas que levantase por autoridad propia deberian ser pagadas por el Tesoro público. Para el año siguiente (669), debian asegurarse Pompeyo y Craso un segundo consulado, ántes de su partida á sus respectivas provincias; y César se reservaba tambien su segunda eleccion, al terminar su proconsulado, en el año 706, cuando hubiese trascurrido el intervalo de diez años, exigido por la ley entre la investidura de dos magistraturas supremas. Como Craso y Pompeyo, para reinar como señores en la capital, tenian necesidad de soldados; y como no podia hacerse que volviesen de la Galia Transalpina las legiones destinadas en un principio á la custodia de Roma, se convino en que utilizarian para sus necesidades las nuevas legiones que levantasen con destino á España y á Siria, y que no las retirarian de Italia hasta que les conviniese personalmente. Arreglados así los puntos principales, no se necesitó una deliberacion larga respecto de la táctica que debía seguirse en frente de la oposicion en Roma, la determinacion de candidaturas para el año siguiente, y otros detalles secundarios. Gracias á su inmutable génio de conciliacion, supo César allanar con su facilidad ordinaria las disidencias personales que á cada paso surgian; y, de grado ó por fuerza, trajo á un mismo camino á todos los elementos contrarios. Restablecióse la inteligencia entre Pompeyo y Craso, en apariencia al ménos, y como entre buenos colegas. Aún hay más, hasta Clodio prometió permanecer tranquilo y

no inquietar á Pompeyo. Hazaña admirable de aquel encantador irresistible.

Miras de César.—Todo demuestra que este arreglo de las grandes cuestiones pendientes no fué un simple compromiso entre hombres igualmente poderosos, y que luchaban con armas iguales. En Luca, estaba Pompeyo en la posicion de un fugitivo caido del poder y que viene á solicitar el auxilio de su rival. Ya lo rechazase César declarando disuelta la coalicion, ó ya lo acogiese y dejase viva su alianza en las condiciones en que estaba, en ambos casos, y políticamente hablando, se hallaba Pompeyo perdido. Si entónces no rompía éste con César, se convertia en un impotente cliente de su asociado. Si, por el contrario, se separaba de él, si, lo que no era entónces verosimil, entraba en una nueva coalicion con la aristocracia, tal pacto, forzado y concluido á última hora, no habia en él que pudiese asustar á César y determinarle, para impedir que se consumase, á hacer á Pompeyo tan grandes concesiones. En cuanto á una rivalidad formal de Craso contra César, era absolutamente imposible. ¿Qué motivos habian, pues, impulsado á César á descender, sin necesidad, de la altura desde donde dominaba á Pompeyo? ¿Porque hoy le concede de buen grado el segundo consulado, que le habia negado rotundamente en 694, al concluir la primera coalicion, ese consulado que desde entónces habia perseguido en vano Pompeyo por todos los medios imaginables, sin el concurso de César, y áun á pesar suyo, con el designio manifesto de hacer de él una arma contra su asociado? No es fácil responder á esta cuestion. Bien sé que no era solo Pompeyo el que ganaba poniéndose á la cabeza de un ejército, pues hacia lo mismo Craso, su antiguo enemigo y el antiguo aliado de César. El poder dado nuevamente á aquél, servia, sin

duda alguna de contrapeso al poder militar puesto en manos de su futuro colega en el consulado. Aún perdía César mucho en el mero hecho de que su rival iba á cambiar su actual nulidad por un mando de importancia. Quizá no se considerase todavía el procónsul de las Galias bastante dueño de sus soldados para lanzarse sin temor en una empresa contra las autoridades regulares del país. Estallando la guerra civil, érale necesario conducir su ejército al otro lado de los Alpes, que era precisamente lo que él no quería ni debía hacer. Pero ya se llegase ó no á la guerra civil, tenía delante de sí á los aristócratas de Roma más bien que al mismo Pompeyo. Parece que su principal interés era no romper con éste, para no dar ánimo á la oposicion con semejante ruptura. ¿Pero por qué concederle tanto? Quizá obedeció César á motivos enteramente personales: quizá recordó el día en que, hallándose él mismo desacreditado y sin fuerza delante de Pompeyo, le había éste salvado retirándose repentinamente, si bien lo hizo por cobardía más bien que por un arranque de generosidad. Además, ¿quién sabe si se propondría complacer á su hija querida y esposa amante de Pompeyo? En el alma de César, había otros muchos sentimientos al lado de las preocupaciones del político. En todo caso, lo que le decidió, fué el estado de las Galias. Digan lo que quieran sus biógrafos, la Galia no era á sus ojos una conquista del momento y á propósito para valerle la corona, sino que, en esta vasta empresa, iba también envuelta la seguridad exterior de Roma, su reorganización interior, y, en una palabra, todo el porvenir de la patria. Para terminar su conquista ántes de ser reemplazado, y para no tocar ántes de tiempo la embrollada complicación de los asuntos de Italia, abandonó sin vacilar su inmensa ventaja sobre sus rivales, y dió á Pompeyo la fuerza

necesaria para batir al Senado y á sus adherentes. Si no se hubiera llevado otra mira que la de hacerse Rey lo más pronto posible, hubiera seguramente cometido César en Luca una falta muy grave. Pero en esta alma rara, no se limitaba la ambicion á la humilde adquisicion de un trono, siquiera éste fuese el del imperio romano. Habíase impuesto dos tareas inmensas que cumplir á la vez: en el interior, dotar á Italia de un sistema político mejor; en el exterior, conquistar y asegurar á la civilizacion italiana nn terreno vírgen y nuevo. Sus proyectos fueron naturalmente contrariados muchas veces; y si bien su expedicion á las Galias le abria el camino hácia el trono, no dejaba de detener su marcha. ¡Cuántas amarguras se preparaba retrasando la revolucion italiana hasta el año 706, cuando hubiera podido hacerla desde el 698! No importa: general ú hombre de Estado, era César muy audaz: tenia gran fé en sí mismo y despreciaba á sus adversarios, apoyándolos algunas veces más de lo que exigia la prudencia.

Sumision de la aristocracia.—Habia sonado para la aristocia el momento de defender su última intriga y mantener con valor la guerra que habia declarado con tanta bravura. Pero no hay un espectáculo más lamentable que el de la cobardia, que no tiene otro medio de salvacion que el obrar con vigor. Nada habian previsto todos estos hombres. No se le habia ocurrido á ninguno de ellos que, de un modo ó de otro, sabria César oponer ardid contra ardid, y sobre todo, que uniéndose á él Pompeyo y Craso, harian una alianza más estrecha que nunca. La ceguedad del partido raya en lo increíble, y sin embargo, puede uno darse cuenta de ella al pasar revista al ejército de la oposicion constitucional en el Senado.

Es verdad que Caton estaba aún fuera de Ro-

ma (1), y el hombre más influyente del Senado era Marco Bíbulo, el héroe de la resistencia pasiva y el más testarudo de todos los consulares. Sólo habían tomado las armas para entregarlas en cuanto el enemigo amenazase tocar al puño de su espada. En cuanto se tuvo la nueva de la conferencia de Luca, desapareció todo pensamiento de oposición seria; y la masa de los tímidos, ó mejor dicho, la inmensa mayoría de los senadores, se prosternó bajo el yugo que en mal hora habían intentado sacudir. No se volvió á respirar sobre el debate á la orden del dia, esto es, sobre la validez de las leyes Julias: si César ha levantado nuevas legiones por su autoridad propia, allí hay un senado-consulta que decide que el tesoro pagará los gastos y el sueldo. Asimismo, en el momento de la repartición de las provincias consulares, rechazó la mayoría (á fin de Mayo de 698) la mocion que quitaba al Triumviro las dos Gallias ó una por lo ménos. El cuerpo senatorial hacia público propósito de enmienda. Los senadores se presentaban en secreto unos despues de otros, asombrados de su temeridad de la víspera; pedían la paz y prometían una obediencia absoluta. Adelantóse á todos Marco Ciceron, arrepintiéndose demasiado tarde de haber faltado á su palabra y calificando su reciente conducta con vivos epítetos, que, léjos de ser aduladores estaban chorreando

(1) Aún no había vuelto, cuando Ciceron habló en favor de Sextio, y el Senado, á consecuencia de las conferencias de Luca, deliberó respecto de las legiones de César: Sólo á principios del año 699, es cuando le vemos por primera vez tomar parte activa en las discusiones: y como había viajado durante el invierno (Plut. Cat. 58), hay que concluir de aquí que volvió á entrar en Roma á fines del año 698, y no pudo, por tanto, como se ha dicho, defender á Milon en el mes de Febrero de este mismo año.

sangre (1). Como puede juzgarse los triumviros se mostraron complacientes y otorgaron á todos su perdon: no habia entre ellos uno sólo que valiese la pena de hacer una excepcion. Si se quiere juzgar del repentino cambio de tono que se verificó en los círculos aristocráticos á la nueva del convenio de Luca, pueden verse y compararse, en lo cual no se perderá el tiempo, los folletos de Ciceron publicados la vispera, é inmediatamente despues, [aquéllos en que, cantando la palinodia, dá público testimonio de su arrepentimiento y de sus buenas intenciones futuras. (2)

Establecimiento del nuevo régimen monárquico.—De este modo eran los triumviros dueños de reconstituir á su antojo todo el sistema itálico y de ponerlo por obra con más fuerza que ántes. Roma é Italia tendrán en adelante su guarnicion, con uno de los regentes por jefe, sino sobre las armas, asignada al ménos. De las tropas levantadas por Craso y Pompeyo con destino á Siria y España, marcharon las primeras á Oriente; pero Pompeyo dejó á sus dos provincias españolas bajo la custodia de sus lugar-tenientes, al frente de los soldados que en ellas se encontraban; y, en cuanto á los oficiales y soldados de las legiones nuevamente reclutadas, y en apariencia con destino á España, las retuvo en Italia en donde él permaneció tambien, aunque dispuestas á

(1) «Me asinum germanam fuisse (ha sido verdaderamente un bestia).» *Ad att.*, 4. 5. 3.»

(2) Puede leerse esta palinodia en el discurso que nos queda sobre las provincias consulares del año 699. Se pronunció á primeros de Mayo del 698: los discursos que forman contraste son el pronunciado *pro Sextio*, otro *contra Vatinius*, y la discusion sobre el consejo dado por los adivinos etruscos, los meses de Marzo y Abril precedentes: el antiguo cónsul habia exaltado en ellos el régimen aristocrático y usado un lenguaje caballeresco al hablar de César.

marchar en caso necesario. Sin embargo, la resistencia sorda de la opinion pública iba creciendo á medida que se manifestaba más claramente el pensamiento del triumvirato. ¿No se trabajaba á las claras por suprimir la constitucion antigua de Roma, y por reemplazar suavemente el sistema actual de gobierno y de administracion por las formas de la monarquía? Pero era necesario obedecer, y se obedeció. Ante todo, las cuestiones más importantes, todas las que interesaban al ejército ó á las relaciones exteriores, se resolvian en adelante sin consultar al Senado, ya por medio de un plebiscito ó por orden de los regentes. Las estipulaciones de Luca fueron ejecutadas. Craso y Pompeyo hicieron aprobar por un voto directo de los comicios la prorrogacion del mando militar de César en las Galias; lo mismo hacia el tribuno del pueblo, *Cayo Trebonio*, respecto de las provincias de Siria y de España: por último, y otros gobiernos, los más importantes en otro tiempo, se dieron asimismo por plebiscito. Ya habia mostrado César que, para aumentar sus ejércitos, no necesitaban los triumviros autorizacion de los antiguos poderes del Estado: tampoco encuentran escrúpulo en tomar los unos los soldados de los otros: hemos visto á Pompeyo prestar los suyos á César, para pelear en las Galias: y veremos á Craso, al ir á la guerra contra los Partos, recibir de César, su colega, un cuerpo de legionarios auxiliares. Los Traspadanos no tenian, con arreglo á la constitucion, nada más que el derecho latino: durante su proconsulado, los trató Cesar como si gozasen del derecho de plena ciudadanía (1). Hacia tiempo que una comision

(1) El hecho no se encuentra consignado en los autores, pero parece increíble que César no sacase soldados de los municipios latinos, que formaban la gran mayoría de su provincia.

senatorial organizaba los territorios conquistados: César no obedecía más que á su libre albedrío en los inmensos países galos por él sometidos: fundó, por ejemplo, colonias de ciudadanos sin tener para ello previos poderes y estableció en *Novum Comun* 5.000 colonos. Pison pelea en Tracia, Gabinio en Egipto, y Craso marcha contra los Partos, todo sin previo acuerdo del Senado, sin darle siquiera cuenta, segun la antigua costumbre; se conceden ó se toman triunfos y honores militares sin solicitarlo del alto Cuerpo. Y no se crea que hay aquí nua mera negligencia en las formas, lo cual seria tanto ménos explicable, cuanto que, en casi todos los casos, no habia que temer la oposicion [más insignificante; sino que se obra con la deliberada intencion de excluirle de todo lo que se refiere al ejército y á la alta administracion: se tiende á que no intervenga en las cuestiones financieras ni en los asuntos interiores. Los adversarios

Encuétrase además contradicha esta abstencion por el desprecio que afectaba la oposicion hácia los reclutas cesarianos, «sacados en su mayor parte de las colonias transpadanas (*Bil. Civ.* 3, 57)» ¿No es evidente que, al hablar de este modo, se ha referido Labieno á las colonias latinas de Estrabon? (*Suet. Ces.*, 8)? Es verdad que en ninguna parte se encuentran *cohortes latinas* unidas al ejército de César en las Galias, y que segun el dicho del autor de los *comentarios*, todos los reclutas de la Cisalpina se habian distribuido entre las legiones ó habian formado otras nuevas. Es tambien posible que César haya dado el derecho de ciudad, en el momento de la conscripcion, á todos estos soldados; pero en mi sentir es más probable que se atuviese en esto al procedimiento democrático, pensando ménos en dotar de aquel derecho á los Transpadanos, que de tratarles como si ya lo tuviesen legalmente. Solo así pudo extenderse el rumor de que habia importado en las ciudades transpadanas la institucion de las municipalidades romanas. *Cic. ad Attic.* 5, 3, 2).

de los Triumviros no se engañaron en esto, y, hasta donde podían, protestaron á fuerza de senado-consultos y de acusaciones criminales contra tales intrusiones. Pero al mismo tiempo que arrojaban el Senado al último puesto, hacían funcionar perfectamente la máquina de los comicios populares, que les ofrecían ménos peligros: ya habían puesto gran cuidado en que los tiranos callejeros no pusiesen ningun obstáculo á su paso. Sin embargo, les ocurrió más de una vez tener que prescindir de todas estas vanas formalidades y erigirse sin rodeos en autócratas.

El Senado ante la monarquía. Ciceron y la mayoría.
 —El Senado estaba abatido y tuvo que resignarse. Marco Ciceron continuó siendo el jefe de la mayoría, pues tenía en su favor el ser abogado de talento, y el saber hallar la expresion y el motivo de todo. En ésto es en lo que se manifiesta más á las claras la ironía cesariana. Este hombre, ayer instrumento elegido de las demostraciones aristocráticas contra los Triumviros, era hoy el que llevaba la voz del servilismo. A tal precio se le perdonaba sus efímeras veleidades de insurreccion, tomando, sin embargo, seguridades para su sumision completa. Su hermano había tenido que ir con César en calidad de oficial, ó más bien en rehenes, al ejército de las Galias; y Pompeyo le había impuesto á él mismo una lugar-tenencia: medio fácil y honroso de desterrarle de Roma en el momento que conviniese. Si bien es verdad que Clodio tenía orden de dejarle en paz, no quería sin embargo César deshacerse de Clodio por cariño á Ciceron, ni de Ciceron en interés de Clodio. El ilustre salvador de la pátria por un lado, y el campeón de la libertad, no ménos grande que él, por otro, se hacían una competencia de camarilla en el cuartel general de *Somarobrica*. ¡Qué cuadro, si Rama hubiese tenido un

Aristófanés! Por lo demás, no contentos con tener suspendidas sobre la cabeza de Cicerón las varas con que ya le habían sacudido fuertemente, se le ligaba también con doradas cadenas. Acudiendo César á sacarle de sus apuros le hacia grandes préstamos «sin interés», y le daba en Roma comisiones muy lucrativas, tales como la intendencia de las construcciones en que se gastaban sumas enormes. ¡Cuán bellas arengas senatoriales y cuántos bellos discursos, inmortales, si hubiesen visto la luz pública debieron aniquilarse entónces ante el fantasma de la gente de negocios de César, dispuesto á levantarse al fin de la sesión, con su letra de cambio en la mano! Y cuánto prometer el gran orador «que no se preocupará ya más del derecho y del honor, y ¡que no cuidará de otra cosa que de conciliarse el favor de los fuertes!» Bien considerado, se le empleó en el oficio para que presentaba mejores disposiciones: como abogado, se le confia el desdichado papel de defender á sus más encarnizados enemigos: como senador, se le convierte en el órgano ordinario de los dinastas, y presenta mociones «que apoyan los demás, cuando él votaria en contra!» Por último, *leader* reconocido y oficial de la sumisa mayoría, reconquistó de este modo su importancia política. Lo mismo se hizo con el resto del rebaño: el temor, las caricias ó el oro los corrompieron á casi todos: todo el cuerpo senatorial se entregó á discrecion á los Triumviros.

Caton y la minoría.—Quedaba una fracción hostil que conservaba sus colores y que habia permanecido inaccesible al temor y á la seducción. Los Triumviros sabian muy bien que las medidas de rigor, como las tomadas poco ántes contra Caton y Cicerón, perjudicaban más que favorecian, y que era mejor sufrir una oposicion incómoda, que hacer de los oposicionistas los mártires de

la causa republicana. Permitieron, pues, á Caton que volviese tambien (á fines del año 698); pero éste volvió á comenzar inmediatamente la guerra en el Senado y en el Forum, muchas veces con peligro de su vida; guerra honrosa, sin duda, pero ridícula. Los Triumviros toleraron que combatiere delante del pueblo las mociones de Tebonio, tanto y tan bien, que se llegó á las manos: toleraron, además, que atacase en el Senado al pro-cónsul César, con motivo de la matanza de los Usipetas y de los Tencteros, y hasta que pidiese que fuera entregado á los Bárbaros. El dia en que el Senado hizo que cargase sobre el Tesoro el sueldo de las legiones cesarianas, pudo *Marco Favonio*, el *Sancho* de Caton, lanzarse impunemente á la puerta de la Curia, y decir á voces á los transeuntes que la patria estaba en peligro: en otra ocasion, habiéndose atado Pompeyo una tira de lienzo en una pierna que tenia mala, osó decir este mismo loco en su trivial lenguaje, que no habia hecho más que colocar la diadema fuera de su lugar. Otro dia, aplaudiendo la muchedumbre al consular Lucio Marcelino, exclamó: «Usad, usad de ese derecho de proclamar vuestro pensamiento, puesto que todavía os lo permiten.» Por último, cuando Craso partió hácia su provincia de Siria, *Cayo Ateyo Capiton*, tribuno del pueblo, lo encomendó públicamente á los dioses infernales, segun la fórmula de las imprecaciones religiosas. Despues de todo, éstas no eran más que vanas demostraciones de impotencia; pero, por insignificante que fuese el partido, tenia su importancia en cuanto alimentaba y proporcionaba salida á la levadura de la oposicion republicana, y en cuanto arrastraba muchas veces á tomar medidas hostiles contra los triumviros á la mayoría de los sénadores, animada, en el fondo, de un mismo espíritu. Esta no podia ménos de ceder, en ciertas ocasiones,

y en asuntos de poco interés á la necesidad de dar salida á sus rencores; y la manera de los serviles descontentos que se consideran impotentes contra los fuertes, saciaba su furor sobre el enemigo más raquítico. En cuanto se presentaba el momento oportuno, echaba la zancadilla á los instrumentos del triumvirato. Así es, como Gabinio vió que le negaron un dia las *suplicaciones* que reclamaba (año 698); y, en otra ocasion, fué llamado Pison de su provincia; así es tambien como los senadores visten y conservan el luto, cuando un tribuno del pueblo, *Cayo Caton*, puso obstáculos á las elecciones para el año 699, hasta la salida del cargo de Marcelino, cónsul constitucional. Y hasta el mismo Ciceron, que tan humilde se manifiesta delante de los Triumviros, osó publicar contra el suegro de César un folleto, á la vez venenoso y de un gusto detestable. Pero todas estas veleidades oposicionistas de parte de la mayoría senatorial, y la estéril resistencia de la minoría, no hacian más que mostrar más claramente que, si ántes el poder habia pasado de manos del pueblo á manos del Senado, hoy lo habia verificado de las del Senado á las de los Triumviros. La Curia no es ya más que el *Consejo de Estado* de una monarquía, á la vez que el receptáculo de todos los elementos antimonárquicos. «¡No hay ningun hombre importante fuera de los triumviros!» exclaman los partidarios del gobierno caído: «Tenemos señores omnipotentes, y que procuran lo que nadie ignora: toda la República está transformada y obedece á estos Señores: nuestra generacion no presenciara un cambio de fortuna. En suma, no se vive ya en República, sino bajo el régimen del poder absoluto.»

Persiste la oposicion en las elecciones.—Sin embargo, por más que los triumviros no atendiesen, en la gobernacion del Estado, á otra ley que á la de su voluntad

quedaba aún en el dominio de la política un terreno, reservado en cierto modo, muy fácil de defender y muy difícil de conquistar; me refiero á las elecciones periódicas y á los tribunales. Por más que estos últimos no procedían directamente de la política, no dejaron de sufrir la influencia del espíritu que predominaba en la constitucion; el hecho es patente por sí mismo. En cuanto á las elecciones de los magistrados, procedían del poder gobernante, bajo cualquier punto de vista que se las considere y hasta con arreglo á los términos de la ley. Sin embargo, como el poder estaba en aquellos tiempos en manos de magistrados excepcionales, ó de hombres sin un título regular; como los altos funcionarios exigidos por la constitucion, no ejercían accion sensible sobre la máquina del gobierno, desde el momento que pertenecían á la oposicion antimonárquica, vióseles descender poco á poco al papel de simples pantallas, calificándose á sí mismos los más enérgicos con el nombre de «nulidades impotentes;» y hasta su eleccion no servia más que como demostraciones. En las elecciones y en los procesos criminales era, pues, donde los constitucionales, arrojados de todas las grandes posiciones del campode batalla, intentaban todavía continuar la lucha. Tambien aquí hicieron los Triumviros todos los esfuerzos posibles para salir vencedores. En lo que respecta á las magistraturas, ya habian formado en Luca, de comun acuerdo, sus listas de candidaturas para los años siguientes: todos los medios eran buenos para hacerlas triunfar. En un principio, durante la agitacion electoral, esparcieron el oro á manos llenas. Todos los años llegaban en tropel á Roma, con licencias temporales. los soldados de Pompeyo y César, y tomaban parte en la votacion. César se mantenía en la alta Italia, todo lo cerca de Roma que le era posible, y desde allí vigilaba y con-

ducia el movimiento. Sin embargo, los triumviros no pudieron conseguir su fin, sino muy imperfectamente. Los cónsules nombrados para el año 699, fueron efectivamente Pompeyo y Craso, conforme se había estipulado en Luca: la oposicion vió derrotado á Lucio Domicio Ahenobarbo, su único candidato y que luchó hasta el fin: mas para triunfar, había sido necesario usar públicamente de la violencia; y, entre otros graves excesos, fué herido Caton. En las siguientes elecciones consulares (para el año 700), triunfó Domicio, á pesar de todos los ardides de los Triumviros, y Caton fué elegido pretor, mientras que en el año anterior había sido despojado de su derecho por Vatinio, cliente de César, con gran descontento de la masa de los ciudadanos. En las elecciones para el año 701, demostró la oposicion respecto de los candidatos de César y de Pompeyo corrupciones tan escandalosas, que los Triumviros, sobre quienes recaía el escándalo, abandonaron al fin á sus hechuras. Estas derrotas repetidas y sensibles en los camicios electorales, podian explicarse en parte por el fraccionamiento de un mecanismo descompuesto, por los azares posibles de prever del movimiento electoral, por los trabajos y las conquistas de la oposicion en las clases medias, y por el juego de intereses privados que venian á reobrar en sentidos diversos, y muchas veces contra los intereses de partido. Encuéntrase, sin embargo, en otra parte su causa principal. Las elecciones estaban en esta época en poder de los diversos clubs en que se agrupaba la aristocracia: en éstos disponia la corrupcion, organizada en sistema, de recursos inmensos y de todo un ejército colocado en línea de batalla. Así pues, esta aristocracia, que tenia en el Senado su representacion legal, podia triunfar todavía en las elecciones: pero mientras que en el Senado cedia disimulando su despecho, en las luchas

electorales obraba y votaba en secreto, y hacia frente á los Triumviros en los días en que se daban las cuentas. Aun prescindiendo de las elecciones para el año 700, las leyes contra las cábalas de los clubistas, leyes que Craso hizo confirmar por el pueblo durante su consulado en 699 (*Lex licenia; de Sodalitiis*), muestran muy á las claras cuánto pesaba aún la influencia del partido noble.

La oposicion en los tribunales.—No eran menores las dificultades que suscitaban á los Triumviros los tribunales jurados. En la forma en que entónces estaban organizadas, tenia en ellos la preponderancia la clase media al lado de la nobleza senatorial. En el año 699, elevó una nueva ley, votada á propuesta de Pompeyo, á una tasa muy alta el censo para jurado. La cosa es digna de tenerse en cuenta. En efecto, el espíritu de oposicion se concentraba en la clase media; y en los tribunales, lo mismo que en todas partes, se mostraba la alta banca mucho más flexible. No obstante, el partido republicano tenia aún puesto allá su pié; y no osando atacar la persona misma de los jefes, perseguia á sus principales agentes con sus infatigables acusaciones políticas. Esta guerra de procesos era tanto más viva, cuanto que, segun la costumbre antigua, se verificaba la acusacion por los senadores jóvenes. Estos tenian naturalmente más pasion republicana, talento más vigoroso y audacia más agresiva que los hombres de edad madura de su casta. Sin embargo, no eran del todo libres los tribunales, y en cuanto los Triumviros fruncian el entrecejo, no osaba nadie desobedecer. El adversario contra quien la oposicion se mostraba más encarnizada era contra Vatinio. Su ódio furioso era casi proverbial hácia este familiar de César que, á pesar de ser el más insignificante de todos, era no obstante el más temerario: pero habló el

Señor y se paralizaron todos los procesos que se le habían formado. Más cuando la acusacion tenia por órganos á *Cayo Licinio Calvo* ó á *Cayo Asinio Polion*, armados con la espada de su poderosa dialéctica y con el latigo de su ironía, no dejaba de tocar á la meta, aún cuando no se triunfase: por último, el partido pudo conseguir algunos triunfos, pero los que sucumbieron eran, en su mayor parte, oscuros subalternos: sin embargo, un dia se atacó á uno de los más poderosos y por ende de los más odiados satélites de Pompeyo. Me refiero al consular Gabinio. La aristocracia veia en éste un enemigo irreconciliable, y no le perdonaba su ley sobre el mando de la expedicion contra los piratas, ni su falta de miramientos para el Senado durante su pro-consulado de Siria (véase el cap. IV). También le tenían ganas los rentistas, porque en Siria habia osado defender los intereses de los provincianos: y, por último, guardábale también rencor Craso por su lentitud en entregarle su provincia. Contra tantos enemigos no le quedaba más apoyo que Pompeyo; y éste tenia muchas razones para defender á toda costa al más capáz, al más atrevido y fiel de sus lugar-tenientes. Pero en esta ocasion, lo mismo que en todas, no sabia servirse de su poder y patrocinar á sus clientes, como César patrocinaba á los suyos. Los jueces declararon á Gabinio culpable de concusion, y le condenaron al destierro (á fines del año 700). Así pues, en las elecciones y en los tribunales de justicia, eran muchas veces derrotados los Triumviros. Los elementos influyentes escapaban á la corrupcion y al miedo mejor que los órganos directos del gobierno y de la administracion. En las elecciones, sobre todo, tenían que habérselas los triumviros con la constante resistencia de una oligarquía exclusiva, concentrada en sus camarillas de las que no era fácil apodorarse por más que se

les hubiera arrojado del poder, que era, en fin, tanto más difícil de quebrantar, cuanto obraba de un modo más oculto. En los tribunales del jurado principalmente, tenían que habérselas con la malevolencia de las clases medias contra el nuevo régimen monárquico, ódio que traía consigo mil dificultades, y que no les era posible destruir. De aquí esa serie de derrotas sufridas en ámbos terrenos; pero, lo repito, las victorias electorales de la oposicion solo tenían la importancia de demostraciones, pues los Triumviros tenían y aplicaban medios para anular á todo funcionario que no les agradase. Los veredictos hostiles les asestaban, por el contrario, golpes sensibles quitándoles sus más útiles auxiliares. En resúmen, no podian, ni desembarazarse de las elecciones y de los jurados, ni dominados suficientemente; y, por oprimida que estuviese, todavía se sostenia en su campo la oposicion.

III *La oposicion en la literatura.*—Tenia otro refugio de donde habia que renunciar á desalojarla, y en el que se defendia con tanto más ardor cuánto que habia sido ya completamente arrojada de sus diversas posiciones puramente políticas. Me refiero á la literatura. Ya las manifestaciones ante los pretorios habian comenzado á ser, en realidad y ante todo, literaria; y los discursos de los abogados se publicaban y circulaban en hojas sueltas, y trataban de los acontecimientos del dia. Más rápidos y acerados dardos lanzados por los poetas. La juventud ilustrada de la alta aristocracia, y, quizá con más energía que ésta, los jóvenes literatos pertenecientes á la clase media de las ciudades del interior, todos á porfía, y con éxito, hacian una ruda guerra de sátiras y de epigramas. En primera fila combatian juntos Cayo Licinio Calvo, noble é hijo de senador (de 672 á 706), temido por sus discursos, sus sátiras y sus agudos versos, y

otros dos ciudadanos de Cremona y de Verona, *Marco Furio Vibáculo* y *Quinto Valerio Catulo*, cuyos epigramas mordaces y elegantes corrian por toda Italia rápidos como las flechas. En suma, toda obra literaria revestia en estos años un marcado sello de oposicion.

La cólera y el desprecio se dan en ellos la mano contra el «Gran César, *imperator* único; contra el amable suegro y el amable yerno, que arruinan al universo por dar á sus innobles favoritos una ocasion de recorrer las calles de Roma adornados con los despojos del Celta de cabellos largos, de preparar festines y darse ana vida de príncipes con el botin traído de las lejanas islas de Occidente, ó para convertirse en rivales de amor, derramando el oro á manos llenas, robando así sus amantes á los honrados jóvenes de Roma.» En las poesías de Catulo y en los demás restos de la literatura de aquel tiempo, se halla el primer acento de estos ódios vigorosos, personales y políticos; nótase en ellos la agonía de la pasion republicana, deleitándose, hasta en sus últimos furores, en la desesperacion que se desborda, y hablando todavía, más ó ménos poderosamente, el lenguaje de los Aristófares y de los Demóstenes. Al ménos, el más inteligente de los Triumviros reconocia que, áun cuando no fuera despreciable la oposicion de los literatos, no habia que pensar en destruirla por la fuerza, y prefirió, en cuanto estaba á su alcance, intentar atraerse los principales. Ciceron era el primero que debia á su renombre la mayor parte de las benévolas atenciones que César le prodigaba. En otra ocasion, aprovechando la amistad que le unia al padre de Catulo, no desdeñó el pro-cónsul de las Galias recurrir á su mediacion, para hacer las paces con el hijo: vióse, pues, al poderoso *imperator*, que, olvidando los sarcasmos y las injurias directas, colmaba al jóven poeta de las más pomposas distinciones. Espí-

ritu original, si los hubo, quiso seguir hasta en su propio terreno á los literatos sus enemigos, y publicó, á título de defensa indirecta contra sus multiplicados ataques, el relato detallado de la guerra de las Galias, afectando una simpática sencillez en la forma, y exponiendo á la consideracion de todos, los motivos necesarios y la legalidad constitucional de sus operaciones militares; pero hágase ó inténtese lo que quiera, la libertad, y sólo ella, es la que forma los poetas y sus brillantes creaciones: sólo la libertad es la que inflama las imaginaciones vivas y ricas: ella es, en fin, la que anima con su último soplo de vida las pobres caricaturas de los libelistas. Por consiguiente, todos los elementos literarios y todas las inspiraciones, eran y permanecian anti-monárquicas; y si bien fué dado á César ensayarse, sin fracasar, en el cerrado campo de las letras, es porque tambien tenia ante sus ojos el sueño grandioso de una sociedad libre, ese sueño cuyo cumplimiento no podia confiar á sus adversarios ni á sus partidarios. Resumamos. En el dominio de las letras, eran los republicanos dueños tan absolutos como los Triumvros en la política práctica y corriente (1).

Decidense nuevas medidas excepcionales.—Era, sin

(1) La composicion que sigue (la 29 de su recopilacion) es de Catulo, que debió escribirla hácia el año 699 al 700, despues de la expedicion de César á Bretaña, y ántes de la muerte de Julia.

Quis hoc potest videre, quis potest pati
 Nisi impudicus, et vorax, et aleo,
 Mamurram habere quod comata Gallia
 Habebat uncti, et ultima Britania?
 Cincède Romule, etc.

Mamurra, de Formies, favorito de César, fué durante algun tiempo uno de sus oficiales en el ejército de las Galias. (El jefe de los ingenieros — *Prefutus fabrum*).

embargo, necesario emplear el rigor contra esta oposicion, que, por más que fuese impotente, era, sin embargo, atrevida y molesta. La condenacion de Gabinio dió la señal, segun parece. Los Triumviros convinieron en constituir una dictadura temporal, que les permitiese toda clase de medidas colectivas contra las elecciones y los tribunales. Como Pompeyo tenia entónces la alta inspeccion de los asuntos de Roma y de Italia, correspondíale, por consiguiente, la ejecucion del plan proyectado, y lo puso por obra con su lentitud indecisa é inactiva y con su chocante mutismo, por más que tuviese intencion y poder para dictar la ley. Ya á fines del año 700 se habia aludido por otros en el Senado á la próxima dictadura. ¿No tenian los triumviros pretexto especioso que oponer? ¿No estaba la capital llena de clubs y de banderías que pesaban sobre las elecciones y los jurados por la corrupcion y la más deplorable violencia, y que tenian organizado un motin permanente? Tales excesos parecian justificar las medidas excepcionales de los coaligados. Mas, por otra parte, mientras que el futuro dictador rehusaba, en apariencia, una expresa petition de poderes, la servil mayoría rehusaba tambien ofrecérsela. Llegó la agitacion sin ejemplo de las elecciones consulares para el año 701, y cometieronse en ellas los más tristes excesos. Retrasada durante todo un año de lo que marcaba el término legal, no pudo verificarse la votacion hasta Julio de 701, despues de siete meses de interregno. Pompeyo tenia al fin la tan deseada ocasion de pronunciarse, en el seno de la Curia, sobre la oportunidad de la dictadura, único medio de cortar el nudo, ya que no podia desatarse: tampoco ahora dejó escapar la palabra decisiva. Quizá se hubiera callado todavía por mucho tiempo si, en las elecciones consulares para el año 702, no hubieran tenido los candidatos triumvirales,

Quinto Metelo Escipion y *Publio Plaucio Hipseo*, ámbos sus parientes y completamente adictos, la concurrencia de *Tito Anio Milon*, uno de los más ardientes agitadores de la oposicion. Milon estaba dotado de valor físico y era bastante listo para urdir una intriga, y lo era aún más para contraer deudas. Audaz por naturaleza y por educacion, se habia conquistado un nombre entre los caballeros de industria de la política del día. Despues de Clodio, era el hombre más reputado del oficio, y habia entre ellos, por consiguiente, una rivalidad y un ódio á muerte. Habiendo comprado los Triumviros á este *Aquiles* callejero hacia el papel de ultra-demócrata, aunque con permiso expreso. El *Hector* del otro campo se convirtió inmediatamente en el campeón de la aristocracia.

Asesinato de Clodio. Anarquía. Pompeyo dictador.— La oposicion republicana actual estaba dispuesta á aliarse con el mismo Catilina, si resucitara y se dirigiera á ella. Proclamó, pues, á Milon por su héroe en todos los alborotos del Forum; y en realidad, los pocos éxitos conseguidos en el campo de batalla, solo los debió á Milon y á su banda de gladiadores sábiamente organizados. Entónces fué cuando Caton y los suyos pusieron manos á la obra proponiendo la candidatura de este hombre: el mismo Ciceron no podia ménos de hablar en pró del contrario de su enemigo, en pró de aquél que ha tomado su defensa durante muchos años. Como, por otra parte, para asegurar su eleccion no perdonaba Milon el oro ni las fechorías, parecia asegurado su triunfo. Su nombramiento no hubiera sido solamente una derrota nueva y sensible, sino tambien un grave peligro para los Triumviros. ¿Cómo habia de creerse que el astuto y atrevido partidario, una vez promovido á cónsul, habia de dejarse fácilmente anular, á la manera que Domicio y otros personajes de la oposicion honrada?

Sucedió, entre tanto, que Aquiles y Hector se encontraron por casualidad fuera de la ciudad, en la vía Apia: empeñóse la batalla entre sus bandas; y herido Clodio de un sablazo en la espalda, se refugió en una casa vecina. Todo esto se verificó sin la orden de Milon; pero habiendo llegado las cosas á este punto y estallado la tormenta, le pareció de más provecho y ménos peligroso consumir el crimen que perpetrarlo á medias. Expidió, pues, sus gentes que sacaron á Clodio fuera de la casa y le asesinaron (13 de Enero del año 702). Inmediatamente los demás agitadores del partido, los tribunos del pueblo *Tito Munacio Planco*, *Quinto Pompeyo Rufo* y *Cayo Salustio Crispo* aprovecharon la excelente ocasion que se les ofrecia, y quisieron rechazar, en provecho de sus patronos la candidatura hostil de Milon, y elevar, por fin, á Pompeyo á la dictadura. El pueblo bajo, esclavos y emancipados, habiendo perdido á Clodio, perdieron en él un protector y un emancipador futuro. Nada más fácil que suscitar el motin que se necesitaba. Expúsose solemnemente en la tribuna de las arengas el cadáver ensangrentado; pronunciáronse vehementes discursos de circunstancias, y se verificó inmediatamente la explosion. Eligióse la misma Curia, la ciudadela de la pérfida aristocracia, para pira del salvador del pueblo: la muchedumbre condujo allí el cadáver y prendió fuego al edificio.

Despues corrieron las masas hácia la casa de Milon y la sitiaron; pero los habitantes rechazaron á flechazos á los sitiadores. Dirigiéronse desde allí á casa de Pompeyo y de los candidatos amigos, saludando al uno dictador, y cónsules á los otros; y por último, á casa del inter rey Marco Lépedo, á quien pertenecia la direccion de las elecciones. Y como segun los términos de la ley se negó éste á volver á abrirlas en aquel momento, que es lo

que exigía la muchedumbre, lo tuvo ésta sitiado durante cinco días. Los autores del escándalo habían traspasado su objeto. Sea como quiera, decidiéndose al fin su señor y maestro aprovechó el feliz accidente del asesinato de Clodio, no solo para rechazar á Milon, sino también para hacerse dictador: sin embargo, no quería tener su título de una banda de amotinados, y necesitaba la designación del Senado. Reunió tropas con el pretexto de contener la anarquía que se había hecho omnipotente é intolerable en Roma. Ordenó ahora, siendo así que ántes pedía, y el Senado cedió inmediatamente. Sólo á propuesta de Catón y de Bíbulo se recurrió á un subterfugio; y el 25 del mes intercalar (que correspondía á este año de 702) el pro-cónsul Pompeyo, conservando sus demás cargos, fué nombrado no dictador, sino «cónsul sin colega». Subterfugio miserable que daba otro nombre á la cosa á costa de una doble y esencial contradicción (1). Empero se había retrocedido ante la denominación usual, la cual decía cuanto podía decir. De este mismo modo, en tiempos anteriores, se había visto á la nobleza espirante no conceder á los plebeyos más que el *poder consular*, en vez de abrirles el consulado.

Cambios en el orden de las magistraturas y en los jurados.—Una vez en posesión legal del poder supremo, puso Pompeyo manos á la obra y obró con vigor contra el partido republicano que dominaba en los clubs y en los jurados. Reforzó la disciplina electoral en dos ocasiones, por una ley especial y por otra contra la candidatura, teniendo ésta efecto retroactivo respecto de todas las infracciones cometidas desde el año 684, agra-

(1) *Cónsul y colega* son sinónimos (t. II, p. 42): ser á la vez pro-cónsul y cónsul equivale á ser cónsul y cónsul suplente á un mismo tiempo.

bando las penas anteriores. Con arreglo á una medida aún más importante, se determinó que las *provincias*, ese departamento que era la más extensa y remuneratoria de las funciones públicas, no se darán en adelante á los cónsules y á los pretores á la inmediata terminacion de sus cargos, sino despues de un intévalo de cinco años. No hay que decir que la nueva organizacion no se pondrá en vigor hasta dentro de cuatro años; y que hasta entónces se proveerán todos los gobiernos por senado-consultos. Poníase todo en manos del hombre y de la faccion á quien obedecia el Senado mismo. Las comisiones de los jueces jurados continuaron siendo lo que eran, dictando sin embargo, ciertas restricciones al derecho de acusacion, y, lo que era quizá más grave, no se dejó ya libre campo á la palabra en los tribunales de justicia: el número de abogados en cada causa y el tiempo que podian durar sus discursos estaban limitados por un *máximum* fijo. Habia insensiblemente prevalecido el uso de traer en apoyo del acusado, á falta de testigos sobre el hecho, otros que lo fuesen acerca de su buen nombre (*laudatores*): suprimiósese; pues, esta mala práctica, y el Senado, obediente siempre, decretó en seguida á una señal de Pompeyo, que la pátria habia estado en peligro por el drama sangriento de la via Apia; y por una ley extraordinaria se instituyó una comision especial con el fin de proceder contra todos los crímenes referentes á este asunto: los miembros de esta comision debian ser nombrados por Pompeyo. Intentósese por ultimo, dar una séria eficacia á la censura y purgar de ana porcion de gentes indignas el cuerpo de los ciudadanos, abandonado hoy al desórden y á la corrupcion.

Todas estas medidas eran votadas bajo la presion del sable. Una vez que declaró el Senado que la pátria estaba en peligro, llamó Pompeyo á las armas á todos los

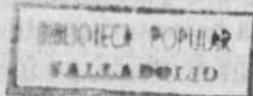
contingentes italicos y les hizo prestar juramento de un homenaje absoluto, amenazando emplear la fuerza al primer movimiento que intentara la oposicion. Durante el proceso contra los asesinos de Clodio, llegó hasta apostar soldados, cosa inaudita é insólita, en derredor de los tribunales de los jueces.

Sumision de los republicanos.—No encontrándose entre los serviles de la mayoría senatorial ninguno que se sintiese con valor ó autoridad suficiente para osar presentarse candidato á un cargo semejante, abortó la resurreccion de la censura. Los jueces jurados condenaron á Milon (8 de Abril del año 702); y no produjo resultado la tentativa de candidatura consular de Caton para el año 703. La reforma del procedimiento dió á la oposicion del folleto y del discurso un golpe de que no pudo levantarse más: expulsada la hasta entónces temible elocuencia judicial del dominio de la política, revistió á su vez el arnés monárquico. Sin embargo, no habia cesado el espíritu de oposicion de vivir en los corazones de la gran mayoría de los ciudadanos, ni de manifestarse en las cosas de la vida pública: para esto, no bastaban las medidas restrictivas en las elecciones, en la justicia y en la literatura, sino que hubiera sido necesario aniquillar todo. Digámoslo de una vez: dada la nueva situación, halló todavía Pompeyo, á fuerza de torpeza y de falta de buen sentido, el medio de proporcionar á los republicanos, siendo él dictador, muchos triunfos que debieron llegarle á lo vivo. Naturalmente que, cuando, con objeto de fortificar su dominacion, dictaban los regentes medidas de fuerza con tendencia aristocrática, no omitian nunca la coletilla oficial del orden y de la paz pública. Segun ellos, todo ciudadano estaba interesado y debia auxiliarles sino queria fomentar la anarquía. Pero Pompeyo fué demasiado léjos en la repre-

sentacion de una ficcion tan trasparente. Al formar la comision especial que debia emitir su informe contra el motin último, en lugar de hechar mano de hombres que fuesen en su mano instrumentos seguros, eligió los más ilustres personajes de todos los partidos, y á Caton el primero: aplicóse con todo el peso de su influencia á mantener el orden material en el pretorio, haciendo imposibles en adelante, así á sus amigos como á sus adversarios, las escenas tumultuosas, ordinario apéndice de la justicia de estos tiempos. A esta imparcialidad afectada respondieron inmediatamente las materias judiciales. Si los jueces no osaron absolver á Milon, lo hicieron en cambio respecto de la mayor parte de los acusados de la faccion republicana, siendo al mismo tiempo segura la condenacion de todo el que en aquél motin habia estado de parte de Clodio, ó lo que es lo mismo, de parte de los Triumviros. Entre las víctimas habia gran número de familiares de César y del mismo Pompeyo, su propio candidato al consulado Hipseo, y los tribunos del pueblo, Planco y Rufo, que se habian puesto por él á la cabeza del motin. Queriendo el dictador aparecer siempre imparcial, no impidió su condenacion. Primera falta bajo el punto de vista de su interés. Cometió además una segunda, ya fuese que violase personalmente y sin necesidad, en favor de sus amigos las leyes que él mismo habia promulgado la víspera (viósele asistir al proceso de Planco, como testigo de su buena conducta *landator*), ya que cubriendo con su proteccion á ciertos acosados muy cercanos á él (á Metelo Scipion) por ejemplo, los salvó del veredicto de los jueces. Quería, como siempre, á la vez las cosas más contrarias, intentando cumplir los deberes del gobernante que no tiene más que un peso y una medida para todos, y continuar siendo el jefe de un partido; así es que no consi-

guió ni una cosa ni otra. Mientras que la opinion continuaba viendo en él, y con razon, un déspota, para sus adherentes, no era más que un capitán que no sabe ni quiere proteger á sus soldados.

La oposicion se movia pues todavía, y gracias principalmente á las faltas de Pompeyo, conseguía alguna que otra victoria que le daba valor. Mas no por esto habian dejado los Triumviros de conseguir casi por completo el fin que se habian propuesto al erigir la dictadura: habian cogido las riendas más cortas, y el partido republicano humillado cedia el puesto á la aristocracia, y el pueblo comenzaba á acostumbrarse á ello. Un dia que Pompeyo se levantó despues de una grave enfermedad, se celebró su alivio en toda Italia con fiestas y regocijos obligados, como se hace en tales ocasiones en todos los pueblos regidos por instituciones monárquicas. Los regentes se mostraban satisfechos; y al llegar el 1.º de Agosto del año 702, resignó Pompeyo la dictadura y compartió el poder consular con Metelo Escipion, su cliente.



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



CAPÍTULO PRIMERO.—*Marco Lepido y Quinto Sertorio.*

La oposicion. Los juristas. Aristocracia reformista. Los demócratas, página 9.—Los Traspadanos. Los emancipados. Los capitalistas, 11.—Los proletarios de Roma. Los expropiados. Los proscritos y sus adeptos. La gente arruinada. Los ambiciosos, 11.—Poder de la oposicion, 13.—Carencia de jefes. Las camarillas. Cétego. Filipo. Metelo. Cátulo y los Lúculos, 14.—Pompeyo, 19.—Craso, 23.—Los jefes de la democracia. César. Lepido, 26.—La emigracion en España. Sertorio. Recrudescimiento de la insurreccion española. Metelo en España, 30.—Organizacion del país por Sertorio, 33.—Consecuencias de la muerte de Sila. Insurreccion de Lepido, 36.—Explosion de la guerra. Derrota de Lepido, 41.—Nombramiento de Pompeyo para el pro-consulado de España, 42.—Pompeyo en la Galia. Su entrada en España, 43.—Derrota de Pompeyo, 45.—Victorias de Metelo. Batalla del Suero, 46.—Triunfo de los Romanos, 48.—Campañas de 680 y 681, 48.—Esterilidad y peligros de la guerra, 49.—Rápida decadencia de la fortuna de Sertorio. Disensiones intestivas en el campamento sertoriano. Asesinato de Sertorio, 52.—Perpeta sucede a Sertorio. Pompeyo pone fin á la insurreccion, 54.

CAPÍTULO II.—*La restauracion Silana y su gobierno.*

Asuntos exteriores, página 57.—Expedicion á Dalmacia y á Macedonia. Sumision de Tracia, 59.—La pirateria. Sus progresos, 60.—Organizacion de los piratas, 61.—La policia romana de los mares reducida á la nulidad, 65.—Expedicion á las costas

de Asia Menor. Publio Sertorio el Isauric. Victoria sobre Zenicetos, 66.—Asuntos de Asia. Tigranes. El nuevo Gran Rey de Armenia. Conquista de Siria por Tigranes, 68.—Mitrídates, 72.—Conducta de los Romanos en Oriente. Rehusan la anexión de Egipto, 72.—Politica de no intervencion en Asia Menor y en Siria, 74.—Hacéense romanos Bitinia y Cirene. Explosión de la guerra, 77.—Armamentos de Ponto, 77.—Armamentos de Roma, 79.—Principio de la guerra. Derrota de los Romanos delante de Calcedonia, 80.—Sitio de Ciciquia por Mitrídates. Destrucción del ejército del Ponto, 82.—Guerra marítima. Mitrídates se vé obligado á volver á entrar en el Ponto. Sitio de las ciudades, 85.—Principio de la guerra de Armenia, 90.—Lúculo pasa el Eufrates. Sitio y batalla de Tigranocerta. Los Romanos dueños de todos los países conquistados por Armenia, 94.—Tigranes y Mitrídates, 94.—Vuelve á comenzar la guerra, 98.—Descontento contra Lúculo, así en Roma como en el ejército, 100.—Lúculo entra en Armenia. Retirada á Mesopotamia. Toma de Nisibis, 104.—Guerra en el Ponto y delante de Tigranocerta, 103.—Nueva retirada hácia el Ponto. Derrota del ejército del Ponto en Ziela, 104.—Nueva retirada hácia el Asia occidental, 105.—Guerra contra los piratas. Derrota de Antonio delante de Cidonia. Guerra de Creta. Sumision de Creta por Metelo, 107.—Los piratas en el Mediterráneo, 110.—Sublevaciones de los esclavos, 112.—Explosión de la guerra de los gladiadores. Espartaco. Principio de la insurrección. Grandes victorias de Espartaco, 114.—Division de los ejércitos insurrectos. Su derrota, 120.—Ojeada general sobre el gobierno de la restauracion, 122.

CAPÍTULO III.—*Caida de la oligarquía. Preponderancia de Pompeyo.*

La constitucion de Sila. Como se conservó, pá. 428.—Ataques de la democracia. Leyes sobre la Annona. Tentativa para restablecer el tribunado, 429.—Ataques contra los tribunales senatoriales, 430.—Derrotas de la oposicion democrática, 432.—Tirantez entre el gobierno y Pompeyo, 434.—Coalicion de los jefes militares y de la democracia, 437. Restablecimiento de los poderes del tribunado. Nueva organizacion del jurado, 438.—Restablecimiento de las rentas en Asia. Restablecimiento de la censura, 439.—La nueva constitucion, 440.—Amenaza la dictadura de Pompeyo, 442.—Pompeyo se bate en retirada, 443.—El Senado, los caballeros y los populares, 445.—Sucesos de Oriente. Su eco en Roma, 442.—Vuelve á entrar Pompeyo en escena, 447.—Caida del poder senatorial. Nuevo ascendente de Pompeyo, 448.—Pompeyo y la ley Gabinia, 451.—Los partidos en frente de la ley Gabinia, 452.—Votacion de la ley, 454.—Triunfos de Pompeyo en Oriente, 455.—Ley Manilia. Revolucion democrática y militar, 458.

CAPÍTULO IV.—*Pompeyo en Oriente*

Destruccion de los piratas por Pompeyo, 444.—Cuestion entre Pompeyo y Metelo en Creta, 464.—Pompeyo se pone al frente de la expedicion contra Mitrídates, 465.—Preparativos militares de Pompeyo. Alianza con los Partos. Discordia entre Tigranes y Mitrídates, 467.—Pompeyo y Lúculo, 469.—Marcha sobre el Ponto. Retirada de Mitrídates. Batalla de Nicopolis, 469.—Tigranes se vuelve contra Mitrídates. Mitrídates en el Fasis. Pompeyo en Artaxata. Paz con Tigranes, 474.—Los pueblos del Cáucaso. Los Iberos. Los Albanos. Victoria de Pompeyo sobre éstos, 474.—Pompeyo en la Colquida. Nuevos combates con los Albanos, 476.—Mitrídates en Panticapea. Los últimos armamentos. Insurreccion contra Mitrídates. Su muerte, 479.—Pompeyo en Siria. Asuntos de este país. Los príncipes árabes. Los Beduinos de caballería, 483.—Los Judíos. Los Fariseos, 485.—Los Saduceos. Los Navateos, 487.—Las ciudades sirias, 489.—Últimos Seléucidas, 490.—Anexión de la Siria. Pacificación militar de esta región, 490.—Derrota de los jefes de bandidos. Negociaciones y combates con los Judíos, 492.—Nueva situación de Roma en Oriente. Guerra contra los Navateos, 494. Lucha con los Partos, 496.—Organización de las provincias, 499.—Reyes vasallos de Capadocia, de Comagena, 200.—Galía, 200.—Príncipes y señores. Príncipes-sacerdotes, 201.—Las ciudades. Favorécese el progreso de las ciudades libres, 202.—Resultados generales, 206.—Oriente despues de la partida de Pompeyo, 212.—Egipto. Incorporación de Chipre, 213.—Tolomeo es reconocido en Egipto, arrojado despues por sus súbditos y restablecido por Gabinio. Guarnición romana en Alejandria, 215.

CAPÍTULO V.—*Conflicto de los partidos durante la ausencia de Pompeyo.*

Derrota de la aristocracia. Catón, página 218.—Agitación democrática, 221.—Países traspadados, 223.—Los emancipados, 224.—Proceso contra Rabirio, 224.—Ataques contra las personas, 225.—Rehabilitación de Saturnino y Mario, 227.—Insignificancia de los resultados, 227.—Colisión próxima entre los demócratas y Pompeyo. Proyecto de establecimiento de una dictadura militar democrática, 228.—Alianza de los demócratas con los anarquistas. Catilina, 230.—Fracaso del primer complot, 232.—Vuelve á comenzar la conspiración, 235.—Elección de los cónsules. Es elegido Cicerón en lugar de Catilina, 237.—Nuevos proyectos de los conjurados. Moción agraria de Servilio Rulo, 239.—Anarquicos en Etruria, 242.—Nue-

vo fracaso de la candidatura de Catilina, 243.—Estalla la insurrección en Etruria. Medidas represivas. Los conjurados en Roma. Catilina en Etruria, 243.—Pruebas obtenidas y arresto de los principales conjurados, 247.—Deliberaciones en el Senado. Ejecución de los partidarios de Catilina, 249.—Es vencida la insurrección en Etruria, 252.—Craso y César. Su posición respecto de los anarquistas, 254.—Completo abatimiento del partido democrático, 258.

CAPITULO VI.—*Regreso de Pompeyo. Coalición de los pretendientes.*

Pompeyo en Oriente, 261.—Los adversarios del futuro monarca, página 265.—Misión del Nepoté en Roma, 264.—Pompeyo frente a los partidos, 265.—Ruptura de Pompeyo y de la aristocracia, 266.—Regreso de Pompeyo, 268.—Nueva anulación de Pompeyo, 270.—Elevación de César, 275.—César cónsul, 278.—Ley agraria de César, 278.—La aristocracia, 279.—Votación de la ley agraria. Resistencia pasiva de los aristócratas. Es nombrado César pro-cónsul en las dos Galias, 280.—Medidas de seguridad tomadas por los coaligados, 283.—Situación de la aristocracia. Retraimiento de Catón y de Cicerón, 285.

CAPITULO VII.—*Conquista del Occidente. Guerras de las Galias.*

El Occidente romanizado.—Importancia histórica de las expediciones de César, página 290.—César en España, 294.—El país de los Celtas, 295.—La provincia romana. Insurrecciones y guerras, 205.—Las fronteras de la provincia. Relaciones con Roma. Principio de la civilización romana en la Galia, 295.—La Galia independiente, 299.—Población. 300.—Agricultura y Cria de ganados, 804.—Las ciudades 303.—Comercio. Industria. Las Minas, 305.—El arte y la ciencia, 307.—Estado político. La tribu. Progreso de la caballería. Decadencia de la antigua constitución de las tribus. Supresión de la monarquía, 307.—Tendencias hacia la unidad nacional, 314.—Unión religiosa. Los Druidas, 312.—Falta de centralización política. Liga de las tribus. Liga belga. Las tribus marítimas. Ligas de la Galia central. Su carácter, 314.—Sistema militar, 316.—La infantería, 317.—Resumen del cuadro de la civilización de los Galos, 318.—Relaciones exteriores. Celtas é Iberos, 319.—Celtas y Romanos, 320.—Galos y Germanos. Los Celtas pierden la orilla derecha del Rin. Tribus germánicas de la orilla izquierda, 321.—Política de los Romanos respecto de la invasión germánica. Ariovisto en el Rin medio. Establecimiento de los Romanos, 324.—Ariovisto funda un reino germánico en la Galia, 327.—Los Germanos en el Rin inferior. Idem en el Rin superior. Preparativos de una invasión helvética en la Galia, 328.—César

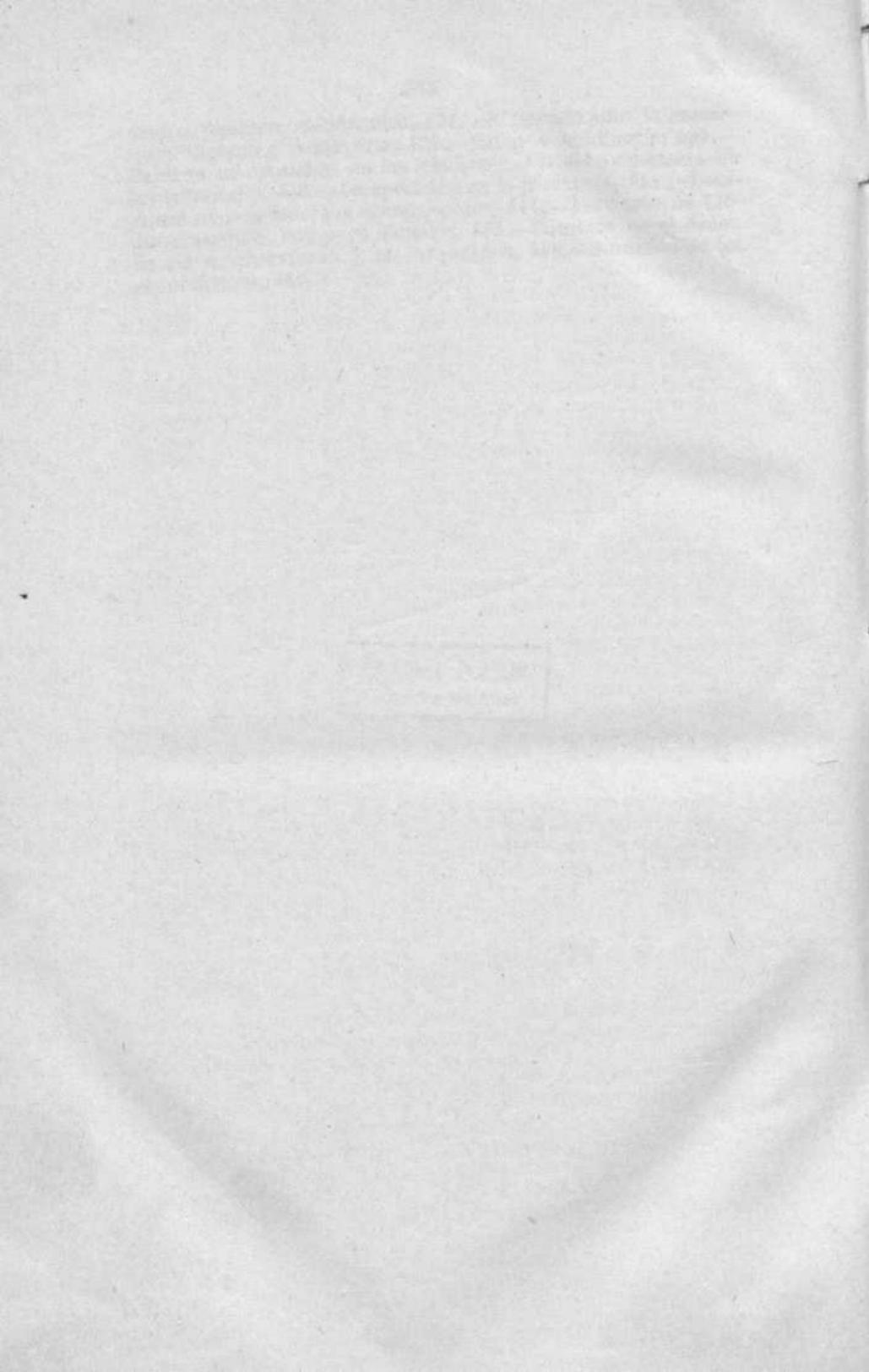
en la Galia. Su ejército, 329.—César rechaza á los Helvecios, 330.—Los Helvecios en la Galia. Guerra con los Helvecios, 332.—Batalla de Bibracta. Los Helvecios enviados de nuevo á su país, 335.—César y Ariovisto. Negociaciones, 336.—César ataca á Ariovisto, 337.—Derrota de Ariovisto, 339.—La emigración germánica de la orilla izquierda, 340.—La frontera del Rhin, 344.—Conquista de la Galia, 344.—Campana contra los Belgas. Combates sobre el Aisne. Sumision de las tribus occidentales, 342.—Batalla en el país de los Nervianos, 344.—Sumision de los Belgas, 346.—Expediciones contra las tribus de las costas. Guerra veneta. Batalla naval, 347.—Sumision de las tribus marítimas, 349.—Expediciones contra los Morinos y los Menapios, 350.—Comunicaciones con Italia por el Valais y con España por la Aquitania, 354.—Nuevas incursiones germánicas sobre el Rhin. César en la orilla derecha de este rio, 332.—Expedicion á la isla de Bretaña, 335.—Casivelaum, 357.—Conspiracion patriótica en las Galias, 359.—La insurreccion, 360.—Es á su vez atacado Quinto Ciceron, 364.—César contiene y domina la insurreccion, 365.—Toma César venganza de los Eburones, 367.—Segunda insurreccion. Los Carnutos. Los Arvernos. Vercingetorix, 369.—Propagacion de la insurreccion. Aparicion de César. Plan militar de los insurrectos, 374.—Terreno de la guerra. César delante de Avaricum. Toma de esta ciudad. César divide su ejército, 373.—Labienu delante de Lutecia, 376.—César delante de Gergovia, 377.—Plan de César. Union de éste y de Labienu. Batalla de Lutecia, 384.—Combate de caballeria. Sitio de Alesia. Llegada del ejército auxiliar, 383.—Combates en derredor de Alesia. Capitulacion. Suplicio de Vercingetorix, 385.—Ultimos combates. Lucha en el país de los Biturigos, de los Carnutos y los Bellovacos, 387.—Combates en el Loira, 389.—Sitio de Uxelodunum, 390.—Sumision de la Galia, 394.—Su organizacion. Los impuestos, 392.—Consérvase la organizacion interior, 393.—Fin de la nacionalidad de los Galos, 395.—Principios de su romanizacion, 398.—Las regiones Danuvianas, 400.—Los pueblos Alpestres, 404.—Iliria, 404.—Macedonia, 492.—El nuevo reino de los Dacios, 403.

CAPITULO VIII.—*Regencia de Pompeyo y de César.*

Pompeyo y César como regentes, 405.—Pompeyo y Roma. La anarquía. Los anárquicos. Clodio, 407.—Indispónese Pompeyo con Clodio, 414.—Pompeyo frente al vencedor de Galias, 413. La oposicion republicana en el público. Tentativa de los regentes para remediar ésto. El Senado recobra su influencia, 415.—Pompeyo solicita un nuevo mando. La cuestion de los cereales. Expedicion á Egipto, 420.—Tentativa de restauracion aristocrática, 423.—Ataque contra las leyes Julias, 424.—Conferencias de los Triumviros en Lucca, 425.—Miras de César, 417.—Sumision de la aristocracia, 429.—Establecimiento del

nuevo régimen monárquico, 434.—El Senado ante la monarquía. Cicerón y la mayoría, 434.—Caton y la minoría, 435.—Persiste la oposición en las elecciones, 437.—La oposición en los tribunales, 440.—La oposición en la literatura, 442.—Decídense nuevas medidas excepcionales, 444.—Asesinato de Claudio. Anarquía. Pompeyo dictador, 446.—Cambios en el orden de las magistraturas y en los jurados, 448.—Sumisión de los republicanos, 450.





Biblioteca Pública de Valladolid



71779347 BPA 156 (V.7)





MONUMENTI
EISTORIA
DE ROMA

BPA
156